

TORMENTA
DE
verano



EVA M. SOLER-IDOIA AMO



Tormenta de

Verano

Eva M. Soler – Idoia Amo

© 2020 Eva M. Soler e Idoia Amo
Primera edición: Abril 2020

ISBN: 978-84-09-19803-0
Depósito Legal: BI-94-20
Maquetación: Idoia Amo
Cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.Imagina-designs.com.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos).

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[SOBRE LAS AUTORAS](#)

[OTRAS OBRAS](#)

Capítulo 1

«Por favor, Bezan, vuelve a casa. Mamá está en el hospital y es grave. Leah»

Bezan guardó el telegrama, deseando apartar aquella frase tan corta y, al mismo tiempo, tan intensa. La había mirado de manera obsesiva durante las muchas y variadas escalas de las que constaba su vuelo, y empezaba a creer que iba a volverse loca.

«Mamá está en el hospital y es grave».

No había demasiado movimiento en la estación: todos los pasajeros que viajaban a su lado ya se habían marchado, después de compartir los típicos momentos irritantes en la zona de recogida de equipaje. Michael se retrasaba, y eso que había insistido en ir a buscarla al aeropuerto.

Apoyó los pies sobre la maleta y observó cómo el mundo se movía a su alrededor en aquella cálida y soleada mañana. Como siempre, la primavera en el sur se asemejaba más al verano que a otra cosa. El verano directamente era la antesala del infierno.

Pero estaba en Nashville, era lo que había: clima húmedo y caluroso una buena parte del año, algo a lo que se había deshabitado en el tiempo que había permanecido fuera.

Tres años. Tres años lejos de todo, sin aparecer, sin apenas escribir, con las llamadas contadas.

No esperaba una fiesta de bienvenida con pastel y globos, obvio. Ni siquiera tenía la seguridad de que sus hermanos quisieran hablar con ella, y no los culpaba.

Por fin observó a un hombre entrar en el andén y mirar alrededor. La localizó casi al momento, y echó a andar en su dirección mientras alzaba la mano derecha a modo de saludo. Michael ya había cumplido los cuarenta y tantos, y siempre había sido un hombre guapo, de esos que con su presencia bastaban para llenar todo. Bezan era demasiado joven para pertenecer a su grupo durante los años de instituto, época en la que se había acercado a Leah, pero se alegró cuando finalmente se puso a salir con su hermana mayor. Michael era un tío majo, y siendo sinceros, eso no venía mal en su familia, tan escasa al respecto.

—¿Bezan? ¡Hola!

Se quitó las gafas con una sonrisa mientras se aproximaba a ella. Fiel a su estilo habitual, vestía un elegante traje gris, y es que Bezan no recordaba haberlo visto nunca con otra ropa. La memoria la llevó a cierta ocasión en casa de su hermana en la que había abierto el armario para curiosear, encontrando una aséptica fila de trajes con similar corte y color. Aquello dio pie a una larga sarta de bromas que se prolongó en el tiempo, si bien Michael jamás se prestó a abandonar su estilo propio, aunque este fuera repetido.

Tres años después de verlo por última vez, la pérdida de pelo que asomaba con timidez en el pasado se había hecho más que evidente, así como las arrugas de sus ojos. Michael, siempre risueño, acusaba la edad, o un cansancio de esos que marchitaban. Pese a ello, la sonrisa de su cara era sincera, al igual que sus ojos claros brillaban del mismo modo que en su adolescencia, cuando trepaba por la ventana del cuarto de Leah o robaba pastelitos del armario de la cocina.

—Hola, Michael. —La joven bajó las piernas de la maleta y se levantó.

Bezan abrazó a su cuñado con una sensación agrisulce. Michael se comportaba como siempre,

lo que le provocó un ramalazo de nostalgia. Una nostalgia extraña, dado que incluía a Leah, con la nunca había estado muy unida... pero nostalgia, al fin y al cabo.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó él, con afecto—. Lamento que sea en estas circunstancias, eso sí.

—Sí, bueno... —afirmó ella, sin saber muy bien qué expresión adoptar.

Para variar, jamás había sabido lo que los demás esperaban de ella, y era especialista en decir lo que no debía cuando no tocaba. Permanecer en silencio era una opción buenísima, lección aprendida bien temprano.

—¿Qué tal el vuelo? ¿Has comido? —Michael consultó el reloj—. Son más de las dos.

—No te preocupes. Me han dado cacahuetes en el avión, al menos en el primero.

Michael agarró la maleta y entonces reparó en la inmensa mochila que descansaba en el suelo, junto al resto del equipaje.

—Espera, ¿quieres...? —Se inclinó hacia ella.

—No, no, puedo yo. Tranquilo.

Bezan se la colocó en la espalda con sorprendente facilidad. Michael la observó unos segundos, seguramente preguntándose cómo una chica que medía poco más de metro sesenta y no llegaba a los cincuenta y cinco kilos podía acarrear semejante bulto.

—Después de tres años con eso encima te has vuelto toda una experta —comentó.

—Te acostumbras a ello, sí.

No añadió que le había llevado mucho tiempo, además de portar solo cosas imprescindibles. Aún no estaba lista para empezar a compartir las vivencias de los últimos años, menos con Michael. Era enrollado, y también una vía directa a Leah. Bezan tenía claro que por esa vía debía viajar una información sesgada, ya que a su hermana le encantaba juzgar, de modo que cuanto menos supiera, mucho mejor sería su relación.

Caminó junto a él por la terminal en dirección a la salida, sin atreverse a preguntar lo que de verdad necesitaba saber. ¿Dónde se suponía que se iba a alojar? Visto el plan, no le sorprendería en exceso acabar en un hotel de mala muerte a las afueras de Nashville, aunque ese no era el estilo de su hermana. Si dejaba a Bezan en un hotel, el vecindario no tardaría en enterarse, y Leah odiaba ser el cotilleo de los demás. Razones para tratarla de aquel modo tenía, desde luego, pero su hermana prefería morir a no dar esa imagen de perfección ante los demás que tanto le gustaba.

Michael la sacó de sus pensamientos al pulsar el mando que abría su vehículo.

—Habéis cambiado de coche —comentó Bezan.

—Las niñas, ya sabes. El otro se quedaba un poco pequeño y las sillas de ahora no imaginas lo que abultan... Amy la ha bautizado como «La jaula».

—¿Están bien? —preguntó Bezan, con un nudo en la garganta.

—Sí, sí, por supuesto. Bueno, Chloe está pasando por una racha típica de la adolescencia —explicó Michael, encogiéndose de hombros—. Ya nos habían advertido de lo complicada que es esa edad, así que su rebeldía no nos ha pillado de sorpresa.

Chloe tenía tan solo trece años cuando Bezan había abandonado Nashville, así que en esos momentos debía tener dieciséis. Una edad difícil, sin duda, pese a que ella recordaba una niña dulce y de inmenso corazón que dedicaba sus horas libres a dibujar tiras de cómic y a tareas de voluntariado. Bueno, así era la vida, ¿no? Los hijos no siempre terminaban siendo lo que sus padres esperaban de ellos.

Acopló la mochila junto a la maleta y Michael se puso al volante. Bezan ocupó el asiento del copiloto y abrió la ventana al momento una vez este arrancó.

Cuando llevabas años viviendo en espacios abiertos y lejos de la civilización, una ciudad tan

grande y poblada como Nashville podía resultar apabullante. El ruido era ensordecedor, el tráfico denso, el clima sofocante.

Bezan lo notó todo en cuanto se incorporaron a la autopista. El aire olía distinto, y aunque una parte de ella lo aspiró como si de una antigua y satisfactoria droga se tratara, la parte que llevaba tiempo viviendo en libertad sintió como si algo pesado le cayera encima.

Cerró los ojos unos segundos para habituarse al cambio de entorno y hacerse a la idea de que estaba de regreso en su ciudad natal. Nashville era un sitio precioso, animado, lleno de vida y de pasión por la música, algo que quedaba claro nada más bajar del avión.

Había mucha industria musical, aunque no era el único sector industrial, y su mente divagó durante unos instantes con recuerdos de ese lugar, el que había abandonado sin mirar atrás. Abrió los ojos, consciente de cuánto lo había echado de menos y la sensación de añoranza amenazó con volverse insoportable.

De repente, sentía un deseo irrefrenable de preguntar por Jeff, y tuvo que morderse la lengua para no hacerlo. Quien preguntaba, a veces escuchaba lo que no quería.

—¿Dónde voy? —murmuró en cambio, tratando de reconducir la conversación a un terreno donde se encontrara más estable.

—A tu casa, claro.

Aquello no la sacaba de dudas, la verdad. ¿A qué casa se refería? ¿A la familiar donde se había criado, o a la que aún era suya pese a no ocuparla? Jeff no podía venderla sin su permiso y firma, o sea que aún vivía en ella. Pero ni por todo el oro del mundo se hubiera atrevido a presentarse allí.

—Leah te ha preparado tu antigua habitación —aclaró Michael, al percibir su silencio incómodo.

—Vale.

—La verdad es que está casi igual, dudo que haya hecho demasiado. Ya sabes cómo es tu madre.

—Sí, muy de museos —replicó Bezan, y esa broma se le atascó en la garganta.

Más que bromear, quería tumbarse en la cama y cerrar los ojos. Regresar solo removía un montón de cosas en las que no le apetecía pensar, por ejemplo, en su madre en el hospital.

—¿Museos? —preguntó Michael, sin entender.

—No toques esto, no muevas lo otro...

—Ah. —Él esbozó una breve sonrisa—. Exacto, así es.

—¿Por qué está en el hospital? ¿No podemos ir ahora?

Michael la observó de reojo.

—Leah ha dejado especificaciones muy concretas. Parece ser que el horario de visitas es sagrado y tiene los turnos organizados —comentó—. Me pidió que te llevara a casa para que pudieras instalarte, y te ha dejado un sobre encima de la cama con los horarios. Supongo que podrás pasarte por la tarde.

Típico de Leah organizar la vida de todo el mundo, incluida la de su madre hospitalizada. Bezan podía imaginarla reescribiendo en las indicaciones del médico sin ningún problema, sin que nada de lo que objetara el facultativo la hiciera cambiar de opinión. Solo pensar en telefonarla le provocaba terror, la verdad.

—¿Cómo lo lleva?

Necesitaba saber con claridad qué se iba a encontrar. Leah y ella nunca habían armonizado, jamás, solo en ciertos momentos de sus vidas habían conseguido un equilibrio consistente en respetarse la una a la otra si la situación lo requería, de manera que quería descubrir si se

encontraba en uno de esos momentos.

El rostro de Michael se ensombreció durante unos segundos, detalle que no le pasó desapercibido a la chica.

—No lo está pasando bien —contestó—. Los últimos meses han sido duros. Siempre ha manejado bien el estrés, tú lo sabes, pero tanto hospital...

Los últimos meses.

Bezan repitió esas tres palabras varias veces en su cabeza hasta que las asimiló. El escueto telegrama no daba lugar a elucubraciones, sin embargo, Michael acababa de confirmar que Leah llevaba meses entre hospitales, lo cual dejaba claro que su madre no estaba hospitalizada por alguna cosa de última hora. Si llevaba meses y estaba grave...

—¿Tiene cáncer? —preguntó.

—Mira, Bezan, es mejor que hables con tu hermana. No quiero meterme en temas de vuestra familia, que luego salgo perjudicado.

—¿Por qué no me ha avisado antes?

—No ha sido nada sencillo localizarte, por cierto.

Vale, ahí tenía razón. Era lo que tenía moverse de un lado a otro, que la gente no podía contactar contigo con facilidad. Se preguntó cómo lo habrían hecho, mas no lo verbalizó. No importaba realmente.

Abandonaron la autopista para entrar en la ciudad, y la música en vivo los recibió. Era algo que se respiraba en Nashville a todas horas, ese carisma que la diferenciaba del resto de lugares.

Seguía teniendo mucho ambiente y Bezan observó el ir y venir de todas aquellas personas que caminaban con paso decidido por la calle, camino a sus casas o trabajos. Ella ya no sentía que perteneciera allí, o al menos no como en el pasado. Las personas que pasaban cierto tiempo fuera se sentían extraños al volver, podía afirmarlo.

—¿Y Josh? —preguntó—. ¿Ya se ha vuelto serio?

—En su línea. Ningún trabajo estable, copas con sus compañeros del momento, ligues sin trascendencia...

No le sorprendió la información, algo percibía respecto a su hermano mellizo. No era como si pudiera leerle la mente en cada momento, claro, la conexión se asemejaba más a una nebulosa. Clara cuando había felicidad por el medio, y un poco densa si las cosas no iban bien. Y en lo que concernía a Josh, la nebulosa casi siempre aparecía compacta.

Dios, tenía tantos frentes abiertos que no sabía por cuál empezar.

—No viene mucho por casa —añadió Michael, girando hacia la derecha—. Ni a las comidas familiares de Savannah ni cuando tu hermana lo llama.

Eso tenía lógica hasta cierto punto. Al igual que Bezan no congeniaba con Leah, tampoco lo hacía Josh. Aquello fastidiaba mucho a la hermana mayor, que siempre se veía excluida de la estrecha relación que los mellizos compartían. Fue una constante fuente de broncas y disgustos durante la infancia y adolescencia, y Bezan solo atinaba a recordar una ocasión en la que sus dos hermanos estuvieron unidos contra ella.

Esa ocasión resultaba desagradable y no le apetecía recordarla, de forma que observó el recorrido en dirección a la casa familiar. Lo conocía como la palma de su mano, a pesar de la sensación de turista que llevaba encima desde que había bajado del avión.

La casa en la que había crecido se encontraba al final de un agradable barrio residencial. Para ser exactos, había diez casas a cada lado de la calle, todas con sus trocitos de jardín floreados y las vallas blancas que relucían bajo el sol del mediodía.

Michael detuvo el coche en el inicio de la calle.

—No puedo entrar —comentó—. Ahora es peatonal.

—Iré andando.

—Te ayudo con la maleta. —Michael salió del coche para ir hasta el maletero y bajar el equipaje—. ¿Quieres que vaya contigo hasta la entrada?

—Ya me apaño, calma. Gracias por venir a buscarme —dijo Bezan, con una sonrisa.

—Espera, las llaves. —Él rebuscó en los bolsillos hasta dar con ellas—. ¡Aquí están!

Bezan las atrapó.

—Hay sistema de alarma —siguió Michael, y le pasó un trozo de papel—. Ahí están todas las claves, en el cajón de la entrada tienes el manual por si necesitas echarle un vistazo.

—¿Vive alguien más allí?

—¿Quién iba a vivir? —preguntó Michael, con gesto de sorpresa.

—No sé, solo pregunto por si acaso. Lo mismo mi madre se ha echado un novio o algo y me pego el susto del siglo.

Michael meneó la cabeza, sin ocultar una risita.

—La casa es toda tuya. Leah llenó la nevera ayer mismo para que no tuvieras que preocuparte por eso, y me dijo que sobre la cama te ha dejado información.

—Instrucciones, seguro.

—Sé amable con tu hermana, por favor. —Michael consultó el reloj—. Tengo que volver al trabajo, se me hace tarde. Nos veremos en el hospital, aprovecha y descansa un poco, anda.

Le hizo un gesto a modo de despedida y regresó con rapidez hacia el coche. Bezan agitó la mano cuando arrancó y después se giró para recorrer la vía ahora peatonal que la conducía a la casa familiar. No se alojaba allí desde los... ¿diecinueve, veinte?

Al partir hacia la universidad no había imaginado que volvería a vivir allí, sin embargo, así había sido. De lo cual no se arrepentía, por cierto. Apenas si guardaba recuerdos buenos de los años pasados en su casa, aunque seguro que su madre diría lo mismo sobre ella.

Sí, se habían martirizado mutuamente, era cierto. A menudo Bezan se preguntaba si sus acciones no estarían marcadas por el comportamiento de su madre. No cabía duda de que había sido, y era, una hija horrible. Y ella, una madre horrible.

Trató de alejar esa cadena de pensamientos; al fin y al cabo, estaba en el hospital. No se consideraba hipócrita para fingir sentimientos que no tenía, pero el tema dolía lo suficiente como para tratar de dejar atrás lo negativo. Cuán curiosa era la vida... el amor familiar y la unión continuaban presentes, pese a las partes negras.

Abrió la puerta principal y desconectó la alarma con la clave del papel. Todo quedó en silencio al momento, lo que la tranquilizó porque Dios sabía que no necesitaba una entrada triunfal con agentes de seguridad en la ecuación.

Dejó la maleta para descargar la mochila y miró a su alrededor, con un remolino de sensaciones confusas en su interior. Volver a estar en casa era... raro, muy raro.

Le costaba adaptarse al hecho de estar en Nashville y no en Nairobi: su cuerpo se resistía al brusco cambio de aires.

Y de vida, por supuesto. Durante los tres años que había estado fuera recorriendo el mundo y colaborando con el voluntariado, se había acostumbrado a vivir con muy poco. La casa familiar le resultaba abigarrada, llena de adornos, cuadros, muebles, objetos. Siempre había sido así, pero su percepción del mundo era distinta.

Con un suspiro, se sentó en el sofá y estudió el salón buscando las diferencias, como si de una especie de juego de tratar se tratara. Los cuadros de las paredes eran los mismos, aquellos sombríos bodegones que siempre le había gustado pintar a su madre. De hecho, lo único nuevo que

identificó fue una pequeña y moderna camarera de dos alturas, una pieza elegante que sobresalía por su diseño en medio de toda esa decoración antigua. En la balda de arriba tenía copas, debajo las botellas. No recordaba a su madre bebiendo en exceso, de modo que tal vez la había comprado por si recibía visitas. Como fuera, mejor alejar eso de su vista.

Bezan se incorporó y empujó la camarera hasta el armario de la entrada. Continuaba lleno de trastos, aun así hizo hueco para quitarla de su vista.

Regresó al recibidor para coger la maleta y subió las escaleras tirando de ella. Había cuatro habitaciones y ella había estado en varias. Primero con Josh, su hermano mellizo, hasta que su madre había pensado que no era del todo correcto por no compartir sexo, momento en el que la había acomodado con Leah. Sin embargo, Bezan y Leah no se llevaban bien y, poco después, cada uno tuvo su propio cuarto, acabando así con los planes de su madre para convertir alguno en un estudio donde pintar.

Algo que les echaba en cara a la menor oportunidad, había que decir. En primavera y verano, a Savannah le gustaba sacar todos los bártulos al jardín y aprovechar la maravillosa e ininterrumpida luz. Durante esos meses no protestaba, hasta que el otoño aparecía acortando los días. Savannah se abrigaba e intentaba exprimir al máximo las horas fuera, mas nunca pasaba de octubre porque la humedad le afectaba mucho a nivel muscular.

Solo entonces transportaba los trastos al interior y, entre gruñidos, les recordaba lo terriblemente egoístas que eran por utilizar tantas habitaciones mientras que ella no tenía un lugar donde pintar. Cada vez que soltaba esa monserga, Leah se ofrecía solícita a cederle su habitación. Podía dormir en el desván. O en el sótano.

Cuando lo decía, ponía esa horrible cara de resabida que siempre la había acompañado durante su niñez. Esa expresión resignada en la que dejaba claro que era la única hermana con dos dedos de frente en la familia.

A su madre le encantaba que Leah se portara como una niña vieja porque le proporcionaba una falsa sensación de seguridad, como si allí hubiera dos madres en lugar de una. Por esa misma razón, Bezan y Josh la detestaban.

Por supuesto, Leah jamás tuvo que dormir en el desván o sótano. Solo con el ofrecimiento, Savannah se daba por satisfecha.

El caballete, los lienzos y las pinturas terminaban en la zona mejor iluminada del salón, y durante el invierno su madre trabajaba allí. Aunque a Bezan no le gustaban sus cuadros, no cabía duda de que se sacaba un sobresueldo con ellos. El resto del tiempo trabajaba en una pastelería de la calle principal.

Cuando eran muy pequeños y su padre todavía no se había marchado, esa época en la que Savannah aún los arropaba o besaba antes de dormir, Bezan recordaba el olor a azúcar en el aire, las inevitables motas blancas desperdigadas por la piel y el pelo de Savannah. Le gustaba que su madre oliera a dulce, que siempre llevara pasteles a casa o los utilizara como conejillos de indias cuando probaba recetas nuevas. En el colegio, todos los niños los envidiaban por eso.

Luego se quedaron solos y la situación cambió. Savannah aún olía a azúcar, pero rara vez los arropaba o hacía partícipes de algo referente a su trabajo.

Bezan sacudió la cabeza para apartar esos breves momentos felices que podía recordar en su infancia y empujó la puerta de su cuarto. Metió la maleta echando un vistazo y sí, Michael estaba en lo cierto: su madre no había cambiado nada.

Hasta los pósters de James Blunt, Marilyn Manson o Rob Zombie continuaban en las paredes. Era como hacer un viaje en la máquina del tiempo o algo similar.

Bajó a buscar la mochila para subirla también y poder deshacer el equipaje. Ufff, lo de subir

escaleras con aquel peso era palabras mayores.

Una vez los dos bultos estuvieron dentro de su territorio, se sentó y abrió su teléfono móvil. La gente normal los tenía en funcionamiento siempre, también ella al principio, aunque al empezar a viajar aquel aparato había pasado a ser secundario en su vida. Tanto que a veces ni siquiera recordaba que lo tenía, además de todos los cambios de marca, operadora y número que había tenido que hacer.

Buscó entre sus contactos hasta encontrar a Josh y marcó.

Mientras aguardaba a que contestara, sus ojos localizaron al fin un sobre encima de la mesita de noche: por la cara visible estaba su nombre garabateado. Las instrucciones de Leah, sin duda, hartó preocupada porque su llegada fuera a desequilibrar el frágil equilibrio familiar.

—¿Me engañan mis ojos? —escuchó decir a Josh—. ¿Mi hermana melliza se digna a llamar?

—Estoy en casa —informó ella, acomodándose en la cama sin dejar de examinar su habitación.

—¿Cómo, en casa? ¿En qué casa? ¿En Nashville?

—Sí, he llegado al mediodía y Michael acaba de dejarme aquí. ¿Acaso no sabías que venía?

—Bueno, Leah dijo que intentaría localizarte, pero como pasas de todo no pensé que lo iba a conseguir. Bien por ella, parece que su cabezonería sirve de algo.

Bezan se mordió el labio. Josh no había usado un tono hiriente ni nada por el estilo, simplemente... era la verdad. Que dolía, sí, aunque no le sorprendía.

—Vale...

—¿Estás en casa de mamá o en la tuya?

—En la de mamá —respondió, con un hilo de voz, y consciente de que en casi cualquier charla que tuviera con su familia encontraría reproches.

—¿Y seguro que te apetece quedarte ahí? ¿No estarías mejor en...? —Josh se quedó unos segundos en silencio y entonces siguió—. ¿Sabe Jeff que has vuelto?

Ella guardó silencio y Josh soltó un resoplido.

—No lo has llamado siquiera —suspiró—. Eres cojonuda, de verdad. Díselo ya, antes de que te lo encuentres por sorpresa y al pobre hombre le dé un infarto, anda.

—¿Cómo está? ¿Sueles verlo alguna vez?

—Si quieres saber qué tal está alguien, es tan fácil como coger el teléfono y llamar. A lo mejor te sorprende, pero una llamada una vez por semana nunca ha matado a nadie.

—Ya lo sé, Josh. Y llamaba, ¿recuerdas?

—Tú... —comenzó él, exasperado—. Mira, da igual, no me apetece hablar de esto, la verdad. Cada uno escoge cómo vivir su vida y hay que aceptarlo.

—Por lo que he oído, tampoco es que la tuya sea para tirar cohetes. —Bezan decidió que era el momento de recordarle que él tampoco era una persona ejemplar.

—Seguro que te lo ha dicho ese capullo de Michael. No le caigo bien.

—O sea, que es cosa de Michael que no aguantes en ningún curro y que cada día estés con una tía distinta.

—Mira, Bezie, si te metes en una competición a ver cuál de los dos la ha fastidiado más, te aseguro que me ganas por goleada —refunfuñó Josh.

—Quiero verte.

—Ah, ahora quieres verme.

—Vamos, Josh... podemos tomar un café, ¿no? ¿No tienes ganas de estar conmigo?

Hubo un silencio tenso entre ambos. Bezan sabía que al final diría que sí. Conocía a su mellizo muy bien porque ambos eran iguales. Josh estaba enfadado, como todos, por la forma en que se había marchado, pero la quería. Muchas veces había dudado del amor de otras personas, nunca,

jamás del de Josh. El vínculo que existía entre ellos era demasiado fuerte.

—Sabes que sí —gruñó el chico—. Canalla.

—Escucha, Leah me ha dejado aquí un sobre, imagino que con los horarios de visita del hospital y una planificación exhaustiva de lo que tengo que hacer durante el día. ¿Qué le pasa a mamá exactamente?

—Leah me dijo que quería explicártelo ella.

—No entiendo por qué nadie me dice nada. Como si no pudiera presentarme en el hospital sin avisar y hablar con los médicos —protestó Bezan.

—Es un tema delicado. Y Leah se ha ocupado desde el principio de todo, es la que mejor puede hablar sobre ello.

Bezan miró al techo con un suspiro. Claro que Leah se había encargado de todo, para variar, y solo por eso ya pensaba que tenía derecho a mandar, a tomar decisiones por los demás... en resumen, a organizar a la familia.

—Yo también soy su hija —añadió—. Y no necesito un sobre con instrucciones para que alguien me cuente qué demonios ocurre.

—Llevas fuera tres años.

—¿Y por eso no tengo derecho a saber qué le pasa a mamá?

—No es eso, Bezie. Es que no es para soltarlo de golpe —la voz de Josh resultaba vaga e imprecisa.

Bezan alargó la mano hacia la mesilla y cogió el sobre.

—Voy a leer esto y te llamo después para vernos, ¿vale?

—Está bien. Y no apagues el móvil, por favor, es desesperante querer contactar contigo y que no haya manera.

Josh colgó. Bezan se colocó un cojín tras la espalda y se acomodó, abriendo el sobre que su hermana había dejado.

Como esperaba, encontró un folleto del hospital Saint Thomas, con su distribución y horarios. Aquello podía haber sido útil de haber sabido en qué parte se encontraba ingresada su madre, detalle que no aparecía por ninguna parte.

Otro papel aparte con los horarios del autobús que más cerca la dejaba, al igual que las cafeterías cercanas, además de la del hospital, que permanecía abierta las veinticuatro horas. La dirección de varias tiendas de flores y pasteles, por si quería llevar un detalle.

Luego encontró una nota a mano.

«Bezan, espero que te hayas instalado bien. En la segunda balda del armario tienes una bolsa preparada para pasar la noche en el hospital, aunque no la necesitarás hasta mañana, hoy se queda Michael para que puedas recuperarte del viaje y del *jet lag*, después nos turnaremos. Josh también colabora, y Sarah, una auxiliar que trabaja en el hospital hace turnos, así que no será tan duro. Tienes comida en la nevera y todos los teléfonos de interés sobre la encimera, trata de no pedir comida basura, ¡por favor! Te espero esta noche a cenar en mi casa a las seis para que hablemos sobre mamá. Procura descansar.»

Plegó la nota, irritada. Horarios, bolsa e instrucciones, ¡como si ella no fuera capaz de tomar sus propias decisiones! ¿Por qué tenía que echarse a dormir y luego ir de invitada para ser informada sobre la enfermedad maternal? ¡Pero si era enfermera, por amor de Dios! Nadie mejor que ella para valorar la gravedad del asunto.

No, se suponía que debía acatar las órdenes y no aparecer por el hospital hasta el día siguiente, o cuando su hermana decidiera que debía ir. Después, en mitad de alguna discusión, le echaría en cara eso precisamente, lo mucho que había tardado en visitarla. ¡Como si no la conociera!

Releyó la nota de nuevo, abatida. Si Josh y ella estaban durmiendo allí, el asunto no pintaba bien en absoluto. Y ella no iba a esperar allí, tumbada en la cama, a que le llegara la información cuando a Leah se le antojara dársela. Que fuera la mayor solo había funcionado cuando eran pequeños, ahora tenía treinta y tres y ninguna obligación de obedecer a nadie.

Eso sí, comería algo primero y se daría una ducha antes de salir.

Bajó hasta la cocina para abrir la nevera y dudó hasta decantarse por una ensalada. Nunca precocinada, seguro que Leah las había hecho de una en una, era esa clase de persona. Se la llevó consigo al salón, sintiéndose extraña por estar sola en una casa que siempre estuvo llena de gente y ruido.

Sus ojos pasearon por el aparador del salón, lleno de fotos, y las contempló. Como de costumbre, no había fotos de su padre. De hecho, no creía que quedara ninguna en toda la casa, y las pocas que había poseído ella, se las había roto su madre con diecisiete años.

Fotos de la graduación de los tres, algunas de verano en la playa, una de Leah el día de su boda... una suya de cuando acabó la universidad...

Una de su propia boda.

Bezan notó un regusto amargo en la boca y apartó la mirada. Se observó a sí misma en el espejo, una imagen tan distinta de la antigua Bezan.

Siempre había sido una chica guapa, de facciones delicadas y armoniosas, ojos azules y melena rubia. Su metro sesenta, la tendencia a la delgadez y la piel clara le dio esa apariencia frágil y dulce que tanto gustaba a la gente en general. Después de los últimos tres años viviendo casi a lo salvaje, su tez estaba más morena que nunca y, pese a que no había ganado ni un kilo, ya no parecía tan delicada: el trabajo duro le había conseguido una forma física más que aceptable. También le había resecaado el cabello, por cierto, aunque eso era lo de menos.

Simplemente... era otra persona diferente a la de las fotos del comedor. Le importaban otras cosas, había vivido experiencias que no podía explicar, momentos irrepetibles, inolvidables. Duros, buenos, difíciles, felices. Tristes, nostálgicos, y cualquier gama emocional que se le pudiera ocurrir a nadie.

Por eso mismo, porque era otra persona, no pensaba quedarse de brazos cruzados sin averiguar qué demonios estaba pasando. Se daría una ducha y cogería un taxi para ir al hospital... a saber dónde estaría su coche, si Jeff lo habría vendido o qué.

En fin, hasta que pudiera conseguir uno, tiraría de transporte público o taxi.

Capítulo 2

Armada con los itinerarios y horarios de los autobuses que Leah había dejado, Bezan no tuvo ningún problema en llegar al hospital donde estaba ingresada su madre. Al fin y al cabo, había estado en lugares mucho peor comunicados que aquel, así que, aunque la ciudad no estaba tal y como la recordaba, el trayecto no había sido complicado.

Al llegar al edificio, se quedó unos segundos fuera, contemplando la enorme fachada. Le parecía más alto de lo que recordaba, demasiado amplio, lleno de ventanas... Quizá era el tiempo que había transcurrido o que su mente lo comparaba con los hospitales en los que había estado los últimos meses, si es que alguno podía llegar a tener aquella denominación. Algunos no habían sido más que cabañas en medio de la nada, casuchas hechas de ramas, adobe o cuatro tablas de madera que más bien asemejaban un cobertizo que un lugar donde se curaba a la gente.

Sacudió la cabeza, pensando en la cantidad de medicinas que allí dentro habría y lo mucho que costaba conseguir lo más básico en otros países. Aunque con lo que cobraban los seguros, mucha gente tenía el mismo problema aun teniendo los medios al alcance de la mano.

Con un suspiro, atravesó las puertas de entrada y sacó el plano proporcionado por Leah; enseguida se dio cuenta de que no le hacía falta puesto que había un enorme letrero señalando la recepción.

Se dirigió hacia allí y se puso a la cola, mas no tuvo que esperar mucho para llegar a la ventanilla.

—Ingresos en la ventanilla del fondo —dijo la mujer que había tras el cristal, en tono aburrido.

—No, no vengo a ingresar. —Menudas ojeras debía tener para que pensara que iba a ingresar... claro, el *jet lag* hacía estragos en cualquiera—. Vengo a visitar a una paciente. ¿Me podría dar el número de habitación de Savannah Dulay, por favor?

—Eso es información confidencial.

—Soy su hija.

—¿Algún documento que lo acredite?

Bezan echó mano de su bolso y sacó su pasaporte. La mujer lo cogió con dos dedos, mirando su aspecto desgastado con desconfianza y cómo abultaba por los sellos y visados que tenía pegados en las hojas interiores.

—No muerde —bromeó Bezan.

La mujer no dijo nada, por lo que ella se calló. Esperó mientras lo examinaba y comprobaba datos, hasta estudió la foto y luego a ella un par de veces.

—Es de hace tres años —explicó Bezan—. Estoy más morena y me he cortado un poco el pelo.

—Ya. —Le devolvió el pasaporte y tecleó en su ordenador—. Oncología, habitación 301.

«Oncología». Solo escuchar la palabra le provocó un escalofrío, a pesar de que sospechaba algo así desde que le había llegado el telegrama y, más aún, tras su conversación con Michael.

—Siga la línea roja —dijo la mujer, señalando el suelo—. Es fácil.

«A menos que seas daltónico», pensó Bezan, observando el suelo lleno de líneas en diferentes direcciones.

—Gracias —contestó.

Se colocó en paralelo a la línea y comenzó a caminar siguiendo su trazado hasta llegar a una zona de ascensores. Estaban marcados según las especialidades, así que subió en el indicado y marcó la planta con una línea roja al lado.

Al salir del ascensor, se encontró con varios letreros señalando el orden de las habitaciones y siguió la flecha hacia la 301. El pasillo no era muy extenso, pero de pronto le pareció que se alargaba mientras avanzaba hacia allí. Sus pasos, aunque normales, le parecían cortos, pesados, como si todo su ser quisiera acercarse y, al mismo tiempo, alejarse en dirección contraria. Era una sensación muy extraña, casi de pánico, y cuando estuvo frente a la puerta con el 301 inscrito en una placa sobre ella, se quedó parada sin llegar a tocarla. ¿Qué le esperaba al otro lado? Ni siquiera sabía si su madre estaba consciente, enchufada a alguna máquina, si seguía algún tratamiento que la dejaba débil o... De pronto, la puerta se abrió y se encontró cara a cara con su hermana.

Al verla, Leah se quedó unos segundos paralizada por la sorpresa, pero no tardó en reaccionar y cerró tras ella con rapidez. La cogió del brazo para alejarla unos metros, con gesto hosco.

—¿Qué haces aquí? —murmuró—. Deberías estar en casa descansando, ¿es que no has visto el horario?

Bezan ni se inmutó ante el tono. Tres años sin verla, y podría haber distinguido aquella voz entre miles; era como su madre en miniatura, hasta en los gestos. Incluso, al mirarla en aquel momento, la ropa y el peinado le recordaban a su madre. A diferencia de su marido, Leah no se veía más mayor. O eso, o la gruesa capa de maquillaje que llevaba disimulaba cualquier mínimo signo de la edad. Llevaba su cabello rubio y liso perfectamente recogido en un moño, del que no sobresalía ni un tímido pelo rebelde, y uno de aquellos trajes sastre que tanto le gustaba ponerse cuando salía a hacer «cosas importantes», con el botón superior de la camisa abrochado, como de costumbre. Había cosas que no cambiaban, por ejemplo, que su hermana se erigiera en adalid de la superioridad moral.

—Hola, Leah, yo también me alegro de verte —replicó.

—Déjate de sarcasmos. Ya veo que no has cambiado, sigues sin ser capaz de seguir ni una norma o indicación básica.

—¿Pretendías que me quedara en casa sin más? ¿En serio? ¿Sin saber qué es lo que le pasa a mamá?

—No te ha preocupado mucho en tres años, Bezan —pronunció su nombre con cierto retintín, como si de esa forma reivindicara su presencia por encima de cualquier otra—, así que... ¿qué más te daba unas horas más o menos?

Bezan no había esperado una bienvenida con los brazos abiertos, desde luego... tampoco un ataque frontal así. Después de todo, ella era quien la había llamado para que fuera. ¿Qué esperaba, que la obedeciera ciegamente cuando nunca lo había hecho?

—Mira, mamá está descansando —siguió Leah, cogiendo de nuevo su brazo—. Vete a casa y ya la verás mañana.

—¿Por qué no puedo entrar ni un minuto, ya que estoy aquí?

—Es que...

La puerta de la habitación se abrió y ambas miraron hacia allí, Bezan sorprendida al pensar que sería su madre, pero no: era un hombre con bata de médico. Cerró tras él con gesto serio y se acercó a las hermanas. Llevaba una tablet en la mano, cuya pantalla tocó varias veces antes de dirigirse a Leah.

—No tengo buenas noticias, Leah. —Miró a Bezan—. Perdón, podemos hablar más tarde si quieres.

—Será mejor... —empezó Leah.

—No veo el problema —interrumpió Bezan, extendiendo la mano hacia él—. Hola, soy Bezan, hermana de Leah. E hija de su paciente, por lo que veo. Así que lo que vaya a decir, puede hacerlo delante de las dos.

El hombre pareció aturdido unos segundos, sobre todo porque Leah resoplaba fastidiada. Como no negara las palabras de la chica, le estrechó la mano.

—Encantado, soy el doctor Ford —dijo—. Bien, ya sabíamos que una recaída no presagiaba nada bueno, por lo que...

—Perdón, ¿una recaída? —repitió Bezan.

—Sí. Su cáncer parecía estar en remisión, pero...

—Un segundo, un segundo. —Bezan movió la cabeza, sin poder creer lo que estaba escuchando—. ¿En remisión?

—Sí. Un cáncer en remisión quiere decir una disminución o desaparición de los signos y síntomas de cáncer. —El médico la miró con impaciencia mal disimulada—. En el caso de la remisión parcial, algunos signos y síntomas de cáncer han desaparecido, no todos ellos. En el caso de la remisión completa, todos los signos y síntomas de cáncer han desaparecido, pero el cáncer todavía puede estar en el cuerpo y creemos que ese es el caso de vuestra madre.

—Sé lo que es una remisión, soy enfermera —masculló Bezan, y miró a su hermana—. ¿Esto es en serio, Leah? ¿Mamá ya ha pasado por un cáncer?

—Bezan, no montes un espectáculo, por favor.

—¿Que no monte...? —Cogió aire, armándose de paciencia—. ¿Cuándo tuvo cáncer y por qué no me avisasteis?

—Hace un par de años, cáncer de mama. Estabas a saber dónde y no era grave, se operó y tuvo unas cuantas sesiones de quimio.

Bezan la miraba incrédula, aunque también estaba asimilando toda la información y no era complicado unir los puntos: la primera vez, las noticias no habían sido malas dentro de la enfermedad en sí y había tenido cura; esa vez, no iba a ser así. De lo contrario, de nuevo la hubieran excluido.

—¿Queréis que os deje solas? Puedo volver más tarde —comentó el doctor Ford.

—No —replicó Bezan al instante—. ¿Cuáles son las noticias?

Antes de contestar, el hombre miró a Leah, como pidiendo su aprobación. Ella afirmó con la cabeza con un suspiro, probablemente para evitar que Bezan siguiera con la discusión y llamaran la atención de la gente que había cerca. Todo fuera por mantener las apariencias, no fuera a despeinarse.

—Ya sabíamos que el nuevo tumor es de recurrencia regional —continuó el médico—, ha crecido en los ganglios linfáticos y es complicado de operar, por no decir imposible, dado el estado en que se encuentra. Estamos intentando reducirlo con quimioterapia, pero... el problema es que en el último escáner hemos descubierto metástasis en el hígado. Tenemos que hacer más pruebas para comprobar cómo está de extendida y si llega a otros órganos. Una vez tengamos todos los resultados, habrá que tomar decisiones.

—El seguro cubre todo, no hay problema en seguir ningún tratamiento, ni en que siga ingresada el tiempo que haga falta —dijo Leah.

Bezan puso los ojos en blanco. Su hermana, siempre tan práctica en cuestiones financieras. En ese caso no venía mal que tuviera todo en cuenta, eso tenía que admitirlo... aunque no lo haría delante de ella, por supuesto.

—Tendréis que pensar hasta dónde queréis que ella sea informada, qué queréis que sepa —

siguió el doctor—. Os hablaremos de los distintos tratamientos y algunos son muy agresivos, por lo que hay pacientes que prefieren no alargar el tiempo con sufrimiento y deciden dejarlo. Ya te comenté que esto podía ocurrir, Leah, y siento confirmar nuestros peores presagios.

La chica afirmó, evitando mirar a su hermana, y al fin Bezan comprendió el motivo de que la hubiera buscado esa vez: el tema no pintaba nada bien para su madre.

—Tengo que seguir mi ronda —indicó el médico—. Os veré mañana.

Las dejó solas, como si no hubiera acabado de soltar una bomba. Claro, para él aquello era parte de su día a día.

Bezan miró de nuevo hacia la puerta y avanzó un paso, aunque no estaba segura de si quería realmente entrar. Temía no encontrar a la mujer que había dejado al marcharse... y también lo contrario: nunca se habían llevado bien, cierto, así que, si su madre seguía enfadada con ella por haberse ido, lo cual era más que probable, lo que menos le apetecía era discutir con ella estando tan enferma.

—Está dormida —le dijo Leah, interponiéndose en su camino—. No es buen momento, debe descansar.

Su lado rebelde le decía que no obedeciera a su hermana, pero el sentido común le recordó que no era una situación normal y que su madre estaba mal. Tenía ganas de gritar, de discutir con ella y con todos, de hecho, por no haberla avisado. ¡Ni siquiera Josh! Ganas le daban de tirarle el café cuando quedaran para tomar uno. Aquello parecía una conspiración, con Leah a la cabeza y todos obedeciendo sus órdenes, compartiendo el secreto como si...

—¿Y papá? —preguntó, de pronto.

Leah dio un respingo y la miró arrugando la nariz, un gesto que solía hacer cuando algo le desagradaba.

—¿Qué pasa con él? —replicó.

—¿Lo sabe?

—Pues claro que no.

—¿No le habéis llamado?

—No me vengas a dar lecciones de a quién llamar y a quién no, porque tú desde luego has tenido alergia al teléfono durante tres años. Además, si alguien debía coger el móvil y hacer una llamadita, esa eres tú y no a nuestro padre precisamente, sino a Jeff. Porque te recuerdo que sigue siendo tu marido.

—Si llamo o no a Jeff es asunto mío, papá debería saber lo que está pasando.

—Como si fuera a importarle.

Bezan decidió que era el momento de dejar de discutir. Leah seguiría en sus trece, volvería a sacar a Jeff en la conversación y no llegarían a ninguna parte. Así que sin decir nada más, se alejó de ella y abandonó el pasillo para buscar un lugar desde el que poder llamar. Se llevaría una bronca por parte de Leah o acabarían discutiendo, lo cual iba a ocurrir de todas formas, por lo que añadir un motivo más le daba igual.

Tras abrir un par de puertas, encontró una pequeña sala de espera vacía. Se metió y cerró tras ella antes de sacar su móvil y buscar el número de su padre. Su dedo tembló unos segundos sobre el símbolo de llamada. Habían pasado muchos años y, aunque su relación había mejorado algo antes de su partida, el dolor de aquel día fatídico en que todo cambió seguía palpitante en su interior, como una herida mal cerrada.

Bezan y Josh solo tenían diez años cuando había ocurrido y Leah quince. Recordaba todo como si hubiera ocurrido el día anterior, aunque lo veía pasar ante sus ojos como una especie de película antigua, de esas que querías detener o rebobinar para cambiar el final, pese a saber que

no podrías.

Josh dormía como un tronco, algo innato en él, aunque cayera una bomba atómica, era del tipo que no se despertaba. Como todas las noches, Bezan estaba acurrucada en el sofá con su padre, Tadd, leyendo un libro.

—¿No podríais hacer eso en voz baja? —les recriminó Savannah, sentada en el sofá contiguo con una revista de arte—. Estoy intentando concentrarme y así es imposible.

—No queremos despertar a Josh —indicó Tadd.

—Ya sabes lo que opino sobre eso. Bezan, ¿no crees que sería mejor que compartieras la habitación con Leah?

La aludida, tirada en el suelo con una revista adolescente, levantó la mirada al instante y la fulminó con la mirada.

—¿Qué? —casi gritó—. No, yo quiero mi cuarto para mí sola.

—Bueno, tranquilas que no hay nada decidido —se apresuró a decir su padre—. Ya hablaremos de ello más adelante, pero hija, sois hermanas y...

—Seguro que es idea tuya —replicó Leah, levantándose—. Puede que lo haya dicho mamá, pero siempre eres tú el que fastidia todo.

Tadd resopló mientras veía cómo su hija recogía sus cosas y salía como una exhalación del salón. Miró a su esposa, y ella se encogió de hombros sin apartar la mirada de la revista. No quería discutir delante de Bezan, sus tres hijos estaban acostumbrados a ello y lo detestaba. Daba igual si daba la razón a Savannah o si le llevaba la contraria: nunca acertaba ni estaba bien lo que opinara.

—Vamos, te acompaño a tu cuarto —dijo a su pequeña.

Al menos con Bezan todavía tenía esos momentos compartidos, aunque ya podía prever que pronto cambiarían las cosas. Su ojito derecho iba creciendo y cambiando, no tardaría en dejar de ser la niña de papá que se sentaba con él a leer historias.

La acompañó hasta el piso de arriba, dejó el libro en su estante y la arropó, todo ello sin que Josh se inmutara. Ni siquiera se movió cuando su hermana encendió su lámpara de mesa.

—Hasta mañana, cariño.

—Buenas noches, papá.

Bezan apagó la luz y Tadd salió dejando la puerta abierta tras él. La niña dio un par de vueltas en la cama para acomodarse, con el libro que habían estado leyendo fresco en la mente y fastidiada por haberse quedado a medias. Miró hacia la cama de su hermano, que seguía durmiendo profundamente. No sería la primera vez que se quedaba leyendo hasta la madrugada sin que se despertara, así que pensó que podía coger el libro y leer un poco más. Si escuchaba pasos en la escalera, apagaría la luz para que su madre no la riñera y nadie tenía por qué enterarse.

Estaba decidida a levantarse, cuando escuchó el timbre de la puerta y frunció el ceño. Vaya, aquello sí que era extraño. ¿Una visita a esas horas de la noche? ¿Habría pasado algo?

Fuera quien fuera, era insistente, porque el sonido se repitió de nuevo hasta que oyó que la puerta principal se abría. Se levantó con cuidado, pese a que Josh seguía en los brazos de Morfeo, y salió al pasillo, justo para encontrarse con que Leah había tenido la misma idea.

—¿Quién ha llamado? —preguntó ella.

—Ni idea.

Avanzaron en silencio hasta la escalera; a cada paso, les llegaban las voces de sus padres y de una desconocida, discutiendo.

Se acurrucó contra la barandilla, ocultándose detrás con Leah a su lado. Al otro lado de la puerta estaba una mujer joven que ninguna de las dos conocía.

—¿La has visto antes? —susurró Leah.

—No, no la conozco, ¿y tú?

Su hermana negó con la cabeza.

—¡Sabía que estaba pasando, lo sabía! —gritaba Savannah.

—Cálmate —pidió Tadd, con tono nervioso—. Deberíamos hablar y...

—¿Con ella aquí?

Su marido miró a la desconocida, con gesto suplicante.

—Escucha, Sally, será mejor que te vayas y...

—No pienso moverme de aquí —replicó ella, señalándole con el dedo—. ¡Me prometiste que estaba todo acabado, que te divorciarías! ¿Y qué me encuentro? ¡Que ni siquiera has hablado de ello con tu mujer!

—Es complicado, yo...

—Eres un sinvergüenza —recriminó Savannah—. Lo sospechaba, pero claro, no tenía pruebas y como siempre me dices que me invento cosas...

—No pretendía que esto ocurriera.

—No me vengas con excusas baratas, para eso ya tienes a tu zorra aquí delante.

—Oye, sin faltar —protestó la joven.

—¿Sin faltar? Perdona, tú eres la que se está tirando a un hombre casado y con hijos, guapa, no yo. —Miró a Tadd—. Mira, esto es fácil. Te vas y punto.

—No pienso irme así, sin más.

—Está claro que aquí no quieres estar o no te hubieras buscado a otra. —Entrecerró los ojos con suspicacia—. Porque esto no es de hace dos días, ¿verdad? ¿Cuánto lleva sucediendo?

—Unas semanas...

—Seis meses —contestó Sally, cruzándose de brazos.

Savannah la miró de arriba abajo con ojo crítico. Bien, era más joven, pero lo que era clase... no tenía ninguna. Ya lo veía en su forma de vestir y hablar, en sus gestos, que le parecían de lo más ordinario... Siempre había pensado que Tadd no tenía gusto y ahora veía que ni para buscarse una amante decente.

—O ella o yo, querido —le dijo—. Es así de sencillo.

—No es tan fácil, Savannah. Los niños...

—No tienes ningún derecho a hablarme de los niños. Ten por seguro que van a saber lo que has hecho.

El hombre miró a ambas mujeres, con expresión de desesperación en su rostro. Desde su escondite, Leah y Bezan aguantaban la respiración, atónitas por lo que estaban viendo y escuchando.

—No puede irse —susurró Bezan, asustada—. No puede irse.

Lo repetía como si fuera una letanía, mientras abajo seguía la discusión, aunque las palabras les llegaban a ratos porque su padre intentaba no gritar y la otra mujer seguía en el exterior. De pronto, vieron cómo su madre le arrojaba una chaqueta, que el hombre cogió al vuelo mientras daba un paso hacia la puerta.

—Volveré a por mis cosas —dijo.

—De eso nada.

Él añadió algo más que no llegaron a escuchar, porque su madre cerró de un portazo que hizo temblar los cristales. Las dos se quedaron inmóviles, Bezan con los ojos abiertos de par en par mientras notaba cómo temblaba su labio inferior, amenazando el llanto.

—¿Se cae la casa o qué? —escucharon que decía Josh.

Se había asomado desde su habitación, con el pelo rubio revuelto y cara de estar más dormido que despierto.

—Papá se ha ido —musitó Bezan.

—¿A la tienda? ¿A estas horas?

—No, imbécil, se ha ido de casa —replicó Leah, levantando la voz.

Su tono alertó a su madre, que levantó la vista y los vio a los tres. Con gesto furioso, subió las escaleras y los señaló con el dedo.

—¿Estáis contentos? —gritó—. ¿Veis lo que ha pasado por vuestra culpa?

—¿Por nuestra culpa? —repitió Bezan, sin entender.

—Tres hijos fastidiando todo el día, sin hacer nada bien, ¿qué pretendías que ocurriera? ¡Vuestro padre se ha ido porque no os aguantaba más!

En su cabeza infantil, Bezan no conseguía entender lo que estaba ocurriendo. ¿De verdad su padre se había marchado? ¿Era culpa suya? Tenía que ser una pesadilla, no podía ser real, aquello no podía estar pasándole a ellos.

Se pellizó un brazo, por si acaso, pero el dolor era real y sus ojos se llenaron de lágrimas, no por el daño físico en sí, sino por el vacío que comenzaba a sentir en su corazón. La opresión en su pecho era cada vez mayor, y movió la cabeza con desesperación.

—Volverá, ¿no? —gimió—. Tiene que volver, es papá.

—No va a volver nunca —replicó Savannah—. Eso tenedlo por seguro. Meteos en la cama, mañana tenéis colegio.

Pasó de largo sin volver a mirarlos para dirigirse a su habitación. La escucharon abrir los armarios y, al poco, salir con un montón de ropa de su padre que tiró por la escalera.

—¿No me habéis oído? —gruñó.

Bezan y Josh intercambiaron una mirada, el segundo aún más aturdido que ella por no haber visto nada de lo sucedido.

—Será mejor hacer caso a mamá —dijo Leah, dándole con el codo.

—Pero... papá se ha ido —repitió Bezan, como si su hermana no hubiera visto lo mismo que ella.

—Sí, y ya has visto lo poco que le hemos importado. ¡Ni siquiera ha intentado hablar con nosotros!

Se levantó y se metió en su habitación pegando un portazo. Josh cogió la mano de Bezan y la llevó hasta el cuarto que compartían. Se aseguró de que su madre no los oía, aunque de todas formas parecía muy ocupada deshaciéndose de toda la ropa de su padre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, en voz baja.

Bezan le contó lo que habían visto, aunque seguía sin entender del todo la escena. Cosas que no había escuchado y, sobre todo, el origen de todo ello.

—No lo entiendo —murmuró Josh, al final.

—Yo tampoco.

—Bueno, seguro que mañana viene papá y nos lo explica, o nos llama por teléfono.

Bezan no sabía si decía eso para consolarla a ella o para convencerse a sí mismo, fuera como fuera, el chico se metió en la cama y, aunque lo escuchó dar más vueltas de lo normal, acabó durmiéndose, al contrario que ella.

Aquella no fue su primera noche de insomnio ni la última puesto que, al contrario de las suposiciones de Josh y de sus propias esperanzas, su padre no llamó al día siguiente.

Ni al otro.

Ni en mucho tiempo.

No apareció para sus cumpleaños, ni a recogerlos ningún día al colegio. Desapareció de su vida y solo supieron que la había rehecho de nuevo por lo que su madre les contaba. Nueva esposa, nuevos hijos, nueva familia.

Como si ellos nunca hubieran existido.

A pesar de todo, una parte de Bezan seguía siendo aquella niña que adoraba a su padre. No eran una familia desde hacía muchos años, aun así, en algún momento había querido a Savannah. Se había casado con ella, habían tenido tres hijos y no todo fue malo, aunque en retrospectiva lo pareciera. Por todo eso, merecía saber lo que le ocurría a su exmujer.

Qué hiciera después con esa información, ya Bezan no lo sabía.

Con un suspiro, bajó el dedo y pulsó el número para hacer la llamada .

Capítulo 3

—Muy bien, ¿quién puede decirme por qué *El guardián entre el centeno* es el libro preferido de tantos adolescentes? Ahora que lo habéis leído, estoy seguro de que tenéis un montón de comentarios que hacer al respecto. Venga, que nadie se esconda detrás del libro...

Entrar al instituto había sido relativamente fácil para Bezan. Le asombraba la poca vigilancia, la verdad, cualquier podía liarla sin problemas. Era cierto que en principio ella no daba un perfil sospechoso, aun así, aquella libertad despreocupada inquietaba un poco.

En fin, daba igual, el caso era que estaba dentro. Había estudiado allí y, pese a los pequeños cambios sufridos con los años, podía moverse por el interior a la perfección.

Contempló las paredes y las fotos de los cursos pegadas en ella con una sensación difícil de definir. ¿Había pasado allí sus mejores años antes de que la vida comenzara a complicarse de verdad, o era solo una sensación adulterada por cierta nostalgia?

Oyó pasos y se ocultó tras una pared. Unos segundos después, un estudiante pasó a la carrera en dirección al baño, lo que la hizo sonreír. Bueno, esos no le darían problemas, le preocupaba más el director o el profesorado... y tampoco tenía por qué, todos la conocían. Y ese era precisamente el problema.

Cruzó un pasillo, después otro, y se encaminó hacia el aula que se encontraba al final de este. No pensaba entrar a interrumpir la clase, solo necesitaba... verlo. Echar un vistazo para saber cómo reaccionaba. Después decidiría qué actitud tomar, si llamar, cuándo y todas las dudas que bullían en su cabeza en ese momento.

De modo que dio un montón de pasitos de bebé, retrasando ese momento que tanto miedo le daba. Dos veces estuvo tentada de dar media vuelta y salir corriendo a una velocidad similar a la del joven que acababa de ver. Se le daba bien correr, desde luego, algo que había perfeccionado en sus años fuera. Cuando te robaban el bolso tantas veces, o espabilabas o mejor recogías tus bártulos y volvías a casa.

Se acercó hasta el cristal que comunicaba el aula con el mundo y buscó a Jeff con la mirada. A lo mejor no estaba. Quizá ahora daba clases en otro sitio, o justo esa semana se había puesto enfermo, o...

Jeff estaba, por supuesto, y no tardó ni dos segundos en localizarlo. Apoyado contra su mesa, como hacía siempre, mientras aguardaba con expresión paciente y una sonrisa la respuesta de su nutrido grupo de alumnos de último curso.

Cuando Bezan le preguntaba cómo conseguía sonreír todos los días a aquella panda de adolescentes impertinentes y hormonados, Jeff siempre contestaba que era difícil ser antipático con alguien que siempre sonreía. Por lo general, ella soltaba un bufido al oírlo, pero a Jeff lo quería todo el mundo, así que algo de razón debía tener.

Nada más verlo se dio cuenta de que no estaba preparada para ello. Fue como visitar un parque de atracciones en cuestión de segundos: la montaña rusa de sensaciones la recorrió de arriba abajo, el algodón de azúcar apareció para recordarle lo bueno, el túnel del terror hizo asomar la angustia vivida en ciertos momentos de su relación, y el regalo con el puño dentro fue la guinda del pastel. Casi pudo sentir el golpe en el estómago.

—Venga, ¿a estas alturas nos vamos a poner tímidos? —insistió Jeff—. ¿Nadie quiere romper el hielo? Lo haré yo, si os parece bien. ¿Pensáis que es fácil identificarse a los dieciocho años con un personaje inadaptado y tan intenso como Holden? ¿Es esa la clave de su éxito, que refleja la angustia existencial de la adolescencia?

—Yo creo que tiene trampa —intervino una alumna de la primera fila—. Es decir, es la historia de un chico de dieciséis años camino a la madurez, pero no deja de estar escrita por un adulto. ¿Sería igual si lo hubiera escrito un adolescente real?

—Buena observación, Cassie.

—Si lo hubiera escrito un adolescente real sonaría cómo la música de Offspring —comentó un joven, y hubo un coro de carcajadas.

—No os disperséis —cortó Jeff, y otro alumno alzó la mano—. ¿Sí, Alex?

—¿Se supone que el momento del barranco es una metáfora? No termino de pillarlo.

—Holden tiene ese sueño recurrente donde sujeta a los niños antes de que caigan por el barranco «de la vida adulta» —respondió otra vez Cassie.

—Exacto —asintió Jeff.

Bezan aprovechó el breve momento de silencio para estudiar a su marido. Se le daba bien aquello, de siempre. Hasta cuando era alumno, se las apañaba para que sus respuestas en clase fueran diferentes... era una vocación tan clara que resultaba natural que hubiera terminado enseñando, más en el terreno de la literatura.

Los dos tenían en común el amor por las letras. No mucho más, algo de lo que se dieron cuenta tarde y mal, cuando ya no tenía remedio.

Lo miró otra vez, sin poder creerse que solo una puerta los separara. Lo había echado de menos, mucho. Tanto que ese dolor sordo había sido su compañero durante los tres años de su crisis existencial. Al principio creyó que era una especie de costumbre, costaba separarse de alguien con quien llevabas tantos años; sin embargo, pronto tuvo claro que no quieres a alguien por costumbre.

Otra alumna alzó la voz, sacándola de sus pensamientos.

—Yo creo que está sobrevalorada. Le han puesto el sello de novela de culto y se supone que tiene que gustarle a todo adolescente que se precie, pero no conozco a ningún adulto que lo haya vuelto a leer por placer una vez cumplidos los veinte.

—De hecho —comentó Jeff—, muchos adultos no recuerdan absolutamente nada de lo que le pasa a Holden durante el libro, pero sí se acuerdan de Holden.

—Eso es porque no le pasa nada interesante —volvió a decir el alumno que había hecho reír a sus compañeros minutos antes, consiguiendo el mismo resultado. Al ver la cara de Jeff, se apresuró a añadir—: A ver, no lo digo para que la gente se ría, es lo que pienso. No le pasa nada digno de mención, ¿no es así la adolescencia al fin y al cabo? ¿Un continuo ir y venir mental que no te acaba llevando a ningún sitio? Por eso recordamos a Holden, porque es fácil identificarse con él.

Jeff se acarició la barbilla, pensativo.

—Sí, es una manera de verlo. ¿Qué pensáis de que una cantidad de chalados considerables, entre ellos el asesino de John Lennon, lo hayan citado como una de sus influencias?

Se inició un breve murmullo, pero antes de que nadie pudiera responder, el timbre sonó dando por finalizada la clase.

—Vale, seguiremos con esto —comentó Jeff—. Quiero un comentario de texto de no menos de cinco mil palabras para la semana que viene. —Ignoró los gemidos de protesta—. Ah, y el entrenador me ha pedido que os diga que espera veros a todos esta noche para apoyar a los

Scrappers en su camino a las semifinales. Hasta mañana.

Bezan salió de su momento de estupor al ver que las sillas rechinaban contra el suelo, preludio de que la estampida de jóvenes estaba al caer.

No podía quedarse allí, no estaba lista para enfrentarse a Jeff, ¡si ni siquiera tenía un discurso ensayado o algo similar! Además, si lo pillaba por sorpresa, quién sabía cómo podía reaccionar. Mejor lo esperaba fuera, ¿no? Había visto su coche aparcado. Sí, esa idea parecía mejor. ¿Sería capaz de permanecer a la espera, o saldría corriendo en cualquier otra dirección antes que enfrentarse a él?

Con ese pensamiento tan poco coherente, Bezan se dio la vuelta a toda prisa y estuvo a punto de chocar contra una chica morena. La mujer apretó las carpetas contra su pecho por pura precaución y soltó una exclamación.

—Lo siento —murmuró Bezan de forma atropellada, pasando a su lado a toda prisa.

—¿Puedo ayudarla? ¿Busca a alguien? —quiso saber ella.

Bezan no se giró al escucharla. Debía ser otra profesora del centro, una a la que no conocía y que, por suerte, tampoco la conocía a ella. Mucho mejor.

—No, gracias —masculló.

—¿Es la madre de algún niño? La zona de los pequeños está en la otra dirección, este es el aula de... —La joven observó incrédula cómo la dejaba con la palabra en la boca, alejándose a toda velocidad—. Bonitos modales, sí señor.

Se hizo a un lado al ver que las puertas del aula se abrían y una avalancha de estudiantes hambrientos se catapultaba al exterior.

—¡Calma, calma! —exclamó—. ¡Me vais a arrollar!

Aguardó hasta que lo peor hubo pasado y después se asomó, dando unos golpecitos en la puerta. Una alumna parecía estar consultándole algo a Jeff, lo que era usual. Dios, qué paciencia tenía, era una de las cosas que más le gustaban de él.

Jeff alzó la mirada y le hizo un gesto que daba a entender que tardaría un minuto, de modo que Marie se puso a revisar por encima los trabajos que acababa de recopilar entre los alumnos de primer curso. Tenía tarea para tres o cuatro tardes, seguro, y una lástima no tener el bolígrafo rojo en las manos, porque ya empezaba a ver frases que marcar...

—Adiós, señorita Ponte —dijo la alumna con una sonrisa, al pasar a su lado para salir.

Todas salían con aquella sonrisita, claro. Bueno, normal, Jeff era guapo. Y relativamente joven comparado con el resto del claustro.

Suspiró al darse cuenta de que no era muy objetiva. Llevaba un año y cuatro meses dando clases en ese instituto y, al igual que buena parte de las alumnas, se había ido encaprichando de ese hombre sin saber muy bien cómo. Tenían alumnos en común, lo que le sirvió para poder hacerse colega suya, aunque solo hasta cierto punto. Jeff era bastante reservado. Es decir, era simpático, cordial y muy bueno en temas neutros, no tanto en cosas personales o sobre sí mismo.

Marie sabía que le llevaba tres o cuatro años, lo que le parecía perfecto porque ella tenía casi treinta, y estaba en ese punto en que no le gustaban ni los críos ni los cincuentones. Sabía que era un excelente profesor, que controlaba mucho sobre literatura, que le gustaban los animales... y poco más. El resto, una absoluta incógnita.

Se había aproximado despacio, consciente de que con un hombre así no serviría de nada ir demasiado directa. Allí había que trabajar, obvio.

No le molestaba. Estaba acostumbrada a hacer esfuerzos cuando tocaba, además tenía todo a su favor: compartían trabajo, vocación, soltería y lo más importante, tiempo. No había prisa, llegaría cuando fuera.

Los cafés en la sala de profesores habían sido un primer acercamiento básico. Una vez superado ese paso, esperarlos a la salida para ir juntos hasta sus respectivos coches fue el segundo. Y sí, llevaba más tiempo del deseable estancada en ese punto, pero Jeff se veía relajado a su lado. Ese detalle parecía importante, de forma que cada vez que se impacientaba, se obligaba a recordar que tenía que ir con tranquilidad. El karma era sabio y ella estaba haciendo las cosas bien porque era una buena chica.

—¿Trabajos? —preguntó Jeff, al llegar a su altura—. Eso te va a tener ocupada un montón de tardes, por lo que veo.

—Calla, no me lo recuerdes. No sé por qué les pongo tantos, si al final la que sale perjudicada soy yo.

—Algo hay que darles, que si no se relajan.

Jeff cerró la puerta tras él. Echaron a andar pasillo adelante, pasando entre alumnos y taquillas, profesores que charlaban entre ellos y el conserje, quien hacía tintinear su manojito de llaves para demostrar que iba camino a cerrar las aulas.

—Me desespera Andrew Lovin, de verdad. —Marie le mostró la primera página del trabajo, la misma que había ojeado ella—. Si tengo que volver a escuchar a su madre otra vez con lo de que es lento...

—Lento en abrir el libro, claro. Bueno, a ver, ¿a ti también te ha dado la matraca Jay para ir a ver al equipo de rugby luego?

—Sí —asintió Marie con pesar—. Y se me acaban las excusas.

—Tres veces me lo ha dicho hoy, ¡tres! Cada vez que me lo cruzaba hasta que he empezado a esconderme...

Marie soltó una risita. El entrenador era un plasta de concurso y todos lo sabían, solo podía competir de forma directa con la directora de teatro. Casi todos los profesores huían cuando veían a alguno de los dos, porque era realmente difícil librarse de los partidos y las obras: podías escaquearte de una, pero no de todas.

—Bueno, pues vamos a tener que coger el toro por los cuernos —dijo ella, decidida.

Empujó las puertas principales para salir a la calle, seguida de un perplejo Jeff.

—¿Qué, nos ponemos a gritarle que el rugby nos interesa lo mismo que las películas de Bertolucci? ¿Crees que así nos dejará en paz?

—No digas tonterías, me refería más bien a todo lo contrario.

—¿Lo contrario de gritarle que nos deje vivir?

—Mira, asistir a los partidos es un daño colateral de ser profesor en un instituto. Es posible que las cosas que suceden aquí no nos gusten mucho, pero debemos dar ejemplo a los alumnos y mostrar cierto interés.

Jeff sacudió la cabeza, no muy convencido.

—No sé si lo veo.

—En algún momento tendremos que ir, Jeff, sabes que si no Jay terminará enfadándose, y con esa cara de pena que se le pone nos hace sentir culpables.

—Creo que la tiene ensayada.

—Para que no sea tan aburrido, ¿qué tal si quedamos y vamos juntos? Podemos tomar un café, ver la semifinal y luego no sé, si tenemos hambre vamos a cenar. Así no será tan tostón.

Jeff alzó la ceja al escucharla. ¿Era cosa suya o aquello sonaba más a cita que a otro tedioso partido de los Scrappers? No estaba ciego, veía a la perfección el interés de Marie a pesar de la discreción de la profesora. Llevaba meses coqueteando, sin ser muy obvia, aunque dejando la puerta entreabierta.

¿Quería pasar por esa puerta? Una vocecita en su interior le decía que no, que era pronto. ¡Pronto! Después de tres años, pronto no era la palabra adecuada. No, imbécil iba muchísimo mejor para definir su situación.

Y estaba cansado de escuchar a su alrededor la cantinela de que tenía que rehacer su vida. Esa canción era un super éxito de ventas en su vida los últimos meses: la cantaba su madre, su padre, su hermano y sus amigos, a veces incluso a coro todos juntos. ¿Por qué parecía que tenían tanta prisa en que se buscara otra novia?

Jeff sabía que no era justo al pensar así. Su familia simplemente se preocupaba por él y querían que fuera feliz, eso lo entendía. Pero su madre tratando de organizarle citas a ciegas le parecía excesivo, él prefería dejar que la vida siguiera su curso, que todo fluyera con naturalidad. Si tenía que conocer a alguien, pues ya lo haría.

Porque vamos, no pensaba que fuera a recuperar el amor con la hija de una vecina de una amiga de la clase de macramé. No, no parecía muy probable.

Por otro lado, pese a que eso de que las cosas fluyeran sonaba bien, sabía que debía poner algo de su parte. Vale que Marie no le provocaba esa sensación intensa que sentías cuando estabas enamorado de la cabeza a los pies, pero era agradable. Se podía hablar con ella, siempre parecía dispuesta a escuchar y al menos reconocía su perseverancia.

Su parte menos racional se peleaba con la cerebral. Tenía dudas. Ese dicho que rezaba «cuanto más alto subes, más dura será la caída» reflejaba sus sentimientos al cien por cien. Cuando amabas tanto a otra persona y la cosa no terminaba bien, costaba creer que uno pudiera regresar al juego así, sin más. El vacío no desaparecía con facilidad.

Miró a Marie, preguntándose si ella sería capaz de llenar esa parte que le faltaba. Estaba casi seguro de que no, aunque... un café, un partido y una cena tampoco mataban a nadie, ¿no? Lo más probable era que fuera un rato entre colegas, como de costumbre, así que...

Vale, aceptaría y a ver qué pasaba.

—Bien, podemos... —empezó, sacando las llaves del coche.

Alzó la vista y se detuvo en el acto, tan de golpe que Marie chocó con él.

—¡Hey! Casi me caigo...

Marie se dio cuenta de que Jeff miraba en dirección a su coche, donde había una chica rubia apoyada contra la puerta del conductor. Volvió de nuevo la vista hacia él, alarmada al ver que no reaccionaba. Por su expresión, parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Pasa algo? ¿La conoces?

Sin embargo, Marie se dio cuenta de que Jeff no la escuchaba. Era como si hubiera dejado de existir en tan solo una fracción de segundo. Quería tirar de su manga, preguntarle cómo terminaba la frase que había empezado a pronunciar, captar de nuevo su atención... atención que ahora estaba puesta en aquella rubia. Y que también lo miraba como si no hubiera nadie más alrededor.

Suspiró, frustrada.

—¡Jeff! —exclamó.

Él pareció reaccionar al escucharla y la miró de reojo.

—Perdona, Marie. Nos vemos mañana, ¿vale?

Marie se cruzó de brazos, observando impotente cómo Jeff la dejaba allí para ir al encuentro de la recién llegada que, por desgracia, no era un fantasma.

A la mierda el partido, la cena y su oportunidad, ¿quién diantres sería esa chica? Fue hacia su coche con paso indignado por si acaso Jeff se percataba de su molestia, y una vez dentro tuvo claro que ninguno de los dos le prestaba atención, ¡vaya puñeta!

Bezan estaba a punto de sufrir un colapso. Jeff dudaba entre acercarse o no, una posibilidad

que no se le había ocurrido. Gritos sí, reproches, ver su rostro enfadado... que la ignorara y no le dirigiera la palabra no entraba en su ecuación.

Dios, tenía el ceño fruncido. Era algo que hacía de forma inconsciente cuando estaba inquieto o preocupado, incluso dormido. No sabía los millones de veces que había pasado el dedo índice por allí para tratar de eliminar ese gesto de su rostro, como si de ese modo pudiera alejar el motivo de preocupación. Cuando tenía guardias raras y se levantaba de madrugada, ese roce era tan habitual como darle un beso antes de marcharse.

«Estás dormido, relájate», solía susurrar.

Ahora no podía tocarle, claro, no con el muro que existía entre los dos. No después de haberlo dejado atrás en aras de su propia felicidad. Quería irse y Jeff jamás se había opuesto, aunque de haber sabido que no pensaba volver seguro que su reacción hubiera sido muy diferente.

Él avanzó un par de pasos y la miró, como si no terminara de creer que estuviera ahí, apoyada en su coche. ¿Era real? ¿Justo cuando empezaba a plantearse la posibilidad de pasar página, Bezan aparecía como por arte de magia?

La observó, sin saber qué decir. Se había cortado su melena rubia, que ahora le llegaba por los hombros, y tenía algo de color en el rostro, pero no había cambiado en nada. Si parpadeaba un segundo, no le costaba ver en ella a la chica de diecisiete años de la que se había enamorado en cuestión de horas. Un cincuenta por ciento de la culpa la tuvo su sonrisa, el resto fue la suma de belleza, inteligencia y personalidad.

Bezan le devolvió la mirada, sin atreverse a hablar tampoco. Jeff estaba igual, con el pelo castaño ni corto ni largo, esos ojos azules que siempre la habían traído de cabeza y la expresión de buen chico inherente en él. Casi había olvidado lo perfectos que eran sus pómulos, detalle fácil de ver porque había perdido algo de peso. Teniendo en cuenta que era delgado por naturaleza, la ausencia de kilos no era una buena noticia precisamente.

Mientras se miraban, en el aparcamiento del instituto donde se habían conocido, su mente voló hacia el pasado. Esa fría mañana de diciembre, con el curso empezado, en que la puerta se había abierto para dar paso a la señorita Hemwood, la secretaria. Había interrumpido la clase de historia, algo que no importó a nadie, ni siquiera a su profesor.

—Traigo a un alumno nuevo —informó la señorita Hemwood, entregando al profesor una carpeta de papel azul—. Aquí está todo. Se llama Jeff Lennon.

El chico nuevo despertó el interés general al momento. Primero, porque una cara nueva siempre era interesante, y segundo, porque traía consigo la oportunidad de perderse el resto de la clase.

Los alumnos no compartían pupitres más que en ciencias; de todos modos, el recién llegado se sentó al lado de Bezan. Esta le echó una mirada sin demasiado interés y regresó a sus garabatos en el cuaderno. Por esa época, antes de que su madre le dijera que se dejara de monsergas, fantaseaba con la idea de ser escritora.

La desaparición de su padre no había eliminado su interés por los libros, en absoluto. De hecho, Bezan sentía que era algo que aún la unía a él, aunque fuera con un hilo invisible. Leía tanto que descolocaba al mundo en general y a los chicos de su edad en particular: de una joven con su aspecto se esperaba que vistiera el uniforme de animadora y no que trasteara en la biblioteca de balda en balda en busca de tesoros por descubrir.

La jerarquía del instituto era la habitual: las chicas guapas eran populares y salían con los chicos guapos y populares. No era casualidad que animadoras y jugadores del equipo de rugby conformaran esos chicos y chicas, como tampoco lo era que no se mezclaran con el resto. La misma Leah había agitado los pompones antes de los partidos en sus años allí, de manera que se

esperaba lo mismo de Bezan.

Solo que ella tenía otros intereses bien distintos y no pensaba permitir que unos rasgos dictaran su vida. Prefería los libros, la música, ir por libre y la gente diferente, como su mejor amiga Alike.

Al no entrar en la rueda de las faldas plisadas y las mesas guays del instituto, Bezan no encajaba. Jeff tampoco, porque era nuevo, no tenía físico para destacar en los deportes y no parecía interesado en caer bien a nadie. Y pese a que a las chicas les parecía «mono», no era nadie en el mundo de los músculos, las chaquetas deportivas, las jarras de cerveza y los bailes vikingos en los vestuarios.

En el instituto se rumoreaba que venía de Lousiana, que vivía en los pantanos y que su padre trabajaba con cocodrilos. Todo muy exótico y que creaba un aura de misterio a su alrededor, Bezan daba por hecho que esa historia estaba muy sazónada.

Pronto tuvo ocasión de comprobarlo cuando la profesora de ciencias les asignó un proyecto juntos. Bezan puso los ojos en blanco al escucharlo y no ocultó su fastidio con una serie de gestos para dejar claro su sentir.

Después de varios minutos así, al fin Jeff se giró en su dirección y dijo:

—¿Quieres cambiar de compañero? No tengo problema.

—No es nada personal.

—Sé que no es nada personal, no me conoces. Aun así, podemos hablar con la señorita... —

Hizo memoria sin éxito.

—Logan.

—Podemos hablar con ella ahora mismo, si prefieres trabajar con otra persona.

—Prefiero trabajar sola.

—¿Por qué?

—Porque por lo general la gente pasa de los proyectos y al final uno de los dos termina haciendo todo, así que veo más práctico hacerlo sola desde el principio. El resultado del proyecto será el mismo, y la nota mejor.

Jeff parpadeó al oírla y no añadió nada más. Al terminar la clase, se detuvo unos minutos en la mesa de la señorita Logan, sin suerte al parecer, por la forma en que la miró encogiéndose de hombros. Durante la siguiente clase, Bezan le estuvo dando vueltas al tema. Las horas de ciencias no serían suficientes para el trabajo, tendrían que verse después de clase. No era lo que más le apetecía en el mundo, pero al menos el chico lo había intentado.

No se iba a morir por ser un poco simpática; además, era nuevo y quizá se sintiera solo. Bueno, lo hablarían al día siguiente.

Con diecisiete años, Bezan ya tenía coche. En realidad, era de Leah: su madre le había regalado uno de segunda mano al cumplir los dieciséis para que así pudiera llevar y traer a sus hermanos, aunque la joven no lo utilizaba desde que había comenzado la universidad. Por un lado, los horarios no coincidían del todo con los de los mellizos; por otro, odiaba conducir, y siempre había gente que la recogía, así que lo dejó languidecer hasta que Bezan obtuvo su permiso de conducir. Entonces se lo cedió, no sin antes pedirle que no lo estropeará. Como si le importara...

A Bezan, la idea de ir y venir a su antojo le resultaba tan maravillosa que no comprendía el motivo de que a su hermana no le gustara. Bueno, eso solo era otra cosa que no entendía de Leah, una más que sumar a la lista. De Josh tampoco tenía que preocuparse porque le quitara el coche: como deportista estrella del instituto, tenía más de un voluntario y voluntaria para ejercer de chófer, así que Bezan siempre iba a su aire.

Cuando arrancó, la voz infernal de Marilyn Manson llenó el silencio. Tarareó The beautiful

people unos metros hasta que vio al chico nuevo caminando en la misma dirección. Tras pensarlo unos segundos, redujo la velocidad hasta ponerse a su altura y bajó la ventanilla.

—Eh, chico nuevo —lo llamó—. ¿Te llevo a casa?

Él hizo una mueca al escuchar la música y dudó unos segundos.

—No te voy a secuestrar —bromeó Bezan, divertida.

En cuanto lo vio alargar la mano hacia la puerta del copiloto, arrancó. Jeff pegó un salto hacia atrás, con expresión hastiada. Quizá le habían hecho esa broma más veces.

Bezan lo miró por el retrovisor sin dejar de sonreír y esperó a que llegara a su altura.

—Muy graciosa —fue lo primero que dijo él.

—Era una broma. Vamos, sube.

Esa vez no arrancó cuando Jeff alcanzó la puerta. El chico se sentó y echó un vistazo alrededor, valorando si debía preocuparse o no. El asiento trasero era un auténtico despropósito: la mochila, libros desperdigados, una tableta de chocolate a medio comer, latas de Coca Cola sueltas... no había mucho orden por allí, no. Se giró hacia delante sin hacer comentarios, examinando a la chica antipática del proyecto de ciencias.

—Oye, perdona lo de antes en clase —comentó ella, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Es que estoy harta de comerme trabajos ajenos.

—Ya, tranquila. Ahora que lo dices, a mí también me ha pasado.

—¿De verdad?

—Sí, era más común en trabajos de literatura que en los de ciencias. En mi antiguo instituto, si te veían sujetando un libro estabas perdido.

Bezan lo miró, tardando unos segundos en darse cuenta de que era una broma. Sonrió de manera involuntaria y aquello relajó el ambiente entre los dos.

La rubia bajó la música —no quería que Marilyn Manson asustara al recién llegado—, y apartó la mano derecha del volante para tenderla hacia él.

—Bezan.

—¿Bethany?

—No, Bezan tal cual, como suena.

—Nunca lo había oído.

—Es que no existe —aclaró ella, divertida—. Tengo un hermano mellizo. Yo nací la segunda, así que imagina lo agotada que estaba mi madre. Tuvo una pequeña complicación, estuvo varios días en el hospital hasta arriba de drogas, y mi padre tuvo que encargarse de ir al registro. Él le preguntó qué nombre me iban a poner, mi madre quiso decir «Bethany» y terminó pronunciando a saber qué.

—Bromeas.

—¡Qué va! —Bezan se echó a reír—. Mi padre, ni corto ni perezoso, fue al registro y pronunció lo que le había parecido entender. Bezan.

—Una buena historia... yo soy Jeff. Un nombre muy normal y sin anécdota divertida detrás.

—¿Dónde vives, por cierto?

—Pues... no tengo ni idea —contestó el chico, mirando por la ventanilla—. Todos los barrios residenciales me parecen iguales, aún no he tenido tiempo de orientarme.

—No importa. Podemos dar unas cuantas vueltas hasta que localicemos tu casa.

Aquel día dieron vueltas, sí. Y no había sido la única vez durante su relación, pese a que la conexión entre ambos fue instantánea, como una chispa que prendía una bengala.

A veces, Bezan pensaba que nunca terminarían de dar vueltas, de quererse y odiarse, de viajar de los abrazos al abandono, de los besos a los reproches. Cuando estabas con alguien, lo malo

sobresalía sobre todo lo demás; cuando perdías a ese alguien, te dabas cuenta de lo bueno que ya no tenías.

Jeff y ella juntos eran como los fuegos artificiales, un estallido tras otro, bello por su colorido, duro por el ruido. Pero separados... no eran.

Al menos para ella, no tenía la menor idea de lo que le pasaba por la mente a Jeff en ese mismo momento, mientras seguían de pie uno frente al otro.

Por fin, él reaccionó y cubrió la distancia que los separaba hasta llegar a su altura.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó.

—Ayer. —No tenía sentido empezar con cortesías, por lo visto.

—Tu madre, ¿verdad? Leah me puso al día hace un par de meses por teléfono.

Maldita Leah. ¿Por qué tenía que meter a Jeff en sus asuntos? Aún era su marido, cierto, pero con la situación que había entre ellos lo mejor hubiera sido dejarlo en paz.

—No me puedo creer que te llamara para hablarte de esto —murmuró.

—Me llamó para ver si yo sabía dónde estabas —aclaró Jeff—. No te localizaba, de modo que recurrió a mí.

—¿Tú le dijiste dónde estaba?

Jeff asintió, en aparente calma.

—¿Y cómo...?

—¿Cómo lo sabía? Por los papeles del divorcio. Ya sabes, esa gente te localiza, aunque estés en mitad del océano.

Bezan encajó el golpe como pudo. Vale, Jeff había pedido los papeles del divorcio y los que los entregaban la habían encontrado, bien. ¿Y dónde estaban esos papeles?

—Están en casa —contestó él, al ver su expresión.

—Vale —murmuró la rubia, y su propia voz le sonaba lejana.

¿Estaba todo perdido? Jeff nunca daba un paso sin estar seguro, el hecho de solicitar los papeles significaba que lo había pensado muy bien. Seguramente durante el último año, y si ya había tomado la decisión...

—Si quieres pásate un día y les echamos un vistazo —comentó él, en tono despreocupado.

Dios, la cosa estaba peor de lo que pensaba. Claro, ¿qué esperaba? ¿Que Jeff estuviera a su lado de manera incondicional ignorando cómo se había portado?

No, su paciencia estaba a cero. Las consecuencias de tensar la cuerda creyendo que la gente te querría siempre, pasara lo que pasara.

Apenas reconocía a su marido en el hombre que tenía delante y que la invitaba a leer un documento que los separaría de forma definitiva como si le ofreciera un café.

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó él, acercándose al coche para abrir la puerta.

Bezan se hizo a un lado para permitirle el paso, aún conmocionada. Estaba segura de que su cara reflejaba con exactitud sus sentimientos... en fin, nunca había sabido fingir.

—No me han dejado verla todavía.

—Tu hermana en su línea, ¿eh? Bueno, dale recuerdos cuando la veas. He pensado varias veces en acercarme, pero no sé si es oportuno.

—No seas ridículo, a ti te quiere más que a mí...

Jeff sacudió la cabeza y se metió dentro del coche. Llevaba toda la conversación evitando el contacto visual con ella de forma deliberada, mensaje claro de que no quería seguir hablando.

Debería haberle telefonado antes en lugar de presentarse así.

Él arrancó, no sin bajar la ventanilla antes de irse.

—¿Cuánto vas a quedarte? —Otra vez el tono despreocupado, como si en realidad no le

importara.

Era una excelente pregunta. ¿Cuánto iba a quedarse? Ni siquiera había pensado en ello.

—No lo sé.

—Contigo será una sorpresa, como siempre. —Jeff sacudió la cabeza—. Ya hablaremos.

Y sin añadir más, se alejó de ella. Bezan se esforzó en reprimir las lágrimas. Ninguna sorpresa, era la escena que había imaginado... y no por eso dejaba de doler.

Capítulo 4

Bezan abrió y se quedó unos segundos parada en la puerta de la habitación, mientras su mente registraba la visión de su madre sobre la cama del hospital. Era ella y, al mismo tiempo, no lo era. Estaba delgada, consumida. La piel apagada y el rostro surcado de profundas arrugas que no recordaba. En aquel momento permanecía dormida, inmersa en el sueño químico provocado por la morfina que tenía enchufada en vena, como pudo ver al acercarse entre todas las bolsas que colgaban a su lado. Un botón regulaba la dosis, que Savannah podía controlar según quisiera hasta un límite seguro. Otra mala señal, por si lo anterior fuera poco.

Sus dos hermanos estaban dentro, aunque apenas se percató de su presencia, impactada como estaba por la imagen de su madre.

Se acercó ante la atenta mirada de Leah, que no parecía fiarse de ella. Bezan la ignoró y se sentó en la silla vacía junto a la cama para observar aquel rostro tan odiado y amado a la vez. No recordaba haber visto a su madre nunca así, ni cuando había pasado la típica gripe horrible o algún virus tuvo ese aspecto demacrado con aquel gesto de dolor en el rostro incluso dormida.

Alargó la mano hacia ella, a lo que Leah carraspeó, acercándose también para lanzarle una mirada de advertencia.

Bezan frunció el ceño, mientras se mordía la lengua para no soltar alguna barbaridad a su hermana. ¿Qué pensaba? ¿Que iba ahogar a su madre con la almohada?

—Ten cuidado —susurró Leah—. No la despiertes, necesita descansar.

Por la pinta que tenía, despertarla no era algo fácil de lograr de todas formas. Bezan se limitó a afirmar ligeramente con la cabeza antes de deslizar la mano bajo la de su madre y cogérsela con cuidado. No hubo reacción por su parte, así que se quedó en aquella posición. No recordaba la última vez que habían tenido ese tipo de contacto y estaba segura de que, de haber estado consciente, ni siquiera le hubiera dejado tocarla. Ese momento llegaría más tarde, por el momento le parecía bien estar así, en silencio, porque tenía tiempo de pensar qué decir cuando despertara.

La neblina que la morfina provocaba en su mente se fue disipando poco a poco. Savannah permaneció con los ojos cerrados, ya que los párpados aún le pesaban y sabía por experiencia que era inútil tratar de abrirlos mientras el efecto de la droga no se pasara. En aquel estado, le parecía estar flotando sobre la habitación, le gustaba la sensación de sentirse ajena a su cuerpo durante unos momentos, porque cuando la droga hacía su efecto, perdía la noción de todo y era agradable. Al despertar, podía recordar cómo era antes de la enfermedad. Entonces recuperaba la consciencia por completo y el dolor regresaba. En el pecho, en el estómago, en las articulaciones... apenas le habían dado un par de sesiones de quimio y ya sentía como si llevara veinte. Podía ser que su cuerpo recordara el trauma sufrido la vez anterior, que no se hubiera recuperado aún de aquello o, lo que más temía, que esa vez fuera muy grave. Después de tantas pruebas, había perdido la cuenta del número de análisis de sangre y biopsias en diferentes partes de su cuerpo. Tenía los brazos llenos de pinchazos, cada poco debían buscar una vía nueva porque tenía las venas quemadas y no debían quedar muchas sanas. El reservorio junto a la clavícula ya ni le molestaba: se lo habían colocado para el tratamiento de su primer cáncer de mamá y ahí lo

habían dejado «por si acaso». Y vaya si había sido necesario.

Con un suspiro cansado, se movió despacio para acomodarse en la cama y entonces notó que alguien sujetaba su mano. Supuso que sería Leah, siempre a su lado. Josh iba a menudo, sí, pero si no fuera por Leah... Menos mal que una de sus hijas había salido decente, porque de la otra no quería ni acordarse.

—¿Qué hora es? —murmuró, con voz ronca.

—La hora de cenar, mamá —contestó Leah.

—No tengo hambre. —Tragó con dificultad—. Dame un poco de agua.

Entreabrió los ojos y observó cómo Leah le acercaba un vaso de agua con una pajita dentro para que pudiera beber a sorbos sin problemas.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que su mano seguía sujeta por alguien y se giró despacio, encontrándose con la persona que menos esperaba ver.

Cerró los ojos con fuerza, por si acaso alguna de las drogas que tomaba le estaba jugando alguna mala pasada, pero no: ahí estaba. Bezan, la hija pródiga.

Apartó la mano y trató de incorporarse, por lo que Leah corrió a ayudarla. Acomodó las almohadas a su espalda, sin apartar la mirada de las dos.

—No hagas esfuerzos, mamá —recordó.

—Estoy enferma, no inválida —protestó ella, aunque prácticamente se sentía como una.

Examinó la habitación. Josh estaba al lado de la puerta y la saludó con la mano. Vaya, sus tres hijos juntos después de... ¿cuánto, tres años? Quizá más.

Eso solo podía significar una cosa.

—¿Cuánto me queda? —preguntó.

—Tienes más agua si quieres y... —contestó Leah.

—De vida, ¿cuánto me queda de vida?

Leah ahogó una exclamación y miró a sus hermanos con nerviosismo. Josh evitaba el contacto visual, dirigiendo su atención a la lámpara del techo como si fuera lo más interesante del mundo. Bezan se encogió de hombros y negó con la cabeza, solo faltaba que Leah pensara que había entrado a hurtadillas cuando nadie la veía para decirle algo a su madre.

—Ay, mamá, qué cosas tienes —dijo Leah, intentando adoptar un tono ligero—. No bromees con ese tema.

—No bromeo. —Cogió el vaso y le dio otro sorbo—. ¿A qué ha venido ella, sino?

Señaló con la cabeza a Bezan, que suspiró. Bueno, ese tono de voz ya era más propio de su madre, aunque sonara tan ronca y débil.

—No vino cuando tuve el cáncer la primera vez —insistió.

—Nos prohibiste contárselo —intervino Josh, ganándose la misma mirada enfadada por parte de Leah y de su madre.

—Ya veo el caso que me habéis hecho.

—Esta vez no has dicho nada —dijo Leah, colocándole de nuevo la almohada con nerviosismo—. Le he enviado un mensaje.

—Y ha venido, así que... muy mal tengo que estar.

—¿Podríaís no hablar de mí como si no estuviera delante? —preguntó Bezan.

—Es la costumbre —replicó su madre, mirándola por fin—. Llevas tanto tiempo sin estar que lo raro es oírte hablar.

—¿No puedo haber venido simplemente porque me preocupo por ti?

La cara de incredulidad de su progenitora dejó claro que aquella pregunta no había hecho sino terminar de confirmar sus sospechas. Se mordió el labio, evitando así decir nada más. Estaba

claro que el tiempo de preparación mientras su madre dormía no había servido de nada. Cuán difícil les había resultado siempre entenderse.

Leah hizo un gesto con la mano para que se callara y acercó el vaso de nuevo a su madre.

—Bebe un poco —le indicó—, todavía estás aturdida por la morfina. Eso es lo que te pasa, nada más.

Savannah obedeció, aunque nada podría convencerla de sus conclusiones. La presencia de Bezan allí era esclarecedora. Eso, unido a todas las pruebas y los dolores, diferentes a la vez anterior, no le dejaban mucho lugar para la esperanza.

Mientras sorbía, la miró con disimulo. Tenía el pelo diferente, la piel más morena... seguro que había estado de playa en playa sin dar ni golpe y a saber qué otras cosas, aunque no pensaba preguntar. Bastante tenía con preocuparse por sí misma como para meterse en otra de las espirales de Bezan.

Muchas veces se preguntaba por qué demonios no había podido ser como Leah, tan parecida a ella, y menos como el desgraciado de su padre. Cuando las había abandonado, Savannah había dedicado todas sus energías a educar y sacar adelante a sus hijos.

Leah había sido fácil: siempre dispuesta a ayudar, siguiendo las normas que marcaba y añadiendo las suyas propias. La miraba y se sentía orgullosa al verse reflejada en ella: Leah había formado una familia preciosa, su marido tenía un buen trabajo y... bueno, su nieta mayor no estaba en el mejor de sus momentos, pero Savannah estaba segura de que sabría enderezarla. Solo había que ver cómo se encargaba de todo, desde el mantenimiento de la casa, que parecía de anuncio, hasta los temas escolares. Como bien le había enseñado, formaba parte del consejo escolar, de la asociación de padres, del club de jardinería... Su hija era su mejor obra: perfecta en todos los sentidos.

Luego estaba Josh... bueno, nunca fue el mejor de los estudiantes, aunque en los deportes había dado más de una alegría. Y no se parecía en nada a Tadd, algo que agradecía cada vez que lo miraba. El chico requirió algo más de trabajo, porque para ella era difícil entender la mente masculina. Todo el tiempo temía que se acabara convirtiendo en una imitación de su padre. Y no, no estaba contenta de que no tuviera estabilidad en su vida, pero, al menos, no le había dado tantos quebraderos de cabeza como su melliza.

Bezan siempre fue diferente. Incluso desde que se quedó embarazada, Savannah estaba segura de que de los dos bebés que llevaba dentro, ella era la que más patadas le daba. El embarazo y el parto fueron difíciles; Savannah solo había querido tener la parejita, ¿por qué la naturaleza tuvo que complicarle tanto la vida? Una niña y después un niño, ¿tan difícil era?

En cambio, se habían convertido en familia numerosa, con todas las dificultades añadidas que ello conllevaba. Con el tiempo, al ir creciendo, Bezan se había mostrado más cercana a su padre que los demás. Al principio, Savannah incluso lo agradeció: menos trabajo para ella. De ese modo, Bezan se convirtió en el ojito derecho de Tadd. Por eso, cuando él se marchó, la niña fue la que peor lo tomó de todos. Preguntó por su padre durante tantas noches que Savannah casi se quedó ronca de repetirle que se había marchado y que no volvería jamás. Era increíble lo cabezota que podía llegar a ser aquella niña, por Dios, ¿no podía entender que su padre nunca los había querido?

También estaba el tema de los libros. Obviamente, que una niña estudiara no debería ser motivo de queja para ningún padre. El problema era que Bezan estaba en el otro extremo: se perdía en ellos, sobre todo en los que no debía. Le daba igual la lectura que le mandaran en el colegio o los deberes que tuviera que hacer, siempre había algún libro más interesante que leer. Había perdido la cuenta de las veces que, en mitad de la noche, entraba en su habitación y la

descubría leyendo algún libro bajo las mantas con una linterna.

—¡Te vas a quedar ciega! —le reprendía.

—Enseguida apago.

Esa era la promesa habitual que nunca se cumplía.

Después, empezó con los cuadernos. Los llevaba a todas partes, y a Savannah le costó darse cuenta de que no eran deberes lo que había en ellos. Solo una vez consiguió vislumbrar algo, porque su hija le arrebató la libreta como si fuera un tesoro, y ya no volvió a ver otro hasta unos años después. En una escena desagradable, por cierto, que no tenía ganas de recordar.

—¿Qué demonios escribes ahí? —preguntaba Savannah.

—Cosas mías —replicaba Bezan, metiendo el cuaderno en su mochila con cuidado.

—Tienes que centrarte en el colegio, no perder el tiempo con tonterías ni con esos libros tuyos.

Omitía decir que lo que más odiaba era que aquellos libros los hubiera dejado atrás su padre. Al día siguiente de que abandonara el hogar, Savannah guardó toda su ropa y objetos personales en unas bolsas de basura que sacó a la calle. No estaba segura de si fue cosa del camión como le hubiera gustado o si él había estado esperando para recuperarlas. Lo cierto era que en media hora desaparecieron de los contenedores situados frente a su jardín.

Sin embargo, algunas cosas quedaron atrás: libros, fotos enmarcadas, álbumes familiares... la mayoría acabaron en el cuarto de Bezan, que los colocó en sus baldas. Todas las navidades y cumpleaños, Savannah le regalaba un libro nuevo. Y pese a que la niña los recibía con entusiasmo, no tardaba en dejarlos en el cajón una vez leídos para coger alguno de aquella balda, aunque se lo supiera de memoria.

No sabía si era por leer lo mismo que él, por la relación estrecha que habían tenido o qué, solo que el tiempo pasaba y Bezan seguía haciendo gestos que le recordaban a Tadd. Utilizaba expresiones suyas que no había manera humana de hacer desaparecer.

A veces, pensaba que solo lo hacía para fastidiarla.

Algo que, con el tiempo, cada vez tenía más claro, sobre todo cuando empezaron los problemas.

Apartó el vaso de agua, molesta por los recuerdos y por lo que el pasado conllevaba. En aquel momento quería quedarse sola, que la dejaran en paz, pero sabía que no le harían caso a no ser que se diera otro chute de morfina y se quedara dormida.

O consiguiera que se fueran, lo cual en el caso de Bezan sería fácil, tenía muy claro cuál era su punto débil en aquel momento. Cada vez que pensaba en que había estropeado lo mejor que le había pasado en la vida, se le removían las entrañas.

Recordaba la primera vez que había visto a Jeff como si hubiera sido el día anterior.

Como casi todos los días, al llegar de trabajar se encontró con la puerta de la habitación Bezan cerrada. Era algo habitual, más le fastidiaba sobremanera esa manía de aislarse de la familia, como si los demás no pintaran nada en su vida. Además, no le permitía saber qué demonios hacía allí metida. Por eso, muchas veces entraba sin llamar y no se equivocaba al hacerlo, puesto que la pillaba con los dichosos libros malditos o escribiendo a saber qué en alguno de sus cuadernos.

Por las fechas, sabía que tendría exámenes pronto, así que decidió entrar y echarle la pertinente bronca para que hincara los codos de una vez.

Sin embargo, cuando abrió la puerta y dio un paso hacia el interior, se quedó callada al ver que no estaba sola. Sentado junto a ella en su escritorio había un chico que no recordaba haber visto antes.

—¿No sabes llamar, mamá? —protestó Bezan.

Odiaba cuando su madre irrumpía así en su habitación, siempre con la intención de pillarla

haciendo algo, lo que fuera, con tal de poder reñirla.

—No sabía que estabas en casa —improvisó ella, con rapidez.

Bezan no se creyó aquello ni por un segundo, pero supuso que su madre no quería quedar mal delante de Jeff; por muy desconocido que fuera, su «cara de bronca» como Bezan la llamaba, la guardaba para ella. De puertas para afuera, Savannah era todo sonrisas y mujer perfecta.

—Estamos estudiando, tenemos un trabajo de ciencias —contestó, a ver si así se iba.

—Ya lo veo, ya. —Había lanzado un buen escrutinio a la mesa y solo había libros y material escolar—. ¿No me presentas a tu amigo?

Bezan resopló fastidiada, pero Jeff se levantó con una sonrisa amable y extendió la mano hacia su madre, sorprendiendo a ambas.

—Jeff Lennon —se presentó—. Soy nuevo en la ciudad. Encantado de conocerla, señora Dulay.

Ella le estrechó la mano mientras aprovechaba para examinarlo de arriba abajo. No encontró nada que criticar: su ropa no era llamativa, ni estaba rota por ninguna parte como gustaba a los adolescentes, y parecía simpático y educado, algo que no le pegaba en absoluto con Bezan. Bueno, tendría un ojo abierto por si acaso, una no podía fiarse de las primeras impresiones.

—No creo haber conocido a tus padres —contestó.

—¡Mamá! —gruñó Bezan de nuevo.

—Acabamos de mudarnos, mi padre trabaja en el zoo. Seguro que en la próxima reunión de padres tendrá ocasión.

Savannah asintió satisfecha. Con una sonrisa, retrocedió hacia la puerta.

—Seguro que tenéis mucho que hacer —dijo—. Venga, continuad.

Los dejó solos, pero no por mucho rato. Bajó a preparar un par de sándwiches y no tardó en subir con ellos para interrumpir por segunda vez. Si allí se estaba cociendo algo más que un trabajo de ciencias, lo averiguaría.

Sin embargo, cuando entró de nuevo sin llamar, ellos seguían sentados en el mismo sitio.

—Perdón, perdón —dijo, con una sonrisa—. Solo os traigo esto y no os molesto más.

No le pasó por alto la mirada incrédula de Bezan; era normal, nunca le había subido la merienda en su vida.

Sin dejar de sonreír, se marchó de nuevo y no los molestó más en toda la tarde. Cuando Jeff se marchó, un par de horas después, se despidió de ella con la misma cortesía que había mostrado con anterioridad. Savannah se cuidó muy mucho de hacer ningún comentario sobre él a su hija, ni ese día ni más adelante: el chico le había gustado, y estaba segura de que, si decía algo al respecto, Bezan lo rechazaría automáticamente. Por fastidiarla, seguro.

Así que no fue hasta que la relación entre ambos se consolidó, que Savannah empezó a mostrar su afinidad hacia el chico, de forma que cuando Bezan decía que lo quería más que a ella... en fin, a veces no le faltaba algo de razón.

Algo más acomodada en la cama del hospital, Savannah observó a su hija con el ceño fruncido.

—¿Ya has llamado a Jeff? —preguntó.

—Sí —contestó ella—. No quiero hablar de eso ahora, mamá.

—Sigue siendo tu marido, aunque lo dejaras como un trapo tirado en la basura.

—No quiero discutir.

—Tranquila, no te pongas nerviosa —intervino Leah—. Bezan ha venido en son de paz.

—No tengo fuerzas para esto —murmuró Savannah—. Pienso en el pobre Jeff y...

Bezan resopló y se levantó, elevando las manos en el aire.

—Será mejor que te vayas ahora —aconsejó Leah—. Ya te quedarás otro turno.

—Yo tengo que trabajar —dijo Josh—. ¿Quieres que cambie mi horario?

—No, marchaos los dos, ya me quedo yo.

Los mellizos salieron de la habitación, aunque una vez fuera, Bezan se sintió tentada de volver a entrar. Sentía que tenía una conversación pendiente con Savannah, o más de una, mejor dicho.

—Ya ves que su carácter no ha cambiado mucho.

—No, está claro.

Josh le frotó un hombro, dándole ánimos.

—Seguro que mañana estará de mejor humor y podréis hablar.

Bezan afirmó con la cabeza, pensando que aquel «mañana» sería pronto una quimera.

En la habitación, Leah revisó las bolsas que tenía su madre con las medicaciones y miró el reloj para comprobar el tiempo que faltaba hasta la siguiente visita.

—No se olvidarán de mí —murmuró Savannah, sintiendo que el cansancio volvía a apoderarse de ella—. Siempre vienen las enfermeras en su ronda.

—Lo sé, solo me gusta comprobarlo. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien.

La observó mientras su hija recolocaba las flores de la habitación. Si preguntaba de nuevo, seguro que no le contestaba, así que tendría que hablar ella directamente con el médico. Ya encontraría el momento.

—¿Quieres que hable con las peluqueras del hospital? —preguntó Leah.

Savannah negó con la cabeza. Ya había pasado por aquello: raparse el pelo para no ser testigo de la lenta pérdida del mismo, las pelucas, las heridas en la cabeza que estas le provocaban, el calor y la incomodidad... No, no volvería a eso.

—Si me vuelven a rapar, usaré pañuelo —contestó.

Leah la miró, sorprendida. La vez anterior, aquella había sido su primera preocupación: ocultar la falta de pelo y parecer lo más normal posible. Quería insistir, quitarle la idea de una muerte cercana de la cabeza, pero mentir era algo contrario a su naturaleza, por lo que prefirió callar.

Ya llegaría el momento, cuando estuviera preparada.

Aunque no sabía quién de las dos: si ella, o su madre.

—No quiero que se quede conmigo— escuchó.

Se dio la vuelta, sin terminar de comprender a qué se refería.

—¿Qué?

—Bezan. Habéis hablado de turnos, ¿no? Eso significa que la has incluido en ellos.

—Vamos, mamá. Sigue siendo tu hija.

—Ella no quiere estar aquí. Sabes perfectamente que dentro de unos días volverá a coger un avión y nos quedaremos con un palmo de narices. —La mirada de Savannah era obstinada—. No te hagas ilusiones, Leah. La gente no cambia.

Leah se cruzó de brazos. Era cierto que defender a Bezan era complicado, que ninguna había llegado realmente a comprenderla, que no tenían nada en común con ella.

Pero estaba allí. Había cogido tres aviones desde Nairobi pudiendo ignorar el telegrama, así que algo le debía importar su familia, ¿no?

—Ya hablaremos del tema —murmuró, con voz agotada.

—Vigila tus expectativas. Conoces de sobra a tu hermana.

Savannah entrecerró los ojos, gesto que dejaba claro que no tenía ganas de continuar la charla.

—Voy a buscar un café y vuelvo ahora —comentó Leah.

Salió del cuarto y cerró la puerta. Josh y Bezan se encontraban en el pasillo, susurrando entre ellos y haciendo que se sintiera como tantas veces durante su vida en común: excluida.

Existía algo, una conexión especial, que siempre la había dejado fuera. Por muchas cosas que

Bezan hiciera mal, Josh siempre estaba ahí para abrazarla y decirle que todo saldría bien. Si el afectado era él, no buscaba a Leah para desahogarse o pedir consuelo, sino que recurría a Bezan. Era esa clase de amor incondicional entre mellizos del que ella nunca sabría nada. De niña le crispaba mucho aquello, porque le hubiera encantado que sus hermanos fueran como un pequeño equipo de beisbol, uno en el que ella diera las órdenes y todos obedecerían.

—¿Se ha dormido? —preguntó Josh, al verla acercarse.

—Ha cerrado los ojos, sí. Se agota rápido.

—Menuda novedad —murmuró Bezan con ironía.

—Déjate de bromas, que esto es serio. —Leah la miró con mala cara—. Mamá está muy enferma. No sabemos cuánto va a aguantar, ¿es mucho pedir que el tiempo que le quede tratemos de estar en paz?

—Joder, Leah, lo estoy intentando. No es que lo ponga fácil tampoco, ¿eh?

—Dejemos que lo asimile, lleva tres años sin verte —repuso Leah—. Todos llevamos tres años sin verte, la verdad. Danos un poco de margen.

Bezan se encogió de hombros, sin objetar. Podía comprenderlo, sí. Tampoco tenía otro remedio que dar tiempo, ¿verdad?

Observó el rostro de su hermana mayor con atención. Leah siempre había sido atractiva, una imagen en gran parte perfeccionada por su maquillaje permanente y el aire de glamur conseguido a base de trajes entallados y tacones elegantes. Sin embargo, ahora que la veía a cara lavada y en vaqueros, fue consciente de la palidez de su cara, de las profundas ojeras bajo sus ojos y de su expresión de infelicidad. Tampoco es que fuera feliz de forma habitual, Leah era el claro ejemplo de persona insatisfecha, pero esta vez había algo diferente.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede? —se ofreció—. Pareces muy cansada.

Vio a su hermana dudar unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No, no te preocupes. Pediré la cama supletoria y dormiré un rato.

—Bueno, si lo tienes claro... —comentó Josh—. ¿Quieres venir a cenar algo?

Leah negó de manera enérgica.

—Prefiero tratar de dormir —replicó.

—Mañana hablamos, entonces.

—Ah... —Ambos la miraron—. ¿Os apetece venir a comer a casa?

Los mellizos intercambiaron una mirada entre ellos. La invitación no era usual, tampoco extraña. De vez en cuando, a Leah le gustaba perpetuar esa idea de familia bien avenida que compartía comidas o cenas los fines de semana. Se ponía un delantal que al final del día seguía immaculado, servía complicados asados y postres imposibles de deletrear y presumía de vida perfecta.

Bezan pensó que sería un buen momento para ver a sus sobrinas, así que se encogió de hombros y afirmó con la cabeza, lo que aceleró la respuesta de Josh.

—Sí, claro. ¿A la una?

—Muy bien. Os veo mañana entonces.

Leah desapareció tras la puerta, de regreso al cuarto de su madre.

—Me muero de hambre —dijo el chico—. Venga, te invito a cenar y así nos ponemos al día. El otro día solo hablamos de mamá, tienes mucho que contarme.

—Sigo sin creer que nadie me avisara de su cáncer anterior —murmuró Bezan, siguiendo a su hermano por los pasillos.

—Mamá no quería, Bezan. Fue muy clara al respecto —se disculpó él—. Tampoco sabíamos bien dónde buscar, si he de ser sincero. Desapareciste del mapa por completo.

Josh no pretendía reprochar nada y Bezan lo sabía; de todos modos, se sintió atacada. Daba igual, tendría que batallar con comentarios por el estilo en más ocasiones, no tenía sentido ofenderse continuamente. Además, en parte tenían razón: no había estado muy localizable.

—¿Es divertido estar de vacaciones todo el tiempo? —quiso saber Josh, una vez estuvieron instalados en su coche.

—No eran exactamente vacaciones —dijo ella con una mueca—. ¿Y este coche, por cierto? ¿Desde cuándo te gusta conducir?

—Desde que no tengo otro remedio. Trabajo aquí y allá, lo necesito.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa. —Josh le guiñó el ojo.

Arrancó y ella miró por la ventanilla. Pronto llegaría el verano, la peor época del año para viajar. Al instante se quitó la idea de la cabeza: no parecía que fuera a irse a ninguna parte, al menos no en un futuro cercano. Lo de su madre no iba a desaparecer en unos días, y pese a que había contemplado la posibilidad al subir al avión, tener la confirmación fue doloroso.

No podía pensar en marcharse cuando solo llevaba allí tres días, no. Imposible.

—¿Dónde trabajas? —preguntó, tratando de alejar esa familiar sensación de echar a correr para alejarse del mundo.

—¿Yo? Bueno, ahora estoy en una obra. Están reformando el centro comercial.

Michael tenía razón, Josh no había cambiado. Seguía encadenando trabajos temporales uno tras otro, sin intenciones claras de aceptar cualquier puesto que conllevara alguna responsabilidad. Parecía que la palabra «estabilidad» le producía urticaria, aunque, ¿quién era ella para hacer comentarios al respecto? Eso era algo que tenían en común.

—¿Y estás contento?

—Es una obra, Bezie. No me produce felicidad máxima, pero pagan a final de mes y las cosas siempre se están rompiendo, así que me garantiza el trabajo.

—Vale, vale.

—No entiendo esa manía de todo el mundo de creer que uno tiene que ser feliz en el curro. Es trabajo, punto, sirve para pagar facturas y llenar la nevera... hay que asumir que no todos podemos ser ingenieros, abogados o banqueros. También deben existir los carpinteros, fontaneros y fresadores.

—¿Fresadores? —Ella no pudo reprimir la sonrisa.

—A ver, alguien tiene que recoger las fresas. —bromeó Josh, girando para meterse por la derecha—. ¿Y tú? ¿Vas a explicarme cómo puedes permitirte viajar sin trabajar?

—Sí que trabajo. Cuando decidí seguir adelante tuve que buscarme la vida —respondió Bezan—. Lo que fuera, ya sabes. Camarera, dependienta... trabajaba unos meses hasta conseguir dinero y entonces continuaba el viaje.

—Leah me dijo que estabas en Nairobi. ¿Qué demonios hacías allí?

—He estado allí el último año.

Josh aparcó frente a una cafetería cuyo rótulo decía «Deveraux». La rubia lo observó unos segundos hasta que pareció darse cuenta de dónde estaban.

—¿En serio? ¿Al final lo hizo?

—Ajá. Lleva un par de años... y le va bien.

Bezan salió del coche sin esperar más. Empujó la puerta del establecimiento, encontrando un lugar cálido y acogedor, decorado en tonos ocres y con motivos africanos en las paredes. Sintió un pellizco de nostalgia porque esos tonos eran un reflejo de Alika, sin duda, y la había echado de menos muchísimo.

La buscó con la mirada sin hallarla hasta que, de pronto, las puertas de la cocina se abrieron y allí apareció. Alta, de piel dorada y cabello largo color azabache que llevaba recogido en una coleta, Alika seguía igual de bella y atlética que siempre.

Vio cómo la miraba, sorprendida, para acto seguido ir a su encuentro con una enorme sonrisa en el rostro.

—¡Bezan! —exclamó, antes de abrazarla—. ¡Dios mío, me alegro mucho de verte!

Ella respondió a su abrazo, batallando con las lágrimas. Las cosas serían mucho más fáciles si todo el mundo fuera un poco como su mejor amiga, la persona más comprensiva del mundo.

Se conocían desde la escuela primaria y, hasta donde podía recordar, siempre había estado en su vida. Incluso en los momentos más crudos, Alika nunca la había juzgado, solo apoyado. No era algo que pudiera decir de todos los demás, siendo sincera.

—¡Oh, cariño, estás muy flaca! —comentó Alika, separándose para mirarla bien—. ¿Qué pasa, no te dan de comer en esos sitios exóticos en los que viajas?

—No es ese tipo de viaje donde vas de la playa al bufé —se echó a reír Bezan.

Se apartó y volvió a recorrer el local con la mirada.

—Eso tiene solución —respondió su amiga—. Os invito a cenar, a los dos, y verás que en cuanto pruebes mi comida no querrás otra cosa.

—Es un sitio precioso, Alika —comentó Bezan—. No me puedo creer que finalmente consiguieras abrir tu local. Llevabas toda la vida queriendo hacerlo y mírate.

—Lo sé. —La joven le hizo un gesto que incluía a Josh para que ocuparan una mesa—. Venga, sentaos.

Los colocó en una zona privilegiada, junto al mayor ventanal de la cafetería.

—Dejad que hable con el cocinero y vuelvo en un minuto. —Alika volvió a sonreír antes de desaparecer.

Bezan volvió su atención hacia su hermano, dudando sobre si preguntar o no.

—Aún sois amigos, por lo que veo.

—¿Y por qué no íbamos a serlo?

—Bueno, no todo el mundo consigue llevarse bien con su antigua pareja.

—Si no ha habido dramas en la relación no veo por qué no. Los dos somos adultos; dejamos de salir porque no teníamos nada en común como pareja, eso es todo.

—Muy maduro por tu parte. —Bezan se cruzó de brazos.

—Han pasado más de tres años, pertenece al pasado.

No le faltaba razón, aunque dependía de cada persona. Ella también llevaba tres años alejada de Jeff, y sin embargo la sensación era completamente diferente. Hubiera dado cualquier cosa por recuperarlo, pese a saber que era un error: no le haría algo así. Incluso aunque la perdonara, nunca podría ofrecerle la vida estable que necesitaba.

Cuando era niña, a menudo imaginaba que desaparecía de Nashville y comenzaba una vida nueva en cualquier otro lugar. Según fue cumpliendo años, esos pensamientos empezaron a superponerse sobre todo lo demás, incluso el amor. No sabía explicarlo, era un deseo que nacía de su interior y no siempre lograba controlarlo, pero cuando otras adolescentes soñaban con vestidos y conciertos, ella veía un avión. Veía playas y nieve, gente diferente, lenguas nuevas. Veía otra manera de moverse por la vida que no casaba con la habitual, la esperada. La que aceptaban las personas de su entorno, sus amigos, hermanos, vecinos.

—¿Vas a quedarte esta vez? —preguntó Josh—. ¿Has pensado en ello, al menos?

Bezan titubeó antes de responder, escuchando bien sus palabras.

—El telegrama me pilló bastante por sorpresa, la verdad. Vine a toda prisa sin pensarlo mucho,

creía que... en fin, no sé lo que creía.

—Sé que hicimos mal en no avisarte la vez anterior. Mamá se negaba y Leah la apoyó... supongo que ninguno pensó que se repetiría.

—No me extraña viniendo de ellas, pero no lo esperaba de ti.

—¿Y qué esperabas? Te largas sin más, llamas una vez al mes, nadie sabe dónde andas, ni siquiera si estás viva —recriminó él, jugueteando con la carta—. ¿Tú decides no mantener ninguna norma de cortesía y sin embargo las exiges?

—Josh, lo comprendo. Aun así, creo que el tema era lo bastante serio como para...

—Sigues sin entenderlo, ¿verdad? Dios, eres tan egoísta. Únicamente piensas en ti misma, en tus necesidades, y después me echas la bronca por no actuar en base a tu idea de lo correcto. Pues lo siento, yo también tengo mi forma de pensar.

Bezan negó con la cabeza.

—Josh...

—¿Quieres saber cuál es mi forma de pensar? Creo que, si quieres a la gente, te quedas a su lado. No desapareces sin dejar rastro y sin volver la vista atrás. Vale, sé que la vida con mamá siempre fue complicada para ti, lo sé.

Bezan abrió la boca para interrumpirlo, sin éxito.

—Jeff, Alika... yo —continuó él—. ¿Qué pasa con nosotros? ¿De vez en cuando pensabas en nosotros?

Josh se calló al ver a Alika regresar. Bezan se recostó en la silla, observando cómo su hermano recomponía su expresión para que la recién llegada no se diera cuenta de la conversación mantenida allí. Vaya, sí que estaba enfadado, por lo visto. Su comportamiento taciturno no correspondía solo al tema maternal, sino también a ella y su modo de vivir.

—Pedido listo. —Alika se deslizó junto a la rubia—. Bueno, antes de que llegue la cena, ¿qué tal si me cuentas con detalle qué has estado haciendo este tiempo? ¡Y con palabrotas!

Bezan miró a su amiga con cariño, después a Josh. Tendría que aplazar la charla para otro momento, ese no era el adecuado.

Capítulo 5

Josh aparcó frente a la casa de su hermana mayor y quitó la llave de contacto. Se quedó en silencio unos segundos, sin mirar a Bezan.

La noche anterior, al aparecer Alike en escena ya no habían podido continuar con la conversación que se había abierto de forma involuntaria por su parte. Y sí, se arrepentía un poco de haber sido demasiado sincero con su hermana, pero ¿qué sentido tenía mentir? Bezan siempre se daba cuenta si mentía, igual que percibía si era feliz o pasaba por un momento difícil. No, mentir no era una opción, aunque a lo mejor podía haberlo soltado más adelante y no cuando la chica solo llevaba un par de días allí.

Además, el recibimiento de su madre no podía haber sido peor. Y pese al silencio respecto a su encuentro con Jeff, Josh se podía imaginar que por ese lado tampoco tenía motivos de celebración.

Lo lamentaba porque Bezan, pese a comportarse con normalidad en presencia de Alike, en la suya permanecía taciturna. En fin, esperaba que la comida en casa de Leah no terminara de estropear las cosas entre todos y precipitara una nueva huida.

Bordeó el coche al mismo tiempo que ella y cruzaron el camino de piedras que atravesaba el jardín hasta llegar a la puerta.

Por supuesto, el jardín estaba perfecto, tal y como cabía esperar en su hermana: los setos bien recortados y una amalgama de flores cuyos colores armonizaban a la perfección.

Josh llamó a la puerta y, un minuto después, Michael abrió.

—Hola —saludó, con una sonrisa—. Vamos, pasad. ¿Queréis tomar algo, una cerveza?

—Genial —aceptó Josh.

—Yo no, gracias —Bezan la rechazó de forma automática.

—Leah está en la cocina —informó Michael.

La rubia abandonó a los dos para acercarse, sin dejar de mirar a su alrededor. Leah era ese tipo de persona que arreglaba cosas constantemente; si no tocaba pintar, movía muebles. Cuando ya estaban todos en diferentes lugares, cambiaba las cortinas, después la ropa de cama. Luego se sentaba a resoplar sobre lo agotador de hacer obras en casa y que ojalá no tuviera necesidad, como si el resto no se dieran cuenta de que hacía cualquier cosa con tal de estar ocupada. Y no era que no tuviera más que hacer, que lo tenía: limpiaba, cocinaba, cuidaba de su madre, iba a todas las reuniones de los dos colegios de las niñas, a las del consejo escolar, participaba en todos los eventos de manera activa y una larga lista de cosas que a Bezan siempre le había parecido inútil.

Era como si Leah estuviera sujeta por un montón de cadenas y cada una tirara en una dirección, pero casi parecía que le gustaba.

Se apoyó en la puerta de la cocina, observando a Leah ir de un lado a otro en la cocina. Llevaba un delantal a juego con la ropa y tenía el pelo sujeto en una pulcra coleta, como si hubiera salido de una *sitcom* familiar donde ocupara el rol de ama de casa perfecta.

El horno permanecía encendido, sobre la isla había dos enormes recipientes con ensalada y una bandeja llena de pastelitos enfriándose. Nada había cambiado para su hermana.

—Hola —saludó, dando un golpecito a la puerta.

—Ah, habéis llegado —comentó Leah, acercándose—. ¿Michael os ha ofrecido algo de beber?

No hizo ademán de abrazarla, ni de cualquier contacto físico, así que Bezan tampoco.

—Sí, no te preocupes. Están en el porche, charlando, ¿necesitas ayuda?

—No, está todo controlado. Tengo el asado en el horno, las ensaladas y el puré de patatas listo, e iba a decorar los pasteles ahora.

—No hacía falta que te molestaras tanto...

—Bueno, cuando tienes invitados sí que hay que molestarse, Bezan. —Leah pasó junto a ella de camino al armario—. Ya sé que tú tienes ideas muy diferentes de montar celebraciones, para eso estuve en tu boda, pero yo soy de la vieja escuela y me gusta cumplir.

Bezan se mordió la lengua.

—Lo que tú digas. ¿Están las niñas?

—Sí. Chloe estará en su cuarto poniéndose un collar de perro o algo parecido —bufó Leah—. La pequeña estará jugando por ahí. Bajad dentro de quince minutos, como mucho, Chloe tiene que poner la mesa.

Bezan estuvo tentada de hacerle el saludo militar, aunque decidió no provocar a su hermana de forma innecesaria. Leah no tenía sentido del humor, ¿para qué perder el tiempo?

La dejó en la cocina, tarareando mientras agarraba la manga pastelera, y subió las escaleras al piso superior. La distribución de las habitaciones no había cambiado, por suerte, así que sus dos sobrinas mantenían los carteles con sus nombres en las puertas.

No se hubiera perdido, ya que la música se escuchaba desde la mitad de las escaleras. Caminó hasta allí, sintiendo esa actitud como familiar: sí, ella también había actuado así. A su madre le sacaba de sus casillas que pusiera la música alta, y más todavía si era de grupos que consideraba desagradables.

Ya que todos se lo parecían, a Bezan habían dejado de importarle las quejas de su madre al respecto, y ambas mantenían una batalla continua sobre el tema que rara vez se saldaba al gusto de ninguna.

Dio unos golpecitos en la puerta porque sabía lo importante que era no invadir el espacio privado de una adolescente, una lección que bien podía haber practicado su progenitora. De haberlo hecho, se hubieran evitado varias escenas desagradables.

La música se cortó de repente y una voz gritó:

—¡Adelante!

Empujó la puerta y asomó la cabeza, buscando a Chloe con la mirada. Se encontraba sentada encima de la cama, con las piernas cruzadas y un esmalte de uñas entre las manos.

Vaya, de no saber que era ella apenas la habría reconocido. Había pegado un buen estirón, ya no tenía nada que ver con esa niña dulce de trece años a la que despidiera de forma sucinta.

Se apreciaba una incipiente belleza que a todas luces Chloe deseaba ocultar: llevaba el cabello trigueño trenzado, los labios pintados de negro y un combo de pendientes que comenzaba en las orejas, continuaba en la nariz y finalizaba en la boca. O al menos, eso era lo que se apreciaba a simple vista.

—Anda, si eres tú —exclamó la chica con tono irónico—. Mamá dijo que habías vuelto, pero no sabía si era verdad u otro de sus desvaríos.

La crueldad era algo innato en los adolescentes, desde luego.

—Hola, Chloe. ¿Puedo entrar?

—Sí, claro. Para una que respeta mis dominios, qué menos. —Le hizo un gesto para que cerrara tras ella y dio unas palmaditas sobre la cama—. ¿Qué tal tus viajes? Debe ser cojonudo estar de vacaciones todo el tiempo.

—Seguro que lo es, para quien pueda permitírselo. Yo no, tenía que trabajar —contestó Bezan,

sentándose junto a ella—. Madre mía, Chloe, estás... has crecido mucho.

—Solo son tres años, pero de los importantes. El salto a la adolescencia —suspiró ella—. Me hubiera venido bien tenerte aquí, la verdad. Con mamá es imposible.

Como si no lo supiera, se dijo Bezan. Obviamente, no podía sentarse a su lado para despotricar contra Leah, por mucho que estuviera de acuerdo con ella. Leah le había hecho la vida imposible de niñas y seguro que ahora hacía lo mismo por Chloe, sin duda.

—Estás guapísima —dijo, con sinceridad.

Chloe tenía algún rasgo de su padre, como la barbilla o la nariz, y también tenía mucho de Leah. Toda la parafernalia que llevaba encima hacía difícil que se apreciara en su totalidad, detalle que no pensaba comentar. Cada adolescente se expresaba a su manera.

—Gracias —contestó Chloe—. ¿No piensas decirme que parezco una muerta con los labios pintados de negro? ¿O que este peinado es horrible y parece que voy despeinada?

—Me gustan las trenzas, no tengo nada que decir.

—Mamá no entiende que esto es una forma de expresión. Es así como me siento en estos momentos.

—¿Despeinada y sin vida? —bromeó Bezan, sin poder contenerse.

—Sí, exacto.

—Oh, Chloe... no digas eso.

—Durante tres años pasan muchas cosas, ya sabes. —La miró con expresión petulante—. Pero como decidiste que estabas mejor por ahí...

«Has perdido el derecho a saber», acabó Bezan en su cabeza.

Empezaba a aburrirse de escuchar aquello de todo el mundo, a excepción de Alika. Cantidad de gente pasaba por lo mismo que ella y la gente de su alrededor no se lo tomaba tan a la tremenda, ¿no? Durante su viaje había conocido a muchas personas y escuchado sus historias. Era lo bueno de moverse entre tanta variedad, llegabas a conocer una cantidad increíble de información personal de gente con la que solo compartías horas en un autobús. En fin, lo habitual era que familias y alegados alucinaran al principio con la idea de un viaje de ese tipo, pero después lo comprendían. Algunas incluso hasta los animaban a tomarse ese respiro y hacían suyas las vivencias, se interesaban por los momentos vividos.

En su familia, no. Todos estaban de lo más ofendidos. Lo comprendía por parte de Josh y Jeff, no tanto desde la perspectiva de Leah y su madre, que apenas la soportaban. ¿No deberían alegrarse de perderla de vista?

Y ahora Chloe. ¿Cómo de enfadada podía estar una niña de dieciséis años? ¡Si apenas tenía trece cuando se marchó!

Era posible que hubiera heredado la capacidad de sentir rencor de Leah, si no, no se lo explicaba. Era solo su tía, no una figura decisiva en su vida, pese a que la niña la adoraba y se llevaban muy bien.

Abrió la boca para preguntarle si podía ayudar en algo, aunque no llegó a decir nada porque la puerta se abrió de golpe dando paso a Leah. Llevaba una espátula llena de crema en la mano derecha y una mueca enfadada en el rostro.

—Chloe, ¡tienes que poner la mesa! ¿Es que...?

—¿Por qué entras sin llamar? —gritó esta, colérica—. ¿No sabes lo que es la privacidad?

—¡No tendría que hacerlo si cumplieras tus tareas!

—Caramba, mamá, ¡perdona! Lamento haberme retrasado un puto minuto.

—¡No hables así en esta casa!

Bezan miró a una y otra de forma alternativa. La escena era demasiado familiar, prácticamente

exacta a cuando ella discutía con su madre.

—No, en esta casa no se puede hacer nada —protestó Chloe, saltando de la cama—. Ni poner música, ni dejar un calcetín en el suelo sin que venga la policía, ¡ni reírse! ¡Cuidado, no sea que alguien se divierta!

—¡Chloe, no me contestes! —exclamó Leah, agitando la espátula.

—¿Qué pasa? ¿Piensas clavarme eso si lo hago? ¡Estás loca! ¿Por qué no vuelves a ponerte en modo ama de casa perfecta y sigues decorando pastelitos?

Bezan temió que la espátula volara por el aire y terminara golpeando a una de las dos. Leah estaba congestionada y con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, como si aquella situación la dominara.

No era la primera vez que Bezan veía esa cara, era igual a la de su madre. De hecho, si cerraba los ojos podía recordar con exactitud una bronca bastante peor con ella como protagonista.

Recordaba que era viernes, que el día había sido bastante soporífero en general hasta que, a última hora, el director había anunciado por megafonía la indisposición de la profesora de última clase.

—¡Estupendo! —Fue la reacción de Alika—. ¡Nos largamos una hora antes!

En efecto, era una noticia a celebrar, y como resultado, Bezan apareció por su casa antes de lo esperado. No tenía por costumbre gritar a su llegada, así que echó un ojo en la cocina y en el salón, encontrándolos vacíos. Supuso que su madre estaría haciendo cualquier recado, de forma que subió a su habitación y, al abrir la puerta, la encontró allí.

Había puesto el cuarto patas arriba, buscando a saber qué. Bezan se quedó sin habla debido a la sorpresa, y Savannah giro a la velocidad del rayo al oír la puerta.

Sus ojos se cruzaron unos instantes, y su madre tuvo el detalle de parecer ligeramente avergonzada.

—¿Qué haces aquí? —le espetó, una vez recuperada de la sorpresa—. ¿Has faltado a última hora?

—La señora Heim estaba indispuesta y nos han enviado a casa —respondió Bezan, sin dejar de examinar el panorama.

Los cajones del escritorio estaban abiertos, con la mayor parte de sus cosas encima. El armario también, hasta el colchón había movido. Bezan notó que el *shock* se disipaba, dando lugar al enfado.

—¿Estás registrando mi cuarto? —soltó, dejando caer la mochila al suelo y dando un paso hacia ella.

—He venido a buscar una cosa.

—¿Qué?

No había nada en esa habitación que Savannah pudiera necesitar y ambas lo sabían. Era una excusa de mierda.

—Mira, Bezan, esta es mi casa. Si quiero entrar aquí y echar un vistazo, estoy en mi derecho.

—Jamás lo has hecho con Leah o Josh.

—¡Porque ellos no me dan motivos!

—¿Y qué motivos te he dado yo, si se puede saber? ¿Qué es lo que buscas exactamente?

Savannah se puso colorada y alzó las manos en el aire, exasperada. Bezan odiaba que hiciera aquello, como si la explicación fuera elemental y ella una gilipollas por no entenderla.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Drogas? —aventuró Bezan—. ¿Piensas que tomo drogas?

—¡Tampoco sería tan raro!

—¿Has encontrado alguna?

—Esa no es la cuestión, Bezan.

—¿Pues cuál es? Ya me contarás el motivo de que no confíes en mí. Porque vamos, sé que no nos llevamos bien, pero esto es pasarse.

Bezan se cruzó de brazos, en espera de una justificación por parte de su madre. Sentía cada una de las palabras que acababa de pronunciar. No se aguantaban la una a la otra, cierto, eso no era ninguna novedad. Lo cual no explicaba esa terrible invasión de intimidad: no se saltaba las clases, sacaba notas decentes, conducía con cabeza y jamás la habían detenido, de modo que no terminaba de comprenderlo.

Tardó mucho en darse cuenta de que no existía ningún motivo de peso para que su madre hubiera hecho aquello. No confiaba en ella, jamás lo había hecho: era el único motivo que necesitaba.

—A saber, hasta tienes novio, ¡seguro que ya habéis hecho todo lo que se puede hacer!

—¿Entonces buscabas condones? ¿Es eso? —Bezan cruzó media habitación hasta llegar al armario y abrió un cajón que aún no había pasado por el ojo avizor de su madre—. Ahí están, supongo que no te gusta verlos, yo prefiero no quedarme embarazada. ¿Algo más?

Vio cómo Savannah fruncía el ceño al escucharla. Luego se giró y recorrió el cuarto con la mirada, las baldas con las fotos de familia donde aún aparecía Tadd. Casi parecía molestarle más ese detalle que no el hecho de que su hija de diecisiete años ya tuviera relaciones sexuales.

—Tienes la cabeza llena de pájaros —dictaminó.

—Y dices esto ahora porque...

—¿Crees que llegarás a convertirte en una gran escritora? Eso son sueños para chicas que no tienen la más mínima idea de cómo funciona el mundo, Bezan. Debes ser práctica, estudiar algo con futuro... enfermera, quizá.

—¿Qué? —Bezan la miró sin entender a qué venía aquello—. No, yo no quiero ser enfermera. Y no termino de entender qué tiene que ver este tema con el hecho de que hayas puesto patas arriba mi habitación.

Y entonces se fijó en la cama: todos sus cuadernos, que guardaba con celo debajo de la misma, estaban sobre la colcha, la mayoría abiertos.

Bezan notó que la ira se apoderaba de ella de la cabeza a los pies. ¿Cómo se atrevía su madre a meter las manos en algo tan personal sin haberle dado permiso?

Muchos solo contaban historias salidas de su imaginación, otros contenían reflexiones y pensamientos muy personales, algo que no estaba escrito para ser mostrado a la ligera. Solo Jeff había leído ciertas partes, nadie más, y darse cuenta del poco respeto de su progenitora aumentó su enfado.

—No tenías derecho a tocar mis cosas. —La rubia fue hasta la cama.

—¡Claro que sí! Si te pasas la vida escribiendo ahí, tengo todo el derecho del mundo a saber lo que es —protestó su madre.

—¡Si quisiera que lo vieras ya te lo habría enseñado!

—Nunca compartes nada conmigo, así que no he tenido otro...

—¿Y te sorprende? —le gritó Bezan, ya fuera de sí—. ¡Lo haría si fueras una madre normal! Si alguna vez te interesaras por mí y lo que quiero... pero no, ¡tú eres la madre que se mete en mi cuarto, lo registra y se dedica a leer cosas personales!

Empezó a cerrar los cuadernos de mala manera, tratando de apilarlos en un montón que poder llevarse. Era capaz de meterlos en el coche, cualquier cosa con tal de que no volvieran a estar al alcance de Savannah.

—¿Cosas personales? ¿Como esas partes donde idealizas al malnacido de tu padre?

—¡Era mucho mejor padre que tú, eso desde luego!

—¡Lo que me faltaba por escuchar! ¿Por eso se largó?

—¡No me extraña nada que lo hiciera, si tenía que aguantarte a ti!

No le pasó desapercibida la manera en que su madre pegaba los brazos a los costados, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico por no abofetearla.

—No sueñes con que te dejaré ser escritora —anunció—. Vas a ser enfermera, vas a tener un trabajo útil y tendrás que olvidarte de esas tonterías.

Bezan imaginó que, aunque parte de los escritos fueran decentes, Savannah no lo hubiera admitido ni en el lecho de muerte. A menudo repetía que los artistas se morían de hambre, y que ella no pensaba educar a ningún vago en su familia. Quería que salieran adelante, y estaba claro que no le importaba la cantidad de sueños estúpidos que tuvieran, era una persona práctica con la misión de sacar adelante a su familia.

—Papá jamás hubiera dicho algo así —protestó Bezan.

—¡Eso, sí, tu padre, tan maravilloso! No llama, no paga la pensión, no viene a veros, ¡a ver si dejas de idealizarlo tanto! ¡Ya estoy harta!

Savannah se acercó a toda velocidad hasta la balda y barrió lo que había encima con el brazo, haciendo que las fotos cayeran al suelo. Los cristales salpicaron el suelo mientras Bezan se apresuraba a acercarse.

—¿Estás loca? ¡Mamá!

Sin prestarle atención, Savannah se agachó para recuperar las fotos y alzó la mano, triunfante. Un segundo después las rompió en varios pedazos, ante la expresión angustiada de su hija.

—¡Mamá! ¡No tienes derecho a hacer eso, son mis fotos!

—No quiero nada de tu padre en esta casa, ni siquiera en tu cuarto. Quizás ahora te quede claro como son las cosas —contestó ella, arrojando los pedazos al suelo—. Vete a buscar algo para recoger este estropicio. ¡Ya!

Bezan miró el suelo y luego a su madre, quien le sostuvo la mirada. Seguro que esperaba otro estallido, quizás que se arrojara contra ella, pero no ocurrió.

Satisfecha al haber conseguido doblegarla, Bezan la observó ir hasta la puerta.

—Te odio —murmuró.

Su madre se giró y le lanzó una mirada penetrante.

—Cuando seas adulta, comprenderás que todo esto lo hago por tu bien.

Cualquier madre de adolescente escuchaba esa frase en mitad de una discusión acalorada, pero Bezan la había dicho en serio. Suponía que a su madre le daría lo mismo, convencida de que todo lo que hacía, hasta las peores cosas como registrar sus pertenencias o eliminar cualquier rastro paterno, era por su bien. Y quizá hasta esperaba que algún día le diera las gracias por ello.

—No pienso repetirlo —la voz de Leah se abrió paso por entre los recuerdos—. ¡A poner la mesa!

Bezan se levantó de la cama y le hizo un gesto a Chloe con la cabeza.

—Vamos, haz caso a tu madre. Yo te ayudo.

Leah la fulminó con la mirada. Era obvio que no creía necesitar su ayuda para nada, mas no llegó a comentarlo porque Chloe se incorporó con un suspiro de pesar.

Se dio la vuelta y las dos oyeron los tacones de vuelta a la cocina.

—Es una histérica —dictaminó Chloe.

—Venga, no hables así de ella.

—Cada vez está peor. Antes aún tenía algún momento bueno, ahora es insoportable casi todo el

tiempo... Me paso el día en la biblioteca por no aguantarla.

Bezan siguió a la joven, sacudiendo la cabeza.

—En fin, lo de la abuela está siendo muy duro para ella.

—Es lo mismo que repite papá una y otra vez, aunque ni él la soporta.

Chloe entró a la cocina en busca de platos y cubiertos, dejando a Bezan pensativa. Sí que Leah se veía algo inestable, aunque ella siempre la había conocido de esa forma. Perdía los nervios rápido, y si encima su hija la provocaba...

Fue a coger servilletas y vasos para ayudar a Chloe. Michael y Josh seguían sentados en el porche, con dos nuevas cervezas en la mano. No le extrañaba que bebieran para soportar la reunión, también ella lo haría si pudiera.

Terminaron de poner la mesa, así que los chicos se sentaron y Chloe fue a buscar a Amy, que estaba jugando fuera. Esta abrazó a Bezan con el entusiasmo de una niña sin recuerdo alguno de su persona y se empeñó en repetirle varias veces su nombre, hasta quedar segura de que Bezan lo había memorizado.

Amy era muy pequeña cuando Bezan había partido y el vínculo emocional hacia ella no era tan fuerte como con Chloe; sin embargo, se alegraba de verla y de que la recibiera de aquella manera.

Dejó a sus dos sobrinas sentadas y se encaminó a la cocina para ver si podía echar una mano a su hermana. Leah tenía los brazos apoyados sobre la encimera, con la mirada fija en un recipiente que había encima.

—¿Te ayudo en algo?

Aguardó unos segundos, no quería invadir el espacio de Leah. Aborrecía a la gente que se metía en su cocina y hacía y deshacía a su antojo sin recibir instrucciones, y la rubia no quería irritarla. Al ver que no respondía, avanzó hasta donde se encontraba.

—¿Va todo bien?

—Se ha quemado —informó Leah, con voz inexpresiva.

—¿Qué?

—El puré de patata. Se ha quemado.

Señaló la fuente y Bezan lo examinó, sin ver nada extraño.

—¿Dónde? No veo nada.

—Ahí, en la esquina. —Leah indicó la parte superior de la derecha—. No puedo servirlo así, voy a tener que prepararlo otra vez.

Bezan la miró a ella y de nuevo la bandeja. Sí que parecía ligeramente tostado por esa zona, pero ni de broma se podía decir que estaba quemado y, desde luego, la idea de prepararlo otra vez era absurda.

—No le pasa nada —comentó, para tranquilizarla.

—No está perfecto. Tendré que tirarlo.

Asió la bandeja con ambas manos y Bezan la detuvo, alarmada.

—¿Qué dices? ¡No le pasa nada, estate quieta! —La obligó a dejar la comida y observó su expresión, preocupada—. Leah, ¿te encuentras bien?

Ella soltó su presa y pareció regresar al mundo real. Miró a su hermana, con la confusión dibujada en la cara.

—Perdona —murmuró—. Estoy un poco cansada.

—Bueno, para eso estoy aquí, para ayudar. —Bezan le dio en el brazo—. Oye, ¿qué te parece si te tomas unos días libres y yo me ocupo de ir al hospital?

Durante unos breves segundos, vio el alivio cruzar por la cara de su hermana. Enseguida fue sustituida por una mueca de obstinación.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Estás agotada y se te nota, yo no me he quedado ningún día y no tengo hijas que cuidar. Puedo hacerlo, en serio.

—¿En serio? Porque cumplir normas y horarios nunca se te ha dado bien.

—Por Dios, ¡estoy intentando ayudar! No quiero discutir contigo, Leah, solo... deja que haga algo yo también.

La mujer cerró los ojos y se frotó las sienes, en un gesto que buscaba paz. Al abrirlos, Bezan se percató otra vez de lo cansada que se veía.

—La verdad es que me vendría bien una noche libre —dijo, en voz baja.

—Me ocuparé unos días. Al fin y al cabo, hasta ahora lo habéis hecho todo Josh y tú.

—Es que... —empezó Leah.

—¿Qué?

—Mamá no quiere que te quedes tú —confesó ella.

—Bueno, lo contrario hubiera sido una sorpresa. —Bezan se encogió de hombros—. Da igual lo que quiera, no puede hacer nada por evitarlo. Le diré que lo hago por ti y entonces le parecerá bien.

Leah afirmó. Sí, eso podía funcionar. Para una persona como ella, admitir que estaba agotada era un signo de debilidad. No obstante, la falta de sueño comenzaba a pasarle una seria factura y no podía seguir así: esa semana se había equivocado dos veces con los horarios de las reuniones escolares, aparte de no pagar un par de recibos pendientes. La inscripción para el concurso de jardinería seguía sin rellenar y ni siquiera estaba segura de que aún estuviera en el plazo. Todo se desmoronaba a su alrededor, por no hablar de lo que pasaba dentro de su casa.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Aquel ofrecimiento por parte de Bezan era inaudito. ¿Su hermana pequeña, que solo se preocupaba por ella misma, preguntando si quería hablar?

—Estoy bien.

—No lo parece.

—¿Desde cuándo te comportas como una hermana? —espetó, alzando la barbilla y sin querer dar su brazo a torcer—. Será mejor que vaya sacando la comida, se va a enfriar.

Cogió la fuente con el asado y desapareció en dirección al comedor. Bezan la siguió con la mirada, preocupada por la extraña escena del puré de patatas. Leah no se veía muy estable, esperaba que fuera el agotamiento y no una incipiente crisis nerviosa o algo por el estilo. No dudaba de que se hubiera echado encima montones de presión, era algo normal en ella... algo que pasaría factura tarde o temprano.

Cogió el puré de patata y lo depositó en mitad de la mesa.

—Perdonad, se ha quemado un poco —comentó Leah.

Todas las miradas convergieron en la mezcla amarillenta y viscosa, para después intercambiar muecas de perplejidad entre ellos. Bezan sabía con exactitud lo que pensaban mientras trataban de encontrar en la comida un defecto que no existía.

—Está perfecto —comentó Josh, con voz de sorpresa.

Michael sacudió la cabeza y se levantó.

—Voy a por otra cerveza. ¿Alguien quiere?

—Es la tercera... —dijo Leah.

—Gracias por llevar la cuenta, cariño —respondió él, con ironía—. Informa de cuando en cuando, si no te importa, solo por si me descuido.

A Leah le tembló el labio inferior, pero no siguió. Se limitó a servir la comida en silencio hasta

que Michael regresó con la nueva botella de cerveza.

En ese momento, Bezan cayó en la cuenta de que ni siquiera se miraban, además de no hablar, y Chloe tampoco colaboraba en aligerar el tenso ambiente.

Por suerte, Josh sacó a relucir un tema deportivo que hizo que Michael se animara. Mientras, Leah lo observaba con los labios apretados y una mirada que Bezan reconoció al momento: la de la desilusión.

Ella también la había recibido.

Capítulo 6

Jeff estaba nervioso. En cualquier otra persona, aquel sentimiento era algo normal, en él, no. Estaba acostumbrado a tratar con adolescentes, con padres enfadados por las notas de sus hijos, a las reuniones interminables del claustro... en cualquiera de aquellas circunstancias, era capaz de mantener la calma y sabía solventar la situación. Esa capacidad lo había convertido en uno de los favoritos entre los alumnos y sus familias, además de tener el respeto del claustro al completo.

No le gustaba sentirse así, para nada. La aparición de Bezan en el instituto lo había dejado totalmente descolocado, aunque estaba bastante convencido de haber dado una buena apariencia de tranquilidad.

No sabía cuánto tardaría ella en llamar o si se dignaría siquiera a hacerlo, aunque suponía que querría al menos hablar del tema de los papeles del divorcio. Para su sorpresa, Bezan lo había llamado el día anterior para quedar, lo cual le hacía suponer que tenía prisa por arreglar el papeleo y salir corriendo de nuevo.

Estaba hecho verdadero lío. Había llegado a pensar, o más bien, autoconvencerse, de que después del tiempo que había pasado y todo lo ocurrido, cuando la volviera a ver no sentiría nada.

Y sin embargo...

Sacudió la cabeza, fastidiado, mientras volvía a la tarea que estaba realizando. Llevaba toda la mañana dando vueltas por la casa, cambiando objetos y fotos de sitio sin estar satisfecho con el resultado hasta el momento. Para intentar distraerse, el paseo con Baskerville había durado el doble de lo habitual, aunque lo único que consiguió fue agotar al pobre labrador, que en aquellos momentos dormía como un tronco en su manta favorita.

La verdad era que no debería extrañarse por sentirse de esa forma, como si hubiera una tormenta en su interior: había sido casi una constante desde que conociera a Bezan. Cuando su padre había anunciado su traslado al zoológico de Nashville, Jeff no se lo había tomado nada bien: aún era un adolescente y claro, aquello de dejar su instituto y sus amigos atrás no era plato de buen gusto. Poco podía hacer al respecto, así que no tuvo más remedio que intentar poner buena cara al llegar a su nueva clase y esperar adaptarse.

Recordaba aquel primer día bastante borroso en general; tuvo que pasar por secretaría, dirección, encontrar su taquilla y, lo más complicado, la clase que le tocaba. El momento en que la profesora lo presentó como «el nuevo», en plan espécimen a mostrar ante los demás, tampoco fue su favorito.

Después, todo mejoró al ocupar el asiento libre junto a una adolescente rubia. Al principio no le había prestado atención, tampoco era cuestión de ponerse a hablar en medio de la clase, pero cuando la profesora les asignó el trabajo de ciencias juntos, no le quedó otro remedio que dirigirse a ella.

Entonces sí, la había mirado. Y ya no había dejado de hacerlo nunca.

Siempre decía que no había tardado más que unas horas en enamorarse de ella y era cierto: treinta y seis horas, para ser exactos, las que habían transcurrido desde el momento en que se sentara a su lado hasta que ella le invitara a su casa para comenzar con el trabajo.

Ya cuando lo había esperado al salir de clase para llevarlo a su casa, algo se había removido

en su interior. Esa sonrisa, mientras daban vueltas por Nashville buscando su nueva casa, le había hipnotizado, y eso que la chica era todo un misterio para él: parecía simpática, agradable, era incuestionablemente guapa... y, pese a todo, no la había visto con el típico grupo de animadoras. No vestía como ellas, y desde luego, estaba seguro de que Marilyn Manson no era del agrado de esas chicas. La había visto saludar y hablar con varios estudiantes, sin juntarse con el grupo de los «raros» o de los que hacían novillos, ni ninguno en particular. De hecho, su explicación sobre por qué prefería trabajar sola no sonaba a excusa para librarse de él, lo que le hacía deducir que no era mala estudiante.

Otro punto era su hermano mellizo, al que había conocido al día siguiente. O, más bien, alguien se lo había señalado a través del pasillo, donde destacaba entre el grupo de jugadores, todos con sus chaquetas rojas, por su altura. Verlo rodeado de admiradores, cuando su hermana era todo lo contrario, era extraño cuando menos.

Así que cuando había ido con ella a su casa, esperaba conocerla un poco mejor y desentrañar alguno de aquellos misterios.

—Ponte unos forros de esos —le indicó ella al entrar en la casa.

Jeff miró el zapatero al que señalaba, sobre el que había varias fundas de zapatos de tela, y la miró de forma interrogativa.

—¿No resbalarán? —preguntó.

—Tranquilo, son seguras. Es solo que mi madre no quiere que se raye el suelo.

Ella misma se quitó los suyos y se puso unas zapatillas antes de llegar a la madera. Jeff se colocó las fundas sin protestar; al fin y al cabo, estaba en casa ajena, así que consideraba que las normas estaban para respetarlas.

Siguió a Bezan hasta la primera planta, sin perder detalle de lo que veía de la casa: todo ordenado, impoluto, sin una mota de polvo o un abrigo fuera de sitio.

La nota discordante llegó cuando entraron en la habitación de la chica, cuya cama estaba sin hacer, había ropa en el suelo y en la silla del escritorio y, sobre todo, libros por todas partes.

Bezan se apresuró a quitar todo lo que había por el medio, dejándolo sobre la cama en un montón desordenado.

—Perdona el desorden —le dijo—. He salido corriendo esta mañana.

—No pasa nada.

—Voy a por otra silla y nos ponemos a ello. ¿Quieres tomar algo?

—De momento estoy bien, gracias.

Dejó la mochila sobre la mesa y la abrió para sacar sus apuntes, mientras ella salía corriendo y regresaba en menos de un minuto con otra silla. La colocó junto a la suya y cerró la puerta.

Después, se acercó para quitar alguno de los libros que tenía sobre la mesa y así sacar también sus apuntes.

—¿Cómo le gustan los proyectos a la señorita Logan? —preguntó Jeff—. ¿Mucha paja o más visuales?

—No se impresiona con facilidad, lo de hacer un experimento iluminando células o chorradas de esas no le van si no tiene detrás un buen tocho. Así que lo siento, pero nos va a tocar mucha investigación.

—Vale, no hay problema. —Abrió el dossier que había entregado la profesora con las instrucciones—. Nada de Wikipedia, entonces.

Bezan lo miró con cara de susto, a lo que él se echó a reír.

—Es broma, es broma —le dijo, y ella suspiró aliviada—. Tranquila, solo busco fuentes totalmente fiables.

—Menos mal. Si vieras las burradas que he llegado a escuchar en clase... —Movi6 la cabeza —. El a6o pasado, en historia, pidieron sacar los hechos m6s relevantes del a6o. Y hubo un par de listos que copiaron trabajos del a6o anterior... as6 que imag6nate el cachondeo.

—En mi clase, unos presentaron un trabajo de geograf6a sobre las ciudades m6s importantes de Estados Unidos hablando de Gotham.

—¡No!

—En su defensa dir6 que eran muy frikis... aunque de verdad pensaban que era real.

Bezan se ech6 a re6r, su risa sonaba de forma especial; al menos, as6 le pareci6 a Jeff, que no entend6a nada de lo que le estaba pasando con aquella chica. Por fuera se manten6a sereno, o eso pretend6a mostrar, pero por dentro notaba un murmullo continuo, algo extra6o en su est6mago.

—En fin, vamos a echar un vistazo a las normas a ver qu6 hacemos, ¿te parece? —dijo ella, sin dejar de sonre6r.

Jeff afirm6 y cogi6 un bol6grafo, justo cuando la puerta se abri6 de golpe sobresalt6ndole de tal forma que estuvo a punto de soltarlo.

A su lado, Bezan ni se inmut6, aunque s6 pareci6 molesta, lo que le hizo suponer que el hecho de que su madre irrumpiera as6 era algo habitual.

La tensi6n entre ambas se pod6a notar en el ambiente, era del tipo que pr6cticamente se pod6a cortar con un cuchillo. Sin pensar mucho en lo que estaba haciendo, su educaci6n se impuso y se levant6 para presentarse, lo cual pareci6 agradar a la mujer, que los dej6 solos.

—Siento lo de mi madre —se disculp6 Bezan.

—No pasa nada.

—Le encanta entrar a ver si estoy mirando a las musara6as o perdiendo el tiempo con alguna de mis tonter6as, como dice ella.

Jeff pase6 la vista por la habitaci6n, pregunt6ndose qu6 tonter6as ser6an aquellas. En una habitaci6n de adolescente t6pica no estudiantil habr6a televisi6n, consola de videojuegos, revistas de cotilleos o mil frivolidades m6s, pero no ve6a nada de eso por all6. S6 que vi6 unos cuantos marcos de fotos en los que aparec6a Bezan de ni6a, acompa6ada de los que supon6a que eran sus hermanos, y un hombre.

—Es mi padre —aclar6 ella.

—Perdona. —Jeff apart6 la mirada de las fotos al momento y enroj6ci6 ligeramente—. No pretend6a cotillear.

—No pasa nada. —Se encogi6 de hombros—. Nos dej6 hace tiempo.

—Lo siento, perder a un padre es...

—No, no, no dejar en plan muerto, sino que se fue.

Ante aquello, Jeff se qued6 sin saber qu6 decir. Uno daba el p6same cuando alguien mor6a, en una situaci6n como aquella no ten6a ni idea. Por suerte, la puerta se abri6 de nuevo para interrumpirlos. Vi6 que Bezan se mosqueaba por segunda vez, aunque su expresi6n cambi6 a una de total sorpresa al ver a su madre con una bandeja de s6ndwiches.

La mujer era toda sonrisas y amabilidad mientras depositaba la bandeja en un lado y los dejaba de nuevo solos.

—Pareces sorprendida —coment6, mientras cog6a uno.

—S6, bueno, es que mi madre no suele ser tan amable si no busca algo a cambio. Seguro que esperaba encontrarnos haciendo a saber qu6 y por eso ha subido otra vez.

Incluso en el poco tiempo que hab6an compartido, Jeff se percat6 de la mala relaci6n que hab6a entre ellas. Por supuesto, no hizo ninguna pregunta mientras se pon6an de nuevo con el trabajo: apenas si se conoc6an y no era asunto suyo. Adem6s, su mente pronto se distrajo con otros detalles

de Bezan: la forma en que hablaba sobre la materia, sus ideas sobre el trabajo, cómo entre los dos llegaron a un acuerdo y comenzaron a crear el esquema del mismo... Por si aún tenía dudas, le quedó claro que la chica no era ninguna cabeza hueca. Por un lado, agradeció aquello infinitamente porque le supondría una buena nota. Y por el otro, incrementó el movimiento de las mariposas en su estómago, que no podía atribuir al hambre puesto que se había comido un par de los sándwiches traídos por Savannah.

Un par de horas después, Bezan suspiró y estiró el cuello para desentumecer los músculos.

—Podemos dejarlo por hoy —comentó Jeff, notando también el cansancio en sus hombros.

—Sí, por mí vale, estoy agotada. ¿Seguimos mañana en la biblioteca, después de clase?

—Genial.

—¿Necesitas que te lleve a casa?

—No, tranquila, le envío un mensaje a mi padre.

Sacó el móvil para hacerlo y empezó a recoger sus cosas. Al apartar uno de los libros, empujó sin querer un cuaderno de Bezan, que cayó al suelo y se abrió por la mitad. Se agachó para recogerlo y solo le dio tiempo a ver que estaba escrito por todas partes antes de que ella se lo arrebatara, con una expresión casi avergonzada en el rostro.

—No pretendía mirar —dijo él, pensando que quizá era su diario.

—No pasa nada.

Pasó la mano por la tapa dura del cuaderno con expresión cariñosa y lo miró, ladeando la cabeza como si estuviera sopesando alguna idea.

—Esto es... —empezó—, bueno, eso con lo que dice mi madre que pierdo el tiempo. —Abrió un cajón y le señaló el interior, donde Jeff vio que había unos cuantos cuadernos más, algunos con etiquetas fuera—. Supongo que parte de razón tendrá, no sé.

—¿Son historias, poemas o algo así?

—Sí, eso es, historias. ¿Cómo lo has adivinado?

—A mí me encanta leer. De hecho, mi intención es estudiar literatura en la universidad, y he escrito alguna cosa.

—¿En serio?

Él se rio, mientras movía la cabeza de forma negativa al ver su entusiasmo. Tenía que ser increíble encontrar a alguien que compartiera una afición así... por desgracia, lo suyo había desaparecido pronto.

—Lo dejé rápido —contestó—. Hasta yo veía lo malo que era, así que me deshice de ello.

—¿Cómo sabes si era malo? ¿Se lo dejaste leer a alguien?

—No, pero escribía, leía después algo... y veía que lo mío no tenía ni pies ni cabeza. O que no era nada original. O me tiraba un día entero para hacer dos líneas. No, lo mío no va a ser escribir, aunque espero enseñar sobre ello.

Bezan volvió a tocar el cuaderno que tenía en sus brazos y que sostenía como si fuera un bebé, un tesoro preciado.

—Yo no he dejado que nadie los lea —murmuró—. No sé si son malos, buenos o regulares. Solo sé que cuando me siento a escribir, es como si me evadiera de todo lo que me rodea. Me da igual si tengo que estudiar o hacer algo en casa... siento que, si no lo dejo plasmado en un cuaderno, desaparecerá. Parece que las palabras están ahí y yo tengo que darles salida, ¿sabes? Cojo un bolígrafo, me siento y fluyen por sí mismas. —Movi6 la cabeza—. Puede que solo diga tonterías.

Jeff alargó una mano para tocarle el brazo; más bien fue solo un roce, pero quería que ella viera de alguna forma que la apoyaba y la entendía.

Bezan lo miró y, de nuevo, mostró aquella expresión con la que parecía dudar. Durante la mayoría del tiempo parecía una chica segura de sí misma, su forma de hablar y de dirigirse a él así lo demostraba, y ahí estaba, dejando al aire una parte de vulnerabilidad que, estaba seguro, no sacaba muy a menudo.

Entonces, ella metió la mano en el cajón. Rebuscó entre los cuadernos que allí había y sacó uno, que le acercó.

—¿Lo leerías?

Jeff la miró y después al cuaderno, tragando saliva por la opresión que sintió en el pecho ante aquel detalle de confianza hacia él, sin apenas conocerlo. Afirmó lentamente con la cabeza mientras lo cogía y, al hacerlo, sus dedos se rozaron.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, como si lo hubiera sacudido una descarga eléctrica.

Y entonces, por fin, lo entendió. Había leído sobre ello, había experimentado esa sensación a través de los sentimientos de los personajes de los libros, aunque siempre había pensado que era todo una exageración y el amor a primera vista no existía.

Sin embargo, ahí estaba: colado hasta las trancas por una chica a la que había visto por primera vez treinta y seis horas antes.

Más de quince años después, el sentimiento seguía ahí, para su desgracia. Pensaba que en los tres años que Bezan había estado fuera habría ido desapareciendo; en cambio, había permanecido dormido, como oculto en la oscuridad en un rincón de su pecho mientras ella no estaba presente, en espera del momento adecuado para volver a emerger a la superficie.

Con un suspiro, Jeff cogió una de las fotos que ya había cambiado de sitio tres veces y la observó. Ambos sonrientes, enamorados, en el que se suponía que era el día más feliz de sus vidas: su boda.

Entonces su mirada se desvió a los papeles que había sobre la mesa... y cogió aire. Ya estaba, ella había vuelto y aquello era una realidad, así que no tenía sentido seguir así.

Una a una, fue recogiendo todas las fotos de ellos dos juntos que tenía repartidas por la casa: su graduación, excursiones, la boda... Las metió en una bolsa de tela y las subió al ático, pensando que cuanto más lejos estuvieran, mejor, como si de alguna forma pudieran influir en sus sentimientos solo por el hecho de estar presentes.

Estaba bajando las escaleras cuando vio pasar corriendo a Baskerville hacia la puerta de entrada, lo que era una señal de que alguien se acercaba.

Un segundo después, sonó el timbre.

Al otro lado de la puerta, Bezan cambió el peso de un pie a otro, inquieta. Llevaba unos quince minutos, pero ese tiempo estuvo pensativa mientras se decidía a llamar al timbre. Su cuñado le había prestado el coche, y pese a que había aparcado frente a la casa con facilidad, no se había bajado al momento. Permaneció dentro, observando la fachada clásica, la valla blanca, las cortinas hechas a medida... era la casa de ensueño para cualquier matrimonio, no cabía duda. Al mirarla, recordaba cuando la habían visto la primera vez, la emoción de Jeff al firmar la hipoteca... y también, como ella pensaba que debería sentirse igual; sin embargo, al estampar su firma en aquellas hojas, el sentimiento fue muy distinto.

Con un suspiro, se bajó del coche y cruzó la calle para abrir la pequeña puerta de madera blanca que daba acceso al jardín delantero. Subió los cuatro escalones del porche y se quedó delante de la puerta, mirando la cerradura mientras jugueteaba con las llaves. Aquella seguía siendo su casa, eso estaba claro, pero tampoco podía entrar sin más, ¿no?

Al final, optó por pulsar el botón del timbre y esperar. Escuchó el sonido de cuatro patas corriendo por la casa y se le formó un nudo en el estómago, pensando en el cachorro que también

había dejado atrás.

Un par de ladridos, la voz de Jeff y por fin, la puerta se abrió.

Baskerville salió disparado y Bezan casi cayó al suelo cuando se enredó entre sus piernas. Se agachó para acariciarlo, sonriendo mientras rascaba sus orejas y veía lo diferente que estaba desde que se había marchado.

—Madre mía, ¡si estás enorme! —exclamó, dándole unas palmaditas.

—Ha crecido mucho —dijo Jeff, en tono neutro.

Bezan le hizo unas cuantas carantoñas más, antes de que el perro decidiera que ya había tenido bastante y se apartara para colocarse tras las piernas de Jeff.

—Está precioso —señaló ella.

Jeff la miró de una forma extraña, seguramente recordando el momento en que había aparecido en la casa con el cachorro en brazos y la reacción en cadena que ello provocó. Bezan carraspeó y se apartó un mechón de pelo de la cara, haciendo un gesto hacia el interior.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro. Después de todo, estás en tu casa.

Se hizo a un lado y la rubia avanzó hasta el vestíbulo. Jeff cerró tras ella y se dirigió al salón, con Baskerville detrás. Ella los siguió, echando miradas a su alrededor. La casa estaba prácticamente igual y, como le gustaba a Jeff, limpia y ordenada, aunque sin llegar a los extremos de su madre. No le pasó por alto que no había apenas fotos en las estanterías o en las paredes y, las que quedaban eran de Jeff con su familia o el labrador.

Ninguna de ellos juntos.

¿Cuánto habría esperado para quitar esos recuerdos? El pensamiento le provocó una punzada de dolor, aunque pensó que tampoco era algo que podía recriminarle.

—¿Quieres un café? —preguntó él.

—Sí, gracias.

Baskerville se fue a una cesta que había en una esquina, donde se hizo un ovillo y cerró los ojos para quedarse dormido.

—¿Has hablado con algún abogado? —preguntó Jeff.

—Todavía no. ¿Necesito uno?

Él se encogió de hombros. Se acercó a la mesa y cogió una carpeta. Sacó de su interior un bloque de papeles unidos por un clip metálico y se lo entregó.

—Esta es tu copia —indicó.

Bezan la cogió y se sentó en una silla para mirar las hojas. Desconocía cómo sería el proceso, pero allí había mucho que leer.

Jeff había ido a la cocina a preparar el café, aunque sus manos temblaban al hacerlo. Qué extraño se le hacía todo... Bezan, su mujer, estaba allí, en su salón, después de tres años.

Le daban ganas de pellizcarse por si estaba soñando; no sería la primera vez que se había despertado en mitad de la noche por algún ruido para bajar corriendo por si era ella, que había vuelto sin avisar. Después de un año había dejado de pasar, pese a todo la sensación seguía ahí.

Cogió un par de tazas, repartió el líquido caliente y regresó al salón, donde Bezan seguía mirando las hojas como si estuvieran escritas en algún idioma desconocido.

—Casi todo es jerga legal —explicó Jeff, con aquella costumbre suya de leerle el pensamiento.

—Ya veo, ya.

—Mis abogados lo han hecho lo más sencillo posible. No es complicado, porque no tenemos... bueno, no tenemos hijos ni nada, y he supuesto que no querías ni la casa ni parte de la custodia del perro.

Escucharlo así, de esa forma tan aséptica, era como otra daga atravesando su pecho. Claro que había dado buenas muestras de no querer ni lo uno ni lo otro. No porque no tuviera cariño al perro, que sí que lo tenía, sino por lo que el animal había representado en su momento.

—¿Y qué vas a hacer con la casa? —preguntó.

Él pareció sorprendido por la pregunta.

—Quedármela —contestó.

—Pero... ¿podrás tú solo con la hipoteca?

Jeff elevó una ceja mientras se sentaba despacio frente a ella, manteniendo las distancias. Cogió su taza y dio un sorbo antes de contestar.

—¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo?

Bezan no había dedicado mucho tiempo a pensar en eso. Había supuesto que Jeff se habría apañado solo para el pago de la hipoteca con sus ahorros y sueldo, aunque como la firma era de los dos, no estaba segura de sí podría seguir con los pagos él solo.

Una cosa más que no había pensado al marcharse, como tantas otras.

—No quiero vender la casa de momento —continuó Jeff—. A pesar de todo... —«sobre todo, de los recuerdos»—, me sigue gustando. Baskerville y yo estamos bien aquí, ya sabes que hay un parque cerca para pasear con él y nos hemos hecho a la zona.

Zona que Jeff había escogido expresamente por estar en un barrio residencial nuevo, dentro su distrito escolar para poder ir a trabajar sin perder mucho tiempo en atascos y con buenas comunicaciones. Sí, Bezan recordaba bien todas las ventajas que había enumerado al ir a verla.

—Se ha especificado un reparto de los muebles que compramos en común y de la cuenta de ahorros conjunta, según la cantidad que había en ella cuando te marchaste.

—Sí, ya lo veo.

—Hay cosas tuyas todavía en algún armario, claro. La ropa que dejaste, libros... —Se encogió de hombros—. Puedes echar un vistazo cuando quieras y ver qué quieres llevarte.

Bezan suspiró y cogió su taza de café tras apartar los papeles a un lado, aunque no sabía qué decir. Sonaba tan... definitivo, esa era la palabra.

—Parece que lo tienes todo decidido —comentó.

—No estabas aquí para discutir sobre los detalles, así que como te digo, el acuerdo es bastante estándar. Se pueden agregar los comentarios o disposiciones que quieras.

Ella jugueteó con los papeles, aunque sin leer nada en ellos en realidad.

—Me los llevaré para mirarlos con tranquilidad —dijo.

—Claro. No hay prisa.

Bezan se estaba levantando para irse de allí, pero ante aquella frase, se quedó de pie junto a la mesa, mirándolo.

—¿No hay prisa? —repitió—. ¿Seguro?

—¿Qué quieres decir?

—Tú me dirás. Tienes los papeles listos, tus abogados me habían localizado... no sé, parece que algo de prisa sí que había por encontrarme y que los firmara.

El ceño de Jeff se arrugó más profundamente y se incorporó también, aunque sin acercarse a ella. ¿Por qué sonaba tan enfadada? ¿Acaso había esperado que no hiciera nada, que se quedara quieto en casa esperándola para siempre?

—Me dijiste que te ibas por un año, Bezan —replicó.

Ella suspiró. Sí, eso era cierto.

—No sabía qué me encontraría al irme. Dije un año porque pensaba que sería suficiente, pero cuando estaba en la India...

—No, no quiero saberlo. —Hizo un gesto con la mano para que no siguiera—. Bezan, no quiero excusas. No quiero que me cuentes qué has estado haciendo, ni si te has encontrado a ti misma como esperabas o si aún estás en ello. Dejé mi vida en pausa por ti, porque te apoyaba en lo que necesitabas entonces.

—Te avisé cuando pasó el año y...

—Con una conversación de menos de un minuto.

—Sabes que tenía problemas con el móvil, es una pesadilla cuando estás fuera. Las compañías telefónicas no se ponen de acuerdo.

Jeff elevó los brazos al cielo y Bezan se mordió un labio; sabía lo que estaba pensando, ella se escuchaba a sí misma y solo oía excusa tras excusa, como siempre hacía.

—Todo tiene una explicación, ¿verdad? —suspiró él.

—Jeff...

—Mira, creo que tienes que llevarte los papeles, los lees y si tienes dudas, llamas a mis abogados. Su número está en el frontal.

Desde su cesto, Baskerville levantó la cabeza para mirarlos, poco acostumbrado a que su dueño hablara con aquel tono de voz.

—¿Así quieres que nos comuniquemos? —replicó Bezan, cruzándose de brazos—. ¿A través de abogados?

Jeff movió la cabeza, sin saber qué decir. No quería llegar a aquello, a actuar como si fueran dos desconocidos, pero tenerla frente a él le hacía dudar de todo lo que había estado pensando, sobre todo en el último año. Le había costado mucho dar el paso de buscar abogado y comenzar el papeleo, aunque después no se los hubiera llegado a enviar cuando le informaron de que la habían localizado.

Casi podía escuchar las voces de su familia dentro de su cabeza, recordándole que debía pasar página, aunque hubiera vuelto.

Sobre todo, porque no había vuelto por él. Lo sentía mucho por su madre, Savannah siempre se había portado bien con él a pesar de que la relación entre ellas era complicada, pero eso no quitaba el hecho de que Bezan estaba allí para verla a ella. Eso le hacía sentirse como si fuera el segundo plato, algo secundario. Algo no tan importante como para volver. Y tampoco le gustaba ese sentimiento, porque no se consideraba egoísta, y era lo que parecía al pensar así.

—Sabes que puedes contar conmigo, como siempre —contestó, muy a su pesar.

Bezan suspiró. Eso era cierto, hasta en sus peores momentos, pasara lo que pasara, Jeff siempre había estado ahí. Lo miró, deseando borrar con los dedos aquella expresión.

Se metió las manos en los bolsillos, porque de pronto la tentación de tocarle se le hizo casi insoportable. Al marcharse, era una de las cosas a las que más le había costado acostumbrarse: a la ausencia de su contacto, a esa forma tan especial que tenía de mirarla, aunque en aquel momento no fuera así.

Cogió su copia de aquellos malditos papeles, se dio la vuelta sin decir nada y caminó casi arrastrando los pies hasta la entrada. Abrió la puerta y se giró para mirarlo, con un nudo en la garganta.

—Jeff, yo... me gustaría que pudiéramos hablar, con tranquilidad.

«Y sin la amenaza del divorcio flotando en el aire».

—Tu madre te necesita más que yo, deberías pasar tiempo a su lado.

Ella quería explicarle muchas cosas, necesitaba que supiera todo lo que había vivido aquellos años y cómo le había afectado. También disculparse, aunque si algo tenía claro era que, de poder volver atrás en el tiempo, lo haría todo de nuevo. Solo que quizá de otra manera.

—Todavía te quiero —susurró, sin poder evitarlo.

Jeff se acercó y le rozó una mejilla con el dedo. Su expresión se había suavizado, aunque Bezan podía ver el dolor en su interior.

—El amor nunca ha sido nuestro problema, Bezan. —La miró a los ojos, deseando cubrir la poca distancia que los separaba y besarla con todo su ser—. O quizá sí lo ha sido.

Ella afirmó lentamente, recordando aquella canción que decía que demasiado amor, te matará. Muchas veces, ese había sido el caso para ellos. Tragó saliva y se marchó, atravesando el camino y la valla de madera blanca sin mirar atrás, porque estaba segura de que, si lo hacía, se lanzaría a sus brazos como una adolescente enamorada.

Y temía cómo reaccionaría Jeff, porque si la apartaba... entonces sí que se confirmarían todos sus miedos y estaría terminado de forma definitiva.

Capítulo 7

Savannah abrió los ojos y se encontró sola en la habitación, una circunstancia poco común desde que había ingresado en el hospital. Pese a haber tratado el tema con Leah más de una vez, su hija mayor se resistía a no estar presente durante las noches. Se lo agradecía, aunque en ocasiones deseara estar sola y así tener un respiro.

A veces tenía mejor humor, otros momentos solo quería dormir. Algunos días eran realmente malos, y debía batallar con las náuseas, el malestar y el dolor; entonces resultaba muy difícil poner buena cara y tratar de seguir las conversaciones, por triviales que estas fueran.

Apreciaba la preocupación y esfuerzo de Leah, pero no necesitaba que estuviera las veinticuatro horas del día sentada junto a su cama. Ella también necesitaba descansar, dejar su mente en blanco, ciertos ratos para pensar con calma en cómo dejar atadas las cosas. De forma que fue un alivio descubrir el sillón contiguo vacío y darse cuenta de que había atardecido. Eso significaba que esa noche no le tocaba a Leah, quizás a Josh, y él le dejaba más libertad.

Barajaba la opción de incorporarse para ir al baño cuando escuchó unos golpes en la puerta. Se frotó los ojos y revolvió un poco el pelo, para tratar de tener un aspecto despejado, y murmuró un «adelante».

La puerta se abrió, dando paso a la persona que menos esperaba ver: Tadd.

¡Vaya, las dos últimas semanas estaban siendo un cúmulo de sorpresas! Primero Bezan y ahora su padre. ¿Cómo se habría enterado? Porque llevaba tanto tiempo sin verlo y hablar con él que le era imposible calcularlo.

—Hola, Savannah —saludó él, y cerró tras de sí.

Tadd tenía buen aspecto. Siempre había sido alto y bien parecido, con esos ojos azules que su hija pequeña había heredado y una buena estructura ósea. Conservaba todo el pelo, eso sí, salpicado de canas. Savannah fue dolorosamente consciente de que no había cambiado tanto como ella.

—Tadd Dulay —comentó—. Menuda sorpresa. No muy agradable, pero no estoy para quejarme.

Él caminó hasta la cama y permaneció de pie, cruzado de brazos. La observó con una expresión apenada que no le gustó nada... era Savannah Dulay, siempre orgullosa. Odiaba que la miraran desde arriba, más aún su exmarido.

—¿Qué, has venido a ver mi deterioro? —gruñó.

—He venido a verte en cuanto me he enterado —respondió Tadd, pasando por alto su tono.

—¿Y cómo te has enterado, si se puede saber?

—Bezan me mandó un mensaje.

—¡Por supuesto! —Savannah trató de reír, aunque acabó pareciendo más un graznido—. Tenía que ser ella, cómo no. Hace lo que mejor se le da, liarlo todo.

—Bueno, pensó que debía saberlo. Al fin y al cabo, estuvimos casados un montón de años.

—Sí, hasta que me engañaste, es verdad. Casi se me había olvidado.

—De eso hace mucho. No creo que sea bueno para tu salud que mantengas tan vivo el rencor.

—Tadd se encogió de hombros—. He venido solo a ver qué tal estabas y a decirte que si necesitas

cualquier cosa...

—No necesito nada de ti, menos a estas alturas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no puedes hacer nada que me resulte útil, es muy tarde. Josh es un desastre que va dando tumbos por ahí desaprovechando su inteligencia y sin sentar la cabeza, y tu hija pequeña... en fin, su trayectoria de desastres es tan larga que podría hablar toda la noche. Y la garganta se me seca.

Agarró el vaso de agua que tenía en la mesilla y dio un sorbo.

—¿Y Leah? ¿Está bien?

—Leah es un ángel, sí, la única decente que ha hecho algo útil con su vida.

—¿Y las niñas?

—Si tanto te importan, llámala y dile que quieres verlas.

—Lo he hecho —comentó él—. Muchas veces. Cuando consigo que se ponga al teléfono siempre me dice que no.

Savannah se encogió de hombros.

—Es su decisión, ahí no puedo hacer nada.

Tadd emitió un ruidito a camino entre el escepticismo y la confusión. Podían haber pasado años, y seguía siendo complicado engañar a su exmarido.

—Su decisión, claro. Si no los hubieras envenado contra mí...

—Tú te largaste por voluntad propia.

—No me dejaste otra opción. Todo tenía que hacerse como tú querías, sin derecho a réplica... y mira, para darme ordenes ya tuve a mis padres. Además, no es que me quisieras mucho de todas formas.

—¿Y qué diantres tenía que ver el amor? Aquello era un matrimonio y debías respetarlo, punto, daba igual el amor. ¡Ni que todos los matrimonios se quisieran! Algunos incluso se odian, pero siguen adelante por sus hijos, no lo dejan todo y desaparecen.

Tadd movió la cabeza de manera negativa. Estaba claro que ella se había montado su propia película en la cabeza, y con cada año que transcurría, más creía su versión. Y tenía parte de culpa, por no haber peleado en su momento, porque con su silencio y ausencia había alimentado la fantasía de víctima de Savannah.

—Yo no desaparecí —se defendió—. ¿O es que se te olvida que no me dejabas hablar con los niños ni verlos?

—Al irte renunciaste a ellos.

—Eso no tenía que ser así. Cantidad de parejas se divorcian y saben llevar una relación amistosa por el bien de sus hijos —explicó él—. ¿Qué crees, que yo no los quería?

—Supongo que no tanto como a tu nueva familia o te habrías esforzado un poco más. Recuerdo que llamaste mucho el primer mes, luego tu angustia se calmó.

Él apretó los labios para no soltar una ristra de improperios. Se obligó a recordar que no se encontraba allí para hacer reproches, sino porque creía que le debía una visita... Savannah, la dominante y orgullosa mujer de la que en algún momento había estado enamorado, tenía los días contados. Pelear no tenía sentido: primero porque ya no estaban en guerra; segundo, su historia no podía cambiar a esas alturas.

—Los dos cometimos errores —admitió.

—¿Los dos? —bufó ella, con una sonrisa amarga.

—Sí, los dos —puntualizó Tadd—. Creo que no acabas de entender lo difícil que era la vida a tu lado, Savannah.

—¿A esto has venido? ¿A echarme la culpa de todo lo que salió mal en nuestra familia? Guau,

esto no hay quien lo supere, no.

—No he venido a... —Él miró al techo, irritado—. No sé ni por qué he venido, la verdad. Solo creí que hacerte una visita era lo correcto por lo que una vez... fuimos.

Savannah abrió la boca para responder otra mordacidad, pero las palabras murieron en sus labios cuando una serie de imágenes aletearon en su cerebro. Momentos que había enterrado muy hondo en su día y que ahí seguían, guardados bajo llave.

Era verdad que alguna vez habían «sido». Se quisieron mucho al principio. Tadd era guapo e interesante, siempre con temas de los que hablar y esos amados libros que hacían que ella lo viera como una persona inteligentísima. Recordaba cuando se sentaban en la hamaca del patio trasero de su primera casa y él leía en voz alta fragmentos que no comprendía, aunque no le importaba. Escuchar era suficiente en esos momentos, escuchar y mirar embelesada ese par de ojos hipnotizantes. Acariciar con suavidad la línea del mentón mientras imaginaba lo perfectos que serían sus futuros hijos.

Sin embargo, cuando esos hijos llegaron, su historia estaba deteriorada. ¿Cómo podía ser que el amor se rompiera y no se dieran cuenta hasta que ya no tenía arreglo?

Entonces empezaron los desaires, los ruiditos irónicos, las malas contestaciones. Las horas sin pegar ojo dando vueltas a la cabeza, las interminables sesiones de trabajo que continuaban en su casa con los niños mientras él estaba a saber dónde.

De pronto, una noche cualquiera, un día cualquiera, alguien llamó a la puerta y se encontró con una mujer diez años más joven que estaba harta de ser la amante en la sombra. Y entonces hizo lo único que pudo: echarlo de su vida y tragar con la decepción.

A menudo Savannah pensaba que todas las parejas pasaban malas rachas que tarde o temprano podían superarse. Se equivocó de la peor forma, descubriendo que las promesas no valían nada y que la persona que querías podía traicionarte en tan solo una décima de segundo.

¡Seis meses llevaba con la pelandrusca de marras!

La estafa, el engaño y el dolor fue tal que Savannah no supo gestionarlo. Tenía demasiado veneno para ser razonable, en su mente la única idea plausible era castigarlo:

«Tú me has hecho daño a mí, ahora yo te lo haré a ti.»

Y lo apartó de los niños sin el menor remordimiento. Olvidó que siempre había criticado a esas mujeres que ponían a los hijos contra los padres y se aplicó con todo su ser.

Repetió, por activa y por pasiva, que su padre no sentía el menor interés por ellos, a sabiendas de que era una flagrante mentira. Nunca pasaba las llamadas, ni siquiera informaba de las mismas. Y ver los rostros tristes de los niños le producía una repulsiva mezcla de dolor y placer al mismo tiempo. Era consciente del daño que hacía, innecesario, además, pues la marcha del padre era suficiente pena como para añadir un extra. No podía evitarlo, aún consciente de que estaba mal.

Paso a paso, se convirtió en la madre que jamás imaginó que terminaría siendo. O quizá en la que merecía ser, no lo tenía claro. Trabajo, casa, casa, trabajo, en ese orden, siempre igual.

A veces odiaba a sus hijos, otras los amaba con todo su corazón. Así era Savannah todos los días de la semana: un cúmulo de contradicciones que se manifestaban de distintas formas.

Podía regalarle a Josh una chaqueta nueva deportiva gastando un dinero que no debería usar y, una hora después, destrozar las fotos de su hija pequeña de un plumazo.

No era que no se arrepintiera de nada, sabía que había hecho muchas cosas mal. Solo que no pensaba admitirlo delante de Tadd ni loca, por muy enferma que estuviera.

—Estoy cansada —dijo.

—Me marchó ya —asintió él—. Siento que estés pasando por esto, Savannah. De verdad.

Le hizo un gesto con la cabeza y ella lo vio ir con los labios apretados.

Los siguientes quince minutos los pasó repasando la charla mantenida con Tadd y el resto de sus vivencias. Nunca había vuelto a casarse, ni a salir con nadie, y no sabía bien el motivo, solo que no le interesaba. Quizá la huella dejada por su primer marido había sido suficiente para quitarle las ganas de tener más amor, quizá no quería que otra persona se metiera en su hogar y la educación de los niños, que llevaba con mano de hierro.

Savannah cerró los ojos, sintiéndose agotada de pronto. Necesitaba unos minutos para relajarse, estar agitada no era bueno.

Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta de que debía haber pasado un buen rato: era de noche y Bezan estaba sentada en el sofá que solía ocupar Leah. Por supuesto, no lo ocupaba como haría una señorita bien educada, sino que tenía las piernas cruzadas sobre uno de los reposabrazos. Sujetaba entre las manos una especie de libro, que dejó de mirar al oírla moverse.

—Hola, mamá —saludó.

—¿Qué haces...? —Savannah tragó saliva—. ¿Qué haces tú aquí?

—Dar un respiro a Leah —explicó la rubia—. Todo bien, he traído una manta y comida. ¿Necesitas alguna cosa? ¿La cena? Han venido y estabas dormida, así que...

—Puedo estar sola. —La mujer hizo un gesto obstinado—. De verdad, no necesito que...

—Voy a quedarme y punto —Bezan contestó con la misma obstinación—. Da igual lo que digas. Le prometí a Leah que me ocuparía hasta que descansara y lo voy a hacer.

—¿Tan mal la viste?

—Estresada, sí, pero bueno, no es el único motivo para estar.

—¿Hay más?

—Mira, mamá. —Bezan se acercó para que no tuviera otra opción que mirarla—. Voy a estar en los turnos, quieras o no. Tanto Leah como Josh están de acuerdo, con eso es suficiente. Si no te apetece hablar, pues no lo haremos, de todos modos aquí me quedo.

Savannah no despegó los labios, irritada. Por primera vez, se dio cuenta de que esa obstinación la había heredado de ella, ¡por Dios!

No podía protestar más, sería muy inadecuado. Ya imaginaba la expresión de médicos y enfermeras si la veían echar a su propia hija... no, le tocaba aguantarse.

—Voy a dormir —murmuró.

—Muy bien. Te despierto cuando vuelvan a pasar con la cena.

—Yo no...

Bezan regresó a la postura anterior en el sofá, ignorándola. Abrió de nuevo el libro, cuyas tapas amarillas aparecían gastadas y pintarrajeadas. Savannah forzó la vista, fijándose en que no era un libro, sino una especie de libreta.

No le sorprendía, en absoluto. Pese a todos sus esfuerzos por dinamitar las fantasías de su hija, no lo había conseguido por completo.

Y no fue por no intentarlo, eso seguro. Aún recordaba con claridad la semana en que se habían celebrado las jornadas de puertas abiertas en el instituto con la intención de que los estudiantes se informaran sobre las universidades.

Al sacar el tema en la cena, se había ofrecido a acompañar a los mellizos con toda su buena voluntad.

—No es necesario —comentó Josh—. Ya sabes que yo conseguiré una beca deportiva, no tendré problemas.

—Tendrás que pensar en qué vas a estudiar —replicó su madre.

—Sí, me informaré bien, no te preocupes. Voy a ir a preparar el uniforme para el partido de mañana, si no os importa —se excusó Josh.

Savannah asintió. Aguardó a que su hijo estuviera fuera de la cocina para comenzar a recoger los platos, sin dejar de notar lo silenciosa que estaba Bezan. Era lo habitual, ambas se sentían incómodas cuando Josh, su único nexo de unión, desaparecía. Desde que Leah estaba en la universidad, Savannah se había quedado sin aliados.

—Oye, mamá... —empezó la chica, dudosa.

—¿Sí? —preguntó ella, abriendo el grifo para empezar a fregar los platos.

—He estado pensando en la universidad.

—Ah, ¿sí? ¿En qué exactamente?

—Bueno, me he informado durante el último mes. He pensado que podría estudiar Escritura Creativa y...

—Eso no existe —murmuró Savannah, quedándose rígida al escucharla.

—Claro que existe. Es una licenciatura como cualquier otra, y prepara a los estudiantes para trabajar como editor, investigador o escritor independiente.

Savannah cerró el grifo y se giró hacia ella.

—No —contestó.

—No tendría que irme muy lejos, hay bastantes universidades que...

—Eso no es nada útil, hemos hablado mil veces de ello.

—Pero yo quiero ser escritora —protestó Bezan, con el tono de voz del que se sabe perdedor por adelantado.

Su madre alzó los brazos en el aire, aún con el estropajo entre las manos.

—Y yo quería una familia normal y un sueldo mejor, y mira. No siempre conseguimos lo que queremos, Bezan, es mejor que lo aprendas pronto. Eso te evitará muchas decepciones.

—Mamá, si me dejas...

—La universidad de Belmont es excelente y tiene títulos de maestría en enfermería.

—No quiero ser enfermera.

—Es una carrera sin paro. Ya sé que ahora mismo eso te da igual, como todos cuando somos jóvenes... sin embargo, te acordarás de esto cuando tengas que pagar tu propio piso. La hipoteca, las facturas, el seguro médico... un escritor no vive de eso, Bezan.

Ella la miró, muda. La desilusión se reflejaba con claridad en su cara, aunque ese detalle no hizo que Savannah cambiara de idea en absoluto.

—Tienes más cosas, solo para tu información, aunque no van contigo.

—¿Y ser enfermera sí?

—Es un trabajo muy digno, hija. Poder ayudar a la gente es algo de lo que sentirse orgullosa.

—¿Y por qué no lo estudiaste tú?

—Lo habría hecho, si tu padre no me hubiera dejado embarazada a la primera de cambio. ¿Qué crees, que yo no tenía sueños y planes? Pues sí, y se quedaron en nada.

—Quizá ese fuera tu sueño, pero no es el mío.

Savannah suspiró, regresando a la labor de fregar los cacharros.

—Yo solo quiero que estudies algo útil, eso es todo, y como soy la que paga, esto es lo que hay. Belmont y enfermería, lo tomas o lo dejas.

Bezan fulminó a su madre con la mirada, pese a que realmente no estaba muy sorprendida. Su deber era intentarlo, aunque no confiaba en que le permitiera escoger la carrera.

La mujer pareció sentir su mirada, porque paró la labor por segunda vez.

—Otro motivo más para odiarme —comentó, sin darse la vuelta.

La rubia recogió su plato y abandonó la cocina en completo silencio. Savannah se quedó sola con sus pensamientos, sin dejar de preguntarse si estaría haciendo lo correcto. No pretendía

fastidiar a Bezan, era solo que sus sueños le parecían poco útiles y bastante difícil era la vida para que se distrajera con tonterías. No podía pretender pasarse los días tecleando mientras Jeff la mantenía: debía ser capaz de ganar un sueldo similar para contribuir.

De cualquier modo, su hija la detestaba, así que sumar algo más a la lista no cambiaría mucho las cosas.

Savannah se dio cuenta de que llevaba una hora en silencio, con la mente en constante distracción por escenas de su pasado. Al parecer, Tadd había removido cosas en su interior. O quizás era la fuerte presencia de la muerte, que le hacía echar la vista atrás y recapacitar.

Escuchó un trueno y eso hizo que abriera los ojos, dejando de simular que dormía. Bezan apoyó la libreta sobre sus piernas y miró por la ventana, donde las gotas golpeaban el cristal con insistencia.

—Tú y las tormentas —murmuró Savannah—. Jamás he entendido por qué te gustaban tanto.

Bezan se giró al oírla.

—¿Estás despierta?

—Más o menos, sí. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Puedes llamar a la enfermera? Es por el suero.

La chica la observó, después a la aguja que conectaba su cuerpo al gotero. Un gotero tan mimetizado en la habitación que casi pasaba desapercibido al ojo humano, y que, sin embargo, ahí estaba, en constante uso.

—Lo tienes bien —comentó Bezan, tras echar un vistazo—. Aunque no puede decirse lo mismo de tus brazos. Parece que hayan estado de prácticas con ellos.

—Dímelo a mí. La medicina estará muy avanzada, pero no tanto como ellos creen... algunos procedimientos son auténticas torturas chinas.

Bezan se limitó a sonreír. Regresó al sofá y recogió la libreta, aunque no volvió a abrirla, centrada en escuchar el ruido rítmico de la lluvia al caer. Las tormentas siempre le habían gustado, en eso tenía razón su madre, ya desde niña la lluvia ejercía una gran fascinación sobre ella. Más adelante tendría otros motivos distintos para amarlas, sin duda.

—Háblame de tus viajes —dijo su madre, de pronto.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Bezan, tan sorprendida que estuvo a punto de caerse del sofá.

Recordaba la expresión escéptica de la mujer al decirle que iba a tomarse un año para viajar sola, como si fuera una pobre chalada con la cabeza llena de ideas estúpidas. Estaba tan acostumbrada a esas reacciones que ya ni le molestaban, así que ese interés repentino la cogía por sorpresa.

—No sé, algo. Cualquier cosa, una historia. Habrás tenido un montón de experiencias, ¿no? Pues una de ellas. Dónde has estado, cómo era la vida allí... lo que sea.

Savannah había sacado ese tema sin pensarlo, como cualquier otro. Si tenían que pasar el rato juntas, al menos podía entretenerse escuchando historias sobre la cantidad de lugares en los que había estado.

Bezan la observó, aún con la sorpresa en la cara. Rara vez, por no decir nunca, su madre se había interesado por sus cosas. De hecho, por más que hacía memoria, no recordaba que jamás le hubiera preguntado por sus escritos, anhelos o intereses.

Estiró el brazo para agarrar el bolso, que volcó sobre sus piernas.

Savannah observó asombrada la cantidad de cosas que contenía, mas no hizo el menor comentario al respecto.

—Cuando viajas, tienes que llevar cosas útiles. Cuantas más, mejor —explicó Bezan.

Aparecieron más libretas en diversos colores. Ninguna era en exceso gorda, lo que explicaba que la chica pudiera llevarlas a cuestas. Bezan pasó de una a otra hasta encontrar una azul, la que mayor aspecto envejecido tenía.

—¿Qué son todas esas libretas? —quiso saber Savannah.

—Mis cuadernos de viaje —respondió ella—. Escribí uno de cada lugar en el que estuve. No tenía pensado hacerlo, pero algunas cosas merecía la pena dejarlas impresas.

—¿Y llevas todos encima?

—No, ¡sería imposible! —Bezan se echó a reír—. A veces, me apetece recordar un momento concreto o un lugar especial. Entonces solo tengo que releer y recuerdo exactamente cómo me sentía en aquel momento.

Savannah no hizo ningún comentario.

—Este es el primero —dijo—. Volé de aquí a Auckland, en Nueva Zelanda. Está en la isla norte, es allí donde decidí empezar mi viaje.

—¿De verdad escribiste tu crónica del viaje?

—Bueno, no todo, claro. No tenía tanto tiempo... por lo general, me sentaba por las noches y hacía una especie de resumen con lo más importante de la semana.

Bezan abrió su primer cuaderno de viaje y lo miró con cariño. Sus libretas contenían historias, y ni siquiera eran la mitad de las cosas que había experimentado. Seguía creyendo con firmeza que aquello era algo que todo el mundo debería experimentar alguna vez en la vida, aunque era consciente de que no era viable para cualquiera. Ella tenía suerte, porque cuando le explicó a Jeff los deseos más profundos de su corazón, él puso a su disposición los ahorros conjuntos sin dudar. Al salir no tenía claro que fueran a durarle el año que quería pasar viajando, aunque se dijo a sí misma que volvería al menor contratiempo y listo. Después, se las apañaría para reponer ese dinero como fuera.

—¿Quieres que te lo lea, o prefieres que te lo cuente?

—Léelo. Así podré conocer de una vez tus escritos antes de morirme.

Bezan ignoró el tono sarcástico de su madre. Qué pena que hubieran tenido que pasar tantos años y una posible enfermedad terminal para que mostrara cierto interés por algo que siempre tuvo un lugar importante en su vida.

No tenía sentido regresar a su infancia otra vez, así que abrió la hoja y se aclaró la garganta.

«El vuelo ha durado nada menos que diecinueve horas, con una escala interminable en el aeropuerto de Los Ángeles. Nunca había pasado tanto tiempo en un recinto tan pequeño, y la verdad, sé que esta es la parte que menos me va a gustar del viaje: los aviones. Son un gran invento, pero muy incómodos. En fin, lo primero que hice nada más bajar del avión fue ir a recoger la furgoneta que había alquilado por internet. En este sitio hay muchas distancias y todas son largas, así que lo mejor si no quieres dejarte los ahorros de tu vida en hoteles, es alquilar una furgoneta. Además, los mejores amaneceres que he podido contemplar han sido a través del cristal del parabrisas. Y también está esa libertad de poder ir donde quieras y cuando quieras, que es la principal razón por la que he decidido hacer este viaje.»

Savannah alzó una ceja.

«Puedes disfrutar de momentos de soledad, pero también puedes aparcar en campings y lugares aptos, así que, si necesitas ratos de compañía, los tienes. En este país la gente tira mucho de hacer autostop. Yo recogí unos cuantos durante las tres semanas que estuve aquí...»

—¡Por Dios! —saltó Savannah—. ¿Cuántas veces te he dicho lo peligroso que es recoger desconocidos?

—Vamos, mamá... los viajeros no son psicópatas. Yo también hice autostop muchas veces.

—Eres una descerebrada, ¿podía haberte pasado cualquier cosa!;Y más es esos sitios tan asilvestrados! ¿No dicen que en Australia es donde más criminales hay?

—Te estoy hablando de Nueva Zelanda, no de Australia...

—¡Lo mismo da, eres una cabeza loca!

—¿Vas a seguir con eso o quieres que lea? —refunfuñó Bezan.

Savannah hizo un gesto de exasperación y volvió a su postura inicial.

«Aquí no se puede dormir donde quieras, tienes que conocer los lugares permitidos... las oficinas de turismo tienen mucha información, pero suelen derivarte a sitios de pago, algo que he experimentado esta primera semana. Después, un grupo de excursionistas me recomendaron una aplicación estupenda y ya no hubo problemas, entre eso y el mapa me he arreglado muy bien. Allí cuidan mucho sus espacios naturales y habilitan zonas con mesas, baños y agua corriente, en algunas se paga y en otras no; en general está muy bien organizado. Este mismo grupo me ha explicado que si quiero cargar el móvil lo mejor es que vaya a las bibliotecas, lo mismo que para el wifi. Conseguir internet es una odisea y, la verdad, cuando viajas terminas olvidándolo porque estás ocupado disfrutando de lo que hay a tu alrededor... eso no significa que no haya tenido que secarme el pelo en baños públicos, incluso cargar allí el teléfono, ¡es tan surrealista! Desde luego, comodidades las justas.»

Bezan oyó un ruido que venía de la cama y miró a su madre, sin identificar el sonido. Tardó en unos segundos en darse cuenta de que era algo parecido a una risita y se quedó sin saber qué hacer: no sabía si aquello quería decir que le parecía divertido el texto o directamente se burlaba de ella. Conociéndola, sería lo segundo.

—Perdón. Te he imaginado en un baño público con la cabeza metida en un secamanos.

—Ah, ya. —Bezan también sonrió—. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que la solución era tan sencilla como cortármelo.

—Era lo más práctico, desde luego. Sigue, anda.

«A Nueva Zelanda, todos la llaman el país de la larga nube y, a los que viven allí, kiwis. Es una ciudad muy cosmopolita, con lugares de ensueño... a unos doscientos kilómetros encontré Wai-o-tapu, un parque geotermal cerca de Rotorua, que está lleno de lagos de colores, fumarolas y volcanes. Nunca he visto paisajes como estos, ¡ni siquiera el olor a podrido puede estropearlo! Es debido a los elementos químicos, así que hay mezcla de amarillos, rojos, blancos, morados... es un paraje único. La actividad volcánica ha modelado esta área durante miles de años y se ha convertido en un sitio espectacular, digno de cualquier escenario de película de ciencia ficción. Qué lugar más hermoso y sorprendente, puedes ir conduciendo y toparte de pronto con una colina llena de ovejas o cruzar un río y aparecer en un pueblo sacado del salvaje oeste...y para los aficionados está Mordor, que se puede subir haciendo *trekking*.»

—¿Mordor? Nunca lo he escuchado.

—*El señor de los anillos*. Es un libro, rodaron la película allí. A los fans les encanta.

—Qué tonterías.

—¿Sabes que en las cuevas de Waitomo hay un mosquito que produce luz azul y si lo ves de noche es precioso?

—¿Como las luciérnagas que se veían hace años en el jardín?

—Sí, aunque estos son azules. Cuesta creer que sean solo bichos.

—¿Y qué fue lo que menos te gustó de allí?

Bezan arqueó una ceja y comenzó a buscar entre sus páginas porque sí, también eso lo había apuntado.

—Los precios: de la gasolina, la verdura, la fruta. El hecho de viajar en furgoneta tiene muchas cosas buenas, pero las duchas y el colchón eran un auténtico infierno. Para ir a la isla sur debía coger el ferry y, a pesar de todo, la furgo se vino conmigo.

« El ferry era cómodo, y en sus vistas encontré paisajes similares a los que ya había visto durante tres semanas, laberintos de aguas azules entre acantilados y colinas. El trayecto no era largo, unas tres horas y media, y tenían las comodidades típicas de cualquier crucero, de modo que antes de lo esperado estaba en la isla sur. Toda la gente que me he ido cruzando me ha dicho que esta es la parte más bonita, ¿me pregunto cómo será posible eso después de las maravillas que he visto! Y tenían razón: el monte Cook, el fiordo de Milford Sound... hay tantas cosas que es imposible recorrer todo, ahora mismo llevo semanas viajando y estoy bastante agotada. Me encanta desplazarme a cuatro ruedas... pero necesito quedarme quieta en algún lugar, aunque solo sea una semana. Compañeros de viaje me han dicho que es bastante habitual trabajar de *housekeeper*, o sea que igual es la oportunidad perfecta para descansar un poco de tanto conducir, conocer bien la isla sur y de paso decidir mi siguiente destino. Es más que probable que sea Australia, pero no estoy segura. »

—¿Llevabas tres semanas y aceptaste un trabajo?

—Ajá. Bueno, el dinero no iba a durarme siempre, ya sabes, si me surgía la oportunidad no podía dejarla escapar. Y necesitaba parar un poco.

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

—En limpiar casas y hoteles. Es fácil, me acerqué a una empresa de trabajo temporal y dos días después me llamaron, ellos se encargaron de todo el papeleo legal.

Savannah la contemplaba y Bezan no sabía muy bien cómo tomarse esa mirada.

—Creía que habías ido de vacaciones.

—No, no exactamente, mamá. Era un viaje de... no sé, no me gusta decir eso de descubrimiento, me suena a cliché, aunque es lo más parecido. Yo sabía que me encontraría muchas dificultades en el camino y así fue, tuve que trabajar, estuve muy enferma, me robaron varias veces, destrocé un montón de botas, en ocasiones dormí en casas ajenas sin saber casi quienes eran, en ciertos momentos tuve miedo, en otros me sentía muy feliz... es complicado de expresar.

—No te imagino limpiando nada, Bezan. No lo tomes a mal, ni siquiera recogías tu habitación cuando eras pequeña.

—La necesidad obliga —comentó la rubia, con una sonrisa—. Además, pensé que, si trabajaba, no me gastaría los ahorros.

—Pero al final sí que lo hiciste, ¿no?

—Las cosas no fueron por el camino que yo esperaba, no.

—Tendrás que devolverle parte a Jeff, lo sabes.

—Ya, soy consciente. Veré cómo me las apañó.

Bezan se mordió el labio, porque el hecho de mencionar temas como el dinero o su aún marido habían estropeado esa especie de tregua entre su madre y ella, además de sacarla del vívido y bello recuerdo de su primer viaje, uno de los que más había disfrutado. Había ahorrado detalles como lo duro que era el trabajo de limpiar apartamentos y hoteles, lo agotada que regresaba por las tardes y lo cara que era la vida en Queenstown; todo eso eran menudencias comparadas con lo vivido allí. Las experiencias sumaban, ponerse a trabajar la había ayudado a tener cierta soltura, cosa que agradecería más adelante. Porque claro, tuvo que trabajar en casi todos los lugares visitados, sin excepción.

No sabía si volvería a leerle a su madre alguna otra libreta. Parecía que hasta en ciertos

momentos le había gustado, cuando no estaba protestando por imprudencias como recoger autoestopistas o gastarse los ahorros de su matrimonio.

—Hum. —Oyó refunfuñar a Savannah.

—¿Qué?

—Pues que cuando te largaste del hospital de esa manera me dejaste en muy mal lugar. Ya sabes que di la cara por ti al conseguir que te hicieran la entrevista.

—Lo sé —respondió Bezan, sin comprender muy bien a qué venía ese ataque gratuito.

Savannah tamborileó con los dedos, impaciente.

—Lo que intento decir es que podría...

—¿Qué?

—Podría volver a hablar con Vanessa, si estás interesada. Le gustabas, vaya Dios a saber por qué... estoy segura de que te contrataría de nuevo.

Bezan aún recordaba los gritos de Savannah al conocer la noticia de que iba a abandonar el trabajo para marcharse de viaje.

—¿Seguro que querrá verme?

—Le dije que tenías ciertos problemas mentales.

—¿Qué? ¡Mamá!

—Bueno, una especie de depresión —aclaró Savannah, sin parecer avergonzada—. ¡A ver, algo tenía que decir, tu comportamiento era inexcusable!

Vio como Bezan se frotaba la frente, preocupada... y cómo, lentamente, empezaba a sonreír hasta terminar riendo a carcajadas.

—¿Se puede saber qué te resulta tan divertido? —protestó, irritada—. ¡Ya te digo yo que no tuvo la menor gracia, créeme!

—Dios, mamá... solo a ti se te ocurre decir algo semejante.

Bezan dejó de reírse, consciente de que sus emociones empezaban a traicionarla. No sabía si después de eso quería llorar, gritar o romper alguna cosa. Puede que todas a la vez.

—Por supuesto, tendrás que firmar con sangre que no te largarás otra vez de esa forma. ¿Es lo que tienes pensado?

La chica dudó. Aún estaba sin decidir, aunque ni loca le confesaría eso a su madre. Volver a trabajar le parecía una idea estupenda, maravillosa, que mantendría su cabeza ocupada y evitaría que cometiera un montón de tonterías.

Y ganaría dinero, lo cual le daría cierta libertad.

—No solo hago esto por ti —murmuró Savannah—. También por Jeff. Él no tiene la culpa de tus desvaríos mentales, lo justo es que devuelvas la parte que era suya.

—Lo entiendo. Yo también quiero hacerlo.

—¿Ya te ha entregado los papeles del divorcio?

Savannah formuló la pregunta sin delicadeza alguna, como si fuera un mero trámite burocrático, y alzó la ceja al ver la expresión en la cara de su hija.

Podía ver el dolor en ella, desde luego, hasta podía comprenderlo. También ella había amado a un solo hombre, negándose a rehacer su vida con otro. Sin embargo, por extraño que pareciera, no quería que su hija pasara por lo mismo: aún era joven, demasiado. Y si bien la culpa de todos -o la gran mayoría- los desastres en su relación eran suyos, eso no hacía que la situación fuera fácil para ella.

—No contestes —se apresuró a decir, porque no sabía cómo batallar con ese tema, y menos con su hija pequeña, esa gran desconocida—. Mañana llamaré a Vanessa. Estoy segura de que en un par de semanas volverás a estar en la plantilla del hospital.

—Gracias, mamá.

—Creo que ahora sí tengo un poco de hambre, ¿te importa pedir que me traigan la cena?

Capítulo 8

Las noches en el hospital eran duras. Los minutos parecían horas, y las horas, interminables. La cama supletoria no tenía la culpa: era menos incómoda de lo que parecía y se podía descansar en ella perfectamente, aunque Bezan no lo consiguiera. Podía echarle la culpa a su instinto como enfermera, siempre alerta durante sus turnos de trabajo fueran a la hora que fueran, pero la verdad era que el torbellino de emociones en que se había convertido su vida desde que regresara a Nashville era la causa.

Estaba haciendo bastantes turnos. Tras ver que su madre ya no protestaba, Leah había accedido a cederle más horarios para así descansar, y Bezan lo aceptó sin poner pegas.

Sobre todo, después de la comida en casa de su hermana, que había sido, como poco, esclarecedora sobre el panorama general. Le gustaría poder hablar con ella en confianza, poder decirle que contaba con su ayuda para lo que necesitara, incluso si era un hombro sobre el que llorar.

Lo malo era que ni siquiera a ella le sonaba como un ofrecimiento sincero, por lo que no había dicho nada. Quizá el matrimonio de su hermana estaba pasando por un bache y su hija adolescente se les estuviera yendo de las manos, ¿quién era ella para meterse en sus vidas? Como consejera y ejemplo a seguir no podía hablar, eso desde luego.

Así que, en los últimos días, había mantenido la comunicación abierta con Leah y con Josh para hablar sobre turnos, pasarse la información de uno a otro cuando se encontraban en el hospital y poco más.

La ventaja de llegar cansada a su antigua habitación de adolescente era que le dejaba poco tiempo para pensar, aunque sabía que no podía posponer el tema de Jeff indefinidamente. Los papeles del divorcio estaban sobre el escritorio, sin tocar desde el día en que lo fuera a visitar. La excusa del hospital era buena para evitar leerlos, aunque sabía que no engañaba a nadie más que a sí misma.

Como aquel día, que como había dormido poco y tenía tiempo de sobra antes de su siguiente turno, se había puesto a limpiar la casa de su madre como pretexto para no sentarse a examinarlos. Al fin y al cabo, vivía allí y qué menos que hacer algo en la casa, ¿no? Si su madre o su hermana la vieran frotando el lavabo como si no hubiera un mañana, probablemente pensarían que estaba loca o les daría un síncope de la impresión.

El problema era que la casa no necesitaba mucho más que un repaso al polvo y los baños, ya que su madre siempre la tenía como los chorros del oro y Leah se había ocupado del tema cuando la habían ingresado.

Por lo tanto, en poco tiempo la casa relucía y no tenía nada que hacer, al menos hasta que recuperara su antiguo trabajo en el hospital.

Con un hondo suspiro, subió las escaleras de regreso a su habitación y se sentó en el escritorio, el lugar que tan buenos y malos recuerdos le traía a la vez. Recordaba las horas que había pasado allí escribiendo en sus cuadernos, inmersa felizmente en sus mundos. O todas las horas de estudio (y otras cosas) con Jeff... pero también, por supuesto, las discusiones con su madre, las fotos que antes estaban en las baldas y que nunca más volvieron.

Sacudió la cabeza, pensando que ya estaba de nuevo distrayéndose y esquivando los papeles, así que los cogió y miró la primera página, que tenía el membrete del bufete de abogados en la parte superior.

Era casi surrealista.

Acabar así con Jeff era algo que no hubiera imaginado nunca. Bueno, ni que llegaría a casarse con él, ni que se enamoraría como una adolescente tonta del nuevo alumno aquel año... aunque si era justa, tampoco era de extrañar: cuando había ocurrido, eran adolescentes. Y como todos a esa edad, algo tontos estaban, claro.

No tanto como Josh, que menos en los libros pensaba en cualquier cosa. Ni tan poco como Leah, que hasta de niña había sido adulta.

No, ellos habían tenido momentos sensatos de estudiar y trabajar juntos... y momentos locos, como el fin de semana que cambió todo su mundo y lo volvió patas arriba.

Con el ejemplo familiar, el concepto que tenía Bezan del amor no era muy optimista. Los libros tampoco ayudaban mucho, en su mayoría con una idealización del amor romántico y pasional que no le parecía nada realista.

Hasta que conoció a Jeff, claro. Al principio no le causó un gran impacto: le llamaron la atención sus ojos azules, el pelo castaño y esa cara de buen chico que no había cambiado ni un ápice con los años. Jeff le había contado muchas veces cómo se había enamorado en treinta y seis horas... y ella, en cambio, podía decir que habían sido unas cuantas más. En realidad, en su caso no tenía claro el momento exacto. Más bien, era un sentimiento que había surgido despacio, como si Jeff se hubiera ido metiendo poco a poco bajo su piel y ya no se hubiera desprendido nunca más.

Habían sido pequeñas señales. Un día, mientras él le explicaba algo del proyecto en el que trabajaban juntos, se despistó mirándole y no se había enterado de nada de lo que le estaba diciendo.

Otro día, al pasarle un bolígrafo y rozarle los dedos, había notado un escalofrío recorriendo su cuerpo.

Sin darse cuenta, se descubrió deseando que llegaran los días en que tenían que trabajar juntos para estar con él. Lo había integrado en su círculo de amigos y se sentaban juntos en el comedor, salían en grupo a ver una película o a celebrar algún cumpleaños y un día, mientras compartían un cubo de palomitas en la oscuridad del cine, Bezan se dio cuenta de que prestaba más atención a la persona sentada a su lado que a la acción que se desarrollaba en la pantalla.

Y entonces pasó a preguntarse qué hacer. Con otros chicos, había tenido claro si les gustaba o no, pero con Jeff todo era diferente, porque era su amigo y no sabía si las señales que enviaba eran su propio reflejo o si estaban ahí, siquiera. Por otro lado, estaba tan bien con él, que temía que, si decía o hacía algo, su amistad se estropeará.

Cuando pensaba en aquella época, la palabra que le venía a la cabeza para describirlos era «monos». Todo parecía tan inocente, tan especial, fácil y complicado a la vez... Echaba de menos aquellos tiempos, a pesar de que en su casa las cosas no fueran agradables. Jeff había hecho que todo fuera mejor. Esa era otra de las razones por las que se había enamorado de él, sin duda.

Su mirada se desvió de los papeles al mural de corcho que había colgado en la pared, aún con fotos y recuerdos sujetos con chinchetas. Durante días había esquivado también aquello, pero en aquel momento, con los papeles del divorcio en la mano... la foto donde aparecían juntos en el lago destacaba sobre las demás.

Su primera excursión de fin de semana juntos... y el verdadero comienzo de todo.

Sin quererlo, Josh había sido su Celestina particular en aquel entonces. El primer cuatrimestre

había finalizado, el equipo de fútbol americano del instituto iba en cabeza y, para celebrarlo, su hermano había organizado una salida con el equipo, las animadoras y cualquiera de la clase que quisiera acompañarlos. Como él solía decir, «cuanto más mejor, mayor bote se genera».

No tenía muy claro cómo se las apañaba para conseguir las cervezas o el alcohol para las fiestas, si utilizaba a algún amigo mayor o si lo conseguía con su encanto natural pese a no tener carné, la realidad era que siempre tenía lo que necesitaba.

Bezan y Jeff estaban en el pasillo junto al cartel con las notas de los trabajos, revisando su calificación, cuando Josh había aparecido dando saltos junto a ellos.

—Venís este fin de semana, ¿no? —dijo, rodeando a su hermana con el brazo.

—Calla, que no sabemos la nota todavía.

—¡A! —exclamó Jeff.

—¿Qué? ¿Estás bien?

—Sí, sí, que es una A, un sobresaliente.

Bezan le cogió las manos y los dos empezaron a dar saltitos, mientras Josh se unía y cogía al chico con su otro brazo.

—¿Cantamos alguna canción infantil? —se rio el mellizo.

—Vete a la porra.

Bezan lo apartó y le dio un manotazo, aunque ambos sonreían.

—Voy a seguir, que me faltan unos cuantos por confirmar —dijo Josh, mientras se alejaba andando hacia atrás para no perderlos de vista—. Cuento con vosotros, aunque no os guste el fútbol, tenéis esa notaza para celebrar.

Les guiñó un ojo y se alejó. Bezan miró de reojo a Jeff, que sonreía satisfecho y miraba de nuevo la lista, como si no se creyera el resultado.

Bueno, quizá era la oportunidad que estaba buscando... Un fin de semana fuera, aunque estuvieran con gente, podría ser una excusa para ver si había chispa o era cosa solo suya. Por intentarlo, no perdía nada, ¿no?

—¿Te apetece ir con ellos? —preguntó.

—No me he enterado muy bien de qué va el tema —contestó Jeff, mirándola—. ¿Una fiesta?

—Más que eso, es todo el fin de semana.

—¿Dónde?

—De acampada, en el lago Radnor.

Jeff elevó una ceja, sorprendido.

—¿Acampada? Estuve de excursión con mi familia y no está permitido, nos lo dejaron bien claro, por eso de que es espacio protegido y tal.

—Ya, pero es que resulta que el padre de Greyson, el segundo mejor jugador después de Josh, es *ranger* en el lago. Y todos los años desde que empezaron a jugar, si van ganando, les deja acampar un fin de semana.

—Me tomas el pelo.

—No, es en serio. Quiere que sea profesional y le da igual cómo se incentive, así que todos los años se organiza una salida o dos. Lo que sea por tenerlo contento.

—¿Y nunca ha habido problemas?

—No, porque sabemos que, si se estropea algo, no lo dejamos limpio o pasa cualquier cosa, nos lo prohibirán, y nadie quiere eso. —Le frotó un brazo—. Venga, ¿te animas? Seguro que nos lo pasamos bien.

Jeff la miró de una forma extraña, o eso le pareció a ella, antes de afirmar con la cabeza.

—¿Qué tengo que llevar? —preguntó.

—Si no tienes tienda no te preocupes, compartimos la mía, así que con el saco te valdría.

—Genial. ¿Cuándo salimos?

—Esta tarde, el lago cierra una media hora antes de anochecer y tenemos que llegar a la hora justa, para que el padre de Greyson no tenga que abrirnos. ¿Te dirán algo tus padres por avisar tan tarde?

—No, no te preocupes por eso. ¿Y tu madre?

Bezan puso los ojos en blanco.

—No me pondrá pegas —contestó—. Y si dice algo, me da igual, he ido otros años. Además, a Josh nunca le dice que no a nada, así que... —Sacó una foto a la lista con las notas—. Esto también valdrá para que no se cabree. ¿Te llevo a casa?

—Claro, gracias.

La pregunta era prácticamente retórica, puesto que era raro el día que Bezan no lo llevaba a su casa. Aunque ese día, cuando lo dejó en la puerta, el hecho de saber que volvería a verlo en un par de horas la dejó intranquila.

Era ridículo, pensaba mientras conducía hacia su casa. Estaba pensando qué ropa llevar, como si fuera una cita o algo así, cuando lo que estaba claro era que las opciones eran limitadas: iban de acampada a un lago y tendrían que andar por senderos, algunos más sencillos que otros, e incluso atravesarían varias zonas de bosque. Por lo tanto, botas de monte, zapatillas y ropa cómoda era lo que tenía que meter. Bañador también descartado, el tiempo en esa época del año no era el más adecuado, aunque las temperaturas no fueran bajas; por otro lado, el baño estaba totalmente prohibido, y esa sí que era una norma que ninguno se saltaba: eran adolescentes, pero no tontos, ninguno quería morir ahogado. Probablemente harían algún paseo en canoa o kayak, pero para eso, de nuevo, la ropa cómoda se imponía.

Y para dormir... bueno, solía ponerse una camiseta grande, y en verano ni eso. Los pijamas que le regalaban en navidad acababan en un cajón y no recordaba tener ninguno sin motivos infantiles o flores. ¿Camisones? Ni uno. Los odiaba, el único que había tenido terminó en manos de Leah después de que la primera noche se le hubiera enredado casi hasta el cuello.

Pues nada, si quería causar alguna impresión nueva en Jeff, no sería con ropa sexy, desde luego. Quizá su vestido de tirantes blanco pudiera servir si daban una vuelta al día siguiente.

Cuando llegó a casa, su hermano estaba en su habitación preparando su mochila y ella se asomó para que supiera que había llegado.

—Voy a preparar las cosas —informó.

—¿Has convencido a tu novio? —preguntó Josh, con una sonrisa pícaro.

—No es mi novio, ya lo sabes.

—Ya, ya, lo que tú digas.

—¿Cuántos se han apuntado?

Notó que su móvil vibraba y lo sacó para ver que Alika le había escrito un mensaje para avisarla de que se apuntaba a la excursión.

—Unos veinte.

—Anda, no sabía que Alika iba a venir, y además con nosotros.

—Sí, he conseguido convencerla.

Algo en su tono hizo que Bezan frunciera el ceño. Lo había dicho como demasiado a la ligera. Y ella sabía que su hermano no daba una puntada sin hilo. Le contestó a su amiga con un par de emoticonos felices y lo miró.

—¿Y ese interés? —preguntó.

—¿En qué?

—En Alike. ¿Es nuevo?

—¿Qué interés? No sé de qué me estás hablando. —Carraspeó—. Viene a clase y su casa pillá de camino.

—Ajá.

—Y cabe con nosotros en el coche, así que le he ofrecido un asiento.

—Ajá.

—Oye, ¿no ibas a hacer tu maleta?

—Sí, claro. —Se encogió de hombros con una sonrisita—. En fin, ya me enteraré.

—¡Que no hay nada de lo que enterarse!

Pero Bezan se había marchado, así que Josh se calló al darse cuenta de que estaba hablando solo. Mejor, así no tenía que mentir. Odiaba cuando su hermana le leía la mente de esa forma, demonios.

Terminó de preparar la mochila y salió a por «suministros» mientras llegaba la hora. Había un par de tiendas cerca de su barrio donde lo conocían y, con un poco de propina a los empleados adecuados, le daban lo que necesitaba para sus fiestas o excursiones.

En un par de viajes tenía el coche listo para el fin de semana. Savannah llegó a casa cuando estaba metiendo la última caja de cerveza, detalle que pasó por alto al estar más atenta a Bezan, que salía con su mochila.

—No me habías dicho que te ibas con tu hermano —le reprochó.

—No lo tenía decidido.

Abrió el maletero, vio las cervezas y echó su mochila encima para taparlas al ver que su madre se acercaba. Josh también se apresuró a cerrar el maletero, por si acaso.

—Vamos unos cuantos, como siempre —comentó.

—¿Y los deberes? —Miró a Bezan.

—Mamá, es el final del cuatrimestre y tenemos vacaciones —respondió Josh, en cambio—, no hay nada pendiente. Bezan, dile tu nota del trabajo con Jeff.

Ella suspiró fastidiada por tener que estar así, justificando su fin de semana cuando a Josh no le había ni preguntado.

—Sobresaliente.

—Oh, vaya. Me alegro, se nota que ese chico estudia.

Y sin más, se dio la vuelta para meterse en casa. Bezan apretó los puños, tragándose una contestación porque si le decía lo que pensaba, seguro que acabarían discutiendo y adiós el fin de semana.

—No te hagas mala sangre —dijo Josh, con un suspiro—. Ya sabes cómo es.

—Me encanta esa frase: «ya sabes cómo es». Como si eso justificara todo. ¿Por qué a ella le vale y a nosotros no?

—¿Porque es nuestra madre y paga las facturas?

Bezan sacudió la cabeza y se metió en el coche para arrancarlo. Cogió aire mientras introducía la llave y la giraba para calmarse: se acabó, en unos minutos estarían lejos de allí y lo único que tenían que hacer era disfrutar.

El incipiente enfado se fue diluyendo según avanzaban por la ciudad hasta el barrio de Alike, que subió muy entusiasmada al coche, y se fue transformando en nerviosismo a medida que se acercaban a recoger a Jeff. Por fuera, hizo todo lo posible por disimularlo, aunque no estaba segura de haberlo logrado del todo porque le pareció que su voz sonaba algo más aguda de lo normal al saludarlo.

Pronto llegaron a la calle Otter Creek Road, que llevaba hasta el lago y marcaba el inicio de la

experiencia en una ruta adornada con frondosos robles y nogales que perdían sus hojas en otoño. Más que un simple lago rodeado por senderos y árboles, Radnor lake era un lugar idóneo dentro de la agitada ciudad para que los visitantes lograran alejarse de la misma, una especie de oasis en el asfalto.

No siempre fue así, la compañía del ferrocarril había creado el lugar más de cien años antes con el fin de suministrar agua a las locomotoras de vapor y el ganado transportado. Con el tiempo, el área había terminado por convertirse en una gran reserva natural, con todo tipo de fauna y flora protegida, además de tener un lago que parecía un espejo y que la convertía en una de las zonas más populares de todo Tennessee.

Para los adolescentes, era el motivo de trabajos de naturaleza y biología en más de una ocasión durante sus estudios, por lo que muchos acababan por cogerle cierta manía. Sin embargo, como ellos tenían la ocasión de disfrutarla de forma algo «ilegal», el lugar era de sus favoritos.

Se cruzaron con algunos coches en dirección contraria, lo que les indicó que la gente estaba abandonando la reserva siguiendo el horario habitual. En el aparcamiento ya había algún vehículo y unos cuantos adolescentes esperando con sus mochilas.

Bezan aparcó y todos bajaron, viéndose pronto rodeados por el resto del grupo que se acercaba para ayudar a transportar las bebidas que Josh había llevado.

En poco tiempo, el grupo final estaba reunido y se dirigieron a la entrada, donde el padre de Greyson, con su uniforme de *ranger*, los aguardaba.

—¿No registrará las mochilas? —susurró Jeff a Bezan.

—No, se fia de su hijo.

—O le da igual.

—Esto también, mientras no...

—... liemos ninguna.

Bezan sonrió y Alika, que iba a su lado, la miró divertida.

—Muy contenta te veo —le siseó en voz baja.

—Mira quién fue a hablar, la que no le gusta acampar. Y aquí estás.

—Bueno, no puedo criticar algo si no lo pruebo, ¿no?

—Eso se puede interpretar de muchas formas.

Alika le dio un codazo y las dos se echaron a reír, aunque se callaron al escuchar que Josh daba un par de palmadas para llamar la atención del grupo.

—Ya empieza a oscurecer —comentó—. Así que sacad las linternas, vamos por el sur y acamparemos donde siempre, entre el camino y la carretera.

—Tranquilo —dijo Bezan a Jeff—. Es el camino fácil y en media hora estaremos ahí.

Él afirmó, pese a que no le preocupaba el tema. Obviamente, no estaba en tan buena forma como Josh y el resto del equipo, pero tampoco se ahogaba en una cuesta. En realidad, aquel paseo le gustó: el aire era limpio, no se escuchaba el tráfico ni otro ruido que no fuera la brisa o algún animal. El día que había estado con sus padres estuvieron en el centro de investigación y todo fue muy instructivo; esa noche, en cambio, era para disfrutarla y no estar leyendo folletos informativos. Además, aunque había tenido alguna duda por ir con un grupo formado en su mayoría por los «populares», la verdad era que el ambiente era alegre, la gente hablaba entre ellos de forma animada y, lo más importante, estaba con Bezan. No a solas, ni en una cita como le gustaría, pero estaba con ella. Y quizá, solo quizá, aquella noche encontrara el valor para decirle lo que sentía.

Pronto encontraron la zona en la que solían acampar: cerca de una pequeña balsa de agua con tierra alrededor para poder hacer una fogata sin riesgo y apartados del camino principal, tras unos

árboles. De ese modo, la gente que paseaba por allí los fines de semana no veía el campamento.

Jeff ayudó a Bezan a montar su tienda, nervioso por el hecho de compartirla con ella esa noche. No estaba seguro de si Alike dormiría con ellos también, y no quiso preguntar, no quería dar la sensación de que la chica molestaba o de que él estaba deseando quedarse a solas con la rubia. No tenía su estrategia nada clara aún, por lo que se quedó callado.

Tras montar las tiendas, Josh y Greyson prepararon el fuego bien protegido con un círculo de piedras y en pocos minutos estaban todos sentados alrededor, cenando sándwiches, patatas fritas regadas con cerveza y los inevitables malvaviscos ensartados en sus correspondientes palos.

—Creo que esto es lo más insano que existe en el mundo —comentó Bezan, girando el suyo para no quemar la masa viscosa.

—Seguro, por eso está tan bueno —dijo Jeff, con una sonrisa.

Bezan notó que Alike le daba un ligero empujoncito y la miró. Su amiga le hizo gestos con la cabeza hacia Jeff y después hacia el bosque, sin embargo, ella negó con la cabeza.

—¿Ya has estado en el lago, Jeff? —preguntó Alike, con tono inocente que no engañó a Bezan ni por un segundo.

—Un día, con mis padres.

—Pero no lo has visto de noche, sobre todo una como hoy, con esta luna llena —siguió ella—. Es precioso. Bezan tiene un sitio favorito.

—No me lo había dicho.

La miró y ella, que estaba metiéndose el malvavisco en la boca, estuvo a punto de atragantarse. Joder, menuda encerrona, aunque... bueno, ¿qué mejor excusa que aquella? No podía enfadarse con Alike por darle el empujoncito que necesitaba.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —le sugirió al chico.

—Claro.

Dejaron sus palos y se levantaron. Bezan pensó en poner alguna excusa a su hermano por si la buscaba, pero él levantó la lata a modo de despedida antes de seguir hablando con uno de los chicos, así que solo le hizo un gesto con la mano.

Empezó a andar hacia el camino y Jeff se apresuró a seguirla, recogiendo a todo correr su chaqueta del montón del suelo por si refrescaba. Cuando la alcanzó, se dio cuenta de que se había equivocado porque aquella era una de las de los jugadores.

—¿Te has unido al equipo y no me he enterado? —preguntó Bezan, con una sonrisita.

—Eso parece. —La luna iluminaba el camino y la puso frente a ellos para mirarla—. Tiene una jota, creo que es la de tu hermano.

—No te preocupes, no creo que la eche de menos.

El camino se expandió volviéndose tierra, hasta que llegaron a unos bancos y a unas plataformas de madera que facilitaban el acceso al mirador, desde donde se podía ver la inmensidad del lago.

Llegaron hasta el borde y apoyaron los codos en la barandilla. La calma invadía todo, la luna se reflejaba en el agua y en los círculos que algún animal acuático creaba al nadar cerca de la superficie.

Bezan inspiró hondo. Le encantaba aquel sitio, respirar aquella paz y la sensación de estar sola en el mundo. Demasiado a menudo, mucha gente a su alrededor le producía agobio.

Siempre que iba con los demás se escapaba un rato, incluso una vez se había llegado a quedar dormida en uno de los bancos y no fue hasta el día siguiente que Alike la encontró.

—¿No es precioso? —preguntó.

—Sí —murmuró Jeff—. Lo es.

Bezan se giró hacia él, preguntándose por qué su voz sonaba más ronca de lo habitual, y se dio cuenta que la estaba mirando a ella y no al paisaje. Tragó saliva, sintiendo de pronto el aire más pesado a su alrededor. No se escuchaba ningún ruido extraño, nada que no hubiera visto antes en aquel lugar y, sin embargo, algo había cambiado.

—No estás mirando —contestó, bajando la voz también sin darse cuenta.

—Sí lo hago.

Se había acercado más, aún apoyado; sus codos se rozaron mientras sus ojos se encontraban y ambos permanecían inmóviles. Era como si, a pesar de conocerse, fuera la primera vez que se miraban de verdad, o al menos esa fue la sensación que Bezan tuvo. Se humedeció los labios de forma inconsciente y, al momento, se dio cuenta de que esa era la señal que Jeff estaba esperando para terminar de acercarse.

Su primer beso fue suave, casi un roce y, aun así, le pareció que la recorría un chispazo. Inclino la cabeza acercándose también y movió sus labios contra los de él, tocándole con la punta de la lengua para saborearle. Él hizo lo mismo y ambos se separaron de la barandilla; Jeff le cogió la cara con las manos, dándole pequeños besos en los labios, en la nariz, en las mejillas, mientras ella le rodeaba la cintura y se pegaba a su cuerpo. Vaya, aquello sí que era un beso y no los que había experimentado hasta entonces. Quería ir despacio, que durara siempre, y también tirarse encima de él y arrancarle la ropa. Era todo muy extraño y nuevo para ella. Supuso que Jeff se sentía igual, porque notaba la forma en que se movía, acercándola hacia sí, y al mismo tiempo, manteniendo cierta distancia.

Entonces el suelo tembló bajo sus pies y los dos se separaron al darse cuenta de que no era producto del beso que estaban compartiendo ni de su imaginación, sino de una tormenta que se cernía sobre ellos.

Miraron hacia el lago, donde el agua estaba revuelta y oscura, ya que la luna también había quedado cubierta por las nubes. Nubes que traían lluvia, que pronto se hizo presente en forma de enormes gotas sobre sus cabezas.

Jeff cogió a Bezan de la mano para echar a correr, aunque a los pocos pasos la chica tiró en dirección contraria riendo.

—¿Sabes a dónde me llevas? —preguntó ella.

—Ni idea. —él se echó a reír también.

—Vamos, por ahí hay alguna caseta, creo. El campamento está lejos y nos vamos a empapar.

Ya empezaban a estarlo, pero Jeff no protestó y se dejó llevar por ella; él sí que no conocía la zona, así que no le quedaba otra que confiar.

Un par de relámpagos iluminaron su carrera mientras la tormenta arreciaba sobre ellos y les caía un auténtico aguacero. Bezan se metió entre unos árboles junto al camino, cerca del mirador, hasta llegar a una caseta. En verano estaba permitido pescar y se utilizaba entonces, aunque en aquel momento estaba prácticamente vacía. Al menos la puerta no estaba cerrada con llave y pudieron entrar con un pequeño empujón.

No había luz, así que Bezan sacó su móvil y lo dejó en el suelo encendido para iluminar algo. Al mirar a Jeff, ambos se echaron a reír. Estaban empapados, con la ropa y el pelo pegados a su cuerpo, pero daba igual: aquel era el momento más feliz de sus vidas, eso seguro.

—¿Nos quitamos la ropa? —sugirió ella—. Vamos a pillar una pulmonía.

Jeff le cogió la mano y la atrajo hacia sí. Le apartó un par de mechones de la cara para besarla y quitarle una gota de agua de la punta de la nariz con la lengua.

—No sé si es la opción más segura —comentó.

Sin embargo, no se apartó, sino que la besó de nuevo y ella le cogió la camiseta para sacársela

por la cabeza. Jeff sacudió el pelo, repartiendo agua por toda la estancia. El aire frío le hizo estremecerse, aunque el calor que desprendía su cuerpo iba en aumento, sobre todo cuando Bezan se quitó la sudadera y la camiseta para quedarse en sujetador.

«Esto no es buena idea», se repitió a sí mismo.

«No pasa nada», pensó Bezan. «Unos besos y ya, no vamos a hacer nada malo».

Se estremeció solo de pensar en lo que no deberían hacer y volvió a acercarse, besándole con urgencia. Él correspondió unos segundos, se apartó y miró a su alrededor. El suelo no parecía muy sucio, aun así cogió la chaqueta de Josh y la extendió para sentarse sobre ella y coger a Bezan de la mano para que se sentara sobre él. Los vaqueros de ambos estaban mojados y eran incómodos, así que pronto se los quitaron y se encontraron solo con la ropa interior, abrazados y perdidos en un beso que les estaba haciendo perder el sentido.

Con gran esfuerzo, Jeff se separó unos milímetros de Bezan y la miró, tragando saliva. Dios, si no podía ser más preciosa...

—Deberíamos parar... —murmuró.

Ella afirmó con la cabeza, aunque no estaba nada convencida. El chico se hizo a un lado y levantó la chaqueta para ponérsela en los hombros con dos objetivos en mente: uno, que no se quedara fría, y dos, evitarle a él el sufrimiento de verla medio desnuda.

Bezan metió las manos en los bolsillos y notó algo en uno de ellos. Sacó la mano pensando que serían chocolatinas, pero al ver los paquetitos, se quedó quieta.

—Jeff —musitó.

Él se había levantado y buscaba en las baldas algo con lo que cubrirse, aunque solo encontró redes y bolsas que no ofrecían mucha protección. En un cajón de un armario, apareció un mantel y con eso en la mano, se dio la vuelta. Su expresión triunfante se congeló al ver lo que ella le estaba mostrando.

—Parece que mi hermano viene preparado para todo —comentó la rubia, guardando todos menos uno.

Lo dejó en el suelo a su lado y esperó. No era cuestión de forzar la situación, aunque estaba segura de que Jeff deseaba aquello tanto como ella.

El chico dudó unos segundos. Pensaba en que no habían tenido ninguna cita, en que no quería que ella tuviera una idea equivocada o que pensara que quería aprovecharse. Claro que nada de eso tenía mucho sentido a la vista de la situación y del hecho de que Bezan parecía sentir lo mismo que él.

Se acercó despacio y extendió el mantel en el suelo. Con lentitud, le quitó la chaqueta y la besó mientras le desabrochaba el sujetador, algo que le llevó más tiempo del que pensaba debido a sus dedos fríos y al temblor propio de su cuerpo ante lo que estaba ocurriendo.

—¿Estás nervioso? —preguntó Bezan, cuando él se quedó mirando sus pechos desnudos.

—Mucho.

La chica sonrió, nerviosa, y le cogió la cara entre las manos.

—Yo también.

—Podemos irnos si quieres.

—No, aquí es donde quiero estar. Contigo.

Lo besó de nuevo y Jeff se tumbó sobre ella. Las caricias de ambos eran torpes e inexpertas, pero eso no importó porque cada roce, cada beso, les hacía estremecerse y desear más del otro. La poca ropa que les quedaba acabó en un rincón y cuando por fin sus cuerpos se unieron, Bezan apenas emitió un quejido por la molestia que sintió.

—¿Estás bien? —Jeff la miró con preocupación.

—Mejor que nunca.

Le cogió del cuello para que la besara de nuevo y se movió bajo él, instándole a seguir. El momento les pareció eterno, como si fuera a durar para siempre... sin embargo, cuando el mundo estalló a su alrededor y no por la tormenta, fueron conscientes de lo efímero que en realidad había sido.

Jeff los cubrió con la chaqueta de Josh y la abrazó, sin poder creer del todo lo que había pasado. Y ella estaba tan callada...

—Creo que tu hermano sí que echará de menos la chaqueta —comentó.

Bezan emitió una risita y le besó en el pecho desnudo, suspirando.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

Por supuesto, no pudieron. Un rato después, la tormenta cesó y utilizaron el móvil de Jeff para regresar al campamento, ya que el de Bezan se había quedado sin batería. El regreso fue eterno porque pararon más de una vez para besarse y, a pesar de no haber hablado respecto a lo ocurrido, no era necesario porque sus rostros reflejaban la felicidad que sentían.

Aquel fin de semana fue uno de los más felices que ambos recordarían, mientras se divertían con los demás y se escapaban un par de veces más a aquella pequeña caseta que se había convertido en su lugar secreto.

Con un suspiro triste, Bezan dejó la foto en su sitio y miró los papeles, concentrándose en regresar a la realidad y leer lo que allí ponía. No aparecía mencionado el dinero común que ella utilizara para su viaje y era algo que tenía en mente, aunque Jeff no hiciera alusión. En cambio, sí que había unos cuantos puntos sobre otras cosas en común que debía firmar.

Renuncia a Baskerville.

Renuncia a la casa.

Renuncia a pedir indemnización o mantenimiento.

Todo cláusulas muy asépticas, aunque ninguna especificaba lo que más le dolía.

Renuncia a Jeff.

Capítulo 9

Sentada en la mesa junto a la cristalera del local de Alika, Bezan aguardaba a que esta saliera a disfrutar de su rato libre. La joven no tardó en aparecer por las puertas que daban acceso a la parte privada de las cocinas, resoplando con tanto énfasis que hasta los rizos de su cabeza se movían. Se dejó caer en el asiento de piel y se deslizó hasta quedar a su altura.

—¡Qué mañana tan larga! —resopló—. Te lo juro, nunca pensé que una cafetería daría tanto trabajo.

—Claro que lo sabías, no dejabas de repetirlo cuando solo era un sueño.

—Lo repetía porque era lo que me decían mis padres. «Alika, la hostelería te fagocitará y después escupirá los restos en un cubo de basura», no porque lo supiera de verdad. ¡Ay, amiga, qué razón tenían!

A pesar de sus palabras, su sonrisa era tan amplia y sincera que Bezan supo que las quejas eran una mera formalidad típica de hostelero. Alika no podía ser más feliz y se le notaba.

—¿Cómo te animaste? Antes de irme parecías contenta en la tienda de música.

—¡Lo estaba! Aunque no dejaba de pensar que para algo estudié dirección de empresas, ¿no? ¿O todos esos años de universidad iban a quedar reducidos a ser una empleada que quita el polvo a los vinilos de una tienda de música antigua?

Bezan sonrió.

—Además, siempre quisiste tu propia cafetería.

—No me arrepiento de nada. Llevo dos años y no te negaré que el primero fue duro, tanto a nivel económico como de trabajo, pero merece la pena. La gente está a gusto y funciona a las mil maravillas, he tenido suerte porque la carta es un éxito, los toques exóticos e influencias africanas triunfan.

—Eso, ya que hablamos de comida... —Bezan cogió la carta para abrirla.

—Por supuesto, estás invitada y lo sabes.

—Pide tú por mí, anda, conoces mis gustos de sobra.

Alika sacó una PDA y se apresuró a teclear el pedido en ella. Después la volvió a guardar en su bolsillo para prestar atención a su amiga.

—¿Cómo va lo del hospital? —preguntó—. ¿Te han llamado?

—Sí. Tengo que pasarme a última hora para hablar con Vanessa —explicó la rubia—. Y a ver cómo hago para borrar lo que fuera que le dijo mi madre en su momento... eso de tener problemas mentales no creo que ayude mucho a que vuelvan a contratarme.

Escuchó una risita de Alika y meneó la cabeza, porque en cierto modo no dejaba de tener gracia la artimaña de su madre para explicar el abandono repentino. A saber qué más habría ido diciendo por ahí, casi prefería no preguntar.

—¿Y realmente te apetece volver a ese trabajo?

Bezan permaneció pensativa, valorando la pregunta. Alika sabía mucho respecto a sus agobios, lo fácil que le resultaba sentirse presionada, no solo en el trabajo. Sabía de su miedo a la apatía y la rutina, de lo poco que le gustaba quedarse quieta en el mismo lugar mucho tiempo seguido. Había podido comprobarlo en numerosas ocasiones desde que se conocían, hacía la friolera de

veinte años durante el primer curso en el instituto. Ambas pertenecían a un grupo con más personas, pero estas no eran sino conocidas: gente que hacía mucho ruido en fiestas, excursiones o salidas al cine, gente que servía para tomar café y charlar de banalidades.

Y, a veces, todo ese ruido era el que hacía que Bezan quisiera desaparecer. Alika era la única persona que había ido un poco más allá en la carrera de los amigos de pega, saltando entre toda esa superficialidad hasta dar con su verdadera forma de ser.

Por supuesto, había sido recíproco y Bezan también sabía más de Alika que el resto de gente que las rodeaba. Su amiga era brillante y con pocas partes oscuras, aun así, escondía cosas de sí que no mostraba con facilidad.

Era fácil hallar personas con las que emborracharte y bailar en una discoteca, no tanto con quien hablar de tus miedos y deseos. Ellas dos se habían encontrado la una a la otra como almas gemelas, y rara era la vez que discutían. De hecho, Bezan solo podía recordar una y en absoluto había sido por culpa de Alika.

—Bueno —respondió—, si soy sincera, no había pensado en ello. Vine en cuanto recibí el mensaje y no sabía lo que me iba a encontrar.

—¿Y ahora?

—Pues viendo la situación, parece que de momento no me voy a ninguna parte. —Bezan sonrió sin ganas.

—Ya, ¿y después?

Bezan imaginaba lo que estaba pensando. Alika sabía de sobra que era capaz de recuperar su vida en cuestión de semanas para desarmarla después con la misma velocidad. Y, seguramente, ese tema le preocupaba, como a ella.

Porque sabía que no podía hacerlo. No podía recuperar su trabajo y los vínculos familiares, incluso revolotear alrededor de Jeff con la esperanza de un acercamiento, sin saber con exactitud cómo iban a salir las cosas. Eso sería imperdonable hasta para ella, de modo que su cabeza bullía como una olla a presión: llena de dudas y a punto de estallar.

¿Realmente quería volver a su antiguo trabajo? ¿Formar parte otra vez de la plantilla, regresar a los agotadores turnos nocturnos, o a los dobles? ¿Correr de urgencias a quirófano durante doce horas seguidas, a veces sin un solo descanso por el camino? ¿A ese aparato de fichar que manejaba la mitad de su vida con la exactitud de un maquinista suizo?

Todo eso era una pieza más del complicado puzzle que provocaba que Bezan quisiera huir en ocasiones. Mucha gente lloraba de felicidad cuando conseguían trabajos de por vida, hipotecas, estabilidad o niños. Ella no. Ella sentía como si le faltara el aire, como si aquello fuera una especie de sentencia de por vida.

—Tengo que trabajar. —Se encogió de hombros.

—Eso no responde a mi pregunta —comentó Alika.

—Es que no sé qué decirte, Alika. Primero quiero ver cómo van las cosas con mi madre, y en general... no puedo decidir en este mismo momento qué va a ser del resto de mi vida.

—Ya sé que no. Pero deberías tener una aproximación, al menos de si quieres quedarte.

La rubia se encogió de hombros.

—¿Qué hay de Jeff? Podrías quedarte por él. Sería un buen motivo.

—Sí, podemos tomar café mientras firmo los papeles del divorcio —murmuró Bezan.

—Es normal que esté enfadado —dijo Alika—. No ha hecho más que apoyarte y tú no has estado a la altura.

Bezan la escuchó, ligeramente resentida, aunque consciente de que tenía razón. Alika no era amiga de dar vueltas innecesarias, prefería decir las cosas con claridad.

—Supongo que si ha pedido el divorcio tampoco hay mucho que pueda hacer. Conoces bien a Jeff, todas las decisiones las medita mucho.

—Vino a hablar conmigo hará un año o así.

—¿Sobre qué? ¿El divorcio?

—Supongo. Su familia y la gente en general le decía que ya era hora de que pasara página... él quería saber qué pensaba yo —respondió Aliká.

—¿Sobre si debía pasar página? —resopló Bezan.

—No, sobre si debía seguir esperándote. Si creía que alguna vez te dignarías a volver. Le dije que éramos los que mejor te conocíamos, pero que ninguno podíamos adivinar qué pasaba por tu cabeza.

Bezan asintió, con un amago de sonrisa.

—Tampoco es la primera vez que estamos separados —añadió.

—Reconoce que en esta ocasión no parecía que fueras a volver.

La rubia asintió por segunda vez. No tenía sentido negarlo, después de tres años fuera no daba la impresión, no. La enfermedad de su madre había cambiado la historia de golpe, aunque recordaba sus últimas notas y un billete escondido entre las páginas del diario.

—Nos tomamos un par de whiskies cada uno y antes de irse me dijo que ya había tomado la decisión de pedirlos.

—Eso está claro, los tengo en casa.

—¿Y en qué plan está?

—Cortés, pero frío. No me da mucho pie a nada, supongo que es lógico.

Apareció una camarera como por arte de magia y se detuvo junto a ellas. Las dos cortaron la conversación mientras dejaba la comida y, una vez se hubo marchado, Bezan observó las patatas fritas y los sándwiches con una sensación de *déjà vu*.

En la universidad de Belmont había comido miles de bocadillos y patatas. Una gran parte con Aliká, que también estudió allí, al igual que Jeff.

Se recostó sobre los cómodos asientos, dejando que Aliká repartiera servilletas y bebidas, y recordando uno de aquellos días en que habían visitado los distintos puestos universitarios en la jornada de puertas abiertas. Iba con Jeff, que quería información sobre un par de ellas y no hacía más que revisar folletos.

—¿Es que no piensas consultar en ninguna? —preguntó él, después de oírla suspirar un par de veces al revisar sus propios folletos de Belmont.

—¿Para qué? Yo tengo que ir a Belmont sí o sí. Tampoco me quejo, al menos saldré de casa durante los años que sean.

—¿Has intentado hablar con tu madre?

—Sí, y da igual todo lo que le diga. En sus propias palabras: «yo soy quien paga, vas a ir a Belmont y serás enfermera». —Bezan sacudió la cabeza y miró el puesto que había ante ellos—. Es igual, no tiene importancia. ¿Universidad de Pensilvania?

Jeff jugueteó con el folleto entre sus manos.

—Sí, es una de las opciones que estaba barajando —comentó—. Es privada y muy buena, ¿sabes que ha formado a más de treinta premios Nobel?

—Así me gusta, que apuntes alto. ¿Qué otra tenías en mente?

—Duke, en Carolina del Norte. A mis padres les gusta Yale, claro, pero no sé.

—Por suerte puedes escoger, seguro.

—Ya, bueno, tampoco es tan importante —respondió él, devolviendo el folleto a su sitio.

—¿Cómo que no es importante? ¡Si hablas sin parar de la universidad!

Jeff echó a andar y ella lo siguió, confundida.

—¿No piensas llevártelo a casa para echarle un vistazo?

—No estoy seguro de querer irme tan lejos —contestó, metiendo las manos en los bolsillos.

—Bueno, es que tienes sueños bastante grandes... y esos no vas a cumplirlos aquí, ¿sabes? Anda, ven, vamos a sentarnos un momento.

Bezan tiró de él hasta la zona verde y se sentaron sobre la hierba.

—Desde que llegaste no has dejado de pensar en la universidad, y no lo niegues, porque las tenías hasta por orden de preferencia.

El chico hizo una mueca y desvió la mirada, restando importancia al tema.

—¿No irás a decirme que no te han aceptado en alguna?

—No, para nada. Es que no me apetece irme lejos, eso es todo.

—¿Lejos de qué, de esto? —Ella señaló a su alrededor—. Debes estar bromeando.

Y apenas había terminado la frase cuando entendió lo que intentaba decir Jeff. No era irse lejos de aquello, sino de ella. Cosa que también se le había pasado por la mente, no podía negarlo, no era que le encantara que se marchara a otro estado... Sin embargo, se trataba de la universidad. Era sagrada, debía respetarlo; por eso no había abierto la boca al respecto, excepto para darle ánimos.

—No es inteligente tu decisión —observó.

Jeff la miró, divertido, y le cogió el cuello con las manos con delicadeza.

—A lo mejor no soy tan inteligente como pensabas —comentó, apoyando su frente contra la de ella.

—O sea, ¿que me has timado? —bromeó Bezan—. ¿Te has hecho pasar por un cerebritito hasta conseguir a la chica?

—No tengo la capacidad maquiavélica para llevar a cabo ese plan, me temo.

La besó en los labios y Bezan se apartó.

—No pienso permitir que te quedes aquí por mí. Es absurdo, egoísta y hortera.

—Oh, vaya, cuántos adjetivos. Cómo se nota que eres escritora —se burló Jeff, y ella le dio un manotazo en el hombro—. No es decisión tuya, sino mía.

Jeff se separó para ponerse en pie y le tendió la mano, así que Bezan se levantó también. Se sacudió la hierba de los vaqueros, con una expresión en la cara que dejaba claro que no comprendía por qué estaba dispuesto a renunciar a uno de sus sueños solo por ella.

—Será mejor que me aprenda bien este folleto —dijo él, cogiendo uno de los suyos.

Y sin que Bezan pudiera hacer o decir nada, Jeff dejó de lado Yale, Pennsylvania y Duke, y preparó la matrícula para Belmont. El programa de literatura era bastante bueno, de cualquier manera, y sus padres respetaron la decisión tomada por el chico sin hacer preguntas. Le pagaron la matrícula, la residencia y le abrieron una cuenta para gastos personales, todo sin que tuviera que pedirlo. Las cuotas no podían cubrirlas al completo, así que el chico tuvo que pedir un préstamo universitario que, esperaba, no tendría que pagar hasta la eternidad.

Savannah, en cambio, dejó bien claro a Bezan que cualquier gasto superfluo tendría que pagárselo ella. A la rubia no le parecía disparatado, pese a que su madre consideraba superfluas cosas como libros, temarios, fotocopias y parte de las comidas.

Aun así, entendió el esfuerzo que suponía para ella pagar la matrícula de una universidad privada, residencia y dietas, de forma que lo primero que hizo, antes incluso de que empezara el curso, fue apuntarse en la propia web universitaria para cualquier trabajo que surgiera allí.

Belmont era una universidad privada cristiana fundada en mil ochocientos noventa por dos mujeres que escogieron una zona deteriorada gracias a que la magnífica torre de la campana las

impulsó a seguir adelante con el proyecto. La universidad pasó por diferentes fases y fue añadiendo edificios a su ya fabuloso campus: un complejo de vida deportiva de tres pisos, una facultad de Derecho, y el famoso edificio de cinco pisos que albergaba tres facultades y una capilla. La última incorporación conocida era un complejo académico y gastronómico de cuatro pisos con el nuevo comedor, y la cifra nada desdeñable de más de ocho mil quinientos alumnos en un sitio que ya se definía como una de las universidades más innovadoras.

Jeff se apuntó a la facultad de Artes Liberales y Ciencias Sociales, donde tenía la escuela de educación. Alika se matriculó en la Escuela de Pregrado de Administración de Empresas, siempre con la idea de dedicarse a los negocios.

Y Bezan, por descontado, fue directa a la facultad de Ciencias de la salud y Enfermería, y una vez allí, a la escuela de enfermería.

Lo de buscar residencia fue más complicado: al ser Belmont cristiana, la residencia del campus fomentaba ciertas actitudes que no interesaban a ninguno de los tres. Por suerte, tampoco a sus padres, por lo que tuvieron que buscar residencias externas. Jeff encontró una exclusivamente masculina a un par de manzanas, y ellas una femenina justo frente al edificio principal, compuesta en su mayor parte por chicas de origen griego.

Pese a todo lo que vino después, Bezan aún recordaba ese primer año universitario como uno de los mejores y más divertidos de su vida, aunque acabara mal.

Salir de su casa y verse libre del ala materna fue una liberación para ella. Solo le faltaba un sueldo para no tener que subsistir a base de manzanas y latas de atún, y eso se solucionó pronto: una semana antes del comienzo oficial del curso, la llamaron de la administración de Belmont en respuesta a su solicitud online para ofrecerle un trabajo en el comedor del campus.

—¿Vas a servir zanahorias y puré de patatas a los estudiantes? —bromeó Alika.

—No, qué va. Solo tengo que estar en la entrada para asegurarme de que todos pasan sus tarjetas de comida. —Ella soltó una risita.

—Oh, ¿como si fueras una especie de monitora de comedor?

—Algo así, aunque no vigilo niños, sino que nadie se escaquee de pagar. —Bezan le guiñó un ojo.

Pese a que podían haber compartido habitación, ambas se decantaron por tener espacios privados dentro de la residencia. Alika no tenía novio, pero sí intenciones de experimentar y vivir la vida universitaria con todo lo que aquello significaba; Bezan tenía a Jeff.

Cualquier persona podía haberse vuelto loca compartiendo oxígeno con otras dieciocho chicas: para Bezan era música celestial. No tener que dar continuas explicaciones de todo, ni soportar un desaire tras otro, la libertad de poder quedarse mirando al techo durante una hora si era lo que le apetecía... no tenía precio.

Tan pronto como terminó de arreglar su nuevo cuarto, supo que nunca más volvería a la casa familiar, costara lo que costara. La independencia era tan maravillosa que no estaba dispuesta a renunciar a ella bajo ningún concepto.

Cuando el curso comenzó, se encontró con que sus horarios eran diferentes a los de Jeff y Alika. Estos, al seguir estudios más habituales, concentraban la mayor parte de sus clases durante la mañana, pudiendo dedicar la tarde a otras cosas.

Bezan, sin embargo, ya desde el principio tuvo que batallar con los horarios de enfermería, que no se correspondían a los del resto del universo. Por supuesto, las prácticas se comían una buena parte de su tiempo libre, además del trabajo. Este no le robaba horas en exceso, pero sí requería de una presencia constante en al menos dos turnos de las comidas: desayuno, comida o cena. Estaba bien pagado precisamente por eso: porque los horarios partían por la mitad la vida de

quien lo controlaba.

A Bezan no le molestaba. Para ella resultaba normal pasarse corriendo dieciocho horas y dormir seis, a pesar del cansancio. Acudía a sus clases, a las prácticas, al trabajo, estudiaba en los ratos libres que tenía entre tarea y tarea y veía a Jeff cuando podía, que era mucho menos de lo que le gustaría. Él también estaba ocupado, sobre todo tras el primer trimestre, cuando uno de sus profesores intuyó su potencial y lo tomó bajo su ala protectora.

—¿Qué significa eso exactamente? —había preguntado Bezan, al comentárselo él.

—Básicamente, que tendré mucho trabajo a partir de ahora. Es como ser una especie de ayudante.

Bezan se sintió orgullosa. No hizo mención sobre lo mucho que eso reduciría el tiempo de los dos, no le parecía justo. Jeff había renunciado a varias de las mejores universidades por estar a su lado, ¿cómo no animarlo en algo que estaba claramente destinado a mejorar sus notas? Y menos cuando ella también iba como una loca de un lado a otro.

No, era algo que tendrían que solucionar como pudieran, no quedaba otro remedio.

Vivir con dieciocho chicas griegas tenía ventajas y desventajas. Entre las ventajas, que todas eran extrovertidas, simpáticas y de buen carácter. Ninguna protestaba cuando la leche y el chocolate desaparecían de la cocina, y siempre iban en manada a los sitios, como si fueran una especie de tribu. Lo peor: eran ruidosas, hablaban a gritos y tenían distintos horarios, lo cual hacía casi imposible encontrar la casa vacía y en calma. Estudiar allí era tan complicado que Bezan terminó por hacerlo exclusivamente en la biblioteca.

Eso sí, si la manada decidía apoyarte, no te sentías sola nunca más.

Bezan no lo comprobó hasta el segundo trimestre, poco después de las vacaciones de Navidad. Jeff se había ido el fin de semana a su casa, después de discutir con ella durante media hora por teléfono tratando de que la acompañara. A la rubia no le apetecía en absoluto estar con su madre, y dado que Josh tampoco iba a estar, no veía necesidad de amargarse el único tiempo libre del que disponía.

—¿Y si te quedas tú y así aprovechamos para pasar algo de tiempo juntos? —sugirió—. Porque casi se me ha olvidado tu cara...

—Es que es el cumpleaños de mi padre, ya lo sabes —se excusó Jeff, con voz culpable.

—Pues nada, ya nos veremos cuando sea. Diviértete.

Le colgó el teléfono sin miramientos, irritada. Sabía que no era justa, que Jeff tenía la suerte de tener unos padres normales que se alegraban de verlo y de celebrar las cosas con él, y que pedirle que pasara de todo eso por ella no estaba bien. Era consciente de que él ya no se iría con la tranquilidad con la que podría haberse marchado, de que le había dado un regusto amargo a esa celebración familiar, de que estaría preocupado porque era de esos, pero...

Ignoró a propósito sus mensajes, una técnica que usaba para castigarlo cuando estaba enfadada, y se puso los auriculares con la música bien alta para olvidar el tema. Era viernes, Alike tampoco estaba, y tenía por delante el fin de semana entero para ella.

Bien, de cualquier manera, tenía muchas cosas que hacer: estudiar, dormir, ir al super, y lo más importante: dedicarse a su hobby, un poco abandonado debido a su ajetreada vida. No le iría mal un fin de semana entero para ella.

Su práctico plan se truncó cuando, un par de horas después, oyó dos enérgicos golpes en su puerta. Se quitó los auriculares.

—¿Sí?

—¡Chica americana! ¿Qué haces, matando moscas?

A Bezan le había costado acostumbrarse a las expresiones griegas de sus compañeras, tanto

que la mayor parte de las veces las dejaba pasar sin comprender qué pretendían decir.

—Hey, Berenice. ¿Qué necesitas?

—Lápiz de labios, ¿qué otra cosa podría querer de ti? Tengo demasiada cadera para que me prestes alguna de tus faldas —se burló la joven.

Berenice era alta y atlética, tanto que podría tumbar de un golpe a la mitad de los chicos del campus. Hablaba mucho, casi siempre a gritos, y a Bezan le resultaba muy divertida.

En la puerta aparecieron otras dos compañeras, Cressida y Haidee. Ambas llevaban rulos en la cabeza y estaban a medio maquillar.

—Está ahí. —Bezan hizo un gesto de cabeza al neceser de maquillaje, que descansaba sobre su escritorio—. ¿Dónde vais?

—Phi Omicron —contestó Berenice, al tiempo que rebuscaba entre los labiales.

—Fiesta en fraternidad —resumió Haidee.

—Y no sé qué ponerme —se quejó Cressida—. ¡Con este frío no apetece mucho ir destapada!

Berenice soltó una exclamación de júbilo al encontrar el tono deseado y se giró para contemplar a Bezan, que continuaba tumbada en la cama.

—Vamos todas —comentó.

—¿Las dieciocho? —preguntó la rubia, perpleja.

Ya se podía imaginar lo mucho que iban a animar la fiesta. Dieciocho chicas morenas, todas de rasgos muy mediterráneos con pelo y ojos oscuros, escandalosas y con sus propias costumbres. Lo de romper platos ya no sorprendía a nadie, presuntamente se hacía en celebraciones para alejar malos espíritus, pero en esa residencia era algo común. Tampoco era extraño verlas bailar el *hasapiko* cogidas por los hombros, o reunirse en su totalidad en el salón para las comidas y cenas, pese a que no cabían y terminaban desperdigadas entre los sofás y el suelo. Berenice le había explicado a Bezan la importancia de compartir las comidas, que nunca saludaban con la palma abierta sino dando un apretón de manos y curiosidades por el estilo.

A pesar de sus costumbres eran muy hospitalarias y jamás dejaban a nadie de lado, algo muy típico de los grupos americanos cuando sentían que no encajabas.

—Las dieciocho —confirmó Berenice con orgullo.

—Pobres chicos de la fraternidad Alfa-Omega-Beta-Kapa o como quiera que se llame.

—Phi Omicron —corrigió Cressida.

—¿Quieres venirte? —preguntó Berenice, lanzándole una mirada de superioridad—. No te preocupes, entre las dieciocho te cuidaremos para que no te pierdas.

Lanzó una risotada que fue secundada por las otras dos, aunque Bezan no lo tomó a mal y sonrió.

—Tengo muchas cosas pendientes —dijo.

—¿Cómo qué?

—Estudiar. Dormir.

—Un rollo y otro rollo. —Berenice negó con la cabeza—. Tus notas han sido buenas y ya dormirás mañana, aunque sea de la borrachera. ¿O es que vas a tener un poco de acción con ese novio al que nunca vemos?

—Para nada —murmuró Bezan, fastidiada—. Se ha ido el fin de semana.

—Entonces no se hable más. —Berenice se agachó y le dio una palmadita en el culo—. Nos vendrá bien llevar una rubia con nosotras. Levanta el culo de ahí y ponte mona, salimos en cuarenta minutos.

Las griegas abandonaron el cuarto, entre risas y gritos. Bezan permaneció pensativa unos segundos, valorando las opciones. Estaba claro que sería mil veces más productivo estudiar y

dormir, además de hacer la compra y escribir un rato, sin duda.

Por otro lado, nunca salía de fiesta, ni siquiera en el instituto. Jamás había encontrado placer alguno en meterse en locales abarrotados donde la música era horrible, las copas caras y la gente iba pasada de vueltas. Con su dificultad para las relaciones sociales, además, no tenía muy claro qué hacer en ese tipo de sitios: no se sentía segura para bailar, no le resultaba fácil entablar conversaciones con desconocidos y le asustaba emborracharse demasiado y perder el control. No quería terminar en la cama de cualquier tío sin recordar lo ocurrido, o en el hospital por haber pasado el límite. Bueno, seguro que su madre la echaría de casa si hacía algo parecido, ni lo dudaba.

«Ahora ya no estás en el instituto», se recordó.

Tenía dieciocho años. No debía preocuparse de caer bien a nadie, ya que iría acompañada de un montón de chicas que, si bien no eran amigas, tampoco eran meras conocidas. Lo de querer gustar a los chicos, otra cosa que sobraba, pues tenía a Jeff, aunque fuera en horas bajas.

Si iba, sería sin ninguna expectativa de nada, y eso fue lo que la terminó de decidir.

Se levantó de la cama y abrió el armario. Su colección de ropa había mejorado ligeramente desde que tenía trabajo, cierto, aunque había invertido sobre todo en prendas de abrigo, vaqueros y botas. Aquello de la ropa sexy seguía siendo un cupo a cubrir.

Cerró el armario y cogió de su cajón la llave del cuarto de Alike, tenía una copia para cualquier emergencia. Esa lo era y sabía que a su amiga no le molestaría, de modo que fue a inspeccionar su ropa. Alike era más alta y curvilínea, pero, como todas, guardaba un montón de prendas que se le habían quedado pequeñas.

Bezan se decidió por una camiseta ajustada con un escote más que aceptable y regresó a su habitación después de cerrar.

Cuando las chicas tocaron en su puerta, media hora después, la encontraron vestida y con el neceser de maquillaje a pleno rendimiento.

—¡Muy bien! —exclamó Berenice al verla—. ¡Esto demuestra que no eres tan muermo como pensábamos!

—¿Está lejos? —quiso saber Bezan, y Berenice alzó la ceja—. ¿Si me aburro podré irme con facilidad, o tendré que coger un barco, un avión y un tren?

—Está a unas manzanas, ¡exagerada!

—¿Ya estás pensando que te vas a aburrir?

Por suerte, la comuna griega no había mentido y la fiesta estaba a tan solo unas manzanas, algo que tranquilizó a Bezan. Prefería no llevar el coche, normalmente no bebía, pero esa noche tenía ganas de divertirse y no le apetecía controlar cada trago que se tomara.

Se pasó todo el camino oyendo anécdotas de fiestas descontroladas y envidiándolas un poco por haber tenido tantas experiencias. Al llegar a la fiesta, se dio cuenta de que tenía el *pack* habitual tan popular en las fraternidades: alcohol en todas sus vertientes, desde los barriles de cerveza del salón a las gelatinas rosas que corrían por doquier, música alta, un montón de chicos con la correspondiente chaqueta deportiva y parejitas que se escabullían escaleras arriba sin el menor rubor.

Por primera vez en toda la tarde, sacó el móvil para leer los mensajes pendientes. Como había imaginado, Jeff parecía dolido y le preguntaba por qué lo trataba de esa forma.

Valoró la posibilidad de responder que lo sentía y que así pudiera al menos disfrutar del resto del tiempo sin tener que pensar que ella estaba molesta. Sabía que antes o después tendría que disculparse.

—¿Qué pasa? —Berenice se acercó a ella—. Todas están dentro, ¿a qué esperas?

—Nada —dijo Bezan, guardando el teléfono en su bolso.

Berenice la observó unos segundos con una mueca.

—¡Hombres! —exclamó—. ¿Por qué nos gusta complicarnos tan jóvenes? Con dieciocho años no deberías tener esa cara, sino esta. —Sonrió de forma amplia.

—No es eso, es que...

—Eres demasiado joven para tener una relación seria. Es momento de bailar, de coquetear, de acostarte con todo el que te guste, de experimentar, ¡es la universidad! Lo que no hagas aquí, ya no lo harás nunca.

—No sé.

—Mira, tú misma has dicho que tu novio se ha ido el fin de semana, ¿no? Lo que hagas hoy no cuenta.

—¿Qué? —Bezan la miró sin dar crédito.

—Ven conmigo. —Berenice la agarró del brazo con energía.

Bezan se dejó llevar, no muy segura de a dónde iban. Atravesaron el salón, lleno de gente muy animada que bailaba, charlaba y reía como si no tuvieran ninguna otra preocupación. Berenice subió las escaleras hasta el piso superior, muy segura de hacia dónde iba.

—No pretenderás ligar conmigo, ¿no? —bromeó Bezan.

—Tranquila, chica americana. Soy más de... ¿cómo se dice? ¿Pollas?

Bezan puso los ojos en blanco, sin dejar de seguirla, hasta que entraron al baño. Berenice echó el pestillo para que nadie pudiera entrar y dejó su bolso sobre el lavabo.

—¿Qué hacemos aquí?

—Tengo algo que te animará —replicó esta, sacando su monedero—. En serio, nunca has probado nada como esto. Hará que todos tus malos rollos abandonen tu cabeza, prometido.

—¿Vas a darme Valium?

—No, qué dices, para eso hace falta receta.

Bezan se apoyó en la puerta y recorrió el baño con la mirada, distraída. Si Berenice sacaba un canuto no le sorprendería, otras veces le había llegado el peculiar aroma de la marihuana mientras estudiaba.

Pero Berenice sacó una pequeña bolsita atada con un cierre metálico. La agitó delante de ella para captar su atención y Bezan se acercó.

—¿Qué es eso? ¿Cocaína? —preguntó, sorprendida al ver el polvo blanco.

Se sentía como si estuviera una película o algo parecido. Jamás había tenido ese tipo de drogas cerca, ni conocido a nadie que la consumiera, y tampoco lo hubiera imaginado de Berenice.

—No pongas esa cara de susto —se echó a reír la chica.

—Perdona, es que nunca...

—Se nota que no sales de fiesta, chica americana.

La rubia se cruzó de brazos y observó como Berenice sacaba una pequeña cantidad. La distribuyó en dos filas perfectas con la ayuda de su tarjeta de crédito y después buscó en su bolso hasta encontrar un pequeño tubo de metal.

—Venga —la animó, tendiéndoselo—. No te preocupes, no te matará.

—¿Qué efecto tiene? No me gusta la idea de no controlarme... un chico de mi instituto se colocó una noche con ketamina y fue...

—Nada de eso, esto no es alucinógeno —repuso Berenice—. Te daré unas nociones de manera breve: fuera agobios, te dará ganas de bailar y alegría. Como es lógico, si abusas es peligroso, pero no lo hagas y no tendrás problemas. Recuerda siempre relegarla a droga de fin de semana.

Bezan miró a la muchacha y a la fina línea blanca que descansaba sobre la encimera. No podía

negar que la idea de probar aquello le resultaba excitante, no era la primera vez que pensaba en las drogas con curiosidad, más nunca había conocido a nadie que las usara y con quien poder experimentar.

Berenice tenía razón en una cosa, la universidad estaba para probar cosas. Si no lo hacía en ese momento, ¿cuándo, con treinta? No tenía sentido. Además, no iba a pasar nada por una simple raya, estaba segura.

Cogió el tubito de metal que la chica le tendía y aspiró con fuerza.

—¿Bezan? Te has quedado muy callada.

Alika la miraba desde su lado de la mesa. Bezan se obligó a volver al presente, preguntándose cómo un breve recuerdo de su trabajo en la universidad la había llevado de la mano a pensar en una de las épocas más descontroladas de su vida.

Porque resultaba que sí pasaban cosas por una simple raya, como pudo comprobar después.

No quería pensar de nuevo en ese tema, así que se concentró en Alika.

—¿No te gusta la comida?

—No, no es eso —se apresuró a decir, acercándose al plato—. Perdona, es que... me está costando adaptarme.

—Lo entiendo. —La chica le apretó la mano con cariño—. Oye, un día de estos podrías venir a dormir a casa, como hacíamos de crías. Estoy deseando que me cuentes cosas de tus viajes.

—Sería genial. —Su móvil empezó a vibrar—. Espera... anda, es del hospital. ¿Hola? Sí, hola, Vanessa, ¿cómo estás? Yo también me alegro de hablar contigo.

Alika mordisqueó una patata frita, sin dejar de escuchar a su amiga dar contestaciones neutrales.

—Estupendo, seré puntual. —Bezan cortó y suspiró—. Bueno, pues parece que vuelvo a tener trabajo, tengo que pasarme dentro de un par de días para recoger el uniforme y que me den la llave de la taquilla.

—Todo vuelve a la normalidad, ¿no? —dijo Alika con una sonrisa.

Bezan afirmó, pero fue incapaz de devolverle la sonrisa. Porque el hecho de que todo volviera a la normalidad era una de las cosas que más la asustaban, y por su propia experiencia, solía terminar en huida.

Capítulo 10

Jeff se sentía casi como un acosador, allí medio escondido detrás de un árbol frente a la casa de su suegra y mirando las ventanas a ver si se encendía alguna.

Al salir de trabajar había pasado por el restaurante de Alike a coger comida para llevarse a casa y cenar. Por supuesto, más de uno de los allí presentes se había acercado solícito a preguntarle qué tal estaba y cómo llevaba la vuelta de Bezan, que además había estado allí mismo hacía no mucho.

«Vaya, qué pena que no os hayáis cruzado.»

«¿Dónde está durmiendo?»

«¿Ha vuelto solo por su madre o estáis juntos otra vez?»

Tanta «amabilidad»... Para ser Nashville una ciudad tan enorme, al final la gente de cada zona se conocía y le encantaba cotillear la vida de los demás.

Así que había cogido su cena y se había metido en el coche para irse a casa, como tenía pensado... y en lugar de eso, había girado en otra dirección para dirigirse a la de Savannah. Podía haber enviado un mensaje a Bezan o llamarla, pero tampoco estaba seguro de que le fuera a coger o a contestar. Habían pasado varios días desde que le entregara los papeles y no había recibido ningún comentario por su parte, aunque no sabía si aquello era bueno o malo.

En fin, que allí estaba, aunque sin saber muy bien con qué fin.

Se apartó del árbol para marcharse, pensando que era un idiota, cuando vio que se iluminaba la luz de la cocina. A través de las cortinas distinguió la sombra inconfundible de Bezan moviéndose en ella.

Con un suspiro, salió del todo de su escondite y se dirigió hacia allí, armándose de valor. Con lo que le había costado tomar la decisión de divorciarse, lo mejor era acabar con ello cuanto antes. Y si Bezan, por algún motivo, pensaba no firmar o alargar el proceso, necesitaba saberlo.

Cruzó la calle hasta llegar a la entrada, donde llamó al timbre. No tardó en escuchar pasos acercándose y, enseguida, Bezan le abrió la puerta.

Al verlo, su expresión fue de total sorpresa.

—Hola —saludó él, en tono neutro.

—Jeff... hola. No te esperaba.

—Ya me imagino. ¿Puedo pasar?

—Ah, sí, claro. —Se hizo a un lado, con expresión confusa—. Iba a llamarte por el tema de los papeles, pero...

—¿Muy ocupada? —Entró en la casa—. ¿No has tenido tiempo de mirarlos todavía?

—Sí, los he leído, solo que necesitaba tiempo para pensar y...

—¿Más?

No pudo evitar el tono de enfado en su voz, porque le parecía increíble que ella estuviera tan tranquila con un tema tan delicado, como si le hubiera dicho que revisara la factura de la luz y no unos papeles que determinaban el futuro de ambos.

Ella lo miró y elevó una ceja ante su tono. Vale, debería haber llamado o enviado algún mensaje para que supiera que estaba en ello, solo que no sabía cómo proceder.

—Iba a llamarte —repitió.

—Sí, eso ya me lo has dicho. Si de verdad los has leído, tendrás algún comentario al respecto, ¿no?

Ella se cruzó de brazos, ya mosqueada. ¿Cómo que si «de verdad» los había leído? ¿Acaso pensaba que los había ignorado o los había dejado tirados en cualquier esquina?

—No hace falta que te enfades —le dijo.

—No estoy... —Sacudió la cabeza, dándose cuenta de que sí que lo estaba—. Joder, Bezan, es que no me puedo creer que no me hayas llamado.

Ella se preguntó si se refería a aquellos días o en el último año, donde su comunicación se había visto seriamente limitada. O para avisarlo de que iba a ir, o... bueno, mil ocasiones.

—Todavía no sé si necesito un abogado o no, Jeff. Por eso quería tiempo, entenderás que no voy a firmar así a lo loco, como...

—¿Como qué? —interrumpió él—. ¿Como firmamos otras cosas?

Ella suspiró, negando.

—No iba con segundas.

—Ya. Porque recuerdo que lo de firmar cosas nunca te ha gustado.

—Mira, creo que has venido solo a discutir y es mejor que hablemos cuando estés más calmado.

Jeff pensó en contestar, en gritarle algo, lo que fuera, pero en su lugar se dio la vuelta y salió con un portazo. No sabía por qué se había puesto así, normalmente era muy calmado, hasta que algo tensaba la cuerda y la rompía. Y aquel día, parecía que el estar en el restaurante escuchando las preguntas de la gente, el no haber recibido noticias suyas y, sobre todo, entrar en aquella casa que tantos recuerdos le traía, lo habían hecho estallar.

Avanzó por el camino a grandes zancadas, pero cuando llegó al extremo del jardín, se quedó quieto, recordando la última vez que se había alejado de ella en medio de una discusión.

Aquella vez, aunque no se había dado cuenta, había sido consecuencia de varios hechos en cadena, comenzando por el día que entró en el piso de alquiler que compartían con una enorme sonrisa en la cara y agitando un papel en la mano.

—Menuda sonrisa que traes —comentó Bezan, acercándose para darle un beso.

—Pensé que este día no llegaría nunca. —Le enseñó el papel, que era una carta del banco—. Finiquitado.

—¿En serio?

—Sí, por fin soy libre de deudas: mi préstamo universitario ya es historia.

Al contrario que Bezan, cuya madre había pagado la carrera al completo y ella solo se había tenido que encargar del resto, Jeff había tenido que pedir un préstamo universitario para poder afrontar parte de las cuotas.

—Sabes lo que significa esto, ¿no? —sonrió él.

—¿Que nos vamos de cena a celebrarlo? —Le guiñó un ojo—. Tengo un vestido nuevo esperando que lo estrene en una ocasión especial.

—Sí, eso también, aunque me refería más bien a que ya podemos mirar casa.

Bezan hizo una mueca. Jeff había hablado de comprar una casa más de una vez, pero el tema había quedado apartado hasta que se acabara de pagar el préstamo de la universidad. Aun así, ella había supuesto que no lo sacaría tan rápido otra vez, no entendía a qué venía tanta prisa.

—Bueno, tampoco hay que correr —comentó—. Aquí estamos bien, ¿no?

—Sí, pero no es nuestro. ¿No quieres tener algo tuyo?

—Tampoco sería nuestro, sino del banco —bromeó, consciente de que Jeff seguía serio—. Ya

sabes lo que quiero decir, no pongas esa cara de funeral.

—Es que no entiendo por qué no quieres avanzar. Siempre hemos dicho que este piso era algo temporal, que nos convenía porque era barato y así podíamos ahorrar también.

—Lo sé, lo sé. —Suspiró, sin ganas de discutir con él sobre aquello—. Supongo que no pasa nada por empezar a mirar...

—Ya verás, te van a encantar.

Y se fue corriendo a buscar su portátil ante la atónita mirada de Bezan, que había supuesto, de nuevo erróneamente, que Jeff iría a alguna inmobiliaria y, en algunos meses o semanas, empezarían a ver casas.

Sin embargo, su marido ya tenía unas cuantas localizadas y guardadas como favoritas en una carpeta en su ordenador. Aturdida, Bezan no pudo hacer más que sentarse a su lado mientras Jeff le enseñaba las casas y le describía cada una de ellas. Incluso había hecho una lista de pros y contras de todas, lo cual le dio una idea del tiempo que llevaba preparando aquello y esperando ese momento.

A ella le daba igual dónde vivir, si las ventanas de la casa eran redondas, si tenía un ático reformado o si la planta baja era de concepto abierto, algo que se oía mucho últimamente y que parecía encantar a Jeff, puesto que todas las casas que le enseñó, sin excepción, eran así.

—Estás muy callada —comentó él, tras explicarle la quinta casa—. ¿Tienes alguna pregunta?

—No, bueno, sí. —Sacudió la cabeza—. No sé, Jeff... ¿No son todas muy grandes? ¿No sería mejor algo más pequeño, que no necesite tanto mantenimiento?

—Por el jardín no te preocupes, de eso me encargaré yo. Y el interior... Pues nos repartimos, como hacemos ahora.

Estaba claro que tenía argumentos para todo, porque cuando sacó a colación las distancias, Jeff le explicó cuánto se tardaba desde cada una de aquellas casas a sus respectivos trabajos. En ese tipo de cosas se notaba que era profesor: le encantaba explicar todo como si estuviera dando una clase.

—Podemos empezar a visitarlas cuando quieras —sugirió él, cuando terminó su exposición.

Bezan pensó con rapidez, a ver cómo se libraba de aquello... La idea de ir de casa en casa con folletos en la mano y tomando canapés con otros posibles compradores le atraía tanto como arrancarse las uñas de las manos sin anestesia.

—Ya sabes que con mis turnos va a ser complicado —contestó, buscando la forma de ganar tiempo.

—Seguro que nos apañaremos, no te preocupes.

—¿Por qué no hacemos una cosa, para no liarnos demasiado? Puedes ir a mirar tú y así vas descartando, ya sabes que a veces las fotos engañan... y cuando tengas unas cuantas seleccionadas, entonces vamos juntos.

Conociéndole, seguro que querría hacer más de una visita a cada una y así, al menos, se ahorrraba parte del proceso.

Jeff se quedó pensativo unos segundos, mirando la pantalla y a su mujer alternativamente. Sabía que el tema de las casas no era de sus favoritos, pese a todo, ¿quién no quería vivir en un lugar mejor? No era que el piso no fuera cómodo, pero él siempre lo había visto como algo transitorio hasta poder adquirir la vivienda de sus sueños. Entendía que Bezan se hubiera acomodado en el piso, sin embargo, de ahí a no querer cambiar como daba a entender...

En fin, tampoco le importaba mucho hacer solo una primera criba y eliminar alguna de la lista, seguro que así, cuando Bezan viera las favoritas más adelante, le habría dado tiempo a hacerse más a la idea.

Las siguientes tres semanas se dedicó a visitar todas las casas que había escogido, algunas en visitas privadas y otras en jornadas de puertas abiertas, hasta reducir la lista a tres que cumplían todos los requisitos: no necesitaban reforma, estaban a corta distancia de sus trabajos y tenían jardín.

Cuadrar las visitas con los turnos de Bezan fue más complicado, y cuando las fueron a ver, ella no mostró ninguna preferencia por alguna.

—¿No te gusta esta más que las otras dos? —preguntó Jeff mientras se dirigían al coche, tras salir de su favorita.

—No te sé decir —contestó la chica, sin comprometerse—. Son todas muy parecidas...

Por no hablar de la valla blanca que rodeaba a las tres, algo que Jeff había señalado con entusiasmo y que a ella le parecían más bien un cerco que impedía salir más que entrar.

—Ya has oído lo que ha dicho el agente, si la queremos tenemos que hacer una oferta ya o podemos perderla.

—Eso es algo que no entiendo, si tiene un precio, ¿por qué no se respeta? Entrar en una guerra de pujas es una locura, ¿no crees?

—Con poner un poco más de lo que piden vale, no perdemos nada por intentarlo. —Arrancó el coche y miró la casa con una sonrisa antes de salir a la carretera—. En cuanto lleguemos a casa le mando un correo, a ver si hay suerte.

Estaba tan entusiasmado que Bezan se limitó a devolverle la sonrisa, sin decir nada. Tampoco quería quitarle la ilusión; aunque a ella no le provocara la misma emoción, si él era feliz...

En cuanto llegaron al piso, Jeff se fue a coger su portátil para enviar el correo y, mientras cenaban, estuvo pendiente del móvil por si lo llamaban de la agencia, a pesar de ser tarde.

—Deberías tranquilizarte un poco —comentó, cuando se fueron a acostar y lo vio comprobar el móvil de nuevo.

—Es que esa casa es «la» casa, Bezan. Lo he sentido al entrar, como una conexión. ¿Tú no?

—Lo que no quiero es que, si no la conseguimos, te lleves un disgusto —contestó en cambio, esquivando la pregunta.

—Lo sé, sé que solo te preocupas por mí. —Le dio un beso—. Tengo un buen presentimiento, eso es todo.

Ella suspiró, sin insistir más al ver que no iba a conseguir nada.

Al día siguiente, durante el descanso de su turno en el hospital, Bezan revisó su móvil y se encontró con que Jeff le había enviado varios mensajes:

«¡Han aceptado la oferta!»

«Es genial, ya he confirmado que concierten una cita con el comprador»

Y, pocos minutos después:

«Acabo de hablar con el banco para solicitar la hipoteca, me voy a pasar en la pausa para la comida.»

«Mañana tienes turno de tarde, ¿verdad?»

Bezan parpadeó varias veces mientras leía de nuevo los mensajes, sin poder creer que ya estuviera todo en marcha. Jeff solía pensarse las cosas mucho, no era una persona particularmente impulsiva, así que todo aquello la pillaba un poco de sorpresa. Sí que debía haberse enamorado de la casa, sí...

«Sí, tengo turno de tarde», contestó. «Podemos hablarlo en casa, de todas formas».

«No hace falta, ya cojo cita por la mañana y firmamos».

«¿Firmar?»

«Claro, la hipoteca y así podemos coger la casa ya. Si esperamos mucho, se pueden echar atrás».

Bezan acercó el dedo para contestar, y justo en ese momento, la jefa de enfermeras entró en la sala de descanso con la tablilla de turnos en la mano.

—Bezan, hoy doblas, acaba de llamar Martha que está con gripe.

—¿No hay nadie más?

—La última vez cubrió el turno Charlene, así que te toca. —Miró el reloj—. Y date prisa con el descanso, que la ronda de pastillas está a punto de empezar.

Bezan afirmó con un suspiro y le envió un mensaje a Jeff a toda prisa:

«Doblo turno»

Él le envió un emoticono triste antes de contestar:

«Vale, te dejo nota con la hora de mañana si estoy dormido cuando llegues».

Cosa que se cumplió, porque cuando Bezan llegó agotada tras los dos turnos, su querido marido le había dejado una nota en la nevera con la hora en la que debía estar en el banco. Al meterse en la cama, lo encontró tan profundamente dormido que le dio pena despertarlo para hablar del tema. Bueno, quizá por la mañana le pillaría antes de que se fuera al trabajo, pensó con un bostezo.

Sin embargo, eso no ocurrió, porque ni siquiera se enteró de cuando sonó el despertador y él se levantó de la cama.

Cuando por fin despertó y miró la hora, quedaba poco para la cita en el banco, por lo que se levantó con rapidez, se dio una ducha y cogió el coche para llegar puntual.

Jeff la estaba esperando en la puerta y la saludó con un beso. La emoción en su rostro era palpable, pero aun así, Bezan hizo un último intento.

—¿Podemos hablar antes de entrar? —preguntó.

—No te preocupes por nada, he hecho cálculos y podemos pagarla de sobra.

De que había hecho números estaba segura y confiaba en él, el problema no era ese, aunque ya no sabía ni cómo explicarse porque Jeff no parecía querer ver ni oír nada que lo fuera a sacar de su idea.

—Vamos, nos están esperando —urgió él, tomando su mano.

Bezan se dejó llevar, todavía dando vueltas al tema, pero sin encontrar la forma de salir de aquello. Así que media hora después, se encontró con que habían firmado la hipoteca para la casa y, aquel mismo día justo antes de que tuviera que volver a su trabajo, también cerraron la compra.

Había pasado tan rápido, que cuando regresó aquella noche y encontró a Jeff dormido, casi le parecía que era todo algo irreal. Sin embargo, cuando se levantó por la mañana, la realidad estaba bien presente en forma de papeles hipotecarios y escrituras encima de la mesa de la cocina.

Y no solo eso, sino que, junto a ellos, había otros que no había visto aún: un contrato con una empresa de mudanzas, con fecha de ese fin de semana.

De pronto, empezó a notar calor y le dio la sensación de que la habitación se estaba estrechando. Apartó la vista de los papeles y cogió el móvil para enviarle un mensaje a Alika, a ver si podían desayunar juntas. Su amiga sabía escucharla, siempre podía desahogarse con ella y en ese momento necesitaba hablar con alguien,

«Entro en una hora a trabajar», le contestó su amiga. «¿Quedamos en Peggy's?»

Bezan le envió un emoticono con un pulgar hacia arriba y fue a vestirse con rapidez. En menos de quince minutos, estaba sentada en una de las mesas con una taza de café entre las manos y esperando a Alika. Por suerte, la chica no se hizo mucho de rogar.

—¿Problemas en el curro? —le preguntó, sin andarse con rodeos.

—No, nada de eso. En casa, más bien.

—Vaya. —Alika puso cara de pena—. ¿Otra vez has discutido con tu madre?

—No, no, con Jeff.

La expresión de Alika pasó a una de sorpresa. Esperó a que la camarera le sirviera el café, pidieron tortitas y entonces habló:

—¿Has discutido con Jeff?

Bezan negó con la cabeza.

—No hemos llegado a eso. ¡Ni siquiera he podido, si apenas nos hemos visto esta semana!

—¿Y ese es el problema? ¿Vuestros horarios? Ya sabes que el hospital...

—Ay, Alika que no me escuchas.

—¡Si es que no me has dicho nada!

—Hemos comprado una casa y nos mudamos el fin de semana.

Alika, que estaba echando azúcar en su café, se quedó inmóvil con el azucarero derramándose sobre la taza.

—Espera, ¿qué?

—Pues eso.

—Pero... si solo ibais a mirar casas, ¿no? —Hizo memoria—. ¿No me dijiste eso, que se había acabado el préstamo universitario?

—Bueno, es que ha sido todo muy rápido y no he podido ponerte al día. Resulta que una de esas casas ha sido la ganadora. Jeff ha hecho una oferta, hemos ido al banco a firmar la hipoteca y ya está. —Miró la taza de su amiga—. ¿Vas a querer más café con el azúcar?

—Joder. —Soltó el azucarero—. Madre mía... Es que no sé ni qué decir. Bueno, Jeff siempre ha querido una casa, eso no es nuevo. Aunque pensaba que esperaría un poco, la verdad.

—Ya, yo también.

—¿Y no te gusta la casa?

—No, si es perfecta. En buena zona, con cuatro habitaciones, no necesita reforma y tiene una estupenda y preciosa valla blanca rodeando el jardín.

—Y el problema es...

—Que no... —Movi6 la cabeza—. No sé, Alika, es algo muy... joder, ¿definitivo? No sé cómo describirlo. ¿Y si nos vamos de Nashville?

—¿Iros de Nashville? —Alika frunció el ceño—. ¿Habéis recibido alguna oferta de trabajo fuera?

—No, es solo un ejemplo. Podría pasar, ¿no?

La camarera llevó las tortitas, aunque ninguna de las dos las miró siquiera.

—¿Estáis buscando fuera?

—No. Ese no es el tema, Alika. Lo que pasa es que al firmar la casa pues... como que esa posibilidad se cierra, ¿no lo ves?

—Supongo. Pero si te preocupa, ¿por qué no se lo has dicho a Jeff?

—No, imposible. No sabes lo feliz que está con la casa, es como si hubiera ganado un premio o algo así.

—Entonces no vas a decirle nada.

—¿Para qué, si ya está hecho? —Suspiró—. Supongo que solo quería desahogarme un rato contigo, ya conoces mis paranoias.

—Ya, bueno, no estaría de más comentarle algo... digo yo.

—No sé.

No quería discutir con él, ni estropear el complicado equilibrio al que habían llegado en su

matrimonio. Cogió los cubiertos para empezar a comer las tortitas, sintiéndose algo mejor por haber soltado lo que le pasaba, pero todavía con algo de malestar por la duda de si hablar con Jeff o no.

—Anda, mira, Fred Wilinks —comentó Alika, llevándose un trozo de tortita a la boca tras señalar a un chico con el tenedor—. Hacía siglos que no lo veía.

—¿Fred, del instituto?

—Sí. Se cogió un año sabático antes de empezar la universidad, creo que se fue a Europa. Al final se quedó estudiando no sé dónde, habrá venido de visita.

Le hizo un gesto cuando pasó junto a ellas y el chico las saludó con la cabeza. Bezan le devolvió el saludo y se quedó pensativa, removiendo su café.

Un año sabático. Vaya, aquello sonaba genial... Qué bien se lo montaban algunos.

—¿No te vas a comer tus tortitas? —preguntó Alika, que ya había dado buena cuenta de las suyas.

—No, termínatelas. —Empujó el plato hacia ella—. No tengo hambre, la verdad.

—Mira el lado bueno, Bezan. Vais a tener algo vuestro, no un alquiler de un piso enano. Podrás decorarla como tú quieras, seguro que hasta hay sitio de sobra para un despacho donde podrías escribir, como hacías antes. Un jardín para tomar el sol, oye, eso no lo tiene cualquiera tampoco.

—Supongo que sí, hay muchas ventajas. Gracias por escucharme, Alika.

—Para eso estamos.

Le guiñó un ojo y le hizo gestos a la camarera para que le rellenara el café.

Tras la charla con Alika, Bezan se fue más reconfortada al piso. La idea seguía sin atraerle tanto como a Jeff, eso seguro, aun así intentaría ser positiva.

Así pasó los siguientes días y, cuando llegó la mudanza y se instalaron, pensó que su amiga tenía razón en lo relativo al espacio y al jardín: allí había muchas posibilidades. En verano podrían hacer barbacoas, tumbarse a descansar a la sombra de alguno de los árboles... sí, podía imaginarse con un libro en una hamaca.

Lo malo fue que Jeff tenía otras ideas para el jardín, algo que no supo hasta una semana después, cuando al llegar del trabajo, una bola de pelo blanca se lanzó a sus tobillos y tuvo que retroceder dando un salto, asustada.

—Pero qué...

Lo que al principio había pensado que era una rata o algún gato que se había colado en casa, al mirarlo se dio cuenta de que era un cachorro de perro de lo más juguetón.

—Ah, estás en casa —saludó Jeff, apareciendo en la entrada con una sonrisa de oreja a oreja. Se agachó y cogió al perro—. Mira, este es Baskerville.

—Es un cachorro.

—De labrador, sí. ¿A que es una monada?

—Sí, y no entiendo. ¿Qué hace aquí?

—Me lo ofreció un compañero de trabajo, hace unas semanas su perra tuvo una camada, y le dije que sí, que me quedaba con uno. —Lo cogió como si fuera a enseñárselo, extendiendo los brazos hacia delante—. ¡Sorpresa!

El cachorro, que había quedado a pocos centímetros del rostro de Bezan, le lamió la nariz. Ella se apartó muy despacio, llegando a frotarse los ojos por si aquello era una visión.

—Estás... de broma —consiguió decir.

Entonces Jeff se dio cuenta de que no parecía contenta, en absoluto. Dejó con cuidado a Baskerville en el suelo, que se fue trotando hacia la cocina sin dejar de mover el rabo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué pasa? —repitió ella, con el ceño fruncido—. ¿Me tomas el pelo? ¡Esto ya es el colmo, Jeff!

—Escucha, estás cansada, podemos hablar más tarde y...

—No, esto no tiene nada que ver con mi turno en el hospital, Jeff, es... ¡la gota que colma el vaso! ¿No crees que deberías habérmelo consultado?

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿Cómo la casa?

—¿Perdona? La casa la escogimos juntos.

—¿Sí? ¡Porque yo no recuerdo haber tenido mucha opinión en el asunto! No esperaste ni un día a que acabáramos de pagar el préstamo y ya estabas buscando. No, mejor dicho, las tenías miradas, solo estabas esperando a comprarla. La casa perfecta, con su valla blanca y todo, como las familias de las películas.

—¿Y cuál es el problema?

—¿Y ahora el perro? ¿En serio? ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Vas venir con ropa infantil y preparar el cuarto para un bebé?

—Estás exagerando...

—¿Lo estoy? ¡Yo no lo creo! Es... joder, Jeff, ¿no ves que va todo de pronto muy rápido? Estábamos bien, ¿por qué cambiar tantas cosas? ¡No me has dado tiempo a asimilar nada! Necesito espacio, siento como si me ahogara y...

Jeff pasó a su lado como una exhalación y abrió la puerta.

—¿Qué haces? —preguntó ella, confusa.

—¡Darte espacio!

Y salió con un fuerte portazo. No fue hasta llevar medio camino atravesado que se dio cuenta de que estaba lloviendo.

—¡Joder! —gritó, corriendo hacia la entrada.

Una vez atravesada la puerta, siguió corriendo por la acera. No sabía dónde iba, solo tenía en la cabeza las palabras de Bezan repitiéndose una y otra vez. Joder, ¡él solo quería que fueran felices como una pareja normal! ¿Y qué hacían las parejas normales? Casarse, comprar una casa, muchas un perro y sí, otras tener hijos, ¿por qué siempre parecía que él iba un paso adelante?

Se quedó parado, recordando la universidad, todos los años que habían estado juntos y las dificultades superadas. No podía estropearse todo así, ¿no?

Dio media vuelta para regresar, aunque no tenía claro qué era lo que iba a decirle. Porque no quería renunciar a aquella casa, pero tampoco a ella, sobre todo, a ella: Bezan siempre era lo primero para él.

Al llegar se dio cuenta de que no había cogido llave y tuvo que llamar al timbre. Bezan no tardó en abrir y, en unos segundos, Baskerville estaba enredado en sus pies.

—Estás empapado —dijo ella—. Vas a coger una pulmonía si no te quitas esa ropa.

Jeff cerró la puerta con cuidado de no pillar al cachorro y se pasó la mano por el pelo mojado, haciendo que varias gotas cayeran al suelo.

—Voy a ducharme, creo que tenemos que hablar —murmuró.

Subió a la habitación, que por supuesto tenía baño propio, y se quitó toda la ropa para darse una buena ducha con agua caliente. Apoyó las manos en los azulejos y se quedó con la cabeza bajo el agua mientras entraba en calor, esperando así relajarse antes de volver a hablar con Bezan. Necesitaba tener la mente clara para no discutir de nuevo o no sacarían nada bueno de aquella conversación.

Por el rabillo del ojo vio movimiento al otro lado de la cortina, que se deslizó lentamente a un

lado.

—¿Hay hueco para mí? —preguntó la rubia.

Estaba desnuda y sonreía a medias, lo cual se tomó como una muestra de que ella tampoco quería discutir. Así que le cogió la muñeca y la metió en la ducha con él.

Un buen rato después, habían pasado a la cama para acurrucarse debajo de las mantas. Ambos permanecieron tumbados de lado, mirándose, y Jeff fue el primero en hablar.

—No tenía que haberme ido así —se disculpó.

—Siento haberte gritado, es que... —Se mordió el labio—. Lo siento, Jeff, no puedo evitar... No sé cómo explicarlo, pero me agobio con cosas que son de lo más normal.

—Lo sé. —Le acarició la mejilla—. Es parte de lo que te hace especial.

—No quiero discutir contigo, sabes que te quiero.

—Y yo a ti, solo que para que esto funcione, tenemos que ser felices los dos. Sé que todo lo de la casa ha sido... bueno, precipitado, pero llevaba deseándolo mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Cuál es el problema? Sé que no es el perro en sí porque te encantan los animales.

Ella cogió aire, mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—Es como si... siento que no he hecho nada, Jeff.

—¿Nada?

—Sí, vale, he estudiado una carrera, una que me impuso mi madre. Tengo un buen trabajo... que tampoco he escogido. Veo la vida pasar frente a mí sin que yo pueda hacer nada para controlarla, ¿entiendes? Y me gustaría hacer algo nuevo, algo diferente... Quiero estar contigo y lo sabes, aunque a veces...

—Necesitas espacio.

—Es lo que he dicho antes, sí. De muy malos modos, pero creo que es eso. Un tiempo para pensar, para... no sé, encontrarme a mí misma.

Jeff no dijo nada, asimilando aquellas palabras. Ella no estaba diciendo nada de dejarle, lo cual era un alivio. Pensó de nuevo en todo lo que habían pasado juntos y se dio cuenta de que existía parte de lógica en lo que ella decía: desde que se habían conocido, casi siempre habían estado juntos. Primero en el instituto, después en la universidad. Al acabar, ni siquiera habían ido de viaje a ninguna parte. Él era feliz sin salir de Nashville, pero si ella necesita algún cambio...

—¿Qué necesitas, Bezan? —preguntó—. No quiero perderte, seguro que podemos llegar a algún acuerdo.

—No quiero abandonarte.

—No, ya sé que no.

—¿Sabes que mucha gente se coge un año sabático antes de decidir qué hacer con su vida?

Sin pretenderlo, había estado pensando mucho en Fred y en su decisión, preguntándose cómo habría sido su vida de haber hecho lo mismo. Sola o con Jeff, o si él hubiera ido a otra universidad. Le quedaban tres meses para cumplir los treinta, y aquella misma mañana, mientras cambiaba un gotero, se había preguntado cómo sería no estar haciendo eso mismo al cambiar de década.

—Sí —contestó él—. ¿Eso quieres? ¿Dejar el hospital un año?

—No, no solo eso... Me gustaría viajar, Jeff. Conocer mundo, ver qué hay más allá de Nashville y Estados Unidos.

—Pero... ¿tú sola?

Ella afirmó lentamente con la cabeza. Así dicho parecía una completa locura, aunque al verbalizarlo, se había convertido en una posibilidad real.

—No lo tengo planeado, claro, solo he estado pensando un poco en ello —continuó—. No sé si una vuelta al mundo, o ir visitando países según me fuera apeteciendo...

—¿Cuánto tiempo?

—Máximo un año, eso sí, no creo poder estar tanto tiempo lejos de ti.

Le dio un beso, acariciando con el dedo su frente para alisar las arrugas que se le formaban cuando estaba pensativo. Durante un buen rato, se quedaron en silencio, hasta que él carraspeó.

—De acuerdo —contestó.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Qué?

—Te ayudaré a planearlo, aunque no sé cómo vas a apañártelas para estar fuera tanto tiempo... Puedes utilizar los ahorros para los billetes de avión, pero sabes lo que hay y no creo que dure mucho.

Bezan lo abrazó con fuerza, casi ahogándole de la emoción. Dios, si es que era imposible quererlo más de lo que ya lo hacía...

Un relámpago iluminó el cielo y Jeff miró hacia arriba, escuchando el trueno a los pocos segundos. Vaya, se avecinaba una tormenta...

No bien había terminado de pensarlo cuando unas gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre su cabeza, empapándolo casi al instante. Si aquello no era una señal, en fin, pocas veces se había manifestado la naturaleza de forma más clara.

Volvió sobre sus pasos y llamó al timbre. Bezan tardó en abrir, y cuando lo hizo, pudo ver el dolor en su rostro. Suponía que igual que en el suyo, porque la opresión que sentía en el pecho casi no le dejaba respirar.

—Vas a coger una pulmonía —murmuró ella.

Lo miró, recordando al instante aquella otra discusión y cómo había terminado. Dudó unos segundos, preguntándose si... Alargó la mano hacia la camisa, tocando el primer botón y rozando así su cuello.

—Debería darme una ducha caliente —contestó él, con voz ronca.

Bezan sonrió un poco, y, al mirarlo, vio la misma expresión en su cara. Necesitaban hablar, estaba claro, revisar los papeles y mil cosas más, pero... en aquel momento todo aquello era lo último que tenía en la cabeza. Estiró la otra mano y le desabrochó un botón.

Y otro.

Él cogió aire; sus dedos parecían quemar sobre su piel, fría por el agua de lluvia. Levantó la mano, despacio, hasta llegar a rozar su mejilla. Sus ojos se encontraron, haciendo que ambos se quedaran quietos, hipnotizados el uno por el otro. Poco a poco, se fueron acercando más hasta que por fin sus labios se encontraron. Se separaron al momento, mirándose con la duda en sus rostros, pero fue solo un segundo: al instante, estaban fundidos el uno en los brazos del otro.

La ropa mojada de Jeff fue cayendo al suelo por el pasillo y las escaleras de camino a la habitación de Bezan; la de ella, acabó en un montón junto a la puerta antes de que se tumbaran en la cama y sus cuerpos se unieran con la desesperación de haber estado separados tanto tiempo. Las manos de Jeff recorrían su cuerpo de arriba abajo, por todas partes, como si así pudiera redescubrir mejor aquellas curvas que antes podía describir con los ojos cerrados. Bezan lo abrazaba, lo besaba, lo rodeaba con sus piernas para que no se alejara, manteniéndolo pegado a su cuerpo todo lo humanamente posible.

Era una sensación extraña, se conocían a la perfección y, sin embargo, la separación había hecho que se olvidaran en cierto modo, como si de nuevo fuera la primera vez que estaban juntos.

Al quedarse abrazados, con las respiraciones agitadas, sus mentes también estaban confusas. Ninguno se atrevía a verbalizarlo, porque... ¿qué significaba aquello? Se querían, no había sido solo sexo, pero tampoco era una reconciliación, puesto que seguían sin hablar y había demasiadas cosas entre ellos.

Sin decir palabra, Jeff fue el primero en levantarse y salir en silencio de la habitación. Ponerse la ropa mojada fue toda una odisea y, sobre todo, incómodo, aunque nada comparado a cómo se sentía por dentro.

Regresar a su casa y que Baskerville lo recibiera como siempre, moviendo el rabo como si no lo hubiera visto en meses, no ayudó a mejorar su humor.

¿Por qué no podían ser las cosas más sencillas? No, con Bezan, siempre se complicaba todo. Y él no se quedaba atrás, porque si ya estaba confuso con ella fuera, tenerla cerca solo ayudaba a confundirlo aún más.

O como aquella tarde. Quería haberse quedado con ella... y también alejarse, como había hecho.

Los papeles del divorcio era lo último que le preocupaba en aquel momento, porque ya ni siquiera estaba seguro de querer que los firmara. Y eso sin saber si iba a quedarse un tiempo o se marcharía enseguida. Joder, si es que a veces pensaba que era idiota. Él y su familia, eso por descontado.

Por su parte, Bezan permaneció en su cama de adolescente sin moverse, aturdida por lo que acababa de ocurrir. Y también, por qué no, para cubrirse con las sábanas que aún olían a él y así empaparse de su esencia. Dios, cómo lo había echado de menos...

Tendría que haber sido capaz de mantener la calma, de hablar con él. Ni siquiera había podido decirle que volvía a su antiguo trabajo, aunque no supiera aún si eso significaba que iba a quedarse. Quizá su subconsciente había tomado aquella decisión por ella al aceptar el trabajo, no lo sabía, pero... joder, ¡que tenía los papeles de divorcio encima de la mesa!

Si Jeff supiera lo confusa que se sentía... pero no, habían tenido que discutir y acabar en la cama, como si aquello no fuera a complicar más el asunto.

Suspiró mientras se acomodaba la almohada y dirigió su mirada a las fotos del corcho.

Ojalá Jeff se hubiera quedado; sobran las palabras, lo que quería era estar abrazada a él hasta quedarse sin aliento... quizá al día siguiente hubiera tenido arreglo, como cuando hablaban en la cama de las cosas que les habían pasado durante el día o solucionaban las discusiones.

Sin embargo, tal y como se había ido y después de la discusión... no tenía ni idea de cómo solucionar aquel embrollo.

Capítulo 11

Media hora después de regresar al hospital, Bezan sintió como si nunca se hubiera marchado. Conocía el edificio como la palma de su mano, incluido casi todo el personal, salvo algunas excepciones: un par de médicos estaban de traslado, y algunas enfermeras de baja por maternidad. Por lo demás, todo seguía exactamente igual que tres años antes, cuando había tocado en la puerta de Vanessa para decirle que necesitaba irse.

—Me alegra que estés de vuelta —dijo esta—. Tu madre me comentó que tenías una especie de depresión, ¿era algo así o me lo estoy inventando?

—No exactamente —sonrió la rubia—. En fin, da igual, el caso es que ya estoy de vuelta. Muchas gracias por darme otra oportunidad, me viene bien tener la cabeza ocupada.

—¿Qué tal se encuentra Savannah? Siento mucho lo suyo. La atendimos al principio, y luego Leah decidió que estaría mejor en el Saint Thomas.

—Ya sabes cómo son estas cosas, es complicado.

—Bueno, trataremos de que puedas coordinar los turnos con ese tema. Vas a estar en quirófano, así que esta vez no vas a tener apenas noches.

A Bezan le parecía una idea maravillosa. El quirófano no le hacía excesiva ilusión, pero los horarios eran bastante buenos y, en ese momento, era justo lo que necesitaba.

Además, requería de una concentración considerable, lo que la ayudaría a no pensar en Jeff, los papeles del divorcio o el escarceo mantenido la noche anterior.

—Espera aquí un momento, no tardo —pidió Vanessa.

Abandonó el vestuario y Bezan se quedó allí, sentada en el banco y pensativa. De algún modo era lógico que su corazón se resistiera a la idea de renunciar a Jeff, ya que llevaban juntos toda la vida, excepto un breve período durante su primer año en la universidad.

Aún recordaba con completa exactitud el día en que todo se había torcido. Ella no era consciente, claro; es más: estaba convencida de que estaba en una de las mejores épocas de su vida. O al menos, una de las más divertidas.

Berenice y ella eran inseparables. El resto del grupo griego se unía muchas veces, pero ellas dos tenían una química especial y nunca agotaban los temas de conversación.

Esos meses salía mucho de fiesta, quizá por todo lo que no había hecho a los dieciséis, y le parecía correcto: mejor cometer sus errores algo más adulta y viviendo fuera de casa que no con su madre presente.

Bezan tenía un curioso sentido del honor: incluso cuando bebía copas y esnifaba cocaína, no quería que su madre se enterara. Conocía a muchos compañeros de instituto que habían engañado a sus padres con ese tipo de temas, a ella no le iba eso. Prefería dejar los experimentos para cuando fuera adulta y responsable de su propia vida.

Conocer a Berenice fue toda una revelación, pues sabía exprimir la vida hasta la última gota. Y acabó con esa sensación de ver la vida pasar que Bezan siempre llevaba a cuestas.

Porque, realmente, no hacía demasiado excepto estudiar y trabajar, y eso cambió cuando Berenice se incorporó a su vida. De pronto, todos los días había planes, y salir de copas entre semana se volvió una constante. Como Jeff tampoco tenía demasiado tiempo libre no se sentía

culpable por salir con sus amigas, y las semanas transcurrían en una amalgama brillante de música, risas, bailes y copas.

La cocaína jugaba un papel importante en todo aquello, por descontado. Bezan no podía negar lo mucho que le gustaba cómo le hacía sentir, desde el amargor que viajaba hasta su garganta momentos después de esnifarla hasta la forma de liberar su mente.

Se sentía segura, habladora, marchosa y todas las cosas que nunca había sido por culpa de su timidez y su miedo a no encajar. La droga le había abierto los ojos para mostrarle una parte de ella que no conocía, una que la hacía sentir libre, y costaba renunciar a eso.

De esa forma, los fines de semana empezaban el jueves y terminaban el domingo de madrugada. A veces, Bezan necesitaba espabilarse los lunes, o martes, para encarar el día más motivada.

A veces, Bezan rompía la regla de Berenice de recordar que las drogas solo eran para los fines de semana.

La única pega era que una buena parte de su dinero terminaba en el bolsillo de su camello, en lugar de otras cosas que le hacían más falta: comida en la nevera, libros o cualquier capricho. Y pese a que no podía permitirse perder el trabajo, llegaba tarde con frecuencia, igual que a las clases. De hecho, los lunes era raro que se presentara a alguna. Sus notas ya no eran tan buenas como durante el primer trimestre, lógico por otra parte debido a que dedicaba menos tiempo a estudiar, mas estaba segura de que mejorarían.

Solo era una racha, una racha de juerga por la que todo el mundo pasaba, unos antes y otros después, ¿no? Ya se pondría serio en segundo, tercero, o cuando tocara.

A finales de mayo, Bezan salió del comedor y se encaminó a su cuarto, pensando en darse una ducha y ver qué planes hacía con Berenice. Sin embargo, cuando abrió la puerta se encontró con que dentro estaban Alika y Jeff, ella sentada encima de la cama y él apoyado en el escritorio.

Quedó estupefacta unos segundos al verlos ahí, sin recordar si habían quedado para hacer algo, cosa rara. No veía demasiado a su amiga porque no compartían ni amistades ni clases, aunque tomaban café a menudo, y respecto a Jeff, verlo a esas horas no solía ser habitual.

De hecho, la mayor parte de las veces salía de juerga después de que se despidieran en la residencia de alguno de los dos. Y lo mismo hacía los fines de semana, porque para qué engañarse: él era un chico tranquilo y aquello de la juerga no le interesaba en absoluto.

Así que cumplía la cuota de novio y después se reunía donde fuera con Berenice y las demás, dispuesta a dejarse llevar. Jeff le hacía comentarios de vez en cuando, pero se las apañaba para eludir la conversación con cualquier excusa. Otras veces, le decía que estaba en la residencia metida en la cama cuando no era cierto.

No era que no le quisiera, simplemente... estaban en momentos diferentes. Jeff se tomaba muy en serio los estudios, cosa que le parecía muy bien, solo que ella también tenía derecho a divertirse un poco, ¿no?

—Hola —saludó, cerrando tras de sí, todavía con la sorpresa en la cara—. ¿Habíamos quedado o algo?

—No, qué va —respondió Alika—. Queríamos hablar contigo, ¿puedes?

—Sí, claro.

Lo cierto era que no le sobraba mucho tiempo: tenía que ducharse, hablar con Berenice y luego arreglarse. Como no podía soltar aquello, mantuvo una expresión de falsa paciencia mientras se sentaba en la cama junto a Alika. Miró a Jeff, que apartó la vista, incómodo.

—¿Qué pasa?

—No sé ni cómo decir esto —empezó Alika—. Verás, Bezan, hace unos cuantos meses que te vemos un poco descontrolada.

La rubia abrió la boca, sorprendida del todo ante el comentario. Durante unos segundos no reaccionó, limitándose a mirar a ambos de forma alternativa.

—¿Qué?

—Las drogas, hablamos de eso —aclaró Aliká.

Fiel a la costumbre, su amiga llamaba a las cosas por su nombre.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué drogas?

—La cocaína. No pongas cara de susto, si piensas que no nos hemos dado cuenta es que debes tomarnos por tontos.

Bezan se cruzó de brazos, aún sorprendida. ¿Cómo...? ¡Jamás había consumido nada delante de ninguno! Lo guardaba en secreto celosamente, no tenía la menor idea de por qué habían llegado a la conclusión de que ella...

—Sales de fiesta continuamente —siguió Aliká.

—¡Vaya! No sabía que era un delito salir de fiesta en la universidad. Entonces, un noventa por ciento de los estudiantes deben ser culpables, ¿no?

—No te pongas sarcástica.

—No lo hago, es un hecho irrefutable.

—La cuestión es que no paras, sales entre semana y después te saltas todas las clases de las primeras horas.

—¿Qué pasa, es que me estás controlando? —preguntó, molesta—. ¿Me ves a mí meterme en tu vida, acaso? ¿O es que tú no sales?

Aliká no retrocedió ni un milímetro.

—Sí, salgo. Los viernes, a veces los sábados, y tampoco es que no me tome mis copas de cuando en cuando, aunque desde luego no se me ocurre tontear con la cocaína. Y tampoco he faltado a ninguna clase.

—No he faltado a tantas clases —se defendió Bezan.

—Mira, Bezan, no es que queramos atacarte —explicó Aliká, poniendo una mano sobre su brazo para tratar de que se relajara—. Estamos preocupados por ti porque no pareces la misma, y también porque no creo que este camino por el que vas sea la mejor idea.

Bezan asimiló sus palabras, ya enfadada.

—Pero, ¿quién te crees que eres para decidir qué camino es el mejor para mí?

—Bezan, por favor —intervino Jeff por primera vez—. Escúchala.

En lugar de eso, la rubia se levantó de golpe de la cama. En vista del tema, se defendería de los ataques mejor si estaba de pie.

—¿Tengo que escuchar esta sarta de tonterías? ¿Es que os habéis vuelto locos o qué? ¿Os digo yo lo que tenéis que hacer con vuestro tiempo libre?

—Tenemos que decírtelo porque nos preocupamos por ti —insistió Aliká—. Ambos esperábamos que fuera una racha corta y se te pasara pronto, en cambio...

—Ambos —repitió ella, mirando a Jeff—. ¿Así que ella habla por ti?

—Mira, Bezan...

—¡Que si ella habla por ti! —lo interrumpió, en tono desagradable—. ¿Tú también piensas que soy una insustancial que se pasa las noches de fiesta en fiesta sin preocuparme de nada más? ¿Acaso no estamos bien?

Jeff se cruzó de brazos, perplejo.

—¿Eso piensas? ¿Llamas «estar bien» a que me dediques una hora de tu tiempo, parte de la cuál te la pasas mirando el reloj como si estuvieras deseando largarte? ¡Si te cuento mis cosas y ni siquiera me escuchas! O te llamo y no me contestas al teléfono.

Ella abrió la boca, directa a rebatir sus comentarios, mas tuvo que detenerse a pensar durante unos segundos. ¿Le había comentado Jeff alguna inquietud que se le había pasado por alto? Dios, ¡era incapaz de recordarlo! Sí que alguna vez la había llamado cuando estaba por ahí, y sinceramente, no era tan grave no devolver una llamada, ¿no?

Durante un breve segundo, fue consciente de la cantidad de noches que lo había dejado solo mientras ella se dedicaba a volar muy alto. Vale, quizá su actitud no era del todo correcta, pero, ¿acaso debía renunciar a lo que le apetecía hacer? ¿Por qué no podía vivir su vida tal y como quería, sin tener que pensar en los demás?

A ver si iba a ser cierto que a la gente le molestaba ver a los demás felices.

—Por no hablar del dinero —añadió Alika.

—No entiendo.

—El dinero que nos coges de la cartera —Alika lo comentó con toda naturalidad.

—Yo no...

—Mírate. Pálida, y con mala cara, no hablemos del peso que has perdido... He mirado la nevera y vamos, parece que te hayan robado. La coca te quita el hambre, ¿verdad?

La cabeza de Bezan estaba a punto de estallar. ¿Así que le registraban la nevera? No se lo podía creer, ¡aquello era una completa invasión de su privacidad!

Lo del dinero no era una mentira del todo, a veces sí que echaba mano de la cartera de Jeff, solo que suponía que no le importaría. ¡Si él era el primero en ofrecerle cualquier cosa que necesitara! ¿De pronto se cabreaba por tomarle la palabra?

Era consciente de la forma en que la miraban, con una mezcla de pena y cariño, como si fuera una de esas yonquis que paseaban por las calles vestidas con harapos mientras reclamaban cualquier migaja química. ¿Cuándo habían empezado a pensar en ella de esa manera?

—La verdad, no os reconozco.

—Quizá porque ya nunca pasas tiempo con nosotros —contestó Jeff—. ¿Sabes cuántas veces hemos quedado en estos últimos cinco meses?

—No, no lo sé, pero parece que tú sí. ¿Te has dedicado a apuntarlo en el calendario?

—Estoy preocupado por ti.

—¿Por qué? —exclamó ella, exasperada.

Jeff le arrebató el bolso sin darle tiempo a reaccionar y lo volcó sobre la cama. Bezan hizo ademán de recuperarlo, aunque Alika fue más rápida: agarró su monedero sin miramientos, lo abrió y allí encontró lo que buscaba: su alijo. Y por la mirada de su amiga, era bastante más de lo que esperaba hallar. Claro que ella no lo entendía, ¡era viernes! Por eso tenía tanto, porque el fin de semana estaba encima y...

—Tienes que parar —dijo Alika, decidida—. Sabemos que no es solo cosa del fin de semana, entre semana también le das. Mira, he conocido a otras personas enganchadas y...

—De verdad, ¡os prometo que no estoy enganchada! Puedo controlarlo.

—No conozco a ningún adicto que no haya dicho eso.

Bezan no estaba dispuesta a renunciar de ninguna manera a su estilo de vida. La idea de no poder compartir más noches locas de risas con Berenice se le hacía insoportable, no poder ser ella misma tal y como le apetecía.

¿Y por qué tenía que obedecer órdenes de aquellos dos? Alika estaba demostrando ser una muy mala amiga, por no hablar de Jeff.

—Yo no soy una adicta —gruñó—. Sí, salgo por ahí a bailar y a divertirme, nada más.

—Ya ni siquiera escribes —observó Jeff.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué? Total, no me servía para nada, ¿no? Todo eso de ser escritora no era más que un sueño tonto, ahí tenía razón mi madre. No tengo talento, así que no seguiré perdiendo el tiempo.

—Eso no es verdad.

—En serio, no sé qué cable se os ha cruzado, pero no quiero seguir hablando. He ido a clase, a trabajar y estoy cansada, ¿qué tal si me dejáis en paz?

Jeff y Alika se miraron de una manera que no gustó nada a la rubia. Una de dos, o su pequeño juegucito no estaba saliendo como querían, o allí pasaba algo más que se le escapaba.

—Necesitas ayuda —habló Alika, en voz baja.

—Pues no la quiero, asunto arreglado.

No había terminado la frase cuando escuchó un taconeo en el pasillo. Lo primero que pensó fue en Berenice, y la idea la alivió, ¡por fin aparecía su amiga! Necesitaba que alguien le sacara la cara más que nunca, que les dijera a aquellos dos lo confundidos que estaban.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió se encontró con su madre.

Vestida con las prendas que reservaba para ocasiones concretas y con un gesto adusto en la cara, Savannah acababa de materializarse en su habitación.

—¿Habéis llamado a mi madre? —exclamó, sin poder creerlo.

¡Dios mío, su madre! La iba a matar, seguro. Quizá eso sería lo más suave; si ya cuando no salía y estudiaba no la soportaba, no quería ni imaginar en ese momento.

¿De quién había sido aquella brillante idea? Porque los dos, sobre todo Jeff, conocían la relación tan conflictiva entre ellas y que su madre sería la última persona a la que querría ver, menos en esas circunstancias.

Al mirar al chico, supo a ciencia cierta que era el responsable. Y la idea de que la hubiera traicionado de esa manera la dejó sin palabras unos segundos, segundos en los que se limitó a mirarlo, dolida.

—Bezan, escucha... —empezó él, sin poder evitar la culpabilidad.

Savannah cruzó con paso firme hasta llegar junto a su hija. La estudió con fijeza, para después pasar a mirar a los otros dos; sus ojos se posaron sobre la cama, donde las pertenencias del bolso continuaban desparramadas. Miró el monedero, las bolsitas con el polvo blanco, y de nuevo a su hija.

—Vamos —dijo.

—¿A dónde?

—A hablar con el rector.

—¿Qué?

Savannah le lanzó una mirada tan fría que pareció congelar el aire cálido de la habitación.

—Tú y yo vamos a hablar con el rector respecto a tu comportamiento y las notas. Voy a ver cómo arreglo este entuerto en el que te has metido para que el año que viene puedas seguir estudiando aquí, aunque... no te va a salir gratis ni mucho menos, créeme.

Bezan la miró sin entender.

—Mamá...

Alika y Jeff se miraron, sin duda alarmados por el cariz que estaba tomando el asunto. Bezan parecía a punto de llorar de la rabia e impotencia, de tener que aguantar la humillación de que su madre la tratara como a una chiquilla y, sobre todo, de no tener otro remedio que obedecerla. Sabía bien que no hacerlo podía traer consecuencias peores. Puede que la carrera que le había elegido no fuera su preferida, pero era una carrera. Y la necesitaba para conseguir un trabajo y de ese modo alejarse de su madre por completo.

Savannah ejerció mayor presión en su brazo, como si tuviera una garra en lugar de una mano.

—Venga, vamos. El rector me ha dicho que nos recibiría en diez minutos y no quiero escuchar nada más.

Se giró hacia la puerta y Bezan la siguió, resignada. Tratar de evitar cualquier cosa que tuviera que ver con su madre era una pérdida de tiempo, bien lo sabía.

Cerró la puerta del cuarto, dejando atrás a la traidora de su amiga y a su todavía más traidor novio, y caminó en silencio. Sabía que antes o después llegaría la megabronca materna, aunque quizás se contenía por estar en la universidad. No importaba, estaba segura de que en cuanto se quedaran solas iba a recibir la reprimenda del siglo. Le diría lo decepcionada que estaba, lo mala hija que era, la vergüenza que iba a hacer pasar a la familia y un montón de lindezas por el estilo.

Cuando llegaron al despacho del rector Adams, este apenas las hizo esperar. Savannah estrechó su mano con amabilidad y se presentó, para acto seguido ocupar una de las sillas frente a la mesa. Bezan se dejó caer en la contigua, deseando hacerse invisible. Aún no se creía que estuviera metida en aquel lío gracias a Jeff.

—Así que parece que tenemos un pequeño problema, ¿correcto? —comentó él, sacando una carpeta y colocándola sobre la mesa—. Vamos a ver... Bezan Dulay, aquí tengo tu expediente.

Abrió la carpeta y echó un vistazo por encima sin dejar de jugar con un bolígrafo que tenía entre manos.

—Sí, veo que hay bastantes faltas de asistencia y que las notas han bajado. Ah, trabajas en el comedor —observó él. Cerró la carpeta para mirarlas—. Está bien, señora Dulay, no me molestaré en andarme por las ramas. Belmont es una universidad cristiana, como ya sabe.

Savannah asintió.

—Este comportamiento no es aceptable. ¿Puedo sugerirle otra universidad donde quizás su hija encaje mejor?

Bezan se frotó la frente con un suspiro. Madre mía, ¡iban a expulsarla! Eso no se olvidaría con facilidad en su familia, seguro, daría para muchas, muchas charlas. Miró a su madre, convencida de que en segundos se uniría al rector para meterse con ella.

Sin embargo, Savannah se irguió en su silla como si fuera la reina de Inglaterra y miró al rector Adams con frialdad.

—Perdone, rector Adams, ¿insinúa que mi hija no es lo bastante buena para estudiar en su universidad?

—Estará de acuerdo conmigo en que consumir drogas no encaja en nuestra línea universitaria, señora Dulay. No pretendía ofenderla.

—Bezan no se va a ninguna parte. Está pagado y tiene todo el derecho del mundo a seguir estudiando aquí, si es lo que queremos.

—Bien, ¿y qué medidas piensa tomar al respecto? Porque no solo se trata de sus notas, también del tema de las drogas.

—Usted no tiene que preocuparse por ninguno de esos temas, ya me encargaré yo.

—¿Cómo?

—He decidido ingresarla en un centro de desintoxicación durante el verano —la voz de Savannah era firme—. También va a estudiar, mucho. Tanto que el año próximo no tendrá ninguna asignatura pendiente. Me da igual si tengo que pasarme las horas sentada a su lado.

Bezan procesó la conversación como si sucediera a varios kilómetros de su cuerpo.

Dios mío, ir a desintoxicación. Pasarse el verano internada en un centro... no tenía palabras para describir lo horrible que le parecía la idea. Había planeado tantas cosas para su tiempo libre que aquello se le hacía cuesta arriba... por no hablar del hecho de que durante cuatro meses iban a controlar escrupulosamente cada paso que diera o cada palabra que pronunciara.

Allí no podría conseguir nieve. Por otro lado, la idea de estar rodeada de drogadictos tampoco resultaba lo más apetecible del mundo, ¡si no tenía nada que ver con esa gente! Ella podía prescindir de las drogas sin problemas, claro que sí.

El rector Adams observó a una y otra, sin dejar de pasarse el bolígrafo entre los dedos.

—Está bien —aceptó—, solo tengo una observación.

—Adelante.

—Dado que Bezan tenía buenas calificaciones al comenzar, tengo que suponer que la causa de esto es debido a las malas compañías. ¿Puedo sugerirle que el año próximo viva en la residencia del campus?

Savannah permaneció pensativa, con la duda reflejada en su rostro.

—Supongo que la idea de meter a su hija en una residencia claramente cristiana que orienta a los alumnos en esa dirección no le hace mucha gracia —siguió él—. Pero piense en las ventajas... su hija estará mucho más controlada allí. Creo que ha quedado claro que necesita ese control.

La mujer alzó una ceja. Por su expresión, se diría que se moría de ganas de estamparle la carpeta en la cara al rector Adams. Sin embargo, era lo bastante inteligente como para saber que debía darle una pequeña recompensa; no quería que le hiciera la cruz a su hija.

—Muy bien —aceptó.

—No, mamá, yo no quiero... —empezó Bezan.

—Basta —dijo Savannah, y la miró—. Espérame fuera un momento, tengo que hablar con el rector en privado.

La rubia se dio por vencida y abandonó el despacho del rector. Se apoyó contra la pared, tratando de no echarse a llorar al pensar que todo su mundo acababa de venirse abajo. La idea de pasarse los próximos cuatro meses encerrada... le daban ganas de echar a correr y no parar hasta estar bien lejos de todos. Ojalá pudiera hacerlo, ir hasta el aeropuerto como tantas veces había imaginado, coger un avión y desaparecer.

Lo que habló su madre con el rector no logró escucharlo. Tampoco estaba de humor para intentarlo siquiera, centrada en compadecerse de sí misma y lo que le venía por delante.

Finalmente, la puerta se abrió y su madre abandonó el despacho. Se quedó mirándola con la decepción pintada en la cara, tanto tiempo que Bezan temió que le hubiera dado un vahído, hasta que al fin reaccionó.

—Vamos a tu habitación para que hagas la maleta —comentó.

—¿Ahora? —se asombró la rubia.

—Desde luego que ahora. Te vienes a casa conmigo.

—Mamá, ¿no puedo...?

Savannah echó a caminar sin pararse a escuchar sus súplicas. Por la forma en que apretaba los labios, Bezan sabía que se estaba controlando para no ponerse a gritar allí mismo, así que dejó de intentar que la escuchara.

De todos modos, ¿qué iba a ofrecerle? Entre el rector y su madre acababan de decidir los siguientes meses de su vida, no tenía sentido tratar de que confiara en ella para dejarla terminar el curso.

De regreso en la habitación, Alika había desaparecido y solo estaba Jeff, aún apoyado en el escritorio y de brazos cruzados.

—Coge la ropa y lo imprescindible, ya me ocuparé de que se lleven el resto de tus cosas —ordenó Savannah—. No tardes, me gustaría salir antes de que empiece a anochecer.

Jeff carraspeó.

—¿Puedo hablar con ella un minuto? —preguntó, mirando a Savannah.

La mujer abrió la boca con intención de negarse, aunque no llegó a hacerlo. Jeff era quien la había telefonado para comentarle el problema y confiaba en él sin reservas. No sabía si su hija lograría mantener a ese novio como le gustaría, pero sin duda podía darle un par de minutos.

—Esperaré fuera —repuso.

Y dicho aquello, abandonó el cuarto dejándolos solos.

Bezan sacó la maleta más grande que tenía de debajo de la cama y la abrió. Después hizo lo propio con el armario y comenzó a sacar su ropa para hacer el equipaje, aunque sin fijarse realmente en lo que guardaba.

—Bezan. —Jeff trató de que lo mirara, sin mucho éxito—. Ya sé que crees que estamos exagerando, que no necesitas ayuda, pero...

—No, tú has decidido que la necesito. Tú con Alike, ¿hace mucho que tenéis este complot?

—Eso no es así, nosotros...

—¿Estás contento? Mi madre me saca de aquí de los pelos y me va a obligar a pasarme el verano metida en un centro lleno de gente que de verdad son adictos.

Jeff la miró como si no pudiera asimilar sus palabras. Por su reacción, Bezan se dio cuenta de que el asunto se les había escapado por completo de las manos, tanto a él como a esa amiga que a partir de ese momento ya no lo era. En fin, así eran las cosas: todo en la vida tenía consecuencias.

—No, no estoy contento para nada —replicó el chico.

—¡Si querías verme más a menudo haberlo dicho! Claro que tampoco parecía importarte mucho cuando el ocupado eras tú. Como si nunca me hubieras dejado plantada porque tu estúpido profesor te llamara para cualquier cosa, o por tus fines de semana familiares.

—Yo...

—Ah, que eso no cuenta, solo lo mío. Muy bien, Jeff.

—Oye. —Él la cogió por los brazos—. Yo solo quiero que vuelvas a ser tú, como eras antes de que aparecieran esas chicas.

—¿Y qué pasa si yo no quiero ser así? A lo mejor ahora me divierto más, ¿te has parado a pensar en mí en algún momento? ¿Y cómo demonios se te ocurre llamar a mi madre? Eso sí que ha sido un golpe bajo, joder.

—Lo siento, es que no sabía qué hacer.

—Yo te diré qué hacer —replicó Bezan, en tono frío—. ¿Qué tal si coges a Alike y desaparecéis los dos de mi vida?

Él la soltó al momento, con la confusión pintada en el rostro. Como si de repente Bezan hablara en otro idioma, sin terminar de entender lo que decía y, a pesar de todo, comprendiendo el significado.

—No hablas en serio —murmuró.

Y ahí estaba, claro y conciso. Esa pequeña, pequeñísima parte de ella que sentía cierto placer perverso cuando le hacía daño. A veces se odiaba a sí misma por ser así, pero no podía evitarlo.

Jeff acababa de arruinar su espacio y su libertad, de un solo telefonazo la obligaba a regresar a casa con su madre bajo su más estricto control. También debía agradecerle el verano que tenía por delante. Sí, claro que quería hacerle daño.

—Vamos a estar unos meses sin vernos. No sé si lo sabes, en los centros de desintoxicación no suelen permitir visitas, así que... además, cuando salga estaré en arresto domiciliario con mi madre en el papel de guardia real.

Jeff se frotó la frente, sin saber qué decir. No había sido su intención provocar aquel revuelo cuando había llamado a Savannah, desde luego, lo de ingresarla no lo hubiera imaginado nunca.

—Ah, y hay más —continuó Bezan, rescatando varios pares de calzado—. El año que viene no

podré seguir viviendo aquí, sino que estaré en la maravillosa residencia del campus. Así podrán vigilar mejor que no siga por el mal camino, ¿qué te parece? Tendré toque de queda y todo.

Jeff puso la mano sobre la maleta para que dejara de llenarla y lo mirara.

—Vale, admito que no esperaba una reacción tan desmesurada.

—No tenías que llamar a mi madre —le recriminó ella—. Podías haber hablado conmigo primero.

—Lo he intentado, muchas veces. No me hacías caso —contestó Jeff—. Y no has parado de mentirme en meses. Mis compañeros de residencia te veían de fiesta continuamente, ¿cómo crees que me sentía cuando me decías que estabas en la cama sabiendo que no era verdad?

Bezan enrojeció.

—No todo va siempre de ti, ¿sabes, Bezan? Yo también tengo preocupaciones y malos momentos, momentos en que te necesitaba a mi lado. Y tú estabas por ahí bailando y haciendo Dios sabe qué, ¡a veces eres tan egoísta!

Ella movió la cabeza de forma negativa.

—Bueno, supongo que no hay mucho más que decir.

—Ese es el problema, joder, que las cosas se solucionan hablando. En lugar de portarte como una niña y enfadarte, ¿no crees que deberíamos sentarnos para ver lo que falla en nuestra relación?

—No hace falta que nos sentemos para eso, Jeff, te lo puedo decir ahora mismo —dijo ella, cerrando la maleta—. Somos tú y yo.

—¿Qué?

—Tú y yo somos los que fallamos. No somos compatibles, no tenemos nada en común y nuestros caminos no van en la misma dirección.

Jeff la miró, atónito.

—¿Qué, vas a negarlo? ¿Necesitas más pruebas? Yo te he mentido durante meses, tú acabas de arruinar la pequeña libertad que llevaba deseando años, ¿quieres más?

—Para, Bezan. No sigas, por favor.

—¿No querías hablar y que fuéramos sinceros?

—Sí, de forma positiva, no sacando todo lo malo. Nunca funciona lo de echarse las cosas en cara.

—Bueno, has empezado tú.

La chica bajó la maleta al suelo y miró a Jeff. Lo que iba a hacer... se le rompía el corazón porque seguía siendo la persona que más quería, pero en ese momento no veía un panorama demasiado esperanzador para ellos. Y estaba muy enfadada.

—Será mejor que lo dejemos.

—Sí, está bien. Hablaremos mañana, o cuando estés más tranquila.

—No, me refiero a tú y yo. Que dejemos la relación.

Jeff abrió la boca, contrariado, mas ella sabía que no podía dejarle hablar. No quería dudar de su decisión, que además le parecía la correcta. Jeff no era para ella, no eran compatibles y sin duda se merecía alguien mejor.

—No me llames, por favor —pidió—. No quiero verte más.

—Bezan...

Unos golpes en la puerta cortaron lo que fuera que pensara decir: Savannah, desde fuera, les recordaba que los minutos transcurrían.

Quizá esa fuera la única vez que Bezan había agradecido la interrupción de su madre: no podía soportar ni un minuto más la mirada de Jeff y el dolor que había en ella. Se obligó a recordar que todo era culpa suya y ese pensamiento le dio las fuerzas que necesitaba para abrir la puerta y salir

sin mirar atrás.

Pasó por delante de su madre y esta se apresuró a seguirla tras echar un vistazo al interior del cuarto, como si pensara que Jeff podía haber desaparecido.

Una vez en el coche, Bezan se puso el cinturón y aguardó la bronca pendiente. Savannah permaneció unos minutos con las manos aferradas al volante mientras la tensión se volvía insoportable.

Finalmente, se giró hacia su hija.

—Irás al centro de desintoxicación —afirmó—. Pasarás a segundo curso y olvidaremos este tropiezo, ¿entendido?

—Sí.

—Nada de drogas, Bezan. Son peligrosas. Ninguna hija mía va a caer en las drogas, si tengo que vigilarte las veinticuatro horas lo haré.

Bezan asintió, aun aguardando el discurso crispado sobre la decepción, lo mala hija que era, y todas esas cosas que solía soltar su progenitora.

Sin embargo, Savannah arrancó el motor y puso el vehículo en marcha. Bezan permaneció en tensión un rato hasta que tuvo claro que no iba a haber bronca del siglo. Lo cual la desconcertaba, aunque supuso que con el castigo del centro y el cambio de residencia tenía suficiente y no era necesario machacarla más.

Menudo desastre. Hacía solo unas horas tenía ante sí un fin de semana de lo más apetecible, y sin embargo allí estaba: de vuelta a casa, con un verano por delante confinada, sin Jeff y con un futuro muy poco esperanzador.

Capítulo 12

—Cuando me preguntaste si quería ir contigo por ahí imaginaba otro plan —comentó Bezan, sin dejar de empujar el carrito por el supermercado.

Josh se dio la vuelta al escucharla y le guiñó un ojo.

—¿Te acuerdas de cuando mamá nos mandaba a hacer la compra?

—Cómo olvidarlo, son recuerdos insuperables de la adolescencia —se burló la joven.

Cuando Savannah hacía turnos extra en la pastelería o estaba demasiado ocupada pintando, a menudo enviaba a sus hijos a hacer gestiones. Les pedía que fueran juntos porque tenía la extraña idea de que al ser mellizos debían ir pegados a todas partes, lo cual no era cierto, aunque no importaba a ninguno.

Ya desde esa época, Bezan observaba lo disperso que era Josh. Al principio pensaba que era algo consciente, que tal vez muchos de los temas que comentaban no eran de su interés. Pronto se dio cuenta de que Josh no podía evitarlo: le costaba focalizar la atención en una misma cosa durante un rato seguido, por no hablar de la dificultad de hacer varias cosas a la vez.

Si empujaban el carrito en el pasillo de las verduras y se repartían las compras, Josh aparecía de repente en cualquier otro sitio, con una bolsa de patatas en la mano y expresión despistada. Parecía que lo hubieran secuestrado de algún lugar para colocarlo en mitad del supermercado como por arte de magia.

En el instituto le ocurría lo mismo y, lógicamente, allí era más grave. Hubo una única vez que una tutora de segundo insinuó a Savannah un posible déficit de atención, y la reacción de la madre fue llamarla entrometida. Tras eso, pidió un cambio de profesor y el asunto se solucionó sin problema; Josh era un jugador de rugby más que notable y con eso bastaba. Sus notas no le importaban a nadie, no mientras siguiera ganando partidos. En sus calificaciones aparecían los sobresalientes como si de un truco de prestidigitador se tratara, nadie hacía preguntas y mucho menos Josh.

Con el tiempo, Bezan notaba que tenía un tiempo límite hasta que el chico desconectaba de la conversación. Y ese problema lo acompañaba a todas partes y en cualquier ámbito: primero en sus estudios, después en el trabajo.

El futuro de Josh, tanto para Savannah como para el resto del mundo, estaba en el rugby. Aquel fue su billete a la universidad, donde todos esperaban grandes cosas de él.

Pero no había sido así. Si bien en el instituto Josh era uno de los mejores, en la universidad estatal de Tennessee se encontró con que no salía del grupo de los aceptables. Al igual que él, existían muchos alumnos con una beca deportiva y todos ellos lograban enfocar su atención de forma correcta, de modo que Josh fue quedando atrás. Los ojeadores no reparaban en él y no apareció ningún equipo para hacerle su fichaje estrella, por lo que acabó por desaparecer de las listas de «posibles estrellas». Lo que había elegido estudiar, Fisioterapia en la facultad de Ciencias de la salud, tampoco le interesaba en exceso, y finalmente, dos años después, llamó a su madre para comunicarle que abandonaba los estudios. Prefería trabajar.

Desde entonces, Josh había ido saltando de un trabajo a otro sin quedarse de verdad en ninguno, al igual que en sus relaciones. El ir y venir con Alika había terminado por agotar a su

amiga, harta de que él nunca pareciera ir en serio o en alguna dirección con futuro.

A Josh no le gustaba hablar mucho sobre sus sentimientos, pero Bezan tenía toda la información de primerísima mano gracias a su amiga. Lo de ser amigos con derechos había comenzado en el instituto y continuado en la universidad, pese a que por el medio ambos salieron con otras personas.

Cuando Alika se graduó, decidió dar carpetazo final a lo que fuera que la unía a Josh y empezó una relación con un chico que había conocido durante el último año en Belmont. Bezan se acordaba de él y de tenerlo como invitado en su boda; por su parte, Josh tenía novias que le duraban tres y cuatro meses a las que Bezan no se molestaba en conocer más allá de la simple educación. ¿Para qué? No durarían y lo sabía.

Llegaron los veintinueve, tan peligrosamente cerca de los treinta, y mientras Bezan pensaba en volar libre por el mundo, Alika y Josh volvían a las viejas andadas, quién sabe si imaginando que la edad haría que su historia fuera diferente.

Los escarceos estaban allí cuando Bezan partió y, de nuevo, no duraron demasiado: llevaba un año y poco viajando cuando, en una charla telefónica, Alika le confesó que estaba harta de que él no se comprometiera. Que ya no podía seguir hablando sin que la escuchara, que era mayor para aquellos juegos de sexo sin ataduras, y que a veces, «gustar» no era suficiente. Le dijo que Josh nunca iba a estar centrado en nada y Bezan sabía a qué se refería. Alika llevaba razón en eso, no podía quitársela.

Durante el verano que estuvo encerrada en el centro de desintoxicación, Josh fue quien la mantuvo a flote y evitó que enloqueciera.

Como mellizos que eran, los dos se conocían muy bien. Cuando su madre y ella llegaron a casa, arrastrando la maleta que la rubia había preparado a toda prisa, encontraron a Josh sentado en las escaleras del porche.

No se veían desde hacía meses, ya que rara era la vez que coincidían de visita en la casa familiar, y Bezan sintió una congoja enorme que viajaba desde su pecho hasta la garganta. No podía creer que él estuviera allí.

—¡Josh! —exclamó Savannah, sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en la universidad?

—He venido para apoyar a Bezie —explicó él, levantándose.

—Es época de exámenes y...

—Tranquila, mamá. De ninguna manera iba a sacar las notas del siglo, y tenía que ver a mi hermanita.

Abrió los brazos y Bezan se refugió en ellos, aliviada. Josh la estrechó contra sí con fuerza, como pocas veces hacía, y Savannah miró al cielo con un gruñido. Nunca había conseguido comprender esa relación tan estrecha que tenían.

Soltó la maleta para dejar claro que no pensaba cargar con ella y resopló.

—Cenamos en cuarenta minutos.

Dicho aquello, se metió en la casa con un portazo.

Bezan se relajó entre los brazos de su hermano. Josh no solía prodigar muestras de cariño así como así, de forma que pensaba aprovechar la que tenía. Sentía, además, que no tenía necesidad de dar explicaciones: él la entendía. Siempre.

No supo el tiempo que estuvo así, y finalmente Josh la liberó. La miró a los ojos, apartando sus lágrimas con un dedo.

—Tranquila —la consoló—. Todo va a ir bien, ya lo verás.

—¿Cómo te has enterado?

—Alika me llamó. Me ha contado lo ocurrido.

Bezan frunció el ceño al escuchar ese nombre.

—Esto es culpa suya —protestó.

—Ven. —Josh la llevó hasta las escaleras, donde se sentaron—. ¿Mamá ha sido muy dura?

—Sí. Bueno, un poco. —Ella suspiró para intentar dejar salir la angustia—. La verdad es que ha estado estupenda con el rector, si obviamos lo de arrastrarme hasta aquí y obligarme a ir a un centro.

—¿Con el rector?

—Lo que oyes, el tío es un capullo y ella lo ha puesto en su sitio. Ya sabes cómo es.

—¿Estilo reina de Inglaterra?

Pese a la tristeza, Bezan no logró evitar que se le escapara una risita.

—Exacto —corroboró—. Muy digna, tanto que al salir casi parecía que ese hombre tuviera que darle las gracias por tenerme allí.

—Todos tenemos algún talento —sonrió Josh, rodeándola con el brazo.

La rubia apoyó la cabeza en su hombro.

—Ahora mismo lo veo todo negro.

—Lo sé, hermanita, y no durará mucho. Te lo prometo.

—Es que no entiendo el porqué de este numerito... me lo estaba pasando bien, nada más. Es algo que todo el mundo hace.

Josh se encogió de hombros.

—Por favor, Bezie, aunque te parezca una tontería, hazlo.

—¿Acaso te da la sensación de que tengo opción? Mamá ya me ha dicho que mañana mismo va a contactar con el centro para que, con suerte, esta misma semana pueda entrar. Te prometo que ha dicho «con suerte».

—Lo hace por ti.

—No, lo hace por ella. ¡Menuda vergüenza una hija imperfecta!

—Solo serán unos meses, puedes hacerlo.

Ella movió la cabeza, apesadumbrada.

—Estoy muy triste —murmuró, y decirlo en voz alta por fin materializó su sentir.

—Antes de que te des cuenta, el tiempo habrá pasado y otra vez tendrás libertad.

—No crees que realmente tenga un problema, ¿no? Imagina que alguien viene a decirte que bebes demasiadas cervezas y que te van a meter en alcohólicos anónimos.

Josh permaneció pensativo unos segundos, y se acarició la barbilla.

—Creo que un período de reflexión nos viene bien a todos, sea cuando sea.

—Vaya, te has vuelto muy políticamente correcto. ¿Qué demonios te han hecho en la universidad?

Él sonrió.

—Nada. En realidad, soy un desastre, como siempre.

—Tú no eres eso. —Fue el turno de la chica de rodearle los hombros—. Estoy convencida de que serás el triunfador de la familia. Lo tienes fácil, desde luego.

Desde luego, no era difícil. Leah había estudiado Decoración, pero sin llegar a trabajar de ello en ningún momento: al acabar la carrera, decidió mudarse con Michael. Se quedó embarazada al momento, de manera que se dedicaba a cuidar de la casa y de la pequeña Chloe, que tenía nueve meses y era adorable. En cuanto a ella, por lo visto era carne de cañón.

—Vas a superar esto, Bezie —dijo Josh—. Estaré a tu lado.

—¿Cómo? No puedo recibir visitas.

—Eso es solo al principio, luego seguro que podrás recibir alguna. Hasta podrías ver a Alika y a Jeff, seguro.

—No quiero ver a ninguno de esos dos. —Bezan se incorporó como un resorte—. Con ellos no necesito enemigos, gracias.

—Vamos, lo han hecho por ti.

—Me da igual. Además, he roto con Jeff, o sea que ya no tiene que venir de visita.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque ninguno era feliz con el otro, él mismo me lo dijo.

—¿No lo habrás malinterpretado...?

—Oye, ¿tú de qué lado estás? —protestó ella, poniendo las manos en la cintura.

—Yo del tuyo, hermanita, siempre. Pero...

—Tengo que guardar esto —lo interrumpió Bezan, dando un golpecito a la maleta.

Josh se levantó con un suspiro para cogerla y seguirla al interior de la casa.

Esa noche, mientras Bezan intentaba dormir en posición fetal, no paraba de dar vueltas a lo ocurrido. La manera en que la situación se le había escapado de las manos. Ni siquiera había podido avisar a Berenice de lo ocurrido, ¿qué pensaría su amiga al ver su cuarto vacío? ¿Qué versión rularía por la universidad para justificar su repentina partida?

Pegó un par de golpes a la almohada para ajustarla, rabiosa. Solo esperaba que los dos traidores tampoco pudieran pegar ojo por los remordimientos: quería que se sintieran culpables. No hacía más que pensar en frases que podía responder si los volvía a ver a su vuelta, y ninguna era agradable.

Se giró, sin dejar de vueltas para encontrar postura hasta que la puerta se abrió. Josh entró, bostezando.

—¿Desvelada?

—¿Cómo lo sabes?

—Somos mellizos. —El joven fue hasta la cama y se acostó a su lado—. Aparte de que no estoy sordo y no haces más que golpear la almohada y hacer rechinar ese viejo colchón. Deja de dar vueltas a la cabeza para que podamos dormir.

Bezan se relajó un poco y finalmente pudo conciliar el sueño.

Dos días después, ingresaba en un centro de rehabilitación de drogas, muy cerca de la plaza Hillcrest. Tenían horario de día, aunque como estaba bastante lejos de casa, su madre había preferido pagar más para que estuviera interna. Se tomaba muy en serio el tema y había leído todos los panfletos que existían al respecto, así que Bezan ni siquiera peleó por hacerla cambiar de opinión.

Nada más llegar, una chica vestida con un uniforme color lavanda la condujo hasta el despacho del doctor Harris, responsable del centro. Este, un hombre de unos cincuenta años con aspecto juvenil le estrechó la mano y le indicó la silla frente a su mesa.

—Es un placer tenerte aquí, Bezan —comentó—. Tu madre ya nos ha explicado todo.

—¿Mi madre? Genial —murmuró ella, sarcástica.

—¿Qué sucede? ¿No estás de acuerdo? ¿No crees que ella pueda saber por lo que estás pasando?

—No estoy pasando por nada. —La chica se cruzó de brazos—. Mi madre exagera. Lo que pasa es que como nunca he salido de fiesta todo le parece mucho. Y no es así.

—Ah. —El doctor Harris abrió una carpeta y paseó sus ojos por ella—. Ya veo.

Bezan movió las piernas, impaciente. Seguía convencida de que no tenía ninguna adicción, de que podía controlarse. Es más: allí estaba, sin drogas desde hacía tres o cuatro días, y no se había

muerto. No gritaba desesperada ni se arrancaba el pelo por una raya.

Estaba malhumorada, sí, y rabiosa. Enfadada. Ojalá pudiera relajarse, salir a bailar, volver a esa sensación de libre felicidad que conseguía con...

Bueno, eso no quería decir que fuera adicta, solo que lo echaba de menos. Algo lógico, por otro lado, ¿no? ¿Quién no extrañaba lo que le hacía sentir bien?

—Deja que te explique qué hacemos aquí —dijo el doctor, recostándose en la silla—. Lo primero, necesitaremos unos análisis de sangre para valorar tu estado de salud física, con vistas a controlar la evolución de tu mejoría.

—Vale.

—Aquí buscamos aliviar el malestar psicológico y físico del paciente causado por el trastorno, al igual que el de su familia.

—¿La familia? —Ella soltó un bufido.

—Sí. Tu madre, tu padre, hermanos, amigos, novio.

—Buena suerte si busca a mi padre.

—Bezan, estamos aquí para concienciarte de tu enfermedad. Y te enseñaremos a afrontarla de diversas maneras: física, psiquiátrica y psicológica.

—¿Psiquiátrica? —Ella se puso derecha en la silla—. ¿Está de broma?

—No, en absoluto. Es nuestro modo de proceder, te evaluaremos a través de entrevistas personalizadas para ver la gravedad de la adicción.

—Le repito que no es adicción. Solo me divertía.

El doctor se pasó la mano por su blanco e inmaculado pelo y la observó por encima de las gafas. Su aspecto amable y bonachón gustaba a Bezan, aquel hombre parecía muy comprensivo y amable. Quizás hasta pudiera razonar con él.

—El proceso comienza con la desintoxicación. Rescataremos los horarios de sueño y alimentación, y habrá un tratamiento del síndrome de abstinencia.

—No tengo.

—¿No te notas irritable, triste, furiosa y un poco melancólica?

Bezan miró hacia las paredes, cualquier cosa por esquivar sus ojos. Nunca había sido buena mintiendo y no iba a empezar allí.

—Después haremos rehabilitación. Habrá que diseñar un tratamiento de deshabituación para aprender a no repetir las conductas que te llevaron a la adicción... junto a esto, haremos un plan para evitar que el consumo se repita.

—Genial.

—Habrá que estabilizar tu estado de ánimo y las alteraciones de comportamiento, todo enfocado a una mejor reinserción social.

Bezan se frotó a frente, ¡aquello era increíble! No era una de esas chicas que daban tumbos por la calle suplicando un pinchazo de heroína. Esas eran las que necesitaban reinsertarse, ella estaba perfecta. Tenía buen aspecto, un trabajo, notas decentes, amigos...

El doctor Harris carraspeó para recuperar su atención.

—El último paso es la inserción, pero hay que trabajar duro para evitar recaídas. Cuando considere que tienes unos hábitos de vida saludables te daré el alta, pero habrá un seguimiento terapéutico para facilitar la convivencia.

—¿Cómo será el tratamiento?

Mejor conocer lo que le venía encima.

—Eso depende de tu diagnóstico, claro. Cada uno venís de situaciones y realidades muy diferentes, así que los tratamientos son personalizados, a través de una exhaustiva revisión y

evaluación de tu historial. Por lo general, la participación de la familia y entorno son cruciales en toda recuperación.

La rubia hizo una mueca al oír aquello. Dudaba horrores que sentarse en una habitación frente a su madre para escuchar lo mucho que la decepcionaba en todo fuera a serle de gran ayuda.

—Bien —dijo el doctor Harris, animado al ver qué hacía preguntas—, en un día normal, tendrías una visita médica del psiquiatra, que será quien determine la medicación. Antes de que protestes, esa medicación es para controlar la ansiedad, depresión, insomnio y el síndrome de abstinencia.

Ella se miró las uñas.

—Luego habrá sesiones de psicoterapia. Una por la mañana, otra por la tarde, y combinamos individuales con grupales.

Bezan tuvo una nítida imagen de todas las películas que había visto donde gente de lo más chalada se reunían en círculo para exponer sus miserias. No, gracias.

—Hay otros recursos como cine, yoga, debates y técnicas de relajación.

—Oh, genial.

—Por último, aunque no menos importante, entrevistas a familiares y amigos. Esto es básico para conocer a fondo la problemática del paciente.

—Vaya, sí que voy a estar ocupada, ¿no? Yo que pensaba que esto serían unas vacaciones.

—Bueno, una vez consideremos que estés lista, te daremos el alta. Aunque tendrás un seguimiento por parte del psicólogo, y tendrás que prestarte a análisis para ver que sigues limpia.

—Oiga, ¿tiene algún panfleto con toda esa información? Ya sabe, para entretenerme antes de dormir.

El doctor Harris alzó la ceja ante su tono burlón, pero le alargó un folleto. Bezan pasó las hojas sin dejar de sonreír.

—Vaya, habitación privada con televisión, baño y vistas al exterior. Internet nada, ¿no?

—No, es porque...

—Tratamientos médicos, dos menús a escoger, enfermería, monitor de gimnasia y hasta de yoga... no está nada mal. Debe costar un dineral.

—Barato no es, desde luego. Su madre quiere lo mejor.

—Por supuesto. Ella es así, sencilla.

—Anda, ven conmigo —contestó el doctor—. Te acompañaré a tu habitación. No dudes en venir a verme si necesitas cualquier cosa.

Bezan fue tras él. De camino a su cuarto, el responsable le fue presentando a toda persona que se cruzó en su camino, aunque la joven no prestó la menor atención. Su cuarto era el número seis de los veinte que había, y estaba bastante bien. La televisión tenía un tamaño modesto y la ventana daba al jardín trasero, dos cosas que le parecían aceptables.

Una vez sola, se tumbó en la cama y volvió a adoptar la postura fetal, deseando desaparecer. Jamás se había sentido más sola en su vida.

A pesar de que años después los meses en el centro estaban un poco borrosos, Bezan recordaba perfectamente la sensación de ahogo constante. Al verse privada de la droga, por primera vez fue consciente de que cuánto la había incorporado a su vida.

Sin saber bien cómo, las cuatro rayas del sábado se convirtieron en medio gramo, luego en uno, y después comenzó a coquetear en su día a día. Si quería despejarse para acudir al menos a la tercera clase, necesitaba una ayudita. También le venía bien para trabajar. Después se acercaba la hora de las cervezas con las chicas, y ahí tampoco sobraba. Todo se hacía mejor con unas filas.

Bezan recordaba lo activo de su día, sí. Y también el temido momento de acostarse, con el

corazón bombeando a cien por hora, angustiada al ver pasar las horas del reloj mientras calculaba lo poco que iba a dormir.

Si ya sabía que eso pasaba, ¿por qué se metía una raya a las once de la noche? No tenía sentido.

—Porque lo has asociado a la vida nocturna —dijo la doctora Mellon, responsable de las sesiones de psicoterapia.

Bezan la observaba, atónita.

—Es decir, no sabes salir de noche sin drogas.

—Eso no es verdad.

—Míralo de esta manera, ¿te apetecería irte de copas con tus amigas sin cocaína?

Ella abrió la boca para responder, muy convencida de que era un «sí», y entonces se dio cuenta de que la sola idea de salir sin cocaína no existía para ella.

¿Qué gracia tenía? Beber no, el alcohol en exceso le sentaba mal y le producía una resaca enorme, algo que no sucedía con la droga, que era estupenda para mantener la borrachera a raya.

¿Bailar? Sin esa sustancia no tenía aplomo.

¿Charlar con gente desconocida? Ni de coña, no era tan sociable.

Podía reírse con Berenice y el resto de las griegas, pero sería un poco raro porque ellas también iban puestas. Y algo le decía que si era la única sobria no resultaría muy divertido para ninguna.

Dios mío, ¿su vida se había acabado! No volvería a divertirse jamás.

—Hay otras formas de pasarlo bien. —La terapeuta pareció adivinar sus pensamientos—. Puedes apoyarte en tus amigos, siempre y cuando no pertenezcan a ese círculo, claro.

—Todas mis amigas son del círculo —murmuró con pesar.

—Permite que lo dude. —Miró su ficha—. Aquí pone que fueron tu novio y tu mejor amiga quienes dieron la alarma. Así que sí, tienes gente que te quiere de verdad, no solo para la fiesta.

Bezan se hundió en el asiento, deseando hacerse invisible.

Las dos primeras semanas le resultaron horribles. De repente, tenía frío, ansiedad, temblores, problemas para dormir, y no comprendía el motivo, ¿si no consumía tanto!

Sentía como si no fuera capaz de controlar su propio cuerpo y este fuera por libre, sin ponerse de acuerdo con su cerebro. La doctora Mellon le pidió que hiciera una lista de los momentos en que se drogaba en un día normal, recordándole que no tenía sentido mentir.

Concentrarse se había vuelto algo complicado las últimas semanas. A pesar de todo, la chica logró hacer el ejercicio. Cuando lo repasó para ver si todo estaba correcto, se horrorizó de lo que vio, tanto que arrugó la hoja y esta terminó en la papelera de su dormitorio.

No podía enseñarle eso a la psicóloga, porque echaría abajo su defensa de que no consumía tanto. Sin embargo, una pequeña vocecilla en su cerebro se asomó para decirle que quizá sí lo hacía, aunque quisiera disfrazarlo.

En su grupo de terapia había varias personas de distintas edades, lo que la sorprendió. Ella pensaba que lo habitual sería gente joven o de su edad, pero allí había de todo: amas de casa que se pulían una botella de ginebra diaria, cincuentones que se jugaban el dinero que no tenían en las casas de apuestas, y adolescentes que llevaban la marihuana impregnada en su piel como si formara parte de ellos.

Todos negaban sus adicciones a pesar de las evidencias, y la tercera semana en el centro, Bezan empezó a sospechar si ella no sería otra impostora.

Al escuchar los testimonios de aquella gente relatados por la doctora Mellon se horrorizaba. Incluso cuando algún familiar hacía acto de presencia y contaba las peores partes de esas vidas,

se replegaba en su silla y pensaba: «Es horrible. Horrible.»

Tras ver ese patrón multiplicado por cada uno de sus compañeros, Bezan comprendió que ella formaba parte del grupo a todos los niveles. Conocía bien cada frase que pronunciaban cuando intentaban no admitir sus pecados.

«No bebo tanto, ¿es que una mujer ocupada no puede tomarse una copa?»

«No, si solo voy los sábados por la noche, un rato.»

«Mi madre es una exagerada, fumo lo normal.»

De repente, sin previo aviso, el velo cayó. Y Bezan pudo contemplar su propia película del curso escolar sin el filtro que le había colocado.

Vio que había faltado a tantas clases que solo un punto la separaba de suspender. Que lo que ella pensaba que eran ratos con Alike, en su mayoría resultaban ser mensajes escuetos con una excusa tras otra para no quedar. Que las mañanas, tardes y noches lejos de Jeff eran una constante, al igual que las llamadas sin contestar. Hasta recordaba ciertos mensajes donde él le decía que no sabía qué hacer respecto a un problema, mensajes que no se había molestado en responder. Las respuestas irascibles cuando le preguntaba si tenía tiempo para quedar, si quería ir el fin de semana a casa, si necesitaba cualquier cosa.

Hasta esa ocasión en que, con un gran esfuerzo, había decidido quedarse a dormir con él y acabó por levantarse en mitad de la noche para escabullirse al recibir un mensaje de Berenice que la instaba a reunirse con ella.

Una ristra de emociones la recorrió de la cabeza a los pies al recordar, uno tras otro, momentos de los que se arrepentía.

Las faltas a clase, llegar tarde al trabajo día tras día. La nevera vacía y una dieta que consistía en drogas, café y un sándwich de vez en cuando porque nunca tenía hambre. Entrar en el cuarto de Alike y cogerle la ropa, además del dinero, y eso que sabía que su amiga iba justa.

También le cogía dinero a Jeff, siempre que podía, y después simulaba no saber nada.

Las ojeras, la falta de sueño, la irascibilidad, el mal humor cuando estaba sobria, el pánico cuando se excedía y sentía que su corazón iba a explotar. La palidez de su cara, la delgadez que cada vez era más evidente.

Seis meses que le habían pasado factura a muchos niveles.

Esa noche, lloró tanto que creyó que se deshidrataría. Consciente al fin de cómo había estropeado las cosas, no encontraba consuelo en nada, ni siquiera en las palabras de ánimo de la doctora Mellon.

Según ella, el primer paso estaba dado y a partir de ahí, todo sería más fácil. No lo fue, porque mientras se escudaba en su versión azucarada de la historia, estaba protegida. Al ver la realidad, no le quedaba más remedio que aceptarla y eso era muy difícil.

Lo único bueno de aquello fue que le permitieron recibir visitas. Josh acudía siempre que podía para arroparla, algo decisivo para que no perdiera la cabeza.

No sabía si era por haber abierto los ojos, por la medicación o por qué, pero viajaba de un extremo a otro en cuanto a estado de ánimo, y esa sensación de inestabilidad la odiaba con toda su alma. Podía pasar de estar tranquila con el mando de la televisión entre las manos a tener ganas de estrellarlo contra la pared.

No disfrutaba al ver una película porque echaba de menos prepararse un par de rayas mientras tanto. Tampoco le apetecía maquillarse, ya que entre las griegas era una especie de ritual hacerlo con una copa y un poco de coca en el cuerpo.

Por no hablar de la simple idea de salir de noche o a bailar, eso quedaba del todo descartado. Y seguía pensando que no volvería a pasárselo bien nunca porque todo lo tenía asociado a la

droga, y sin ella se le hacía cuesta arriba.

Con las visitas llegó Josh, pero también su madre. A lo grande, como invitada a una terapia grupal. Aquellas personas que había visto desfilar ante sus ojos mientras contaban intimidades sobre los demás tenían, en ese momento, la cara de Savannah Dulay.

Bezan se pasó una hora con las mandíbulas apretadas. Cuando la doctora Mellon animó a su madre a hablar sobre cómo las drogas habían afectado a la familia, Savannah no tuvo el menor inconveniente en hablar sobre ella y su forma de ser.

Escuchar sus defectos uno tras otro durante tanto rato la afectó mucho. Otra noche en la que se quedó dormida sin dejar de llorar, y eso que la propia doctora Mellon cortó a su madre en diversas ocasiones por considerar que algunos comentarios no guardaban relación con el problema.

Llevaba un mes y medio ingresada, con unos progresos leves, cuando Alika se presentó en una de las terapias grupales.

Pese al enfado de Bezan, su primer impulso fue correr a abrazar a su amiga, mas no lo hizo. Se limitó a permanecer sentada en la silla, retorciendo las manos. Estaba segura de que nada de lo que iba a escuchar sería de su agrado.

No se equivocaba. La doctora Mellon hizo preguntas muy precisas y Bezan lo escuchó todo como quien tiene fiebre y solo acierta a oír retazos lejanos y confusos.

«Nunca quería quedar, siempre estaba cansada o dormida, excepto cuando salía, claro.»

«Pasé por un mal trago con el chico con el que salía y la llamé porque necesitaba ayuda, pero me dijo que tenía lío y que otro día.»

«Me desaparecía dinero constantemente, y tuve que pedir dos créditos para poder pagar la residencia.»

«Me preocupaba verla cada vez más delgada y con esa mala cara. Empecé a preguntar por ahí y después de investigar un poco, conseguí información sobre las chicas con las que salía... me dijeron hasta quién era el camello.»

Bezan se tragó cada palabra y el esfuerzo por contener las lágrimas. Y eso solo en el caso de Alika, no quería ni pensar si aparecía Jeff... en fin, pagaría por no escuchar lo que tuviera que decir. Por otro lado, verlo sería un bálsamo para ella.

Seguro que no tenía interés, ya que antes de irse lo había tratado fatal, aun así, lo echaba tanto de menos que le daba igual.

La doctora Mellon la animó a compartir sus sentimientos al respecto de las declaraciones de Alika; sin embargo, Bezan no consiguió articular palabra. Veía las caras a su alrededor, todas con aquella expresión de simpatía comprensiva que ella también había esbozado como espectadora.

Solo que no era lo mismo escuchar que ser la protagonista del *show*.

Cuando el grupo se disolvió, la propia Alika fue a su encuentro y le propuso salir a los jardines antes de que regresara a casa. Bezan aceptó, a pesar de que estaban en mitad del verano y el calor era sofocante: siempre se sentía mejor en la calle, respirando ese aire de libertad.

—Siento haber sido tan dura —fue lo primero que dijo Alika—. Me dijeron que debía hablar sin filtro para que comprendieras el alcance de tus acciones y cómo habían afectado a las personas que te quieren.

Bezan asintió. ¿Encima se disculpaba?

—Lo sé, has hecho bien, es que es... muy duro escucharlo —murmuró, notando la fragilidad en su voz.

Esa era otra cosa que le sucedía: sentía que podía echarse a llorar todo el tiempo. Incluso algo tan tonto y banal como no encontrar una naranja en el menú la ponía sensible.

—Y tú lo has aguantado como una campeona —respondió Alika—. No has mentido ni has intentado justificarte.

Le frotó el brazo con una sonrisa y Bezan la miró.

—Siento mucho no haber estado cuando me necesitabas.

Las palabras salieron con dificultad, tanto que parecían atascarse en su garganta.

—No te preocupes, eso ya pasó —se apresuró a decir Alika—. Tú solo... en fin, prométeme que vas a recuperarte y que volverás a ser la de siempre.

—Estoy en ello, Alika. Estoy en ello.

—Apóyate en Josh, que viene a verte a menudo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah... hablamos alguna vez y eso, para saber qué tal tu evolución.

Bezan se conformó con esa respuesta y se frotó las manos, nerviosa.

—¿Sabes si va a venir Jeff? Me da un miedo horrible, si tengo que ser sincera. Aunque por otro lado me gustaría hablar con él.

—No creo, está fuera.

—¿Fuera?

—Sí, todo el verano. Supongo que se habrá ido de vacaciones o algo, con lo difícil que ha sido este curso necesitará una desconexión. Hace mucho que no hablamos, la verdad.

Miró a Bezan, cuya expresión era difícil de interpretar.

—¿Es que no sabes nada de él? —La vio negar—. No lo entiendo. No es propio de Jeff.

—Le pedí que no me llamara.

—Oh, Bezan... Jeff está loco por ti, ¿por qué siempre le haces estas putadas?

—Sí, debe estar preocupadísimo, es verdad. En una tumbona y con un daiquiri en la mano, pero preocupado.

Alika suspiró ante su tono.

Se despidieron de forma agrídulce. Bezan sabía que aún había temas pendientes entre ellas, aunque estaba convencida de que los arreglarían. Cuando acabara el tratamiento y se encontrara estable, tomaría medidas para que su amiga volviera a confiar en ella.

Lo de Jeff, al parecer, no sería posible. Hasta la revelación de Alika, había pensado en él como si todavía fuera su novio y estuvieran en una pausa. El hecho de saber que estaba de vacaciones, seguramente pasando página, fue un doloroso mazazo para ella.

Romper con Jeff había sido una idiotez, un arrebato infantil provocado por el enfado, no algo que quisiera de verdad. Y fue consciente desde el primer día, sobre todo durante las noches, cuando se recostaba en la cama y su cerebro comenzaba a dar vueltas.

A la luz del sol podía engañarse de todas las maneras que quisiera... en el silencio de la noche, no podía negar la verdad: que le echaba tanto de menos que le costaba respirar cada vez que imaginaba su vida sin él.

Siempre había pensado que en esa relación ella tenía el poder. Ahora le quedaba claro que eso no era así, que lo necesitaba a su lado. Ese lado del que lo había expulsado.

Volvió a llorar hasta que se durmió de puro agotamiento.

Dos meses después, antes de lo previsto, el doctor Harris le dio el alta tras ver sus progresos. Bezan había recuperado la cordura, aunque de manera dolorosa. Le dio las gracias al médico y un abrazo de despedida a la doctora Mellon, a quien agradeció sus sesiones porque la habían enseñado a encajar la realidad. También a hacerle frente.

En cuanto al físico, estaba más que recuperada. Psicológicamente seguiría frágil durante una temporada, porque una no se libraba de la dependencia con facilidad, pero se sentía lo bastante

fuerte como para regresar al mundo.

Aún quedaba un mes y medio de verano, y casi dos hasta que pudiera regresar a la universidad. Un montón de tiempo en el que tendría que vivir otra vez con su madre, bajo sus reglas. Y sin saber nada de Jeff.

Se suponía que su salida de desintoxicación iba a ser el momento más dulce de la temporada, pero terminó siendo el más amargo.

Capítulo 13

Marie entró en la sala de profesores y estuvo a punto de darse la vuelta al ver que Jeff estaba dentro. Desde su intento de quedar, durante el que había aparecido su exmujer o mujer (no lo tenía claro, todo dependía de quién le contara la historia), no habían vuelto a coincidir solos. Se veían en reuniones del claustro, unas cuantas veces en los pasillos y en aquella sala, aunque con otros profesores por el medio. Le gustaría saber qué pasaba entre ellos, por supuesto, pero también le daba apuro preguntar porque no quería parecer desesperada. Sobre todo, si la rubia había vuelto para quedarse, como algunos parecían creer porque le habían contado que volvía a trabajar en el hospital, al igual que antes de irse.

No había ido cotilleando ni preguntando a nadie, aunque todos en el colegio parecían conocer a la pareja y no había tardado en escuchar rumores y partes de la historia. Tenía claro que estaban casados y que llevaban juntos desde el instituto; después, tres años atrás, ella se había marchado... y ahí era donde nadie sabía explicar qué había pasado. Por la cara de Jeff al verla aquel día en el aparcamiento, Marie estaba convencida de que no la esperaba: su sorpresa era genuina.

—¿Vas a entrar? —preguntó Jeff.

Marie se dio cuenta de que se había quedado en la puerta parada como una idiota, así que carraspeó y dio un paso hacia el interior.

—Sí, estaba pensando que... se me había olvidado algo, creo.

Volvió a aclararse la garganta y dejó los libros que llevaba en un extremo de la mesa. Se acercó a la máquina de café para servirse una taza.

—¿Mucho para corregir? —intervino Jeff.

—Sí, tengo lío hoy —contestó, yendo a sentarse junto a sus papeles—. He hecho un control sorpresa en segundo.

—Vaya, así que luego me los encontraré contentos.

Sonrió y Marie lo imitó, animándose. Bueno, al menos no parecía estar de mal humor. Sí que le notaba algo extraño en el tono, quizá más apagado de lo que solía estar.

—¿Qué tal todo? —inquirió, intentando adoptar un todo ligero.

Jeff elevó una ceja, mirándola. No habían hablado a solas desde el día que Bezan los interrumpiera en el aparcamiento. Si era sincero consigo mismo, prefería esquivarla porque aquel día había estado a punto de dar un paso... y recordaba perfectamente haberla ignorado desde el segundo que Bezan apareciera. Ni una explicación, ni un comentario, nada: solo silencio. Así que imaginaba que estaría algo molesta, o como mínimo, con curiosidad por lo que pasaba entre ellos. Seguro, además, que había escuchado rumores por el instituto.

El problema era que no sabía qué decir. Si hubiera hablado con ella al día siguiente de que Bezan regresara, probablemente le habría dicho que estaban a punto de divorciarse.

Sin embargo, todo eso había sido antes de...

Tragó saliva. ¿Antes de qué? Porque tampoco tenía explicación a lo ocurrido entre ellos. Menudo lío tenía encima.

—Bien —respondió—. Bueno, imagino que ya sabes que... en fin, que mi ex ha vuelto.

Genial, su ex, pensó ella. Eso era buena señal, puesto que pensaba en la chica en pasado.

—Sí, algo he oído.

—Siento lo del aparcamiento... es que me pilló desprevenido.

—No pasa nada. —Cambió sus papeles de sitio un par de veces, aparentando estar ocupada y no demasiado interesada en la conversación—. Y... ¿qué tal todo? —repitió.

—Complicado —contestó.

Marie dudó unos segundos; de nuevo, no quería parecer entrometida, y tampoco quedarse con la duda: si no tenía ninguna oportunidad, mejor saberlo cuanto antes, ¿no?

—Ya... —comentó—. ¿Quiere volver contigo?

Jeff ladeó la cabeza, sin saber qué contestar, y ella enrojeció al momento.

—Perdona, no quiero ser una cotilla —se apresuró a decir.

—No pasa nada, es que es... eso, complicado.

—¿Es vuestra primera crisis?

Jeff negó con la cabeza. Obviamente, no era tonto y se daba cuenta de lo que Marie pretendía, igual que aquel día: saber cómo estaba la situación para ver si tenía alguna oportunidad.

—No realmente.

—Bueno... todas las parejas tienen problemas, ¿no? A veces las crisis son las que ayudan a afianzar una relación, cuando se superan.

¿Qué estaba haciendo? ¿Animándolo a volver con ella? Le daban ganas de darse una colleja a sí misma.

A Jeff le sonaba aquella frase. Sobre todo, porque ya habían pasado una gran crisis que fue superada. No lo creyó en su momento, claro. Cuando Bezan había roto con él antes de irse a desintoxicación, pensó que era el fin.

Fue el peor verano de su vida, de eso no había duda. Su cabeza le dio tantas vueltas a lo ocurrido que pensó que llegaría a volverse loco.

No se arrepentía de haber hablado con Alika ni de la «encerrona» entre los dos, aunque muchas veces se preguntaba si no habrían podido hacerlo mejor. Quizá abordar el tema de otra forma, hablar con Josh o Leah en lugar de con su madre... Sabía que no tenía sentido pensar en el «y si», lo hecho, hecho estaba y no tenía vuelta atrás. Eso sí, no había esperado que todo terminara entre ellos por eso.

Al regresar de su seminario, pensó en llamarla, pero desconocía cuándo terminaba su estancia y sabía que no tenía contacto exterior, así que decidió esperar a que empezara el curso, porque estaba seguro de que volvería a la universidad. No tanto de que ella quisiera hablar con él, eso sí.

Sin embargo, unas semanas antes, le llegó una invitación de boda a su buzón: Leah se casaba justo antes del primer trimestre. Siempre se había llevado bien con toda la familia de Bezan, así que le envió una confirmación. Además, seguro que Bezan iba... y así no forzaría un encuentro «casual» en la universidad, verse en la boda sería algo natural y vería cómo estaban las cosas. Ya suponía que mal, claro... si al menos lo saludaba, ya era algo.

La boda se celebraba en la mansión Riverwood. Aunque las indicaciones para llegar estaban claras en la invitación, Jeff se cambió de ropa varias veces antes de salir de casa y, al final, llegó justo cuando los invitados estaban sentados en el jardín para la boda. Apenas si prestó atención a la decoración o al resto de gente. Buscaba a Bezan, sin verla por ninguna parte.

Entonces, la orquesta de cuerda que estaba sentada en un lateral comenzó a tocar la marcha nupcial. Todo el mundo se giró hacia atrás; él, por inercia, hizo lo mismo, y tuvo que tragar saliva.

Allí estaba la chica. Llevaba un vestido de satén rosa con un enorme lazo a la espalda que, se dio cuenta entonces, iba a juego con los que adornaban las sillas. No era lo más favorecedor del

mundo, y le dio igual: no sabía si era porque hacía meses que no la veía o qué, pero la encontró preciosa.

Porras. Seguía enamorado de ella.

La rubia no lo vio, porque iba concentrada en caminar por aquel pasillo de hierba con unos zapatos demasiado altos, un vestido que apenas le dejaba mover las piernas y un ramo de rosas al que no habían quitado las espinas en los tallos. En resumen: un cúmulo de circunstancias que solo ayudaban a que todavía deseara salir corriendo de allí aún más.

Consiguió llegar hasta el arco de flores sin incidentes y ocupó su lugar sobre la marca en el suelo. Michael estaba justo frente a ella; parecía nervioso y le sonrió, aunque no entendía a qué venía estar así. Llevaban viviendo juntos varios años y tenían una hija, aquello no era más que un trámite, ¿no?

La hija en cuestión apenas tenía un año y no andaba muy bien todavía, pero su madre y su hermana habían decidido que estaría monísima en un vestido que le hacía parecer un cupcake andante y le habían dado un cesto con pétalos de rosa que debía ir tirando por el camino, justo delante de Leah.

Pues bien, después de que la última de las damas de honor se colocara junto a Bezan, Chloe apareció en el extremo con cara de susto y el cesto bajo el brazo. Dio un par de pasos y lanzó un puñado de pétalos, lo que le debió parecer divertido, porque se sentó y se puso el cesto de sombrero, derramando todo su contenido sobre ella.

Bezan se echó a reír, aunque se calló cuando el cura, que esperaba bajo el arco, le chistó.

Joder, ni que estuvieran en una iglesia y hubiera que estar en silencio absoluto... se obligó a cerrar la boca y vio que su madre acudía al rescate. Cogió a la niña, metió los pétalos que pudo en el cesto y se la llevó a través del pasillo, echándolos por el camino hasta llegar a su asiento y ocuparlo con gesto serio. Miró a Bezan, que se examinó el vestido por si se había manchado, aunque todo estaba en orden. Imaginaba que su madre no se fiaba de ella, pero por muy enfadada o incómoda que estuviera, no iba a estropearle la boda a su hermana.

La vuelta a casa había sido de todo menos agradable. La estancia en el centro había sido definitiva, salió con muchos y muy buenos propósitos, a pesar de todo le estaba costando mantener su buena disposición desde el momento en que su madre la fuera a buscar.

Tras firmar el alta y recoger la información sobre los pasos a seguir y a qué centros podía acudir a reuniones, salió por fin al exterior. Se había quedado parada en la entrada, respirando el aire como si fuera distinto al de los jardines del centro, cuando solo estaban a unos metros de distancia. Al estar fuera, en libertad, daba la sensación de que era más puro, más ligero... hasta los rayos del sol eran más agradables. Dentro, muchos días la habían agobiado de calor.

Sin embargo, no pudo disfrutar del momento porque, a los pocos segundos, la bocina de un coche la sobresaltó. Miró al otro lado de la calle y vio a su madre haciéndole gestos desde el coche.

—¡Venga, sube! —le instó Savannah—. ¡No tengo todo el día!

Bezan suspiró y cruzó la calle. Uno de los requisitos para salir fue confirmar que iba a vivir en un entorno seguro y controlado, y aquello significaba ir primero a casa de su madre y, si no pasaba nada, a la residencia católica de la universidad después.

No tenía claro cuál de las dos opciones sería peor.

«Pensamientos positivos», se dijo mientras avanzaba al coche.

Dejó su maleta en la parte de atrás y se sentó junto a su madre forzando una sonrisa.

—Hola, mamá.

Savannah frunció el ceño y la miró de arriba abajo.

—No sé por qué estás tan contenta —resopló—. Esto no ha acabado, señorita, y si piensas que por salir vas a tener la libertad de antes para hacer todas esas tonterías, lo llevas claro.

—Mamá...

—No me repliques.

Bezan se puso el cinturón al ver que giraba hacia la calle y decidió mantenerse callada. Le iba a costar, aunque se animó a sí misma pensando que no sería tan duro como los primeros días en la clínica.

No se dirigieron la palabra en todo el trayecto y, cuando llegaron a la casa, Bezan notó una opresión el pecho. Cuando había salido de allí para ir a la universidad, no creyó que volvería a aquella casa tan pronto, a convivir con su madre, a dormir en su habitación...

—No pongas esa cara —dijo Savannah, parando el motor—. La casa es la misma de siempre.

Solo que ya no estaba Josh para actuar de pantalla entre ellas: estarían las dos nada más. Iba a ser duro, seguro.

Se bajó del coche, cogió sus cosas y siguió a su madre al interior de la casa.

—He hecho algunos cambios —observó Savannah, señalando el salón—. El mueble bar tiene llave.

Bezan puso los ojos en blanco.

—Mamá...

—No hay alcohol en ninguna parte de la casa nada más que ahí, ni lo habrá. Si te veo llegar con una botella o encuentro alguna en tu habitación, vuelves a ingresar.

—No voy a beber, mamá.

—Y lo mismo para las drogas. Cualquiera, ¿entiendes? No quiero ver ni siquiera un paquete de tabaco.

—Si nunca he fumado...

Savannah empezó a subir las escaleras y Bezan la siguió hasta su habitación, suspirando. Esta estaba ordenada y limpia, como era de esperar, y al dejar las cosas vio una hoja sobre la mesa y la cogió.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Normas.

—Estás de broma.

—¿Tengo cara de risa, Bezan? —Ella negó—. Pues va muy en serio. Nada de alcohol ni drogas, como te he dicho. Me avisarás si vas a ir a alguna parte, aunque sea al supermercado. Toque de queda a las nueve de la noche.

—¿Qué tengo, doce años?

—No bromeo, listilla.

—Perdona.

—Estudiarás todos los días, quiero verte hincando los codos y más te vale aprobar todo lo que tienes pendiente.

—Haré lo que pueda.

—Harás más que eso, Bezan, aunque no salgas de esta habitación en todo el día. ¿Entendido?

—Sí, mamá.

—Y ayudarás en la casa y con la boda de tu hermana.

—¿Boda? —Miró la lista y sí, allí estaba—. Entonces, ¿se van a casar por fin?

—Tu hermana y Michael llevan años ahorrando para la boda y se van a casar en unas semanas, así que tienes que ayudar con la organización y, por supuesto, acudir como dama de honor. No hablarás en la boda delante de la gente, solo tienes que estar ahí para tu hermana y colaborar para

que sea un día perfecto.

—Entendido.

Tampoco le ilusionaba especialmente decir unas palabras, pero si no tenía que preparar un discurso, mejor que mejor. Se alegraba por Leah y Michael, siempre había pensado que eran la pareja ideal y sabía que, si no se habían casado antes, era solo porque querían la boda perfecta y eso costaba caro.

—Te dejo, que tengo que ir a trabajar —comentó Savannah, señalando la hoja—. Tienes ahí también apuntada la cita con la modista para el traje de dama de honor y el día que hay que ir a probar las tartas con Leah.

—Mira, eso sí estará bien.

Intentó bromear, aunque su madre no estaba por la labor, porque se limitó a fruncirle el ceño antes de irse.

Por fin sola, Bezan se sentó en la cama y releyó la lista de normas, preguntándose si estaba de vuelta en casa o la habían enviado a Alcatraz.

En la otra cara tenía las citas relativas a la boda de Leah y dónde se iba a celebrar, lo cual la hizo sonreír. No tenía muchas conversaciones personales con su hermana, pero la había oído repasar los mejores sitios para bodas de Nashville unas mil veces. Y la mansión Riverwood, de finales del siglo XVIII, era una de las primeras en las listas. Recordaba alguna foto que le había enseñado su hermana de los jardines y la casa, así que estaba segura de que sería de lo más romántica. U hortera, según se mirara, aunque se iba a guardar muy mucho de dar su opinión. Lo que Leah hubiera organizado, bien estaría.

O así pensaba hasta que fue a probarse aquel vestido de tortura con el que parecía un lazo de chicle rosa y que apenas le permitía moverse. Repetirse que las demás damas de honor iban igual y que a la mayoría les sentaba peor que a ella no era consuelo. El peinado tampoco ayudaba: llevaba tantas horquillas que se sentía como un muñeco de vudú.

Por lo menos solo tenía que estar sonriente y mona, no necesitaba hablar con nadie (o más bien, su madre le había ordenado que mantuviera las conversaciones al mínimo para que nadie preguntara sobre su verano), así que cuando ya estuvieron todas las fotos hechas, cogió una copa con zumo de naranja y se alejó del montón de gente que se arremolinaba en el bufé en busca de algún camarero que llevara algo de picar y no estuviera avasallado por los invitados. Que parecía que la gente no había comido nunca, por la forma en que se lanzaban sobre ellos y sobre las mesas de comida.

Encontró un canapé y se apoyó en una mesa para descansar un poco, porque había intentado sentarse sin éxito: si no conseguía bajarse la cremallera aquella noche, se lo quitaría a tijeretazos, eso seguro. Mientras masticaba aquel relleno indeterminado, paseó la vista por la boda y vio a Aliká entre la gente. Levantó la mano para llamar su atención, después la bajó al ver que no estaba sola y tiraba de alguien para abrirse paso... y ese alguien resultó ser Josh.

Ambos reían y, ante la mirada asombrada de Bezan, se escabulleron hasta detrás de un árbol cercano, sin darse cuenta de su presencia. Se movió de su posición para poder verlos, por si estaba dejando que su imaginación se desbocara, y no: ahí estaban, besándose.

Vaya, vaya. Eso sí que no se lo esperaba.

Retrocedió para no molestarles, pero con aquel vestido tan cómodo no pudo hacerlo con rapidez: tropezó con una rama, tiró una silla al sujetarse para no caer y, cuando recuperó la compostura, ambos estaban allí.

Josh alargó un brazo para sujetarla y ayudarla a recuperar el equilibrio.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, tranquilo. —Le sonrió—. Aunque creo que no tanto como vosotros.

Ellos se miraron, enrojeciendo ligeramente. Josh se encogió de hombros y rodeó a Alika con los brazos, atrayéndola hacia sí.

—¿Y cuándo ha pasado esto? —quiso saber.

—Te lo iba a contar —dijo su amiga, con una risita—. Este verano... bueno, ha sido entretenido.

—Ya veo, ya.

—No queríamos que te distrajeras de lo tuyo —explicó Josh—. Y tampoco sabíamos si iba a ser algo más que una cosa pasajera.

Le faltó añadir «como cuando nos liamos de críos», que era lo que los tres pensaban en aquel momento. La noche que todo empezara entre Jeff y ella, también había supuesto un inicio para ellos dos. Solo que Alika y Josh no tardaron más que unas semanas en romper, después se enrollaron en la fiesta de final de curso... y ahí estaban otra vez, a los veinte.

En fin, ella no podía dar consejos a nadie en lo que relaciones se refería, así que sonrió.

—Me alegro por vosotros.

A duras penas consiguió moverse para abrazar a Alika, que la estrechó con fuerza.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

—Sí, tranquila.

Alika se separó y la miró.

—¿Has visto a...? — empezó.

Justo entonces comenzó a sonar una canción y Josh la cogió de la mano para hacerla girar.

— Venga, vamos a bailar — dijo — . ¿Vienes con nosotros?

— No, prefiero quedarme aquí que estoy en lugar seguro.

Ni loca se metería entre toda aquella gente y menos sin poder moverse con libertad. Observó cómo se alejaban con una sonrisa; quién sabía, quizá ahora que eran más mayores les iba bien.

Vio cómo su hermana revoloteaba de invitado a invitado, deslumbrante y perfecta en su vestido blanco de baile, con unas enaguas que le daban tanto volumen que la gente no podía acercarse a un metro de ella. Michael sonreía sin cesar, con Chloe en brazos o de la mano de Leah. Hacían muy buena pareja y parecían tan felices, que sintió un nudo en la garganta, preguntándose por qué ella no podía sentirse así. No tenía celos de la boda en sí, o del hecho de casarse, no era algo que le quitara el sueño.

Lo que le impedía dormir bien era Jeff. Cómo lo había tratado, lo fría que había sido al romper con él... como si no le importara en absoluto, cuando no era así. Cuatro meses después le seguía queriendo y estaba segura de que eso no cambiaría jamás, no importaba lo que pasara en el futuro. Era una de sus tareas pendientes: pedirle disculpas, intentar enmendar el daño infligido. Lo tenía en su lista, aunque lo había ido posponiendo porque no sabía cómo enfrentarse a esa situación. Ni siquiera estaba segura de que le fuera a coger el teléfono, algo que, por otro lado, podía entender después de su comportamiento.

Cogió otro vaso de zumo de un camarero y suspiró, pensativa.

Quizá se encontrara a Jeff en la universidad, aunque ni sus residencias ni sus facultades estaban cerca. La ley de Murphy era así: bastaba que no quisiera algo para darse con ello de frente, porque...

Un segundo. Cerró los ojos y los abrió de nuevo, por si su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Aquel invitado se parecía mucho a Jeff, ¿no? ¿Sería porque justo estaba pensando en él?

No, joder, no, ¡Era él! Se acercaba con las manos en los bolsillos del traje y gesto dubitativo,

seguro que el mismo que tenía ella.

Se tomó el zumo de un trago, como si aquello fuera a darle ánimos de alguna forma. No sabía que Leah lo había invitado, ni siquiera habían tenido una conversación al respecto, ¿por qué nadie le había dicho que iba a estar allí?

Claro, a él se refería Alike antes, cuando se había quedado a medias en su pregunta. Tuvo el impulso inmediato de huir, pero el vestido la retuvo en el sitio. Sería ridículo intentarlo cuando solo podía dar pasitos cortos, Jeff la alcanzaría en un minuto y la imagen que daría sería aún peor.

Así que se quedó quieta, mirándolo. Lo notaba algo más delgado, pero por lo demás, igual de guapo y achuchable que siempre.

Mierda. La desintoxicación le había hecho ver las cosas con más claridad, sí, aunque tenerlo delante solo confirmaba lo que ya sabía: seguía enamorada. Solo esperaba que no la odiara, podía vivir con eso, ¿no? Aunque se convirtieran en simples conocidos que se cruzaban por los pasillos, si al menos la saludaba...

—Hola —dijo él, quedándose de pie a un par de metros de distancia.

—Hola. —Bezan carraspeó y tragó saliva—. No... no sabía que vendrías.

—Me llegó la invitación a casa.

—Ah.

Se quedaron en silencio unos segundos.

— Tu hermana ha tirado la casa por la ventana — comentó él, al cabo de unos segundos.

— Sí, llevaban tiempo ahorrando para esto. Querían una boda de ensueño.

— Se nota, sí. El papel de las invitaciones era de los caros.

« Menuda conversación » , pensó Bezan.

Parecían dos desconocidos que habían coincidido en una boda si haber hablado antes y solo comentaban tonterías. Como saliera a colación el tiempo, sería el colmo.

—No esperaba verte aquí —dijo.

—Bueno, yo mentiría si te dijera lo mismo.

¿Eso quería decir que quería verla? Bezan esperaba que comenzaran los reproches, la discusión, ¡algo! Aunque Jeff no era así, no lo veía capaz de aceptar ir a la boda de su hermana solo para montar un follón.

—No sabía si me cogerías el teléfono si te llamaba —siguió él.

—Eso mismo iba a decirte yo... —Se mordió el labio—. Sé que ahora puede sonarte falso, pero iba a llamarte. —Él levantó una ceja—. El verano ha sido... —Movi6 la cabeza—. Muy duro.

—Me lo imagino. El mío tampoco ha sido una fiesta.

— ¿No te has ido de vacaciones?

— No, he estado estudiando y en un seminario. Necesitaba tener la mente ocupada.

Vaya, y ella imaginándoselo en una playa con un daiquiri en la mano. Lo miró a los ojos y suspiró al ver el dolor en ellos, o quizá era el suyo propio reflejado.

— Lo siento — murmuró.

El sacó las manos de los bolsillos y se cruzó de brazos, cambiando el peso de un pie a otro. Todo su cuerpo le instaba a acercarse más, a abrazarla y besarla como si el mundo se acabara y no quisiera dejarla marchar nunca, solo que no podía. No sin saber cómo estaban las cosas, qué sentía o si el tema de las drogas quedaba atrás. Que le hubieran dado el alta era buena señal, claro, aunque no algo definitivo.

La quería, con toda su alma, y sin embargo ese año había descubierto que eso no era suficiente. Aunque sus palabras habían dolido, admitía que existía parte de verdad en ellas: eran distintos, se

tomaban la vida y las cosas de forma diferente. No sabía si todo aquello era un obstáculo insalvable.

O si ella había dejado de quererle en algún momento aquel año y entonces no tenía solución.

— ¿Qué sientes exactamente? — preguntó.

Bezan cogió aire. Vaya, no iba a ponérselo fácil, quería una disculpa completa. O eso, o había tantas cosas que estaba tan perdido como ella.

—Cómo me he comportado este año —contestó—. No quiero entrar en detalles, ya sabes a lo que me refiero. Sobre todo, haberte mentido. No te lo merecías.

—Yo siento haber llamado a tu madre, Alika y yo no sabíamos qué hacer. Sé que yo también he descuidado nuestra relación, Bezan. La universidad me ha absorbido tanto que... —Movi6 la cabeza—. Tenía que haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando.

— No sé si hubiera servido de algo, estaba muy metida en mi mundo, Jeff.

— ¿Y quieres volver? A ese mundo, digo.

Ella negó con la cabeza.

— No, aunque odiaré la residencia nueva con toda mi alma, no quiero volver a eso.

— ¿Y conmigo? — susurró.

Lo dijo tan bajo que a Bezan le costó escucharlo y pensó que se lo habría imaginado. Sujetándose con una mano a la mesa, se separó un par de milímetros y, tras asegurarse que no iba a caer, avanzó un poco hacia él.

— ¿Puedes repetirlo? — preguntó.

— ¿Volverás conmigo? — Estiró la mano para coger una de las suyas y apretársela — . ¿Aún me quieres?

Bezan sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Después de todo lo ocurrido, ¿aún quería volver con ella?

Afirmó con la cabeza, ya que tenía un nudo en la garganta que apenas la dejaba hablar.

— No quería hacerte daño — murmuró — . Lo que te dije cuando rompí contigo...

— Lo sé. — Se acercó más y apoyó el índice en sus labios — . Sé que no va a ser fácil, Bezan, siempre habrá momentos en que no estemos en el mismo lugar o que tengamos distintas necesidades. Imagino que a todas las parejas les pasa, no lo sé, pero sí sé que te quiero y estoy dispuesto a intentarlo. —C ogió aire — . Siempre y cuando tú sientas lo mismo. Si no, me iré ahora mismo y seguiremos caminos diferentes, no te perseguiré por mucho que mis sentimientos por ti no hayan cambiado.

Bezan le rodeó el cuello con los brazos y lo estrechó contra sí con fuerza, como si de esa forma pudiera sellar que todo lo que había escuchado era real. Jeff le rodeó la cintura con los brazos para acercarla también a su cuerpo, aunque el lazo de la espalda le dificultaba el acceso por detrás. Movi6 las manos arriba y abajo buscando un hueco para sujetarla, ¿quién demonios diseñaba esas cosas?

— ¿Eso es un sí? — preguntó, por si acaso.

— Sí.

Bezan lo miró y él desistió de su intento de coger su cintura con las manos, llevándolas a su rostro para acariciar sus mejillas y besarla con todo el amor que llevaba retenido durante meses. Ella solo podía pensar en que tenían mucho que hablar y solucionar, acuerdos a los que llegar... pero estar en sus brazos era como regresar a casa, era el único lugar que la hacía sentir segura y feliz. Solo quería quedarse allí para siempre.

Sin embargo, el momento duró menos de lo que a cualquiera de los dos le hubiera gustado, puesto que escucharon un carraspeo junto a ellos que los hizo separarse.

Savannah los observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados. No parecía muy contenta, aunque cuando miró a Jeff, su expresión se suavizó ligeramente.

—Mamá... —empezó Bezan.

—Sabes que no te merece, ¿verdad? —soltó ella, dirigiéndose a Jeff.

Bezan puso los ojos en blanco. Tenía claro desde hacía tiempo que su madre tenía debilidad por Jeff, aquel comentario no hacía más que confirmárselo.

—Creo que nos merecemos mutuamente —contestó él, entrelazando su mano con la de la chica.

—Hay unas cuantas normas que Bezan debe cumplir —continuó Savannah—. De lo contrario, volverá al centro.

—Estoy seguro de que no habrá problema.

—Estoy aquí —replicó Bezan—. No habléis de mí como si no estuviera o fuera una niña de cinco años.

—No lo pretendía —aclaró Jeff.

Savannah resopló, aunque no puso ninguna pega más. Después de todo, confiaba en el chico mucho más que en su propia hija y estaba segura de que era mucho mejor influencia que aquel grupo de locas con las que Bezan se había juntado. No tenía muchas esperanzas en aquella relación, pero si estar con él ayudaba a que su hija no volviera a las andadas, bienvenido fuera. Ojalá Bezan fuera lo suficientemente inteligente para no estropearlo todo de nuevo, un chico como Jeff no se encontraba con facilidad. Al saber lo que estaba haciendo Bezan se había sentido ligeramente decepcionada con él por no haberse dado cuenta antes; enseguida lo perdonó, claro, puesto que en realidad toda la culpa recaía sobre su hija.

—Debo volver a atender a los invitados —dijo. Y entonces sí, miró a Bezan—. Compórtate.

La rubia no se dio cuenta de que había estado reteniendo el aliento hasta que su madre se alejó y dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Relájate —le dijo Jeff, dándole un beso en la mejilla—. Ya sabes cómo es, aun así se preocupa por ti.

—Ya.

No quería discutir sobre su madre en aquel momento, seguro que cuando volvieran a casa ya le soltaría algún discursito. Suspiró y apoyó la cabeza en el hombro del chico, cerrando los ojos.

—Te quiero, Jeff.

Él la besó en el pelo, sonriendo. Iba a ser difícil, seguro, mas no le importaba: estaban juntos, y eso era lo esencial.

Jeff se reclinó en su silla y evitó mirar directamente a Marie, pensando en sus palabras sobre las crisis. Sí, quizá de aquella habían salido reforzados. Sin embargo, la situación actual era totalmente diferente. No habían tenido una discusión, ni una ruptura propiamente dicha... por lo que su encuentro apasionado tampoco podía considerarse una reconciliación.

—No sé qué decirte, Marie —contestó, con un suspiro—. Nunca he tenido muy claro lo que pasaba por la mente de Bezan, y ahora tampoco.

Ella no sabía qué respuesta había esperado, pero desde luego que algo tan ambiguo no. Sin embargo, sonrió a medias.

—Bueno, el tiempo lo dirá, ¿no? O eso dicen. —Jeff se encogió de hombros—. Si alguna vez necesitas hablar, una... amiga con la que desahogarte, ya sabes dónde estoy.

Él le devolvió la sonrisa, aunque no llegó a sus ojos. Marie era una buena chica, ¿por qué no podía dejar a Bezan atrás e intentar algo nuevo con alguien como ella? ¿Por qué era la vida tan complicada? ¿O eran ellos la que la hacían así? No lo sabía. De cualquier forma, recordar cómo

se habían dado una nueva oportunidad no ayudaba.
Solo le confundía aún más.

Capítulo 14

Cada vez eran más las horas que Savannah dormía y menos las que estaba despierta. Abrir los ojos le costaba, igual que comer o incluso hablar, todo era un esfuerzo y ello le hacía suponer que pronto llegaría el momento en que ya no los volvería a abrir. Antes apartaba ese pensamiento en cuanto aparecía; durante su primer cáncer, no había dejado que el pesimismo la debilitara o le impidiera recuperarse. Ahora, sin embargo, era diferente: sabía que no había solución, aunque nadie se lo hubiera dicho.

Lo sentía dentro, era como si su cuerpo le hablara y le dijera la verdad, quizá para que dejara de luchar de forma inútil y le diera el tan ansiado descanso sin lágrimas ni peleas. No estaba asustada ni enfadada, ya había pasado por todas esas etapas; simplemente, se resignaba y, pese a que unas semanas atrás no lo hubiera creído posible, aprovechaba los momentos que pasaba con cualquiera de sus hijos.

Para su sorpresa, Leah era quien más le preocupaba. No sabía qué le ocurría exactamente, ella no hacía más que decirle que todo iba bien, y sin embargo... notaba algo. Cuando iba con Michael, percibía cierta tensión en ellos. Y después, estaban las niñas, sobre todo Chloe, que no iba mucho a verla y, cuando lo hacía, le recordaba tanto a Bezan en su etapa rebelde que temía que le esperara el mismo futuro, solo que mucho más joven. Había intentado hablar con ella, con Leah e incluso con Michael a solas, sin éxito. Eso la frustraba sobremanera, aunque esperaba que solo fuera un bache.

Después estaba Josh, que seguía igual que siempre. Lo cual era bueno, porque no había sorpresas, pero también malo, porque no había evolución. A esas alturas tampoco la esperaba: con que se mantuviera solo era suficiente, no podía esperar mucho más de él.

Con Bezan, aunque probablemente nunca lo admitiría delante de ella, estaba descubriendo que no le molestaba su compañía, más bien, incluso aguardaba que llegara su turno. Nunca había esperado aquel gesto por su parte, pero que le dejara leer sus diarios de viaje suponía un gesto increíble dentro de su maltrecha relación.

Había conseguido leer a intervalos sus experiencias en Nueva Zelanda y tenía empezado el de Australia, aunque tuvo que dejarlo tras solo un par de páginas cuando el médico y una enfermera entraron para colocarle una vía con catéter cerca de la clavícula. La experiencia había sido de todo menos bonita: le encantaba cuando decían «tranquila, que no duele», el noventa por ciento de las veces, dolía. Y mucho. Aquella ocasión no fue diferente. Acabó a gritos con la enfermera porque al clavarle la vía había tocado el hueso, y aunque Leah intentó calmarla, le parecía muy poco profesional la forma en la que la estaban tratando y el dolor sufrido por su inutilidad. Acabó poniendo una reclamación y, minutos después, cayó dormida por el agotamiento provocado por el esfuerzo.

Leah no veía la hora de salir de allí, aunque el panorama en casa no fuera de lo más alentador: Chloe estaría de juerga, era viernes y desaparecía cada vez más pronto para ir a saber dónde, y Michael la estaría esperando para cenar con Amy, quien parecía un escudo entre ellos porque la utilizaban como excusa para no hablar. Lo único bueno era que tampoco discutían... aquella situación no podía seguir así eternamente. Casi deseaba que Bezan no apareciera para tener una

excusa, pero su hermana estaba siendo de lo más puntual y cumplidora: a la hora en punto entraba en la habitación.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, al ver a su madre dormida.

—Más o menos. —Leah cogió su bolso y su chaqueta, con un suspiro—. Van a darle alimentación parenteral —le informó su hermana—. Apenas come y el suero ya no es suficiente.

—Ya veo, le han puesto el catéter.

—Mejor no lo comentes con ella, hemos tenido un lío bastante gordo con la enfermera y el médico, así que... —Movi6 la cabeza—. En fin, también me ha dicho el médico que en unos días hablará con nosotros sobre las —hizo el gesto de comillas con las manos— opciones.

Bezan no dijo nada, porque sabía lo que aquellas palabras significaban y, aunque dolorosas, tampoco le sorprendían.

—Por la mañana vendrá Josh —continuó Leah—, así que te veré como hoy.

—Vale. Descansa.

Leah mostró una sonrisa triste, como si aquello fuera un imposible, y se marchó cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido.

Bezan dejó sus cosas y comprobó la medicación antes de acomodarse en el sillón.

—¿Ya estás aquí? —preguntó su madre, con un carraspeo.

—Sí, Leah acaba de marcharse. ¿Necesitas algo?

—Que echen a la carnicera que me ha hecho esto. —Con esfuerzo, se tumbó bocarriba y señaló el catéter—. Tenías que haberla visto, parecía que iba a clavar un arpón a una ballena.

—Quizá era de prácticas y...

—Pues que practique con naranjas, yo no pago para que me hagan vudú.

Bezan se levantó para ayudarla a incorporarse un poco, le puso una almohada más y recolocó las sábanas.

—¿Quieres agua?

—No, estoy bien. —Señaló el cajón—. Puedes llevarte esas libretas, ya he acabado con todas.

Bezan esperó, pero su madre no hizo ningún comentario más. Seguro que sacaría algo a colación más adelante, no tenía duda. Abrió el cajón y las cogió para guardárselas en el bolso, de donde se sacó otras tantas.

—Te he traído las siguientes —comentó.

Su madre resopló como si le molestara, aunque afirmó con la cabeza.

—Léeme un poco —pidió.

—¿Ahora? ¿No quieres dormir?

—Tengo los horarios descontrolados y no tengo nada de sueño, así que mejor me entretienes un rato. A esta hora no ponen nada interesante en la televisión.

Solo había como cincuenta canales para escoger, pensó Bezan. En fin, la verdad era no le importaba para nada leerle su viaje, le hacía recordar lo que había vivido y, también, esperaba que así ella la comprendiera un poco mejor.

Cogió la primera libreta, con pegatinas de canguros y koalas en el exterior.

—¿Australia? —preguntó Savannah, aunque se dio cuenta de que era bastante obvio.

—Sí, era el siguiente país lógico.

—Así que sí que fuiste al lugar donde más criminales hay.

Bezan puso los ojos en blanco.

—Mamá, eso es una leyenda urbana.

—Con base real.

—Mira, ya que te veo tan interesada... — Abrió el cuaderno —. Antes de ir a Australia

propriadamente dicha, estuve unos días en Tasmania. Es una isla que está entre Nueva Zelanda y Australia, por si no lo sabías.

Savannah no dijo nada, odiaba reconocer que no sabía algo o que estaba equivocada en algún tema. Ni siquiera se había planteado si Tasmania era una parte de Australia, una isla o un lugar inventado, ya puestos.

—Cuando fui a comprar el billete para Melbourne, la chica de la agencia me recomendó pasar antes por Tasmania, por si estaba interesada en conocer algo de la historia de Australia. No estaba segura, pero investigué un poco y lo recomendaban por todas partes, así que cogí el billete.

— Qué raro que te ciñas a un plan. Ni siquiera eres capaz de seguir tus propios itinerarios.

Bezan suspiró, aunque no se lo tuvo demasiado en cuenta: no sería su madre si no le sacaba alguna pega.

— Cuando empecé el viaje tenía claro algunos sitios, no la totalidad, mamá. Muchos trayectos dependieron de lo que costaban, del tiempo que hacía o de si descubría algo que quería ver y no conocía. El mundo es más de lo que dicen las guías turísticas, ¿sabes?

Savannah se encogió de hombros y alisó una arruga invisible de la sábana que la cubría.

— Supongo — contestó — . ¿Cuánto estuviste ahí?

— Estuve casi una semana, ¿te leo?

Savannah afirmó.

«Me dijeron que Tasmania era la pequeña Nueva Zelanda de Australia. Según National Geographic es uno de los diez mejores lugares para visitar del mundo y me he llevado una enorme sorpresa: Tasmania es naturaleza, es belleza; es libertad. Aquí se respira paz.

Los hoteles eran baratos y el alquiler de coches también, pero lo que me recomendaron fue acampar. Tuve claro que aquí sería una de las paradas en las que solo gastaría, no tendría oportunidad de recuperar algo de dinero, pero no me arrepiento y volvería con los ojos cerrados. No sé qué me deparará el futuro ni qué lugares veré, solo que aquí he visto los atardeceres y amaneceres más bonitos de mi vida. Tengo que volver con Jeff, estoy segura de que este sitio le encantará. Por Dios, ¡he dormido entre canguros! ¿Quién lo hubiera imaginado?

Intenté llamarlo mientras veía el amanecer desde Tessellated pavement, pero no conseguí conectar y no sé si fue eso o la preciosidad que estaba viendo: se me llenaron los ojos de lágrimas. Es la primera vez que me emociono en este viaje, aunque en Nueva Zelanda reconozco que hubo lugares que me tocaron el corazón. Sin embargo, aquí... Hay cientos de destinos indescriptibles. Y algunos de ellos te marcan de una forma que, al pensar en ellos ahora mientras escribo, me imagino de nuevo allí. Cradle Mountain es uno de mis lugares favoritos en la faz de la tierra. Quizás fue el momento, quizás fue el día, o el clima; puede que también influyera el tiempo que llevo ya fuera de casa y lo mucho que pienso en cómo le gustaría esto a Jeff, cómo deseo volver con él aquí. O quizá, simplemente es que Cradle Mountain tiene esa magia donde el tiempo no pasa que todas las guías dicen. »

— Qué bucólico todo — murmuró Savannah.

Nunca se hubiera imaginado a su hija emocionándose por un amanecer. Qué demonios, no se imaginaba a sí misma haciéndolo... aunque ahora intentaba recordar cuándo había sido la última vez que había visto uno, o un atardecer, y no lo conseguía.

Bezan acarició la página, recordando aquellos momentos. Había vivido muchos más igual o más emocionantes, había visto paisajes extraordinarios, pero en aquel lugar era donde había comenzado su verdadero viaje interior, en aquella zona alejada de la tierra, tan salvaje aún.

— Es un sitio increíble, mamá. ¡Hasta vi pingüinos enanos! Y sí, ahí fue donde se inició todo el proceso de colonización europeo cuando el imperio Británico construyó diversas prisiones en

Australia para enviar a convictos, en eso tienes razón, que estaba lleno. Pero eso ha quedado atrás, estuve visitando Port Arthur y fue muy interesante descubrirlo. Solo que aquí, la naturaleza se llevaba la palma sobre la historia.

— ¿Y después, a Australia?

Había sonado brusca, aunque ni siquiera ella entendía qué le ocurría. Le molestaba descubrir que el viaje no parecía haber sido una pérdida de tiempo, que su hija no solo había trabajado, sino que realmente había descubierto cosas sobre sí misma o sobre el mundo que escapaban a lo normal. ¿Quizá eran celos, por no haber visto ella nada más allá de Nashville?

No lo sabía, solo que quería saber más, aunque se dijera a sí misma que era para ver en cuántas cosas había metido la pata Bezan.

— Sí, empecé en Melbourne —contestó ella, sin molestarse por el brusco corte en su narración—. Contacté con una sucursal de la agencia con la que trabajé en Nueva Zelanda y así pude pasar un mes allí, ganando algo de dinero en un hotel y haciendo recorridos por los alrededores los días libres. Después fui subiendo por el lado este, hacia Sidney. En Brisbane me encontré con unas chicas americanas que iban a atravesar el país hasta Perth y así ver Ayers rock y todo el centro, así que me uní a ellas.

—¿Sin conocerlas de nada? ¡Podían haber sido unas delincuentes!

—Pues no fue ni la primera ni la última vez, mamá. De hecho, por el camino íbamos encontrando otros turistas o gente dando la vuelta al mundo, hay más de lo que parece, y se agradece compartir la furgoneta, los gastos... y no solo por el dinero, también la compañía es bienvenida.

—Entonces, no haberte ido sola. ¿Cuántas veces hablas de Jeff, de cómo le echabas de menos? ¡Podíais haber ido juntos!

Bezan suspiró,

—Ese no era el objetivo del viaje —contestó.

—No, según tú, era estar sola, y ahora me dices que en realidad estuviste con más gente. No lo entiendo, la verdad.

De nuevo, la chica cogió aire, recordándose que no debía perder la paciencia. Ella tampoco había creído que haría partes del viaje con otras personas, su idea inicial siempre había sido arreglárselas sola.

—Es algo... extraño. He conocido a mucha gente y, al compartir experiencias, es como si se congeniara más rápido. No es que de pronto se conviertan en tus mejores amigos, solo se crea un vínculo especial. Cuando me junté con ellas, no sabía si aguantaría muchos días o si sería algo tipo «Gran hermano», ¿sabes?

—Pero aguantaste.

—Sí, y a gusto, aunque no estábamos todo el tiempo juntas, no había... dependencia. Si yo quería irme por un camino y ellas por otro y encontrarnos más tarde, no había problema. O si yo quería ver el anochecer y ellas preferían dormir, tampoco pasaba nada. Había respeto en los espacios, tanto físicos como espirituales. No sé si me explico.

Por la cara que tenía, Bezan supuso que no la entendía, lo cual no era una sorpresa. Sin vivir algo así, era complicado explicar la camaradería que se vivía en aquellos recorridos, la ilusión que hacía encontrar a alguien de tu país (sobre todo en lugares donde no se hablaba tu idioma, como le pasó después).

—¿Qué es lo que más te gustó de Australia?

—Quizá el contraste. Las ciudades son tan modernas, tan llenas de gente y de vida... y después, el centro es toda naturaleza salvaje. Desiertos, bosques, animales por todas partes, y no veas qué

insectos. Una noche entró una araña cazadora en la tienda de campaña y casi me voy corriendo al otro extremo del país.

Savannah sonrió a medias imaginando la escena.

—¿Y dices que fuiste hasta Perth? —preguntó.

—Sí, allí me quedé sola otra vez y volví a trabajar unas semanas para recuperarme un poco antes de ir a Darwin y, de ahí, a Indonesia, que era el vuelo más barato que encontré.

Savannah hizo una mueca escéptica.

—Claro, seguro que no fuiste ahí a tomar el sol, con esas playas que hay.

Bezan dejó las libretas de Australia en el cajón, por si su madre quería echar un vistazo cuando ella no estuviera, y cogió la de Indonesia. Desde luego, en eso no podía llevarle la contraria: aquel país repleto de largas playas de arena, islas y volcanes, había sido donde más se había relajado. Consiguió un trabajo como guía, aunque al principio lo único que hacía era traducir en un barco que realizaba viajes turísticos. Solo hacía algún turno cada dos o tres días, por lo que tenía tiempo libre para hacer excursiones y descubrir increíbles rincones. Abrió una página y leyó en voz alta el primer párrafo:

«Hoy he hecho surf. O lo he intentado, al menos». Sonrió al recordar su torpeza, pero a cabezota no la ganaba nadie, por lo que había seguido hasta conseguir mantener el equilibrio. «Si Jeff pudiera verme, se partiría de risa. Aunque no me lo imagino a él tampoco haciendo esto. Ayer conseguimos hablar un rato por teléfono y no sé si me ha creído cuando se lo he contado. Me hubiera gustado contarle más cosas, pero el cambio de hora dificulta mucho todo.»

—Ahora resulta que la culpa es del huso horario. —Savannah movió la cabeza—. No es tan complicado quedar a una hora, digo yo.

«En Australia las playas eran una maravilla, sin embargo, esto es algo diferente», siguió Bezan. «Aquí he podido tumbarme y dejar la mente en blanco por fin. He pasado horas en la arena, simplemente mirando al cielo, sin pensar en nada. Sin preocuparme, ni dar vueltas a las cosas. Estoy empezando a pensar que cada sitio me va a descubrir algo nuevo, no voy a vivir las mismas experiencias. He conocido gente, como en Australia, pero no he llegado a hacer grupo ni a pasar más tiempo que lo que es un viaje en autobús o una comida compartida; aquí cada rincón me anima a sentarme o tumbarme a disfrutar del sol, las olas, el cielo azul. Es extraño cómo cada lugar puede afectarte de forma diferente. Me pregunto qué me deparará mi siguiente destino.»

Levantó la vista al ver que su madre no decía nada y descubrió que se había quedado dormida de nuevo. Se aseguró de que estaba bien tapada, todas las medicaciones correctas y se acomodó en el sillón para seguir pasando páginas de recuerdos.

Indonesia tenía tantas culturas diferentes, tantas lenguas y gentes que, a pesar del tiempo que había pasado allí, le daba la sensación de solo haber arañado la superficie y que ni en un año entero habría llegado a conocerlo mejor. Había estado un par de meses y su siguiente destino se lo propuso su jefe de la agencia donde trabajaba como guía: un familiar suyo tenía una oficina en Malasia y necesitaba a alguien durante un mes, así que allí había ido de cabeza. Por un lado, le pagaban el billete y, encima, tenía trabajo seguro un mes; por el otro, esas cuatro semanas conocería el país y tendría tiempo de pensar cuál sería su siguiente parada, que tenía también metida en el bolso: Tailandia. El porqué, fue fácil: hacía frontera con Malasia y cruzar al país fue muy barato.

Esperaba encontrarse un lugar parecido, pero ahí vivió otro cruce de sentimientos: los paisajes, los monumentos, todo era espectacular. Sin embargo, el turismo masivo hizo que no disfrutara igual de aquel país: había playas en las que no se podía ni andar, edificios con colas interminables... por lo que acabó acortando su estancia y pasó a Camboya.

—¿He dormido mucho? —escuchó de pronto.

Bezan hizo una mueca al moverse en la silla, donde se había quedado adormilada con la libreta en las manos. Miró a la cama, donde su madre bostezaba.

—Un par de horas —contestó—. Todavía es de noche.

Savannah levantó la mano hacia el vaso de agua que había en la mesilla, pero su brazo pesaba como si estuviera relleno de plomo y Bezan se apresuró a alcanzárselo.

—No te esfuerces —le dijo.

Savannah dio un sorbo sin protestar, aunque odiaba no ser capaz de levantar ni un vaso de agua. O dormir dos horas y despertarse con la sensación de no haber descansado nada. Miró la silla, donde Bezan había dejado la libreta.

—Esa no es la que tenías antes —dijo.

—No, he pasado un par de países mientras dormías. —Sonrió—. Te he dejado el cajón bien surtido, ¿quieres que te saque alguna?

—Ya las miraré. ¿Cuál es esa?

—Camboya.

Y de nuevo, aquella mirada de desaprobación. Bezan no se molestó, estaba segura de que cualquier país que nombrara, su madre le sacaría alguna pega. Incluso si solo hubiera recorrido Estados Unidos ella no habría estado de acuerdo, no le cabía la menor duda.

—¿No había ningún país que no haya tenido tantas guerras?

—Al lado está Vietnam, así que...

—¿Y ahí qué, otra epifanía?

—Oh, sí, aunque esa fue de las malas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que aquí fue donde me robaron la cartera por primera vez.

—¿Qué quieres decir con «por primera vez»? ¿Hubo más?

—Más adelante, ¿quieres que te cuente ésta o no?

—Tú con tal de preocuparme cualquier cosa. —Bezan hizo ademán de guardar la libreta, pero Savannah le hizo un gesto con la mano para que no lo hiciera—. Venga, a ver si me duermo otra vez.

—En Camboya estuve unos días trabajando otra vez en un hotel y los días libres, recorría el país. Estuve en los templos de Angkor, ¿sabes los que te digo? En medio de la selva, estatuas gigantes de Buda...

—Sí, he visto fotos.

—Son algo... impactante. Llenos de espiritualidad.

—Ahora me dirás que te has vuelto budista.

—No, eso es más bien hinduista. Aunque ya que lo comentas, entiendo mejor su ideología y no creas, hay muchas cosas con las que no podría estar más de acuerdo. El budismo está presente en todo el país y ya vi retazos en Tailandia, solo que aquí era como más... real, quizá.

—Yo creo que eso no es más que una moda. Llega un famoso, se hace budista y todos de pronto se interesan. Además, tanta espiritualidad y todo lo que quieras, y dices que te robaron.

—El peligro estaba en todas partes, mamá, a ver si resulta que solo en Camboya hay ladrones. Solo que, como no me había pasado nada extraño todavía, supongo que me confié. Después de visitar un templo en Bangkok, me senté en unos escalones a descansar y mientras comía un bol de fideos, vinieron unos críos corriendo, cogieron mi mochila y salieron disparados.

Recordaba perfectamente el susto y cómo había corrido detrás de ellos, sin éxito: se separaron en diferentes direcciones, perdiéndose entre las calles, y ella no sabía ni a cuál seguir. Lo intentó,

gritó para llamar la atención de los transeúntes e incluso de algún policía con el que se cruzó, pero no logró nada. Media hora después, sudada y con un dolor en el costado, se dejó caer en un banco hasta recuperar el aliento y pensar en lo que debía hacer a continuación. En la mochila tenía todo lo esencial: su pasaporte, su móvil, sus tarjetas y dinero en metálico.

Sin el móvil, no podía llamar para cancelar las tarjetas, así que eso era de las primeras cosas que tenía que hacer: averiguar el número. Debía ir a la embajada americana, seguro que allí la ayudaban, pero cuando consiguió encontrarla, el tipo de la entrada le pidió identificarse de muy malos modos.

—Me han robado —explicó ella.

—Sin pasaporte americano no se pasa.

—Que me han robado —repitió—. Por eso vengo, a pedir ayuda.

—¿Y la denuncia? ¿Has ido a la policía turística?

—¿Policía turística?

—Sí, policía especial, los extranjeros no podéis a la normal. Es policía para turistas como tú.

—No.

—Pues sin denuncia, no se entra.

Bezan tuvo ganas de darle un puñetazo, a ver si así la detenía y la metía en la embajada, a duras penas se reprimió.

—¿Dónde hay una comisaría de esas?

El tipo señaló un edificio cercano con la cabeza y allí se dirigió. De comisaría tenía lo que ella de millonaria: las paredes estaban desconchadas, el calor y la humedad dentro eran infernales y, además, los dos policías que había dentro tenían sendos cigarrillos en la boca, haciendo el aire más irrespirable aún.

No le dieron buena espina, así que se quedó a media distancia entre ellos y la puerta, por si tenía que salir corriendo.

—¿Hablan mi idioma?

Ellos se miraron y uno afirmó con la cabeza.

—¿Turista? —preguntó.

—Sí, eso. Me han robado y quiero poner una denuncia para poder ir a la embajada a por mi pasaporte.

—¿Robado dónde?

—En el centro, unos niños.

—¿Robado qué?

—Pasaporte, móvil, dinero.

Le daba la sensación de estar hablando a un niño, así que se armó de paciencia. Al fin y al cabo, estaba en su país y era ella la que no conocía el idioma. Los dos tipos se miraron y murmuraron algo entre ellos. El primero cogió una hoja impresa.

—Datos.

Bezan le fue dictando su nombre, apellidos y número de pasaporte, que sí se había aprendido al comenzar el viaje, y repitió todo lo que le habían robado en detalle. El hombre rellenó algunos apartados con el bolígrafo.

—Tú firmar —dijo.

Giró el papel hacia ella. Bezan se inclinó un poco sin llegar a acercarse y no entendió nada de lo que ponía. A su mente llegaron recuerdos de esas películas de gente encerrada en cárceles por firmar papeles sin saber lo que ponía, acusadas de tráfico de drogas o a saber qué más.

—Necesito versión en mi idioma —pidió, tragando saliva.

Joder, ¿cada vez hacía más calor o se lo parecía?

—Eso cuesta.

Hicieron varios movimientos que dejaron claro que lo que querían era dinero, justo lo que no tenía. ¿Acaso no habían entendido que se lo habían robado? Sin embargo, afirmó con la cabeza: necesitaba ese papel como fuera.

Observó cómo cogían otro impreso que estaba en un idioma en cada lado y lo rellenaron de nuevo. Lo giraron hacia ella y Bezan, de un salto, se acercó para cogerlo y retroceder al instante.

—¡Tú pagar! —gritó uno.

Al ver que iban hacia ella, Bezan salió a toda prisa y cruzó hacia la embajada como si la persiguiera el diablo, a pesar del dolor que apareció de nuevo en su costado y del poco fondo que tenía. La sorpresa le dio ventaja y, cuando llegó al vigilante de la embajada con el papel en la mano, los dos policías todavía estaban unos metros detrás.

—¡Tengo la denuncia! —Le mostró el papel, nerviosa—. Déjame pasar.

Él elevó una ceja y miró tras ella; los dos policías se habían parado a poca distancia, sin terminar de acercarse. Bezan supuso que una cosa era pedir dinero y estafar a turistas, y otra hacerlo justo en la puerta de la embajada americana.

El hombre puso un sello en la hoja y pulsó un botón para abrir la puerta metálica.

—Pasa.

Y así, Bezan consiguió entrar en la embajada y que le hicieran el pasaporte de nuevo. La funcionaria fue muy amable y le consiguió los teléfonos de las tarjetas para poder llamar y cancelarlas. El dinero era imposible que lo recuperara y su móvil igual... Lo cual sí que era un problema, puesto que no se sabía el número de nadie.

—¿No te sabes mi número de teléfono? —resopló Savannah al escuchar aquello.

—¿Te sabes tú el mío? —Ella frunció los labios—. Pues eso. No pensaba que dependía tanto de la tecnología hasta perderlo.

—¿Y qué hiciste?

—El hotel me envió un taxi una vez tuve todos los papeles de nuevo y fui a un banco. Me hice una nueva tarjeta, compré un nuevo móvil, y a través del correo electrónico conseguí contactar con Alika para darle mi nuevo número y ella me pasó el de Jeff.

—Así que por eso cambiaste.

—Sí, bueno, tuve que hacerlo más veces porque no funcionan los mismos teléfonos en todos los países, así que... eso también fue parte del problema en mis comunicaciones. Y no es una excusa —añadió con rapidez.

La cobertura y la diferencia horaria habían sido un problema bastante habitual: a veces lo llamaba y él estaba en el trabajo o al revés, o se encontraba en zonas sin cobertura y veía las llamadas perdidas días después; cambiar de móvil y perder los números solo fue una dificultad añadida. Además, el año que se suponía iba a estar fuera acababa de cumplirse, y Bezan sentía que todavía le quedaban etapas que cubrir. No quería mentir a Jeff cuando conseguía hablar con él, y sabía que esquivar el tema cuando le preguntaba por la fecha de vuelta tampoco ayudaba.

—Algo me contaba Leah —dijo Savannah—. De que cambiabas mucho de número y de lo difícil que era hablar contigo. Deberías haberte preocupado un poco más de eso, Bezan.

—Bueno, vosotros tampoco estabais interesados, porque te recuerdo que no quisiste que me avisaran cuando enfermaste la primera vez, ni esta.

—Ya, bueno, y mira, te consiguieron localizar. Por cierto, ¿cómo va ese tema?

—¿Cuál?

—No te hagas la tonta conmigo. El divorcio, cuál va a ser. Gracias a esos papeles te

encontraron.

Bezan tragó saliva. ¿Que cómo iba el tema? Sin firmar y con un escarceo por el medio. La respuesta no era fácil, desde luego.

—Todavía tenemos que hablar Jeff y yo —contestó, de forma ambigua.

Savannah meneó la cabeza. Esa hija suya... ya lo veía venir, le iba a dejar escapar como una tonta, cuando Jeff era lo mejor que le había pasado en la vida. ¿Por qué parecía ser la única que lo veía de forma tan clara?

Capítulo 15

Quizá por releer los cuadernos, o recordar cómo se había sentido en la distancia, Bezan no podía dejar de pensar en Jeff y en lo ocurrido entre ellos la última vez.

Él no la había llamado, aunque para ser justos, ella tampoco, ni siquiera un mensaje. Y no había vuelto a tocar los papeles del divorcio, ya puestos, pese a saber que no era algo que pudiera seguir aplazando indefinidamente.

Josh había llegado pronto para hacer su turno de la mañana, así que cuando Bezan subió al coche, aunque estaba cansada, decidió que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para ir a hablar con Jeff... a pesar de esa vocecita interna que le decía que no estaría en casa, que era día de clase. De alguna forma, así podría justificarse a sí misma el intento.

Hasta para discutir consigo misma se ponía excusas absurdas, pensó mientras arrancaba. Si ni ella misma se entendía a veces, ¿cómo esperaba que los demás lo hicieran?

Puso la radio a todo volumen para no dormirse ni pensar en nada y así llegó hasta la que era aún su casa. Al atravesar la valla blanca, tuvo un sentimiento extraño al pensar que, si el divorcio se hacía realidad, no volvería a hacerlo. Era raro, el lugar siempre fue algo impuesto, una especie de encerrona en todos los sentidos, y sin embargo, al pensar que podía ser la última vez que iba a estar allí, la invadía cierta melancolía.

Con un suspiro, llamó al timbre. Al segundo escuchó unos ladridos, y, seguido, la voz de Jeff hablando con el perro mientras se acercaba a la puerta.

Demonios, si estaba en casa. Debería haber aprovechado el trayecto en coche para pensar qué decirle, porque de pronto se había quedado totalmente en blanco.

Jeff abrió la puerta y su cara de sorpresa al verla fue evidente.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, sin dejar de acariciar la cabeza de Baskerville para que estuviera tranquilo.

No se esperaba en absoluto encontrar a Bezan en la puerta de su casa, así que lo único que se le ocurría era Savannah había empeorado o, incluso, muerto.

—¿Pasar? —repitió ella.

—Con tu madre.

—Ah, no, no. Bueno, está algo peor, aunque no estoy aquí por eso. Aunque si tienes prisa me voy.

Jeff miró el reloj.

—Solo un rato, hoy no tengo clase a primera hora.

—Mira qué bien.

Carraspeó y Jeff se hizo a un lado. Dejó al perro en el suelo, y este dio un par de saltos alrededor de las piernas de Bezan antes de alejarse moviendo el rabo hacia la cocina.

Ella pasó al interior y se cruzó de brazos. Entonces Jeff, que había empezado a pensar que estaría allí por el divorcio, se dio cuenta de que no llevaba ningún papel en las manos, lo que terminó de confundirlo. Al ver que no decía nada, hizo un gesto hacia la cocina.

—¿Te apetece un café? —ofreció.

—No, estoy bien, gracias. Solo quería... —Sacudió la cabeza—. Es que creo que deberíamos

hablar. —Él levantó una ceja—. Ya sé que estás esperando que firme los papeles o que coja un abogado... o todo eso a la vez, pero... lo que pasó el otro día...

Él se puso tenso al momento. Se había mantenido ocupado para no pensar en ello después de buscar mil significados sin llegar a ninguna conclusión, sobre todo por la falta de contacto después.

—Deberíamos... —empezó.

Entonces unas notas musicales lo interrumpieron. El silencio se hizo entre ellos, mientras Bezan tragaba saliva al reconocer la música.

—Es mi móvil —murmuró Jeff, sin moverse.

—Con nuestra canción —añadió ella, pese a que la aclaración era innecesaria.

Él afirmó lentamente con la cabeza. Era una tontería, puso aquella música el día de su boda y nunca la había quitado. No se le había pasado por la cabeza hacerlo, era como un hilo invisible que todavía lo unía a Bezan, sobre todo durante su largo viaje. Casi le daba más apuro hacer eso que firmar los papeles del divorcio.

—No la has cambiado —susurró Bezan, mirándolo a los ojos.

Jeff volvió a negar, notando como si un imán lo atrajera hacia ella; no sabía cuál de los dos había iniciado el avance, solo que de pronto estaban a escasos centímetros de distancia.

Maldita sea, tenían que hablar, pero cuando la tenía tan cerca... sus neuronas dejaban de funcionar y lo único que quería era abrazarla y besarla de nuevo. Maldita droga.

Apretó los puños para evitar tocarla, aunque fue en vano: Bezan alargó una mano hacia su cara y recorrió su mandíbula con el dedo antes de besarle sin titubear. Jeff levantó las manos para apartarla, pero una vez estas rozaron su piel, cobraron vida propia y la atrajeron hacia sí.

Sin separarse, fueron retrocediendo a las escaleras, que acabaron cubiertas de un rastro de ropa hasta la habitación.

Tumbada en la cama que habían comprado juntos, con Jeff en su interior y la mente nublada por la manera en que se movía, Bezan deseó que aquel momento durara para siempre. Se dio cuenta de que estaba en su mano conseguirlo, solo debía conseguir que la perdonara.

Después, pensó, estremeciéndose de placer entre sus brazos, después hablarían.

Sin embargo, el cansancio acumulado tras la noche de guardia con su madre pudo con ella y, en cuanto apoyó la cabeza en la almohada y Jeff la cubrió con las mantas, notó que los párpados se le cerraban y se quedó dormida.

Cuando despertó, un par de horas después, estaba sola en la cama y, tras llamar a Jeff y no obtener respuesta, dedujo que en la casa también. Claro, habría ido a trabajar.

Con un suspiro, se envolvió en las sábanas mientras percibía su aroma y sus labios se movieron tarareando su canción. Qué felices habían sido aquel día... ¿podrían volver a serlo?

Los años habían pasado, pero aún recordaba el aroma de las flores en ese día tan especial. Como no tenían apenas dinero y tampoco querían hacer una gran fiesta, organizaron una boda sencilla en su lugar favorito. Tuvieron que echar mano de su antiguo compañero de instituto, que aún era amigo de Josh para lograrlo, y lograron el permiso para casarse en el lago. La boda la oficiaría un concejal del ayuntamiento y el catering lo encargaron a la escuela de hostelería, que salía mucho más barato que una empresa normal.

Como no eran muchos invitados, hicieron las invitaciones a mano entre los dos, y no podía evitar sonreír al recordar la reacción de su familia cuando les entregó las suyas durante una comida de domingo.

Josh era el único que la había abrazado con entusiasmo, ya que su hermana y su madre quedaron demasiado impactadas por la «calidad» del papel como para decir nada.

—Esto es una broma —consiguió decir Savannah, cuando se recuperó.

—No, ahí tenéis los detalles.

—¿«Atuendo informal»? —leyó Leah—. ¿Y cómo vamos a ir las damas de honor?

—Por eso no te preocupes, no lo vas a ser.

Leah resopló, ofendida. Bueno, lo que le faltaba por oír. Vale que no eran las hermanas más cercanas del mundo, pero de ahí a no ser dama de honor en su boda... ¡era demasiado!

—Me parece una falta total de respeto hacia tu hermana —soltó Savannah, muy seria—. Además, ¿cuántas amigas tienes? No puedes tener solo a Alike ahí contigo.

Bezan respiró hondo y sonrió. No se enfadó, puesto que ya esperaba esa respuesta y, además, había decidido de antemano que le daba igual lo que opinara su madre sobre la boda, precisamente porque era suya, de Jeff, y de nadie más.

—No va a haber damas de honor —informó.

Leah y Savannah se miraron, estupefactas. ¿Dónde se había visto eso?

—Va a ser todo informal, queremos que la gente se lo pase bien —continuó.

—A mí me parece genial, hasta puedo ir en vaqueros —dijo Josh, con un guiño.

—¿En vaqueros a una boda? Ni se te ocurra —reaccionó Savannah al momento, y miró a Bezan con cara de susto—. No, por Dios, no me digas que vais a casaros en vaqueros porque me parecería el colmo.

—No, ya tengo un vestido y seguro que os gusta.

—¿Y los invitados?

—Nuestros amigos, ¿qué quieres, una lista?

—Yo tengo mis compromisos, ¿sabes? Y si voy a pagar...

—No, no, espera. —Bezan levantó la mano—. No vas a pagar nada, mamá, no lo necesitamos. No es que no agradezca la oferta, no me entiendas mal.

Savannah comprendió entonces: no tenía nada que opinar. Lo que ponía en aquella invitación era un hecho; ni Bezan ni Jeff le habían consultado ni querían que tuviera nada que ver en la boda, y por eso mismo no aceptaban su dinero, estaba segura.

—Solo tenéis que preocuparos de estar allí a la hora, eso es todo—comentó Bezan.

Savannah dobló con mucho cuidado la invitación, se levantó y la dejó junto al calendario de la cocina antes de salir sin decir nada. Leah la miró, dudando si seguirla, porque entendía su molestia: su boda la habían organizado entre las dos, contando en todo momento con su opinión; por otro lado, también entendía que Bezan quisiera hacerlo todo a su gusto (aunque no tenía muy claro que tuviera alguno). Quizá pudiera intervenir para evitar un desastre mayor.

—¿Tenéis todo organizado? —preguntó.

—Sí, eso he dicho.

—¿Las flores, los adornos, la música?

—Sí, todo. Adornos pocos, la verdad, y flores hay en la zona del lago donde nos vamos a casar, no hace falta añadir nada.

—Seguro que se puede hacer algo para mejorar el sitio, por muy bonito que sea.

—Va a ser una boda sencilla, Leah. No como...

Se calló, pero era demasiado tarde: su hermana se había tensado al momento, tiesa como un palo mientras la miraba con desaprobación. Se parecía tanto a su madre cuando hacía eso que a Bezan le resultó casi divertido, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto.

—No como la mía, ¿verdad? —replicó, con un tono frío como el hielo.

—Seguro que Bezan no quería decir que tu boda estuvo mal —intervino Josh.

—Eso es —se apresuró a confirmar ella—. Es solo que somos diferentes.

—Sí, eso está claro. —Se levantó—. Me voy, tengo que recoger a Chloe.

Recogió su bolso y salió, eso sí, sin pegar un portazo: era de muy mal gusto. Josh le dio una palmadita de ánimo en el brazo a su melliza, aunque ella no estaba afectada en absoluto por aquello.

—Ya sabes cómo son — dijo—. Lo importante es lo que Jeff y tú queráis.

—Sí, y así es como va a ser. —Lo miró—. Y tú, ¿qué?

—Yo, ¿qué?

—¿Vendrás solo o cuento que llevarás a una acompañante?

—Cuenta con una, aunque no sé quién... —Bezan le dio un manotazo—. Ay, es que no sé si vamos en serio o no, una boda es algo importante.

—El día que vayas en serio con alguien se descongelarán los polos.

—Pues díselo al cambio climático, hermanita. —Le dio un beso en la mejilla y se incorporó—. Me voy que he quedado.

—Sí, yo también me marchó, no quiero quedarme sola en la cueva del dragón.

Bastante tiempo había pasado allí después de la rehabilitación, y aunque su piso alquilado con Jeff era una caja de cerillas, era infinitamente mejor que aquello.

Su madre y su hermana se tomaron muy en serio la ofensa, puesto que no comentaron el tema hasta el día mismo de la boda. A pesar de las indicaciones de Bezan, ambas se habían comprado vestidos nuevos y elegantes para la ocasión; Michael llevaba un traje nuevo con corbata de seda y a Chloe la vistieron casi igual que para su boda, aunque no fuera a llevar las flores.

Al llegar, las dos se dieron cuenta de que los tacones de aguja no eran los más adecuados para el terreno: al ser un espacio protegido, no les habían permitido poner alfombra ni plataformas de madera por las que caminar sin tener que pisar la hierba en la zona de picnic: solo una pérgola de madera bajo la cual esperaba el concejal.

Cuando llegaron allí, Savannah pensó que le daría un mal al ver las barbacoas.

—Como la comida sea unas hamburguesas —refunfuñó—, me marchó, Leah. Esto es demasiado.

—No, mira, hay un *catering* allí.

Señaló hacia los árboles, donde habían instalado una fila de mesas con comida y bebida. Varios camareros se afanaban en ellas, preparándolo todo para cuando acabara la ceremonia.

Aquello tranquilizó un poco a Savannah, aunque todo seguía pareciéndole demasiado rústico. Ya estaban llegando más invitados, por lo que se obligó a sonreír; al fin y al cabo, era la boda de su hija.

Jeff no tardó en aparecer y fue a saludarlas. No llevaba corbata, sino un traje, aunque desde luego no de corte a medida como el de Michael.

—Podéis ir a sentaros a la primera fila —indicó—. Está reservada para la familia, mis padres ya están allí.

—Genial —dijo Leah.

Savannah se recolocó el chal que llevaba, innecesario con la temperatura que tenían, y fue a cumplir con las obligaciones sociales.

Otra de las cosas en las que habían ahorrado era el transporte. Para su boda, aunque nadie la vió llegar en realidad, Leah había alquilado un Rolls-Royce con chófer. Bezan, en cambio, se había cambiado en su casa y Alike era quien la llevaba al lago.

—¿Nerviosa? —le preguntó su amiga, cuando descendieron para ir a la ceremonia.

—No, estoy bien.

Sin embargo, no paraba de mirar hacia todos lados y, cuando estaban tan cerca que podían ver

la pérgola y los invitados, Aliká se dio cuenta de los examinaba con atención.

—¿Pasando lista? —preguntó.

Bezan enrojeció ligeramente y sacudió la cabeza.

—No, no, solo... solo miraba.

No se lo había dicho a nadie; de hecho, solo Jeff lo sabía y porque estaba presente al preparar la invitación, como las demás. Lo que ocurría era que Bezan había enviado una a su padre.

Lo había pensado largo y tendido, y dudado antes, durante y después de enviarla. No sabía si él querría estar allí, verla o compartir ese momento con ella. O si se montaría el lío del siglo con su madre y su hermana si al final se decidía a aparecer. Leah no lo había invitado a la suya.

De cualquier forma, no estaba, así que no iba a tener problema. Se sentía decepcionada, aunque no sorprendida. Apenas se habían visto en años, de modo que...

—Voy a avisar para que pongan la música y te veo al final —le dijo Aliká.

Bezan afirmó y, cuando su amiga se alejaba hacia el DJ, escuchó que alguien le chistaba. Miró en la dirección del sonido y se quedó paralizada. Allí, oculto tras un árbol, se encontraba su padre.

En persona.

Se quedó paralizada unos segundos, mientras Tadd sonreía y le hacía gestos para que se acercara. Por fin, reaccionó y corrió hacia él, que la recibió con un fuerte abrazo.

—Estás preciosa, hija —murmuró Tadd, besándola en el pelo.

—Gracias, papá. No sabía... no sabía si querrías venir.

—Claro que sí, no me lo perdería. También fui a la de tu hermana, aunque no me acerqué. —La separó y la miró de arriba abajo—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

Bezan afirmó, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy seguro de que ese chico te va a hacer muy feliz.

—A veces pienso que no me lo merezco.

—Él pensará lo mismo.

Comenzaron a sonar unas notas musicales y Bezan miró hacia atrás.

—Ay, tengo que irme. ¿Te vas a quedar?

Él negó con la cabeza.

—Si tu madre me ve es capaz de crear el apocalipsis en la tierra. No, hoy es tu día y nada debe empañarlo. —Le dio un beso en la frente—. Más adelante ya hablaremos con tranquilidad.

—Vale. —Lo abrazó de nuevo—. Gracias por venir.

Le sonrió y salió de su escondite para avanzar hacia la pérgola, tocándose los ojos para eliminar cualquier humedad que pudieran tener.

Nothing else matters sonaba en versión acústica a cada paso que daba, y ella solo podía pensar en lo adecuadas que eran las palabras de esa canción.

Nada importaba, nada más que ellos dos. Ni el pasado, ni los problemas que habían tenido, ni lo que su madre o hermana opinaran.

Nada más importaba.

Desde su sitio junto al concejal, Jeff no pudo apartar los ojos de su novia y, en unos minutos, mujer. Estaba preciosa con el cabello rubio suelto y solo una diadema verde de adorno, a juego con los tonos degradados del vestido. Su única información respecto al vestido era el color, nada de blanco, aunque no había necesitado que Bezan le revelara aquel secreto: la chica nunca sería tradicional, ni él la quería de otro modo.

Cuando llegó a su lado le cogió la mano y se la besó.

—Te quiero —le susurró.

—Y yo a ti.

El concejal carraspeó, con una sonrisa, y dio comienzo la ceremonia. Al hablar sobre ella más tarde, ninguno de los dos recordaba bien lo que había dicho, porque habían estado demasiado ocupados mirándose y sonriéndose.

—Y yo os declaro marido y mujer —terminó el concejal.

Los dos se besaron entre los aplausos de los invitados. Al separarse, Jeff se fijó en sus ojos brillantes.

—¿Eres feliz? —le preguntó.

—Más que nunca.

Y no mentía, estar ahí con él en aquel momento la hacía sentir como si flotara en una nube. Los aplausos dieron paso a los abrazos y las felicitaciones, y ni las sonrisas de cortesía en los rostros de su madre y Leah lograron empañar el instante. Bezan daba por hecho que serían las más elegantes de la boda, al igual que imaginaba que no les gustaría la falta de adornos rimbombantes, que su vestido fuera de tul y organza forrada en tonos verdes o que el catering consistiera en un bufé sencillo.

Los camareros se paseaban entre la gente con bandejas de bebidas. Se acercaron a ellos y cada uno cogió una copa de un líquido espumoso para brindar.

—Muchas gracias a todos por venir —dijo Jeff, rodeando la cintura de Bezan con un brazo y elevando su copa—. No soy de discursos, así que... ¡a disfrutar!

Le dio un sorbo y Bezan hizo lo propio, sin evitar una mueca. Aquello era agua con gas, azúcar y colorante, nada que ver con el champán de verdad.

—Ni siquiera hay vino. —Escuchó que protestaba su madre, al tiempo que se acercaba a ella—. Por no hablar de eso, que ni es champán ni es nada.

—Mamá, tú mejor que nadie sabes por qué.

—Una cosa eres tú y tus problemas, otra cómo trates a los invitados. No has respetado ni el mínimo protocolo.

Tal cual decía la frase, la recorría con la mirada.

—Pues a mí todo me parece estupendo —sonrió Josh, apareciendo a su lado con una pelirroja—. Estás guapísima, hermanita.

Bezan le dio un beso y su hermano le presentó a la chica, cuyo nombre olvidó cinco minutos después, como el de las tres últimas aminovias que le había presentado.

Qué pena que no sentara la cabeza, con lo buena pareja que hacía con Alika... Pero nada, no terminaba de cuajar y dudaba que lo hiciera ya. En fin, aquel era su momento, se preocuparía por la vida sentimental de su hermano y de su mejor amiga más adelante.

La gente no se emborrachó como en otras bodas, aunque sí tuvieron subidón de azúcar a tope entre los refrescos y la maravillosa tarta, pensaba Bezan mientras veía cómo desaparecía el dulce. Que muchas veces se preguntaba por qué eso sí podía comerlo, si casi creaba más adicción que las drogas...

A pesar de que Leah y Savannah no disfrutaron especialmente, Bezan y Jeff sabían que el resto de los invitados se divirtieron mucho, al igual que ellos. Comieron, rieron y bailaron hasta agotarse y, aunque no podían permitirse un viaje de novios, irse juntos a casa con un certificado bajo el brazo era suficiente para ellos.

En la cama, Bezan miró su mano, sin anillo. Se lo había quitado al comenzar el viaje porque en todas las guías recomendaban no llevar joyas a la vista, y en aquel momento se dio cuenta de que, aunque solo era otro símbolo, quería ponérselo de nuevo.

Se acabó: hablaría con Jeff sí o sí, de aquel día no pasaba. Se levantó con determinación para marcharse a casa de su madre y así pasar por la ducha y cambiarse de ropa. Pensaba presentarse allí de nuevo para ver a Jeff cuando saliera de trabajar; en cambio, se quedó dormida en el sofá y cuando despertó era casi la hora de cenar.

Bueno, daba igual, así seguro que lo encontraba en casa.

Efectivamente, cuando aquel día aparcó por segunda vez frente a la valla blanca, vio que la luz de la entrada estaba encendida. Sonrió ante la perspectiva de verlo, decidida a no tirarse a su cuello de nuevo y tener una conversación civilizada, y entonces vio que un coche se detenía junto al suyo. Un par de segundos después, alguien descendió.

No un alguien cualquiera, no. Reconoció a la profesora que había visto con Jeff el día que llegara, solo que iba bastante mejor arreglada. Con vestido de fiesta, para ser exactos.

Inquieta, se agachó en el asiento del coche para que no la viera, aunque se dio cuenta de que, si la pillaba, estaría haciendo el ridículo.

La chica llamó al timbre y Jeff no tardó en aparecer, también bien vestido, por lo que le quedó claro que la estaba esperando. Estupefacta, lo vio subir al coche con ella y desaparecer calle abajo.

Se incorporó en el asiento y se frotó los ojos. ¿Qué era lo que acababa de ver? ¿Una cita?

No, no podía ser, Jeff no sería capaz de irse con otra después de haberse acostado con ella. O al menos, no el Jeff de antes, porque se recordó que llevaba tres años sin verlo y la gente podía cambiar.

Moviendo la cabeza, arrancó el coche y fue a la carretera sin ninguna dirección en mente, hasta que giró en una calle, decidida a ir al restaurante de Alika.

Entró arrastrando los pies y su amiga, que estaba tras la barra, la vio al instante. Se quitó el delantal y se lo dio a una de sus empleadas, indicándole que se tomaba un descanso. Acto seguido, fue a sentarse a la mesa que había ocupado Bezan con cara de funeral.

—¿Le ha pasado algo a tu madre? —preguntó.

La rubia suspiró. ¿Por qué todo el mundo asumía que las malas noticias con relación a Savannah eran inminentes? Que vale, estaba mal y no era un secreto, pero esa no era su única preocupación.

—No. Jeff —contestó.

—¿Le ha pasado algo?

—Joder, Alika, de verdad, ¡qué pesimismo tienes encima!

—Perdona, la que tiene cara de que se le ha muerto el perro eres tú ¿No será...?

—No, Baskerville también está bien.

—Menos mal, es un perro monísimo. —Le cogió la mano—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Vengo de casa de Jeff.

—Ah, ya, los papeles de divorcio.

—¿Me vas a dejar hablar?

Alika hizo un gesto de cerrar una cremallera sobre sus labios.

—Lo he visto irse en coche con una mujer. Muy elegantes, así que calculo altas probabilidades de cita.

—¿Jeff, una cita?

—Ya, yo tampoco lo creería si no lo hubiera visto. Sobre todo, después de que esta mañana nos acostáramos.

—Eh, eh, para ahí. ¿Os habéis acostado?

—Sí. —Enrojeció—. Bueno, el otro día también.

—Entonces... no hay divorcio.

—¡No lo sé!

—A ver, Bezan, normalmente soy la única que te entiende, me lo dices muchas veces. Pero es que ahora mismo no entiendo nada.

—¡Ni yo! —Cogió aire—. El otro día fue como un arrebató, ¿sabes? Hoy ha sido lento, más... íntimo.

—Claro, los arrebatos no son íntimos.

—Ya me entiendes. ¡Si me ha tapado y todo! La culpa es suya, que todavía tiene la canción de nuestra boda en el móvil.

—No me digas.

—Sí. Esta mañana he ido a hablar con él, te juro que solo quería hablar. De pronto le llamaron, sonó la maldita canción y...

—Y perdiste la cabeza. —Bezan afirmó—. Entiendo que no habéis llegado a hablar.

—Ni una palabra. —Se echó hacia delante y se frotó las sienes—. Sonreía, Alike. Cuando se ha subido al coche con ella. Joder, si hasta se me ha pasado por la cabeza seguirlos. Luego he pensado que sería como una de esas horribles películas de sobremesa, no quiero parecer una acosadora.

—Así habrías visto dónde iban y salías de dudas.

Bezan frunció el ceño.

—Eso no me ayuda.

Alike le cogió las manos para que la mirara.

—Bueno, el Jeff que conocemos no haría algo así. ¿Acostarse contigo y marcharse unas horas después a una cita con otra tan feliz? —Movi6 la cabeza—. Lo dudo. Seguro que sería Marie, es una compañera de trabajo con la que se lleva bien.

—De nuevo, eso no me ayuda. Que me digas que se lleva bien con una y que se vayan juntos a saber dónde, ¡no me tranquiliza!

—Te voy a pedir un descafeinado, que te hace falta. —Hizo un gesto a una de las camareras—. Y antes de volverte loca, habla con él. —Bezan abrió la boca, a lo que Alike negó con la cabeza—. No me vale que me digas «lo he intentado», si lo que has hecho es acostarte con él y no abrir la boca. Eso, querida, no es hablar.

Le guiñó un ojo con picardía y pidió el café con un gesto de cabeza. Al volver a mirarla, se dio cuenta de que la rubia permanecía pensativa.

—¿Qué?

—A lo mejor es así como deben salir las cosas.

—¿Y eso qué significa?

—Sé que esto que voy a decir no tiene mucho sentido... —se interrumpió con la llegada del café y los treinta segundos que permaneció la camarera allí le resultaron eternos—. Quizá tengo que dejarlo ir.

Alike la observó con suspicacia.

—Iba derecha a ver si me perdonaba y volvía conmigo, y lo cierto es que no sé si eso es lo mejor para él. Porque hoy me siento así, ¿y mañana? ¿Dentro de un mes, de un año? ¿Qué pasará si vuelvo a ahogarme?

Su amiga asimiló sus palabras.

—Volverías a romperle el corazón, ya lo sabes.

—Exacto.

—¿No confías en ti misma para quedarte?

—No confío en mí misma para nada.

—Entiendo. —Alika asintió, en cierto modo la comprendía—. Por pena que me dé reconocerlo, tienes razón. Yo no sé si esa Marie le gusta o no, pero tiene derecho a rehacer su vida si tú no te ves capaz de estar a su lado al cien por cien.

Bezan se frotó la frente, sin poder creer la decisión que acababa de tomar. Olvidaría la charla que había pensado tener con Jeff, no se cruzaría más en su camino y no lo pondría en una situación incómoda o difícil, no. Se merecía ser feliz con alguien que pudiera entregarse de forma incondicional, o al menos compartir su visión de la vida y de cómo vivirla juntos.

Y si la tal Marie era esa persona... se quitaría del medio.

Capítulo 16

—Pasad. —Leah abrió la puerta un segundo después de escuchar el timbre.

Josh y Bezan entraron al momento, como si hubiera dado una orden. Aquel tono autoritario fue una constante durante su infancia, así que no los pillaba por sorpresa. Parecía que a Leah le costaba olvidar que todos eran adultos.

La noche anterior, la hermana mayor había enviado un mensaje a ambos para que fueran a su casa a comer al día siguiente. De ese modo, los tres podían estudiar las propuestas del equipo médico respecto a su madre y no serían molestados, puesto que tanto Chloe como Amy comían en sus respectivos colegios. Prefería que las niñas no estuvieran presentes en aquella charla: presentía que no iba a ser agradable.

Solo esperaba que todos llegaran a un acuerdo, sacar mayoría con sus hermanos nunca le había salido bien en el pasado.

Examinó a los mellizos una vez dentro; Josh estaba como siempre, con esa barba descuidada que tan nerviosa la ponía. Con lo guapo que era, ¡qué manía de esconder su cara!

Lástima que su hermano no le permitiera escogerle la ropa, estaba convencida de que conseguiría mejores trabajos y alguna buena chica con la que casarse. Porque, a ese paso, veía que no acudiría a su boda jamás.

Para su sorpresa, al mirar a Bezan descubrió que esta había decidido arreglarse. Iba bien vestida, llevaba el pelo brillante y hasta vislumbró máscara de pestañas y brillo de labios. Esbozó una breve sonrisa nostálgica al recordar que, al menos durante unos meses, ambas habían compartido un breve interés por los potingues siendo niñas.

A Bezan ese interés le duró poco, por descontado. Ella estaba empeñada en perpetuar esa idea de que las chicas que leían libros y hablaban de temas inteligentes debían ir siempre a cara lavada y con vaqueros.

Leah nunca lo había confesado, pero hubiera querido tener una hermana que compartiera sus gustos. Que quisiera ser una buena madre, metida en todos los temas que competían a la comunidad, con una casa preciosa de dos alturas siempre impecable.

De niña, repasaba las revistas de decoración de su madre, e incluso a veces, si Savannah no se encontraba en casa, se pintaba los labios para hacerlo. O le cogía prestada una de sus batas de satén para así explayarse mejor en su fantasía. A veces le pedía a Bezan que se uniera a ella, si bien no tenía demasiadas esperanzas en la hermana que prefería pasar el tiempo entre libros.

Eran tan diferentes que, de no existir el parecido físico, habría jurado que no compartían genes.

Leah deseaba a alguien que la idolatrara, que la acompañara al centro comercial para elegir esmaltes de uñas y faldas bonitas, que bailaran como locas al son de los últimos éxitos de Madonna o que le pidiera consejos sentimentales.

Sin embargo, no había tenido ni una sola de esas cosas. Bezan no la soportaba y continuamente le decía que era una señorita Rottenmeier de cabello rubio. Jamás habían ido juntas a comprar ropa o maquillaje, le gustaba una música horrible que le taladraba la cabeza y tampoco necesitó nunca consejos sobre chicos. Ni sobre nada, las charlas entre ellas eran de lo más superficial. Hablaban del tiempo, de los compañeros del colegio o de lo que estuvieran viendo en la

televisión, poco más.

No le interesaban sus escritos, aunque le hubiera gustado que su hermana le ofreciera leerlos. Era posible que no entendiera ni una sola palabra, claro; sin embargo, era una demostración de afecto. Hasta donde ella sabía, ni siquiera su madre los había leído hasta esa ocasión en que se metió a registrar su habitación sin permiso y la cosa terminó con una bronca tremenda.

Pese a todo, al mirar a Bezan fue consciente de que, de alguna extraña manera, la había extrañado. Al fin y al cabo, muchas veces los hermanos no se llevaban bien entre ellos, pero seguían siendo familia. Podían no tener cosas en común, y aun así prefería tenerla cerca que lejos. Además, su comportamiento respecto al cáncer de su madre estaba siendo ejemplar. Y lo de recuperar el trabajo, otra muestra de madurez.

No podía alejarse más de los dos, no con Savannah a punto de...

—¿Os importa si comemos en la cocina?

—Pues claro que no. —Josh le dio un sucinto abrazo—. ¿Qué tal estás?

—Pareces muy, muy cansada. —Bezan imitó a Josh, sorprendida porque el gesto de estrechar a su hermana mayor había sido algo natural y no el esfuerzo sobrehumano que le había supuesto toda la vida—. Deberías darte un respiro, Leah. Al final te vas a enfermar.

Leah la miró con tristeza. Si ella supiera...

—Venga, sentaos —pidió.

Leah rodeó la encimera y abrió la nevera. La examinó con ojo crítico, preguntándose qué podía hacer que no tardara demasiado y diera buen resultado. Debería haber planificado mejor la mañana para tener listo un asado o algo así, pero había perdido más tiempo del necesario dando vueltas al tema de su madre.

Repasó las baldas, súbitamente en blanco mientras Josh y Bezan se miraban, extrañados.

—¿Sabes qué? —dijo Bezan, tras unos minutos—. ¿Qué os parece si pedimos algo? Así podemos charlar con calma y no tienes que estar pendiente de la comida.

Leah ladeó la cabeza. En cualquier otra ocasión, esa idea le hubiera arrancado un bufido; en aquel momento le resultó maravillosa.

—Por mí perfecto —añadió Josh con una sonrisa—. Tengo una aplicación estupenda donde se puede pedir de todo. Echad un ojo y decidme qué os apetece.

Los dos miraron a Leah, en espera de su respuesta.

—Estupendo. —Ella cerró la nevera con cara de alivio—. Os lo agradezco.

—En un inesperado giro de los acontecimientos, os invito —sonrió Josh, tecleando en su teléfono para abrir la aplicación.

—Vaya, eso sí que es novedad —bromeó Bezan.

Leah sonrió, olvidando durante unos segundos el motivo de la reunión. La realidad regresó enseguida, haciendo que ese pequeño alivio de la tensión se acabara.

Aguardó a que el pedido estuviera listo para sacar una botella y ponerla sobre la mesa. Bezan la miró, reticente, hasta que ella carraspeó.

—Tranquila. Es vino sin alcohol —explicó—. Como el champán que hubo en tu boda, ¿recuerdas? El que se usa para niños.

—Vamos, que su efecto será puro placebo. —Josh agarró su copa.

—Esta mañana he ido al hospital a primera hora. Mientras ella estaba en la quimio, los médicos han venido a hablar conmigo. Ya sabéis, lo del otro día, para estudiar sus opciones.

Los mellizos asintieron al mismo tiempo, con la aprensión reflejada en sus caras.

—En fin, debido a la metástasis y el... avance natural del cáncer pues... —Leah meneó la cabeza, sin saber bien cómo seguir—. Hay tres opciones.

—Vale —asintió Josh—. Adelante.

—La primera es seguir con la quimio y ver lo que dura. Ya sé que dicho así suena duro, a estas alturas no tiene sentido disfrazarlo. —Leah suspiró, ocupando un taburete mientras cogía su copa de vino—. La segunda es dejar la quimio y ver lo que dura.

Los tres cambiaron una mirada pensativa.

—¿Hay más opciones? —quiso saber Bezan.

—Sí, la tercera. Enviarla a casa y ver lo que dura.

Josh frunció el ceño al escucharla.

—En casa necesitaría asistencia médica constante las veinticuatro horas, ¿el seguro lo pagaría?

—Ese es el problema, no. Solo cubre el hospital. —Leah los miró—. He hecho números y, por mucho que me pese, se nos escapa de las manos.

Los tres permanecieron en silencio, analizando las dos primeras opciones. Leah no se atrevía a hablar por si lo que decía hacía que la miraran de otra manera. Se suponía que era la hija abnegada, la que siempre estaba del lado de su madre de forma incondicional. Lo lógico sería que alzara la mano en la primera opción, el único modo de que Savannah permaneciera más tiempo entre ellos, al menos en la teoría.

Sin embargo, su corazón pedía a gritos que la dejaran descansar. Su madre había sufrido mucho físicamente y, si le quedaban semanas o meses, lo mejor para ella era que ese tiempo estuviera tranquila. Sin náuseas, vómitos, mareos, pérdida de apetito y el resto de los síntomas.

No quería decirlo hasta ver por dónde tiraban sus hermanos, de forma que se mantuvo en silencio haciendo tintinear su copa.

Bezan abrió la boca, aunque antes de que pudiera decir nada, el timbre sonó.

—Debe ser la comida. —Josh saltó del taburete y sacó su cartera—. Ahora mismo vuelvo.

Desapareció camino del porche, dejándolas solas.

Leah continuó jugueteando con el vino, nerviosa. Bezan no le quitaba ojo, se sentía como un mono en un zoo.

—¿Qué tal va todo en casa? ¿Chloe sigue igual?

—Ya se le pasará. Es una adolescente, es normal que odie a su madre.

—Desde luego en nuestra familia lo es, sí —bromeó Bezan—. ¿Y Michael?

—¿Por qué me preguntas por él?

—Bueno, el día que vinimos a comer lo vi distinto, no sé.

—Tiene mucho trabajo.

Leah prefería usar frases cortas para no hablar más de la cuenta. ¿Qué iba a decirle, que Michael y ella apenas hablaban? Hacía tanto tiempo que no se tocaban que se le había olvidado cómo era acostarse con él. Y eso dolía.

No sabía bien en qué momento había empezado la distancia entre ellos, pero ya no podía negarla. Michael se pasaba el día fuera: trabajo, un partido, una cerveza con los compañeros, una reunión de amigos, una cena de empresa... tenía montones de excusas y planes con los que dejarla fuera de su vida, y Leah no sabía arreglarlo.

Desconocía la manera de recuperar a su marido y que volvieran a acercarse. En algún momento la había querido, eso lo sabía, ¿cuándo se había estropeado todo? ¿Tenía arreglo?

Su cerebro no computaba la idea de que alguien no la quisiera porque, ¿cómo no hacerlo? Hacía todo lo que tenía que hacer. Mantenía su casa perfecta, su aspecto perfecto. Las reuniones y el jardín, perfectos. Todo perfecto, al igual que su madre.

Sí, quizá Chloe estuviera en una mala racha, pero de verdad creía que pasaría. Al igual que Michael, cuando ella pudiera relajarse trabajaría a fondo en su familia. Se lo prometía a sí misma

todas las noches, no deseaba perder a ninguno.

Josh regresó con un par de bolsas que depositó sobre la mesa de la cocina.

—Muy bien, chicas, aquí tenéis —comentó—. Un *poke* de pollo para la hermana mayor siempre preocupada por la línea, unos fideos chinos para Bezie y una hamburguesa llena de calorías para el inmaduro de Josh.

Leah esbozó una breve sonrisa y repartió servilletas. Miró el armario, dudando entre si sacar platos o no, hasta que Bezan le dio en el brazo.

—Mejor no, así no hay que recoger después —explicó.

—Es que comer del envase no sé...

—Yo estoy acostumbrada. No he visto vajilla ni cubertería decente en tres años —sonrió la chica—. Venga, vamos a lo importante. Opción uno, ¿qué pensáis?

El silencio regresó, plomizo como una calurosa tarde de verano. Estaba claro que ser el primero en decirlo resultaba complicado.

—Está bien, lo diré yo —decidió Bezan—. La quimio no hace otra cosa que destrozarla más. Si el final va a ser el mismo, voto por dejarla tranquila el tiempo que le quede.

Leah dejó escapar el aire de los pulmones y se concentró en mirar su comida para que las emociones no la traicionaran. Jamás había llorado ante sus hermanos, no quería empezar ese día.

—Estoy de acuerdo —apoyó Josh—. Me refiero a que, ¿de qué sirve ganar un mes o dos si ese tiempo está tan mal?

—Tampoco hay garantía de que ganara un mes o dos —se apresuró a decir Leah—. Es impredecible, no se sabe cómo acertar. Quizá cortemos la quimio y muera mañana, o no. Y seguir con ella no garantiza tiempo.

—Debemos hacer lo mejor para ella, y creo que todos estamos de acuerdo en que verla así no lo es —siguió Josh.

—¿Creéis que estará de acuerdo en esto? —Leah vaciló.

—Es mamá, nunca se sabe. —Bezan se encogió de hombros—. Aun así, la veo bastante débil.

—Podemos comentarlo con ella a ver qué le parece —sugirió Josh—. Si quiere seguir con la quimio, pues oye... aunque algo me dice que estará conforme.

—Entonces, estamos de acuerdo los tres en proponer la opción dos.

Ninguno llegó a corroborarlo porque el sonido de la puerta cerrándose con fuerza hizo que miraran en dirección a la entrada de la cocina.

Leah bajó del taburete, sorprendida. A esas horas no solía haber nadie en casa, y abrió los ojos como platos al ver a Chloe aparecer en el dintel de la puerta. Llevaba el uniforme escolar puesto, los labios pintados de negro como siempre y la mochila colgada en la espalda.

Su cara era una máscara de rabia y furia.

—¡Chloe! ¿Qué haces aquí?

—Papá y yo habíamos quedado para comer hoy juntos.

—No sabía nada.

—Claro, qué vas a saber tú, ¡siempre pensando en tus cosas! —exclamó Chloe, dejando caer la mochila al suelo para acercarse a ella—. Gastas tanta energía en parecer perfecta que no me extraña que tengas que visitar a un loquero todas las semanas.

—¡Chloe! —gritó Leah, furiosa.

—¿Qué? ¿Qué pasa, no lo saben? —La adolescente miró a Bezan y Josh—. ¿Es que no os ha contado nada sobre sus chifladuras? ¿No os ha comentado que lleva más de un año en tratamiento con un psicólogo porque está más loca que un cencerro?

Leah apretó los puños. Sentía deseos de abofetear a su hija hasta que cerrara el pico. No podía

hacerlo, obvio, ella no era ese tipo de madre.

—Oye, no le hables así a tu madre —la regañó Josh.

—Ja, no dirías eso si tuvieras que vivir con ella —acusó Chloe—. Aunque seguro que vosotros dos sabéis bien de qué hablo, ¡es igualita que la abuela!

—Chloe, más vale que recojas tu mochila y vuelvas al colegio —dijo Leah.

—Papá me ha contado lo del divorcio —soltó ella.

Durante unos segundos, ninguno dijo nada. Bezan sentía que ni ella ni Josh deberían estar allí, pues aquello era un tema familiar. Además, era obvio que Leah no quería compartirlo con ellos, porque... ¿un año en tratamiento con un psicólogo? ¿Michael le había pedido el divorcio?

Dios mío, a ese paso las dejarían a las dos. Algo no iba bien con las mujeres de la familia Dulay cuando todos los maridos escapaban de su lado.

Miró a su hermana, cuyo rostro pálido la hacía parecer una chiquilla desvalida.

Y de pronto, al ver su expresión, lo comprendió.

—¿No lo sabías?

Leah fijó sus ojos en Chloe, que estaba cruzada de brazos.

—¿Divorcio?

—Sí. Me ha llevado a comer y en mitad de la puta comida me ha dado la noticia. Dice que te ha dejado los papeles en la mesa del comedor para que los vieras.

Leah salió de la cocina, prácticamente llevándose por delante a su hija. Fue al comedor para comprobar si aquella locura era real o solo otra manera de Chloe de torturarla... y allí, debajo de la fuente de plata grabada con la fecha de su boda, halló una carpeta.

La cogió, apretándola contra su pecho y sin poder creerlo. Michael ni siquiera había hecho el intento de hablar con ella, de explicar los motivos de querer dejarla, de hablar entre ambos de la posibilidad de arreglarlo.

No, solo había depositado la carpeta sobre la mesa para después ir a trabajar como cualquier otro día normal.

De reojo vio que sus hermanos la habían seguido al salón, al igual que Chloe.

—Eso no es todo —habló de nuevo esta—. Dice que los leas bien y llames a un abogado, porque piensa pedir la custodia.

Leah se giró a la velocidad del rayo.

—¿Qué? ¡De eso nada! ¡Vosotras no vais a ninguna parte!

—Pues yo ya le he dicho que prefiero vivir con él.

—¿Qué? ¡Tienes quince años, debes estar con tu madre!

—¿Por qué? ¿Por esa manía arraigada de que las madres quieren a sus hijos por encima de todo? —La chica negó con vehemencia—. Yo no estoy de acuerdo, ¡para nada! Un hijo debe vivir con quien más feliz sea, en este caso es papá.

Leah hizo un esfuerzo por reprimir las lágrimas.

—No tienes ni idea de lo que dices —murmuró.

—¿No? Si quieres saber lo que es vivir contigo, pregúntaselo a la tía Bezan. Es lo mismo que vivir con la abuela, solo que no desde tu posición de hija favorita, sino de la suya.

Bezan miró hacia otro lado, incómoda. Le rompía el corazón ver la manera en que Chloe le hablaba a su hermana. Por otro lado, era cierto que Leah era un calco de su madre. Y poco o nada bueno podía decir respecto a eso. Sabía que Leah amaba muchísimo a sus hijas, algo que ella jamás había sentido por parte de Savannah. También cabía la posibilidad de que su madre no hubiera sabido demostrarle su cariño.

—Ya hablaremos de esto luego con tu padre, Chloe —dijo Leah con tono firme.

—¿Luego? Papá se ha llevado parte de sus cosas esta mañana. No va a volver a casa y, de hecho, no tiene la menor intención de arreglar nada. Me lo ha dicho él mismo con esas palabras.

—Ya basta, Chloe —intervino Bezan—. No es necesario ser tan cruel.

—Solo digo lo que me han explicado a mí. Papá ya tiene un piso y parte de sus cosas allí, y supongo que si mamá hubiera prestado atención lo habría visto venir... pero sacar brillo a la plata de forma obsesivo-compulsiva consume mucho tiempo y energía.

—No irás a vivir con él —advirtió Leah.

—Como quieras. —Chloe la miró con cara de suficiencia—. Puedes retenerme aquí, aunque sabes que no durará mucho. Pienso decirle al juez que prefiero vivir con él, así que solo estás retrasando lo inevitable, y en el camino harás que todavía te odie más.

Chloe recogió su mochila del suelo y volvió a colgársela de los hombros.

—Me vuelvo a clase —informó—. Solo he venido para ver si lo sabías y habías evitado decírmelo, ya veo que te ha sorprendido. A mí no, la verdad.

Hizo un gesto de saludo con la cabeza en dirección a Josh y Bezan, que continuaban mudos por lo que acababan de escuchar. Ninguno sabía bien cómo reaccionar porque era inaudito que algo en la vida de Leah no fuera perfecto.

Al menos, de puertas para fuera era lo que daba a entender. Como un coche bonito y brillante con el motor hecho polvo.

Leah continuaba con el sobre apretado contra su pecho. En cuanto la puerta de la entrada se cerró, se dejó caer en el sofá con lágrimas en los ojos.

Josh miró a Bezan, incómodo por no saber qué decir o hacer. Nunca había sabido lidiar con situaciones delicadas; a pesar de todo, hasta él entendía que debían estar junto a Leah en ese momento.

Se sentaron uno a cada lado, intentando confortarla.

—Es culpa mía —susurró Leah—. Sabía que lo estaba estropeando, cada día un poco, como cuando tienes termitas y el destrozo va lento. No parece importante porque es leve, hasta que todo se desmorona y descubres que el agujero es enorme, solo que no lo has visto venir.

—Todos los matrimonios sufren baches. —Josh le frotó el brazo—. Mira Bezan y Jeff, también están en un proceso similar.

—No se parece en nada —cortó ella—. Jeff lleva año y medio con esos papeles metidos en el cajón y sin decidirse a enviarlos. Ni siquiera los habría sacado de no haberle llamado yo para averiguar su dirección.

Miró a Bezan, que trataba de procesar esa nueva información.

—¿Sabes la suerte que tienes? —le dijo, enfadada—. ¿Los años que hace que Michael no me mira de esa forma? Y tú vas y lo estropeas por pasearte por el mundo.

—Bezie no tiene la culpa de lo que sucede en tu familia —intervino Josh en tono amable—. Nos gustaría que te desahogaras con nosotros, Leah, a ser posible sin atacar.

—No pretendo atacarla, solo que se dé cuenta de que algunas soñamos con tener lo que ella no cuida. —Leah negó con la cabeza, sin dejar de llorar—. No podré con esto. No voy a poder.

—¿Lo del psicólogo es verdad?

—Sí. El año pasado tuve un principio de depresión —lo explicó en tono inexpresivo—. Me recomendaron ir a terapia, además de la medicación. Lo de mamá ha sido muy duro, muy largo, y no podía más.

Se frotó las mejillas, desesperada.

—¡He intentado solucionarlo! —protestó—. ¡He hecho todo lo que el psicólogo me dijo! Traté de no cargar con toda la responsabilidad, tanto física como mental. Hasta te hice venir, no solo

porque mamá estuviera mal, sino porque te necesitaba. Yo sola no podía con todo.

Josh la rodeó con el brazo.

—También es culpa mía. Podía haber hecho mucho más —suspiró—. Siempre parecías tenerlo todo bajo control y yo creí...

—Lo de pedir cosas nunca se me ha dado bien.

Bezan observaba a los dos sin saber qué decir. Apenas podía creer el hecho de ver a Leah derrumbarse de esa manera. No podía culpar a Chloe, estaba convencida de que vivir con ella era una pesadilla, pero... Leah había hecho lo posible, seguro.

Ser una mujer diez a todas horas, en todo momento, debía ser una enorme presión. Y tragarse la enfermedad de su madre casi entera había terminado por desquiciarla.

Lo peor era haber perdido a su familia en el proceso.

En ese momento, mientras veía a Leah derramar lágrimas en su impecable comedor, recordó las veces que ella se había sentido de igual modo. La primera vez que creyó haber perdido a Jeff en el peor verano de su vida, o las broncas durante los primeros años tras la boda, cuando no se ponían de acuerdo en nada.

Esa etapa fue difícil. Se casaron jóvenes y apenas tenían nada con lo que avanzar. Empezaron con un piso de alquiler tan pequeño que solo tenía una habitación. Tampoco necesitaban mucho más y eran felices por tenerse el uno al otro.

Ella consiguió trabajo en el hospital mientras Jeff lo hacía como profesor de primaria. No entraba demasiado dinero en casa, pero él no quería dejar de formarse, así que los dos primeros años se hicieron cuesta arriba. Trabajaban horas y horas para pagar el alquiler y las facturas, algo frustrante para ambos.

Sin embargo, las cosas mejoraron cuando Jeff consiguió trabajo como profesor de secundaria en el instituto de Nashville. A Bezan la hicieron fija en el hospital, con lo cual entraba en los turnos nocturnos y festivos, algo que también se notaba mucho en la nómina.

Cambiaron de piso y consiguieron uno más grande, ahí comenzaron a estabilizarse... hasta que Jeff terminó de pagar el préstamo estudiantil y quiso organizarle la vida de arriba abajo sin su permiso.

Pese a todo, durante esos años, no habían dejado de estar juntos. Estar juntos de verdad, de hablarse, tocarse, abrazarse y seguir unidos. Jamás se iban enfadados a la cama o sin discutir de cualquier tema que pudiera crear malestar.

Jeff nunca perdía el brillo de sus ojos al mirarla, hiciera lo que hiciera, pasara lo que pasara.

Excepto en el presente, claro, y se lo había ganado a pulso. Si fuera capaz de explicarle lo que había tirado de ella dificultando su regreso, sabía que la entendería.

Entonces, ¿por qué no era capaz de ser sincera, de intentarlo al menos? ¿Tanto temía el « no », o quizás la asustaba más todavía recibir un « sí »? ¿Volver a sentirse atrapada?

Regresó su atención a Leah, cuyo dolor era tan real. No deseaba acabar como ella, pese a que iba por el mismo camino, y tampoco era tan tonta para pensar que no tenía defectos al igual que su hermana. Todos los tenían.

Leah se levantó del sofá, dejó el sobre encima de la mesita y se encaminó a las escaleras. Aturdidos, los mellizos la siguieron, preocupados de que cometiera alguna estupidez. Ella entró en su habitación y fue directa a abrir el armario.

Pasó la mano por las perchas, consciente de los huecos entre unas y otras.

—Ni siquiera me he dado cuenta —susurró, con voz entrecortada.

Giró hacia el pasillo y cruzó hasta el despacho de Michael, donde también entró. Su portátil no estaba sobre el escritorio, al igual que gran parte de sus papeles. Y los que quedaban, Leah estaba

segura de que eran viejos o poco importantes.

Michael se había ido difuminando ante sus narices sin que se diera cuenta, concentrada en sus propias preocupaciones.

Cuando le proponía irse de vacaciones juntos y ella le decía que no, que era un gasto innecesario ya que tenían un jardín precioso y la piscina municipal.

Cuando intentaba tener un momento de pasión sin planificarlo y ella le decía que no, que para eso existían las camas.

Cuando se tiraba a jugar en el suelo con las niñas y ella le decía que no, que salieran al jardín para no desordenar ni manchar el salón.

Cuando le sugería que contratara alguna persona que cubriera turnos de hospital para así verse más a menudo y ella le decía que no, que era su obligación de hija.

Cuando le pedía que no gritara a las niñas y ella le decía que no se metiera en la educación de sus hijas.

Tenía mil frases como aquellas, todas retumbaban en su cabeza. Se apoyó en el escritorio, derrotada al darse cuenta de que acababa de perderlo todo: su familia, su vida.

Bezan y Josh corrieron a su lado, alarmados al ver que volvía a llorar con fuerza.

—Tranquila —dijo él, haciéndose cargo de la situación.

La abrazó y le acarició el pelo con palabras de consuelo, tal y como había hecho tantas veces en el pasado con Bezan. Se le daba muy bien, la rubia lo recordaba, y lanzó a Josh una mirada de aprobación.

Leah tardó un buen rato en calmarse. Al final se separó de Josh con expresión avergonzada.

—Siento haberme puesto así —se disculpó.

—Bueno, es muy duro. No te preocupes, los hermanos estamos para estas cosas.

Ella miró el reloj.

—Joder, tengo que ir a recoger a Amy —murmuró—. No puedo ir con la cara así.

—Iré a por unos pañuelos —se ofreció Josh.

—Y tráeme el colirio, por favor. Está en el armario del lavabo, segunda balda.

Josh desapareció en dirección al baño. Bezan se aproximó a su hermana, que en ese momento miraba con fijeza una foto sobre el escritorio de Michael, una que reunía a toda la familia en una estampa idílica.

—No se la ha llevado —observó, dolida.

—Siento mucho esto, Leah. Si necesitas algo, cualquier cosa... estoy aquí.

Leah sacudió la cabeza con una mueca escéptica.

—Apoyas a Chloe, seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Debes sentirte identificada con ella. ¿Realmente odiabas a mamá cuando éramos crías?

Bezan se dio cuenta de que aquella pregunta era importante para Leah. No podía responder a la ligera, tampoco mentir para que se sintiera mejor.

—Sí —dijo, después de vacilar unos segundos—. La odiaba. Y también la quería.

—Sin embargo, nunca has querido estar con ella una vez te marchaste de casa. ¿Es eso lo que me espera con mi propia hija? ¿Va a odiarme sin más?

—No creo que eso sea así, Leah. Chloe está muy enfadada y el tema del divorcio le ha afectado mucho. Cuando se calme podréis hablar.

—No sé.

—Eso sí, te recomiendo... bueno, intenta ser menos...

—¿Menos yo?

—Tiene quince años. No intentes doblegarla o será peor. —Le frotó un brazo.

Leah tenía cara enfadada y abrió la boca para gritar que no necesitaba consejos, y menos de una persona tan díscola como ella.

—No quiero perderla —balbuceó, rompiendo a llorar de nuevo.

—No lo harás. Pondremos de nuestra parte para que eso no suceda.

Vacilante, Bezan se aproximó a ella. Esas cosas no se le daban tan bien como a Josh, aparte de que no recordaba haber tenido que consolar a su hermana jamás, pero le dolía verla llorar de aquel modo tan amargo.

Le rodeó los hombros con el brazo y Leah apoyó la cabeza en su hombro. Estaba siempre tan tensa que sintió cierto alivio de inmediato, no solo porque su hermana pequeña le demostrara que le importaba, sino por lo que sus palabras significaban: que no tenía intención de volver a marcharse. O que, al menos, se lo planteaba.

Era importante. Por primera vez en su vida, Leah se daba cuenta de que iba a necesitar mucho a sus hermanos.

Se dejó consolar hasta que un carraspeo hizo que miraran hacia la puerta, donde Josh sujetaba el colirio y los pañuelos.

—¿Operación « recomponer a Leah » ? —dijo, tratando de aligerar el ambiente.

Ella empezó a reírse sin dejar de llorar y tardó unos minutos en calmarse. Josh le tendió los pañuelos y ella se limpió la cara.

—¿Alguien me ayuda con esto? —preguntó, señalando el colirio—. Con los nervios que tengo, seguro que me saco un ojo.

—Yo me ocupo, Bezan es tan bajita que no llegaría —se burló Josh.

Ella lo empujó como respuesta y después observó la forma delicada en que el chico echaba el colirio en los ojos de Leah. Esta parpadeó unos segundos hasta que le hizo efecto y miró a sus hermanos.

—¿Tengo mejor cara?

Ni de broma la tenía: los ojos seguían enrojecidos, el cabello despeinado y la cara hinchada por el llanto, más ninguno quiso decírselo.

—Oh, Dios mío —exclamó Leah al mirarse en su espejito de mano.

—Tengo una idea. —Bezan carraspeó—. ¿Qué os parece si vamos los tres a buscar a Amy y la invitamos a un helado? Así estará distraída hasta que estés más calmada.

Leah procesó la información despacio.

—Sería perfecto, sí. ¿Queréis?

—Yo estoy libre y nunca digo no a un helado —se apresuró a decir Josh.

—Vale. Dejad que me ponga otra blusa, la tengo mojada.

Leah salió de la habitación, recuperando parte de su paso digno. Josh se apoyó en el escritorio junto a Bezan.

—¿Hablabas en serio? —quiso saber.

—¿Cuándo?

—Cuando le has dicho que pondremos todo de nuestra parte para que no pierda a Chloe. Porque eso, querida hermana, es una especie de promesa respecto a quedarte.

Bezan se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Me alegro mucho de oírlo. —Josh la besó en la frente—. Ahora puedo decírtelo, entonces.

—¿Decirme qué?

—Que llevo tres años sintiendo que me falta algo importante y desde que has vuelto esa

sensación ha desaparecido. Por favor, quédate.

—Depende de más factores, pero... lo estoy pensando.

—Me sirve por ahora.

La apretó contra él y Bezan se relajó. Aún no tenía decidido nada, claro, aunque era cierto que valoraba la posibilidad. Y si Josh le perdonaba su estampida de tres años atrás, mejor.

Ojalá pudiera conseguir lo mismo de Jeff, pese a la decisión tomada.

Lo que si empezaba a comprender era que, a pesar de todos los problemas pasados, de alguna manera extraña su familia la necesitaba. Por parte de Josh no era una sorpresa, por parte de Leah una muy grande. Hasta su madre parecía relajarse, una vez aceptada su presencia. Así que, quizá no era una locura pensar en quedarse por ellos, tal vez llegar a la edad adulta era la clave para que la convivencia fuera buena.

Capítulo 17

« He tardado una semana en ponerme a escribir porque resulta complicado poder expresar con palabras lo que este lugar me hace sentir. Si tengo que ser sincera, llegué a Varanasi por casualidad, ya que pretendía ir a Jaipur. Leí bastante en su momento sobre lo majestuosos que son sus edificios rosados y esos palacios reales, y ya iba tocando algo de realeza en este viaje, así que era mi primera opción. Sin embargo, los horarios de vuelo no me acompañaban y debía esperar un día. Y sí, seguro que suena exagerado decir que no me apetecía perder veinticuatro horas, aunque es la verdad. Voy contrarreloj, me he entretenido tanto que todavía no he visto todo lo que me había propuesto y ya he cumplido el año viajando, de forma que cada minuto cuenta. Pregunté qué vuelo salía antes y resulta que era Varanasi. Consulté en el móvil algo sobre ese sitio y todo parecía muy espiritual... adelante, compré el billete y al avión. No es la primera decisión equivocada que tomo, porque ha sido una semana difícil de definir. »

—¿India? ¿Allí no hay temperaturas extremas?

—Sí, es como estar en el infierno. El calor que hace aquí es una broma en comparación.

—¿Y quién en su sano juicio querría viajar allí? Lo poco que he visto no resulta muy apetecible —comentó Savannah.

Bezan le lanzó una mirada a medio camino entre la sonrisa y la mueca. Ya no le irritaban las constantes interrupciones de su madre, sobre todo ahora que tenía mejor color y el ánimo un poco más alto. Era pronto para que la interrupción de la quimio quedara de manifiesto con tanta claridad y, a pesar de todo, Savannah parecía más despejada.

—A Varanasi se la considera la capital espiritual de la India. Atrae montones de visitas, incluso peregrinos hindúes que se bañan en el río Ganges.

—¿Todo el mundo se baña ahí? Qué poco higiénico.

Bezan volvió su atención a las páginas de la libreta. Si su madre supiera... lo iba a escuchar de todos modos, porque allí hasta se había sentido enferma en varias ocasiones. Si echaba la vista atrás, recordaba al profundo impacto que sufrió en aquel lugar y cómo este destrozó todos sus esquemas al mostrarle una realidad que nunca se había atrevido a imaginar. Incluso en ese momento, sentada en una incómoda butaca de un hospital en Nashville, no terminaba de creerse el año vivido allí.

Paseo los ojos por los párrafos, buscando alguna frase censurable. No se sabía las libretas de memoria, mas estaba segura de que en su día había escrito cosas que mejor se quedaban con ella. Estaba convencida de que con el texto sobre Varanasi había material suficiente para que su madre pusiera el grito en el cielo.

—¿Sigo leyendo o prefieres que te lo cuente?

—Sigue. Me gusta oír lo escrito, es como un libro.

Bezan estuvo a punto de responder « gracias », aunque se contuvo. No quería que Savannah respondiera « No me refería a eso » o alguna lindeza por el estilo.

Apoyó la espalda en el sofá mientras su madre hacía lo mismo contra la almohada de la cama.

— « Lo primero que voy a decir es que la India está muy mitificada. Supongo que cuando estás echando un vistazo a los catálogos de viajes con intención de planificar tus vacaciones no piensas

demasiado en las condiciones del lugar al que viajas. Te crees por completo lo que te venden en las agencias de viaje, claro... yo, sin ir más lejos, pensaba que iba a encontrar calles serpenteantes, templos dorados y las aguas sagradas del Ganges. Y bueno, existe otra parte, una de la que nadie te habla, de la que nadie te previene. Una parte muy dura que te deja tocada. »

Savannah ladeó la cabeza con curiosidad. Algo en su tono le dejaba claro que, a pesar del tiempo transcurrido, a Bezan aún le afectaba aquella etapa de su vida.

— « La historia de Varanasi es bastante curiosa. Ya he dicho que es un lugar de constante peregrinaje, y es porque tiene categoría de ciudad santa. Resumiendo, según la mitología hinduista, la mano izquierda de la esposa de Shiva se suicidó y cayó en esta ciudad y, además, cada divinidad tiene su propio templo. Así que, según el hinduismo, todo el que muera en Varanasi o a menos de sesenta metros de la ciudad se salva del ciclo de reencarnaciones. Y el río Ganges se considera purificador de pecados, por eso tanta gente se baña ahí. Se baja por los *ghats*, que son las escaleras que llegan hasta el río, y cada una de ellas tiene su historia y función. Si quieres ver a hombres y mujeres con sus baños purificadores, un buen momento es al amanecer. Además, rinden tributo a Surya, dios del sol. »

—Repito, ¡qué antihigiénico!

—El río Ganges es uno de los lugares más contaminados que hay, sí.

—Espero no escuchar ninguna línea sobre el baño que te diste para purificar tus pecados.

—Tranquila. —Bezan no pudo evitar una sonrisa—. No metí ni un dedo.

—Bien, no todo está perdido.

Savannah miró al techo, ladeando la cara para ocultar una minúscula sonrisa. No podía permitir que Bezan se percatara de lo mucho que empezaba a disfrutar con sus historias. Continuaba pensando que largarse y desaparecer tres años había sido un error, pero también veía lo mucho que la experiencia había enriquecido la vida de su hija. Y ella, postrada en cama, de alguna extraña manera, estaba recorriendo todos esos lugares de su mano y voz. A veces solo necesitaba cerrar los ojos para tener una imagen nítida del sitio que Bezan describía, y aunque no estaba preparada para admitir que era una excelente redactora, si podía disfrutar de ello.

— « Nada más llegar, me he dado cuenta de que el calor es tan sofocante que parece caerte encima. Nunca había sentido algo así, hasta respirar cuesta... »

Bezan recordó su llegada con una mezcla de melancolía e incomodidad. Había encontrado un alojamiento barato cerca de uno de los más frecuentados *ghats*. El precio era irrisorio, unos cuatro dólares por noche al cambio, lo que producía desconfianza pese a las buenas opiniones. No tardó en descubrir el motivo: las habitaciones eran diminutas y el salón y cocina eran compartidas, pero al menos tenían baños privados y ofrecían desayunos tipo bufé.

Nada más llegar al Stay Inn Heritage, los dos empleados la recibieron con mucha amabilidad y le mostraron el salón, donde había varias personas sentadas charlando, con toda seguridad viajeros como ella. Los turistas de vacaciones preferían hoteles menos sencillos. Después de unas breves indicaciones, Bezan entró en su cuarto, de una simpleza que rallaba en la austeridad, y se desvistió para darse una ducha. Tras cambiarse de ropa y coger su bolso, salió de nuevo al salón para buscar alguna guía con la que poder orientarse mejor. Atardecía y le habían recomendado ir al río Ganges a observar una ceremonia llamada *Ganga aarti* que tenía lugar al ponerse el sol.

—¿Primera vez en la India? —escuchó tras ella.

La chica se giró, sobresaltada. Un hombre de unos treinta y pocos años permanecía apoyado contra el sofá y la observaba con expresión divertida. Tenía la tez tan morena que parecía un surfista sacado de las playas de Malibú, y unos ojos oscuros y vivaces.

—Pues sí —respondió, escueta, volviendo su atención a los papeles que tenía entre manos.

—¿Quieres que te explique...?

—No, gracias.

—Solo pretendía...

—Gracias —repitió Bezan con un gesto cortés—. Me arreglaré sola.

Él alzó las palmas, claudicando.

—Muy bien, veo que no necesitas nada de nadie —dijo, sin quitar su sonrisa.

Dos personas aparecieron en la entrada, así que el chico hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y desapareció con los recién llegados.

Bezan siguió mirando la guía, preguntándose si tanto tiempo sola la habría convertido en una maleducada. Ya no distinguía a los tipos que pretendían ser amables de los que solo buscaban ligar con ella, en absoluto. Y aunque no había tenido mayores problemas, una no se sacaba de encima a los moscones ni dando la vuelta al mundo.

Apretó los mapas contra ella. Si Jeff estuviera allí, no le harían falta. Porque él se habría encargado de investigar hasta la más mínima curiosidad sobre el lugar e iría dando detalles y pinceladas a cada paso que dieran.

Llevaba un año fuera y empezaba a hacérsele duro, más de lo que podía expresar. Trataba de pensar lo menos posible en ello porque no conducía a ningún lado, pero era algo visceral y no podía evitarlo: él llevaba en su vida tanto tiempo que su ausencia era dolorosa, tanto que a veces podía notarlo hasta físicamente. Cuando pensaba demasiado en Jeff, se quedaba sin aire y la tentación de volver se volvía urgente, necesaria.

Necesitaba verlo, hablar con él. Porque las escasas charlas telefónicas resultaban insuficientes, y casi siempre infructuosas debido a problemas externos como diferencias horarias, coberturas pésimas o interrupciones que hacían desaparecer a la otra persona de la línea.

Quería volver a su lado, a pesar de no haber recorrido todos los sitios que tenía en mente al partir. Extrañaba sus abrazos, sus caricias despistadas, sus besos y, por descontado, los momentos de pasión. De hecho, muchas noches no podía pensar en otra cosa. Por el día, estaba entretenida; sin embargo, al acostarse tenía tiempo... entonces, la cabeza y una buena parte de su cuerpo se le iban hacia recuerdos que desembocaban en una gran frustración.

Llevaba un año fuera, era el tiempo que le había prometido y quería cumplir su palabra. Quizá Varanasi fuera la última visita.

La rubia sacudió la cabeza para eludir aquellos pensamientos y salió, dispuesta a recorrer la ciudad. No tuvo que caminar demasiado hasta que dio con el *ghat* principal y el río Ganges se materializó ante sus ojos.

Recordaba las fotos sobre el lugar, hechas por un profesional que destacaba los colores de las viviendas y convertía el humo en un exótico aderezo.

La realidad no tenía nada que ver, Bezan se sintió como si estuviera en otro planeta. A cada paso que daba, la agobiante cantidad de gente le producía todavía más calor, y le costaba moverse entre ellos. Adultos y niños semi desnudos, algunos tirados en las escalinatas y otros metidos hasta la cintura en el río, mientras los turistas se abrían paso entre ellos con las manos llenas de *souvenirs*.

Las mujeres lavaban sábanas y platos en el río; al mismo tiempo, otras personas bebían ese mismo agua.

El ruido continuo y la humedad no ayudaban a que se relajara, como tampoco lo hacía ver a mujeres con sus bebés muertos en brazos o ancianos a los que faltaba alguna extremidad sentados en el suelo.

El humo era continuo y Bezan buscó con la mirada hasta que divisó una zona donde estaban

quemando cuerpos. Los amontonaban antes de prender fuego.

Permaneció inmóvil, sin poder creer lo que veían sus ojos. Apartó la mirada, aunque aquello no sirvió de mucho, pues justo en el lado contrario estaban arrojando cuerpos al río.

Algo había leído al respecto, claro, pero una cosa era leerlo y otra verlo. No tenía palabras para expresar el alud de sensaciones que le producía todo aquel espectáculo de terror, ver cómo terminaban de quemar un cadáver para inmediatamente pasar a otro, excepto los que arrojaban al río, donde quedaban flotando entre las barcas que usaban los turistas.

Bezan sintió que el estómago se le revolvía ante aquella visión, y es que aquello le parecía de todos menos sagrado. Las cenizas de los incinerados terminaban también allí.

Aturdida por no terminar de procesar lo que veía, Bezan retrocedió dispuesta a alejarse de ahí. Casi chocó con un hombre que, lleno de malformaciones, se sentaba contra una pared de piedra. La joven murmuró una disculpa y giró en otra dirección justo cuando se formaba cierto revuelo en las escaleras principales. Un grupo de hombres vestidos de amarillo colocaba velas y alfombras para dar comienzo a la ceremonia de la que le habían hablado a Bezan en el hotel. Los turistas se arremolinaban alrededor para poder contemplarla: a ella se le habían quitado las ganas después del despliegue de cadáveres contemplado.

Abandonó la zona llena de gente y decidió regresar al hotel. Era pronto para acostarse, pero necesitaba distraerse con otra cosa.

—*Sushree, sushree* —escuchó, a su espalda.

Se dio la vuelta para ver a un niño con los brazos extendidos. Estaba sucio y desvestido, con expresión de súplica en su pequeña carita.

—*Kya aapake paas sikka hai?*

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada—. Perdona, no te entiendo...

El niño la miró y señaló su propia mano. Bezan dedujo entonces que pedía dinero, aunque no había tenido tiempo de cambiar la moneda y no llevaba rupias encima, solo dólares. Vaciló unos segundos antes de coger su bolso, justo en el momento en que vio a otro niño acercarse.

—*Ek sikka, sushree* —repitió este, al igual que su compañero—. *Kpaya! Ham bhooke hain!*

Señaló su boca y después del estómago. Bezan se dio cuenta de que otro par de niños se aproximaban a ella, lo que le produjo cierta inquietud. Les daría un par de monedas y se marcharía al hotel, no le apetecía quedarse más allí en ese momento.

Sacó la cartera para buscar el dinero, mas no llegó a abrirla porque una mano apareció por su derecha y se la arrebató. El grupo de niños echó a correr a toda prisa, formando una pequeña y compacta nube de piernas y brazos diminutos que se afanaban en huir de ella.

—¡Joder! —exclamó ella, furiosa—. ¡Eh, volved aquí!

No podía permitir que volvieran a robarle la documentación y pasar de nuevo por los problemas que sufridos en Bangkok. Echó a correr tras ellos a toda prisa sabiendo que tenía las de perder, pues a buen seguro conocían callejuelas y lugares por donde darle esquinazo.

Entonces oyó un chillido infantil y se apresuró a seguir adelante. Unos metros más allá, el hombre del hotel mantenía atrapado al pequeño ladrón con una mano. Con la otra, mantenía en alto la cartera robada.

Bezan llegó hasta ambos y se detuvo al reconocerlo.

—Ten, tu cartera —dijo, lanzándosela—. He cogido a este pequeño bribón, ¿qué quieres que hagamos con él?

El niño se retorció de forma inútil, gimoteando, aunque paró en seco al ver que Bezan abría la cartera. Sus ojos se agrandaron cuando ella le entregó un par de monedas, que atrapó sin dudarle un segundo. El hombre lo soltó y los dos observaron cómo desaparecía a la carrera.

—No eres rencorosa —comentó él, otra vez sonriendo—. Y nos vemos otra vez.

—Seguro que por casualidad.

—Te he visto entre la gente. No parecía gustarte demasiado el espectáculo. —Ella negó—. Algunos niños actúan en grupo para robar, solo quería asegurarme de que eso no pasaba.

Ella se cruzó de brazos.

—Pues gracias. Ya me robaron hace poco y no fue nada agradable, la verdad. Pasé un mal rato en la comisaría de Bangkok.

—Sí, en muchos sitios si no pagas lo tienes difícil. Soy Bastian, por cierto. Bastian Müller.

Le tendió la mano, que Bezan estrechó no sin cierta reticencia.

—¿Estás de vacaciones?

—No exactamente, aunque esta noche estoy haciendo de guía con un grupo. Por eso me has visto en el hotel, he pasado a recogerlos.

—¿Así que eres guía?

—Qué va, pero llevo tanto tiempo aquí que podría serlo. ¿Cómo te llamas?

—Bezan —contestó ella.

—¿Eres americana?

—Sí.

—¿Y viajas sola? —Al ver su expresión se echó a reír—. ¡Tranquila! No soy ni un secuestrador ni nada parecido.

—¿Seguro?

—He rescatado tu cartera, ¿no? —Se fijó en que seguía sin parecer convencida—. ¿Qué te parece si vamos a cenar algo? Como muestra de buena voluntad, yo te invito.

—La verdad es que el espectáculo me ha quitado el hambre...

—Conozco un sitio muy bueno aquí cerca. El hotel está al lado por si no te fías y hacen un curry genial.

—¿Y la gente con la que estás?

—También vienen. ¿Mejor así?

En efecto, Bezan se sintió más tranquila. Siguió a Bastian por entre la multitud, cruzando el bolso sobre su pecho para que no volvieran a intentar quitárselo. El grupo, compuesto por una pareja y dos chicas, permanecía absorto en la ceremonia que se desarrollaba a orillas del Ganges.

Bastian y Bezan aguardaron a que terminara y entonces él los presentó.

—Estos son Joana y David, del Reino Unido. Y Ulrika y Laura, de Suecia y España. Esta es Bezan, la he invitado a cenar con nosotros —explicó el chico—. Han intentado robarle la cartera y no se fía mucho de mí, ¿queréis darle confianza, por favor?

Hubo risas en el grupo, y todos se apresuraron a estrechar su mano o abrazarla. Bezan se calmó del todo tras aquello, y siguió al grupo a un pequeño restaurante indio que, como había dicho Bastian, estaba a una calle del hotel.

No intervino mucho durante la cena, dedicándose a escuchar al resto. La mezcla de acentos y el hecho de que se interrumpieran los unos a los otros continuamente le dificultaba seguir la conversación, aunque disfrutó de tener compañía de igual modo. Durante la primera parte del viaje se había mostrado más extrovertida, los últimos meses iba por libre.

En ese momento le venía bien para distraerse del efecto causado por la ciudad, pese a que sabía que no podría olvidarlo nunca.

Esa noche le costó conciliar el sueño. No dejaba de dar vueltas a la idea de regresar a casa y, al mismo tiempo, se resistía a la idea. No sabía si estaba preparada para el tipo de vida que le aguardaba allí, pero una vocecilla interna le decía que no. Que aún necesitaba viajar sola y

reflexionar, hacer cosas diferentes, continuar el camino y sentirse libre un poco más.

Un poco más, se decía, sin usar la lógica.

Después pensaba cómo echaba de menos a Jeff y se iniciaba una batalla mental agotadora en la que no sacaba nada en claro.

Despertó cansada y con pocas ganas de seguir explorando Varanasi. En el comedor encontró un desayuno tipo bufé bastante aceptable en comparación con las habitaciones y, de nuevo, al grupo con el que había cenado la noche anterior.

Todos tenían aspecto de descansados y charlaban de buen humor. Le hicieron gestos para que se sentara con ellos, lo que hizo por no encontrar la manera de escaquearse.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Bastian.

—Fatal.

—Este hotel no tiene muchas comodidades, no. —Se echó a reír él.

—Hay que economizar. —Ella se encogió de hombros—. Llevo un año viajando, no tengo otro remedio.

Laura silbó con admiración.

—¡Un año! —exclamó—. Yo solo llevo un par de meses y ya echo de menos mi casa.

—¿Y qué planes tienes para hoy? —preguntó Ulrika, que pinchaba trocitos de un bol lleno de fruta y pepino—. Igual te apetece venir con nosotros.

—¿A dónde?

—A Jaunpur, una ciudad que está a una hora y media más o menos en autobús.

—¿Hay algo interesante que ver allí?

Todos intercambiaron miradas y sonrisas, lo que dejó a Bezan con la sensación de que se estaba perdiendo algo. Aun así, la perspectiva de quedarse en Varanasi no le apeteecía demasiado. Después de su primera toma de contacto con la ciudad, estaba segura de que cualquier cosa que pudiera encontrar en Jaunpur le resultaría interesante si con eso se alejaba de aquel enorme crematorio próximo a su hotel.

—Vale, me apunto. Iré a coger un par de cosas.

Media hora después, iba montada en un autobús de línea con el resto del grupo. El hecho de estar rodeados por otras personas, tanto autóctonas como turistas, le hacía sentir tranquila; aquella gente parecía maja, pero no podía obviar que los había conocido el día anterior y toda precaución era poca.

—Entonces, ¿vosotros estáis de vacaciones juntos? —inquirió, al darse cuenta de lo variopinto que resultaba ese grupo compuesto por un alemán, una sueca, una española y dos ingleses.

—Más bien de expedición —respondió Joana entre risitas.

—Entonces sí que eres guía —comentó Bezan, mirando a Bastian.

—Podría decirse así —sonrió él—. Viajamos con ciertos objetivos, además del placer de conocer mundo... es algo que no está al alcance de todos.

La rubia afirmó. Como si no lo supiera... con lo que le había costado ponerse en marcha, entre el dinero, la familia y Jeff no era tan sencillo echarse la mochila al hombro para desaparecer.

—¿Cómo se lleva estar tanto tiempo lejos de tu hogar? —comentó Laura.

—Hay momentos de todo tipo —contestó ella—. A mí viajar me da la libertad que necesito para vivir, no sé si me explico.

—¿Y tu familia está de acuerdo?

—Mi madre cree que estoy chiflada. —Bezan sonrió al recordarlo—. Y bueno, mi marido me apoyó cuando tomé la decisión.

—Guau, eso no es muy habitual —dijo Ulrika—. ¿No tienes ganas de volver?

—Claro... aunque también querría seguir viajando.

—¿Y crees que él no lo entendería? —preguntó Bastian.

—La idea inicial era un año y he llegado al tope. Me gustaría cumplir lo prometido, así que estoy planteándome que este sea el final de mi viaje. —Bezan hizo una mueca—. No he ido a todos los sitios donde quería porque tuve que quedarme a trabajar en algunos para conseguir dinero, pero es lo que hay.

—¿Tienes fotos? —pidió David—. Sé que soy un cotilla, lo admito. Me encanta ver las fotos de toda la gente que conozco en mis viajes.

Bezan le dedicó una sonrisa al tiempo que sacaba su cartera y le mostraba las fotos que llevaba en su interior. Las chicas se apretujaron contra David para poder echar un vistazo.

—¡Oh, este chico y tú sois igualitos!

—Es mi hermano mellizo, Josh.

—¡Qué macizo! —Laura no logró contener un silbido de admiración.

Bezan iba a decir algo cuando un rumor en la zona delantera del autobús hizo que se girara en esa dirección. Dos personas se apartaron cuando una mujer se escurrió desde su asiento hasta el suelo, presa de violentas sacudidas. Los pasajeros que la rodeaban comenzaron a hablar a toda prisa mientras el conductor giraba la cabeza al mismo tiempo que conducía.

Al ver cómo el cuerpo se sacudía, Bezan se levantó a toda velocidad para acercarse hasta ella. Se abrió camino apartando a las personas que observaban la escena sin reaccionar y se apresuró a colocar su mochila bajo la cabeza de la mujer para evitar los golpes contra el suelo.

Acto seguido, le quitó las gafas y comprobó que no llevara la ropa apretada cerca del cuello. Sin sujetarla, la giró despacio hasta colocarla de lado. Un hombre le alargó una botella de agua.

—No, no. Es un ataque de epilepsia, no hay que meterle nada en la boca.

Bastian llegó a toda prisa y se arrodilló a su lado.

—Asegúrate de que no hay nada a mano con lo que se pueda golpear —dijo Bezan.

—No queda mucho para llegar —explicó él, tras echar un vistazo por si acaso había algún objeto punzante—. Debemos quedarnos a su lado hasta que recobre el conocimiento.

—Sí, ya lo sé. Soy enfermera —replicó ella—. No debería durar más de cinco minutos.

—Sí, ya lo sé, soy médico.

Ella lo miró, sorprendida. No añadió nada más, pendientes los dos de que la mujer se fuera recuperando de manera gradual. El autobús llegó a su destino, pero no fue hasta que estuvo del todo bien que la dejaron marchar.

Bezan recuperó su mochila del suelo y se incorporó con la ayuda de Bastian.

—Una actuación muy rápida —comentó él.

—Los ataques de epilepsia son muy habituales, por desgracia. ¿Así que eres médico? —Bastian afirmó con la cabeza—. Qué vergüenza, y yo dándote indicaciones.

—No, tranquila, no te lo había dicho. Además, te habrías arreglado sola muy bien.

El chico salió del autobús y Bezan lo siguió, intrigada. Ya fuera, el grupo se acercó para asegurarse de que la señora estaba recuperada y de paso felicitar a Bezan por su rápida actuación, ya que ninguno se había fijado en lo que ocurría.

Esta aceptó las palmaditas, extrañada. Para ella no era nada de particular, jamás había sentido que su trabajo fuera útil. Era eso: un trabajo en el que fichaba siete horas y del que estaba deseando escapar. No le apasionaba, no le hacía querer superarse, no sentía el deseo de avanzar hacia ninguna parte. Solo eran largas jornadas y turnos dobles, pacientes y jeringuillas, goteros y visitas maleducadas, medicaciones y curas, quirófanos y urgencias.

Un medio para un fin: conseguir un sueldo con el que vivir. Nada de pasión.

—Una enfermera —suspiró Joana—. Lo bien que nos vendrías.

—¿A qué te refieres?

—Mira. —Bastian le señaló con la cabeza hacia un edificio justo frente a la parada del autobús.

—¿Qué es, un hospital?

—Exacto.

—¿Eso es lo que venís a ver? ¿Un hospital?

Bastian hizo un gesto a los demás y se apartó para poder hablar con Bezan a solas.

—No exactamente. Yo vengo en calidad de coordinador —explicó—. Soy voluntario en Médicos sin fronteras, ya sabes. Voy de un sitio a otro, a veces permanezco períodos más largos en un lugar concreto si lo veo necesario y otras, incorporo a los voluntarios donde hace falta.

La chica puso cara de sorpresa al escuchar sus palabras.

—¿Médicos sin fronteras?

—Así es, sí. Este grupo se va a quedar aquí, en Jaunpur. Joana es doctora y el resto de enfermería —contestó Bastian—. Millones de personas en la India siguen teniendo dificultades para conseguir atención médica, sobre todo gracias a la mezcla de pobreza, exclusión social y que la sanidad pública no da abasto.

Bezan recordó su paseo por el río Ganges la noche anterior, el hombre lleno de bultos, los niños con malformaciones y las madres paseando bebés muertos o enfermos en sus brazos. Sí, eso estaba claro, lo había visto con sus propios ojos.

—Estoy en un programa que trabaja con comunidades vulnerables. Atención para enfermedades infecciosas, salud mental, programas para violencia sexual y cosas por el estilo.

—¿Cuánto llevas?

—Seis años. Suelo permanecer uno en un país antes de moverme a otro.

—¿Y esta vez toca la India? —Lo vio asentir—. ¿Qué opina tu familia?

—Esto es lo que he elegido: usar mis conocimientos y mi tiempo en ayudar a gente que lo necesitas más de lo que ellos me necesitan a mí. —Echó un vistazo al grupo, que lo aguardaba unos metros más adelante—. Tengo que arreglarles el papeleo. Si prefieres quedarte fuera hasta que salga no hay problema, si quieres venir con nosotros tampoco.

Ella dudó unos segundos, y terminó por asentir.

—Mejor os acompaño, aquí sola seguramente me perdería.

Bastian le guiñó un ojo y regresaron con el resto.

Una vez dentro del hospital, Bezan seguía a los demás desorientada y confusa. Al menos podía confiar en Bastian sin problemas: estaba claro que no tenía ninguna intención oculta, simplemente era un viajero experimentado y amable con todo el que se cruzaba. Médico y voluntario, casi podía ver el halo flotando por encima de su cabeza.

No pudo evitar comparar aquel hospital con el suyo en Nashville, la diferencia era abismal. Para empezar, el ruido estaba presente en todo momento, algo comprensible en un lugar tan concurrido, y alcanzaba cuotas insostenibles. Bastian al parecer se había acostumbrado y no parecía sentirlo.

—La sanidad es privada en un ochenta por ciento más o menos —dijo este, al ver cómo la chica observaba a su alrededor—. En general, las condiciones sanitarias del país son deficientes, aunque es posible recibir atención sofisticada en las ciudades, claro. En medios rurales no, de hecho, en algunos es casi inexistente, no hablemos de medicamentos.

—Ya veo.

—La infraestructura sanitaria se aleja mucho de las normas occidentales en las grandes

ciudades, conque imagina en lugares rurales. Hasta las ambulancias son distintas aquí.

—¿En qué sentido?

—Ninguna lleva equipo médico y tampoco le ceden el paso en carretera. Muchos enfermos prefieren llamar a un taxi. Y la falta y mala calidad del agua potable produce bastantes problemas de salud... el clima, la pobreza, la falta de higiene, todo ayuda en el contagio de enfermedades e infecciones.

—¿Y cómo actuáis?

—En cada sitio hay necesidades diferentes. Por ejemplo, en Bombay trabajamos la tuberculosis y el sida. Algunos pacientes de tuberculosis son resistentes a los medicamentos, bien porque llevan años tratándose, bien porque se infectaron con una cepa así. A veces necesitan tratamientos que no están disponibles en el país.

Se detuvo junto al mostrador y mostró la tarjeta que llevaba al cuello a la chica, que asintió. Luego se volvió hacia David, Joana, Ulrika y Laura.

—Bien, aquí termina mi función como mentor —dijo con una sonrisa—. Id dando señales de vida para mantener la comunicación. Y al menor problema a vuestro coordinador, ¿entendido?

Una mujer mayor vestida con bata blanca apareció junto a ellos como por arte de magia.

—*Namasté*. Me alegro mucho de veros —saludó—. Soy la doctora Makvrakis. Os pondré al día de todo lo que hacemos aquí y después mi ayudante os enseñará vuestro alojamiento — extendió la mano hacia Bastian con una sonrisa—. Muchas gracias por traerlos, doctor Müller.

—*Dhan 'yavāda*, doctora. Nos veremos pronto.

Abrazó a los cuatro de forma cariñosa antes de que la mujer se los llevara y después observó el pasillo por el cual se habían marchado con cierta tristeza.

—Me preocupo por ellos —explicó, al ver la cara extrañada de Bezan—. ¿Nos vamos? A última hora de la tarde tengo que regresar a Nueva Delhi y necesito dormir un poco.

—Sí, claro. ¿Vas a reclutar o es allí donde haces el voluntariado?

—Me he movido durante el último año, aunque parece que nunca es suficiente. Es como cuando arrancas una mala hierba del jardín y aparecen veinte más —suspiró—. Cuatro meses en Meerut. Traté la leishmaniasis visceral en Bihar, también el VIH. Desnutrición aguda severa en Jharkhand, esto casi recién llegado... es jodido, créeme.

Bezan se sintió aliviada al abandonar el hospital, tan rústico y abigarrado que no le inspiraba confianza alguna. Imaginó cómo debían sentirse los pacientes allí, aguardando colas interminables para recibir —o no— una atención tan básica que rozaba los límites.

—No somos suficientes.

Cada frase que Bastian pronunciaba creaba un profundo malestar en Bezan. Porque ella tenía los conocimientos para aportar su granito de arena y nunca, jamás, se lo había planteado siquiera. ¿Voluntariado? Para ella, esa palabra significaba hornear galletas y dejarlas en algún comedor social, como mucho repartir sopa.

Se sintió avergonzada al darse cuenta de su egoísmo. Allí mismo, a menos de un metro, había el triple de enfermos que de personal. Y a ella le preocupaba no poder continuar con su viaje de autodescubrimiento y placer.

—¿Qué haces en Nueva Delhi? —preguntó.

—Bueno, tenemos una clínica que funciona las veinticuatro horas en el distrito de Jahangirpuri, en el norte. Es para víctimas de violencia sexual y de género.

—¿Asesoráis a víctimas de violencia sexual?

—Exacto. Medidas para prevenir el sida, manejo de embarazos no deseados, enfermedades de transmisión sexual y apoyo psicosocial. ¿Quieres venir?

Bezan dejó de andar de golpe.

—¿Qué?

—¿Quieres ayudar? No tengo a ningún protegido conmigo allí en este momento y la mayoría de los voluntarios son hombres, pero las mujeres que acuden a la clínica... en fin, prefieren que las atienda otra mujer. Muchas de ellas han sufrido lo indecible.

—Yo no...

—¿Estás preparada? —terminó Bastian por ella. La observó con expresión pensativa—. ¿Cuánto tiempo tenías pensado quedarte en la India?

La rubia se encogió de hombros.

—Un par de semanas, más o menos.

—¿Por qué no me acompañas ese tiempo y así ves de primera mano lo útil que puedes resultar? Ya sé que puede sonar a cliché absurdo, pero ayudar a los demás da otro sentido a todo lo que has vivido en el pasado... puedes probarlo, sino te gusta te marchas.

—Es que yo debería volver a casa.

—Sí, sé que has cumplido tu año fuera, sin embargo, dos semanas más o menos no llevan a ninguna parte.

El autobús se aproximaba a lo lejos y Bastian le hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—¿Por qué no lo meditas con la almohada?

Bezan apartó la mirada de la libreta al escuchar un carraspeo. Miró a su madre, consciente de que por su cara viajaban diversas emociones que no sabía interpretar.

—Tu relato sobre la India no lo encontraremos en una guía, eso desde luego —murmuró.

—Mi primera impresión fue horrible, es verdad. Después de un año en el país, aprendí a verlo de otra forma, con otros ojos. Las partes malas aún estaban ahí, pero también logré encontrar algunas cosas buenas.

Savannah alzó una mano y movió los dedos, haciendo cuentas.

—Un año, y el segundo... ¿al final te marchaste con ese tal Bastian?

—Sí. Iban a ser dos semanas en un principio, luego todo se complicó.

—¿Estuviste un año de voluntaria ayudando a otras personas?

—Dos en realidad, mamá. Uno en la India y otro en África.

Savannah se recostó en la cama y cruzó los brazos por encima de su cintura. Esa faceta de su hija le era totalmente desconocida, siempre preocupada por ella y sus necesidades, sin pensar en los demás y en cómo su comportamiento les afectaba.

Aquella nueva información la dejaba sin palabras, y sin saber la forma de gestionar un dato que echaba por tierra la mayor parte de sus pensamientos.

El relato sobre Varanasi le había resultado aterrador, apenas podía imaginarlo... sin embargo, la última parte le decía que no conocía a Bezan en absoluto.

Capítulo 18

—Entonces, ¿no ha firmado todavía?

Jeff suspiró. La pregunta provenía de su abogado, que tras enviarle un par de mensajes y no recibir respuesta, había acabado por llamar. Aunque no tenía ninguna gana de hablar con él, respondió porque sabía que seguiría insistiendo.

—No, aún no. —Miró el reloj—. Escucha, tengo la siguiente clase en cinco minutos y...

—Los papeles no valen indefinidamente, Jeff. Si hay que volver a redactarlos porque han caducado, se te cobrará de nuevo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Es que esperas una reconciliación?

Jeff se frotó la frente. ¿Era eso lo que esperaba? Si no se hubieran acostado dos veces, tendría claro que la respuesta era un «no» rotundo. Claro que el hecho de que ella se hubiera marchado sin dejar ninguna nota ni ponerse en contacto con él debería darle alguna pista.

Todo aquello empezaba a agotarle mentalmente, sentía que estaba participando en algún juego del que no conocía las reglas y que no tenía posibilidades de ganar.

—No —contestó.

—Pues entonces consigue que firme o iniciaremos el procedimiento por vía judicial. Será más largo, pero tendrá el mismo resultado.

—Está bien.

—Y contesta mis mensajes.

—Sí, sí.

Colgó y guardó el teléfono pensando en qué hacer a continuación. Le parecía muy informal y frío enviarle una notificación, esa era otra de las razones por las cuales no le había hecho llegar los papeles del divorcio a donde quisiera que estuviera en África. Sin embargo, visto que si se veían acababan en la cama, al final aquel medio podía ser el más seguro.

—Vaya cara que tienes.

Jeff levantó la vista hacia Marie, que acababa de entrar en la sala de profesores.

—¿Problemas con algún alumno? —preguntó ella.

—No, no es nada.

La chica fue al armario de material de oficina para coger un bolígrafo rojo y se lo enseñó con una sonrisa.

—Acabo de terminar el que tenía, ni te imaginas los desastres que me han entregado.

La puerta se abrió y entraron un par de profesores más, hablando entre ellos de forma atropellada.

—¿Sabéis a qué hora piensa venir el director? —preguntó uno—. Jay se marcha en tres semanas y no sabemos si ha empezado a buscar sustituto.

—¿No está en su despacho? —respondió Marie.

—No, no está —replicó el otro, sentándose con un resoplido—. Esto es un desastre. ¡Y nos quejábamos de Reinor!

—Más vale lo malo conocido, como se suele decir.

—Y lo feliz que estaba, cómo se reía en la cena —comentó el otro—. No le había visto así en treinta años. Vamos, ni sabía que pudiera hacerlo.

Jeff sonrió, recordando al viejo director. Lo había conocido en su época estudiantil, el señor Reinor era una de esas personas que siempre parecían mayores, como si fueran una parte intrínseca del edificio y el hecho de jubilarse la semana anterior, había sido algo casi surrealista para todos. Entrar en aquel despacho y no verlo, por muy gruñón que fuera, era algo a lo que tardaría en acostumbrarse.

Lo de reírse era totalmente cierto: ni cuando estudiaba ni después como profesor, Jeff había visto el mínimo atisbo de sonrisa en su cara. O enfadado, o serio: el director no tenía término medio. Casi parecía un desconocido en la cena. Vale que él también estaba bastante distraído por la visita de Bezan aquella mañana y el sexo derivado de la misma, pero le parecía mal cancelar con tan poco tiempo de antelación. Sobre todo, porque ya había quedado con Marie y otro compañero en compartir coche esa noche. La chica no solía beber, así que se había ofrecido a llevar su vehículo y pasar a recogerlos, además de llevarlos a sus respectivas casas después de la cena.

Al final y contra todo pronóstico, se había divertido en la cena. Las anécdotas compartidas, los compañeros y, por qué no, el par de copas de vino que se tomó, le relajaron y disfrutó de la compañía y la distracción. La tensión que sentía por la vuelta de Bezan y lo que ocurría entre ellos se difuminó durante un rato y se preguntaba si quizá era aquel el buen camino: salir con otra gente, divertirse... dejar por fin el pasado atrás.

Cuando Marie lo dejó en su casa, permanecieron unos minutos en el coche comentando la cena y durante un segundo, mientras reían y la miraba, pensó en invitarla a tomar un café dentro. Al final no lo hizo, porque no quería que lo malinterpretara y no estaba preparado para nada más que eso, menos cuando aún tenía la cama deshecha de el anterior revolcón con su mujer... que hasta podía estar dentro en ese momento. Lo dudaba, después de estar en silencio todo el día, y tampoco había vuelto tras marcharse por la mañana. Vale, él se había ido antes porque tenía que trabajar, pero el hecho de esperar señales por su parte lo colocaba de nuevo a la casilla de salida.

Marie se dio cuenta de que la miraba de forma diferente y se preguntó si algo habría cambiado desde que hablaban sobre su ex.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí, ha sido una noche genial.

—Sí, bueno en realidad me refería a... —Movi6 la cabeza—. Nada, yo también me lo he pasado muy bien.

Jeff miró hacia la casa y luego a ella. No, definitivamente, Marie no iba a ser esa persona.

—Gracias por traerme —dijo, abriendo la puerta.

—De nada.

—Nos vemos el lunes.

Marie le hizo un gesto con la mano sonriendo y Jeff salió del coche. Se quedó en la acera hasta que vio desaparecer las luces de freno al final de la calle y se giró para entrar en la casa.

Al sacar las llaves miró su móvil, por si acaso, pero no había ningún mensaje de Bezan. Tampoco encontró ninguna nota al entrar en casa. Baskerville dormía en su cesta, aunque apenas si entreabrió los ojos y movió el rabo para saludarlo antes de seguir durmiendo.

Jeff subió a la habitación y se encontró con la cama sin hacer, tal y como la había dejado antes de ir a prepararse para la cena. En un arrebato de determinación, quitó las sábanas y las llevó a la lavadora. Puso unas limpias, se dio una ducha y se metió a dormir, cosa que no consiguió.

La luz de las farolas de la calle se filtraba a través de las cortinas y formaba sombras, aunque

no era eso lo que lo mantenía despierto. Con los ojos abiertos de par en par, se quedó bocarriba mirando el techo y las formas que se movían, mientras su mente se despejaba como si fuera de día o acabara de tomarse tres cafés.

Mil veces se había preguntado si las cosas habrían sido diferentes de haberse opuesto al viaje. Su primera reacción había sido esa, claro, aunque no tardó en darse cuenta de que no era nadie para impedirlo: Bezan no le pertenecía, igual que él tampoco a ella. Eran personas libres que habían decidido compartir su vida sin restricciones. Recordaba a la perfección lo que les había supuesto como pareja que se metiera en su vida el primer año de universidad. Obviamente, el caso era diferente: en aquel momento, había considerado que su vida, sus amistades, su carrera... todo estaba en peligro y era un caso excepcional. Fue muy duro y un bache del que llegó a pensar que no se recuperarían. Cuando ella se lo había tomado tan mal hasta el punto de romper con él, solo avistó nubes negras en su futuro.

En cambio, salieron reforzados.

Así que, si Bezan necesitaba ese año para encontrarse a sí misma y de esa forma poder continuar juntos, comprendió que era lo mejor para todos. Al fin y al cabo, un año pasaba rápido, ¿no?

¿El problema? Que no había sido solo un año, sino tres.

Las primeras semanas estuvieron en contacto con cierta regularidad. A pesar de las diferencias horarias, hablaban al menos una vez cada dos días, como poco, para no perderse nada el uno de la vida del otro. Sin embargo, demasiado pronto, ese tiempo se fue alargando. Él comenzó a trabajar más horas, ella tenía sus excursiones o sus trabajos temporales y coincidir se fue complicando. Muchas veces la llamaba y no tenía señal, o, cuando salía de una clase, se encontraba el aviso de alguna llamada perdida suya. Tenían más desencuentros que encuentros, y cuanto más se alejaba Bezan en el mapa, más lo hacía también en las comunicaciones.

Otro momento clave fue el robo de su móvil. Llevaba días sin saber de ella cuando una noche, justo al acostarse, sonó su móvil y no reconoció el número del que llamaban. Por la longitud era extranjero y, pensando que podía haberle pasado algo, no dudó en contestar.

—Soy yo —escuchó que decía la voz de Bezan.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? ¿Te ha dicho algo Alika?

—No, pero por tu comentario y el hecho de que me llames de un número que no es el tuyo, deduzco que hay algo que contar.

A pesar de que la escuchaba algo lejana y con ciertas interferencias, el resoplido de Bezan fue bastante audible.

—No ha sido nada grave.

—Bezan...

—Me robaron la mochila y dentro tenía el móvil, el pasaporte... bueno, ya sabes, ¡todo!

—¿Que te robaron? ¿Cómo? ¿Te hicieron daño?

—No, no, nada de violencia. Me la quitaron, echaron a correr y tuve que ir a la embajada. Que encima no me dejaban entrar si no ponía una denuncia, así que tuve que ir a la policía turística...

—¿Policía turística?

—Sí, resulta que es un departamento bastante común por estos países, lo que pasa que, al no hacerme falta, no me había enterado. Total, que conseguí la denuncia y en la embajada me hicieron un pasaporte nuevo.

—¿Por qué no me llamaste?

—Ya te lo he dicho, me robaron el móvil. Y antes de que me preguntes, no, no me sé tú

teléfono. Ni el de mi madre, ni Leah, ni Josh, ni nadie. Ya sé que soy un desastre.

—Joder...

—Tranquilo, ya me voy a aprender alguno por si acaso. No recordaba mis claves de correo tampoco, porque al tenerlo instalado en el móvil...

—No me lo puedo creer. —Se pasó la mano por la cara—. Bezan, no puedes ir por el mundo así.

—Ya, ya. Tranquilo, no sé cómo me vino a la memoria el correo de Alika y le escribí para que me diera tu número. Ya tengo móvil nuevo, pedí recuperar la contraseña del correo y todo como si no hubiera pasado nada, así que puedes estar tranquilo.

Sin embargo, no lo estaba. En absoluto. ¿Y si le hubiera pasado algo más que un simple robo? ¿Cómo era posible que él, desde la tranquilidad y seguridad de su casa, estuviera más preocupado que ella con lo ocurrido?

—¿Jeff? ¿Sigues ahí?

—Sí. Sigo aquí.

—De verdad, no tienes por qué preocuparte.

—Pues lo hago, Bezan. No puede ser que esté días sin saber de ti y que después me llames para contarme algo así.

—Ya te he explicado por qué no te he dicho nada antes, Jeff. No tienes que enfadarte. Sabes que es complicado comunicarnos, no es la primera vez que estamos días sin hablar.

—Y eso te parece bien.

No era una pregunta y tampoco pretendía esconder su enfado en aquel momento. Era paciente, ella bien lo sabía, y a veces le daba la sensación de que se aprovechaba de eso.

Claro que toda paciencia tenía un límite y sentía que la suya estaba cerca del borde.

—No es así y lo sabes —contestó la chica.

—¿Estás planeando la vuelta? —preguntó Jeff, de pronto.

No tenía pensado preguntárselo y, por el silencio que se hizo al otro lado de la línea, supuso que Bezan tampoco lo esperaba.

Aún peor: estaba seguro de que ni siquiera se lo había planteado.

—De aquí voy a la India... —contestó al fin Bezan, con un titubeo en la voz—. No sé cuánto...

—Casi se ha cumplido el año, Bezan. ¿Cuánto vas a quedarte allí?

—No lo sabré hasta que vaya. Es un país muy grande y tiene tantas cosas, Jeff... quizá un mes.

Él no dijo nada, porque ya había oído eso antes: que se quedaba una semana en un sitio, y después eran dos; o un mes, que al final se convertía en mes y medio. En fin, podía esperar un poco más, lo que le fastidiaba era la incertidumbre de no tener una fecha determinada.

—Te iré contando —continuó ella—, como siempre.

—Sí, claro, como siempre.

—No te enfades.

—No estoy enfadado, solo... cansado, y te echo de menos. Supongo que se me está haciendo muy largo.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Yo también te echo de menos. Te llamaré pronto, ¿vale?

—Vale.

Jeff cortó la llamada y tocó con la mano el lado de la cama donde solía dormir Bezan. Al deslizarla, de pronto llegó al borde y bajó la mirada, sorprendido.

¿Cuándo había pasado eso? La distancia entre él y el borde la cama, de alguna manera, se había ido acortando hasta que ya no cabía nadie allí. Sin darse cuenta, se había apropiado de todo el

espacio disponible en el colchón.

Sí que se había dado cuenta de que había mañanas que despertaba en el centro o estirado hacia ese lado, pero no se le había ocurrido pensar que se había acostumbrado tanto a dormir solo que ya no dejaba espacio para ella de forma inconsciente.

Miró el móvil y guardó el nuevo número de Bezan en los contactos, pensando en su última frase. Al principio siempre intentaban acordar un día, una hora, una fecha determinada para asegurarse de poder hablar.

Tras unos cuantos desencuentros, las citas se volvían más complicadas o dispersas, hasta convertirse en algo indeterminado: «pronto». ¿Qué significaba eso? ¿Días, una semana?

Se movió hacia su lado de la cama y dejó el móvil en la mesilla, decidido no dar más vueltas. Según lo acordado antes de la partida, un año pasaba rápido y estaba a punto de terminar. Que lo alargara unas semanas no importaba, la vuelta estaba más cerca y pronto la tendría con él.

Sin embargo, no fue así. El mes en la India convirtió al final en un año entero. Ella le daba mil y un motivos cada vez que hablaban, le describía cómo estaba el país, lo que encontraba a cada paso que daba. Cuando hablaban, Jeff siempre se quedaba sin argumentos porque ella tenía tanto que contar sobre lo que estaba viviendo y él, en cambio, tan poco...

Cuando pasó aquel segundo año, Bezan no había terminado aún su periplo: tras la India, siguió viajando, nada más y nada menos que a África... y mientras tanto, Jeff se veía inmerso en el día a día de la vida escolar en Nashville. Lo bueno de su profesión era la rutina, aunque para otros podía resultar aburrida, para él era reconfortante. Sí, las fechas de los cursos eran las mismas siempre, así como las vacaciones; las actividades se repetían año tras año con pocas innovaciones o novedad, y las caras de los alumnos se sucedían una clase tras otra: eso era lo que para él marcaba la diferencia.

Le gustaba encontrarse alumnos nuevos, siempre un reto diferente; también, tener los mismos al año siguiente en un curso superior, vivir su evolución en la vida y en los estudios. Además, para llenar su tiempo, impartía clases de refuerzo en verano y se había apuntado a cursos de reciclaje. La experiencia le había dado más responsabilidades en el colegio y era tutor de algún curso, lo cual ocupaba casi todas las horas de su tiempo.

De esa forma, los dos últimos años se le habían hecho menos difíciles. No fue hasta el tercero cuando se planteó que quizá aquella situación podía llegar a volverse definitiva, visto que Bezan no daba muchas muestras de querer regresar y sus comunicaciones eran cada vez más espaciadas en el tiempo.

Preparar los papeles del divorcio le supuso horas de discusiones consigo mismo, aunque al menos así se había quitado un poco a su familia de encima con ese runrún continuo sobre que debía hacer algo al respecto.

Su abogado se ocupó de localizarla y le informó de que podían enviarle los papeles cuando quisiera y, cuando estaba decidiendo qué hacer, surgió la llamada de Leah pidiendo ayuda para conocer su ubicación. Al final, parecía que el destino era quien se había encargado de que la situación se desbloqueara.

Al menos temporalmente, puesto que, a pesar de tener los papeles, Bezan no los había firmado aún y, por lo tanto, seguían casados. Ni siquiera había solicitado una separación legal como paso previo al divorcio, cosa que también le había recomendado su abogado. Eso podía acelerar el proceso una vez ella firmara.

Las luces de un coche al pasar por la calle iluminaron el techo y le hicieron parpadear. Odiaba que todo acabara así, pero no veía qué otra cosa podía hacer. Como ambos sabían, a veces el amor no era suficiente, y aunque de eso tuvieran de sobra, necesitaban algo más. Como mínimo,

compartir el mismo espacio. Era imposible construir un proyecto en común viviendo en distintos continentes y, hasta donde él sabía, Bezan solo había vuelto por su madre, lo cual significaba que cuando aquella situación llegara a su desenlace, no le quedarían motivos para quedarse.

Ojalá él fuera suficiente para ella, él y su futuro juntos. Bezan siempre había sido diferente a cualquier persona que hubiera conocido y por eso mismo la quería; el problema era que, por el mismo motivo, lo que la gente normal deseaba no valía para ella.

Lo entendía, claro que sí, solo que esperaba que en algún momento sus perspectivas coincidieran. Tras tantos años, su cabeza le decía lo que su corazón se negaba a ver: había llegado el momento de abrir los ojos y reaccionar.

No sabía qué parte suya estaba más cansada de los varapalos recibidos: su cabeza por los dolores que todo aquello le provocaba o su corazón, bastante tocado por la distancia y que parecía a punto de explotar cada vez que la veía. Era esa parte la que lo había dominado en la casa de su madre y allí mismo, en aquella cama. Como si se cortocircuitara ante su visión, su aroma, su voz... se olvidara de todo y negara el paso del tiempo. Y había estado mejor que bien, para qué negarlo. Tenerla en sus brazos después de tres años... era como quitarse una espina clavada en ese mismo corazón, solo que después, había tenido que ponerle una tirita. Y otra, se lo imaginaba con las dos tiritas cruzadas y en espera de la siguiente herida. Y eso no podía ser, porque el pobre órgano acabaría destrozado y sin posibilidad de recuperación.

Con un suspiro, se dio cuenta de que ya había tomado la decisión definitiva. Saberlo no le ayudó a conciliar el sueño: permaneció despierto mirando el maldito techo hasta que comenzó a salir el sol y, antes de que sonara el despertador, lo apagó y fue a buscar a Baskerville para sacarlo a dar un paseo.

El perro se mostró de lo más feliz y él agradeció el aire fresco, que lo ayudó a despejarse un poco después de la noche de insomnio. Necesitaría mucho más café del habitual para sobrellevar el día, eso seguro.

Al regresar se dio una ducha y, después de desayunar, cogió el móvil y buscó el número de Bezan en la agenda.

Su dedo tembló un poco cuando se acercó a la pantalla para presionar el botón de llamada. Apretó los labios y pulsó el símbolo verde para marcar su número.

Se había tensado de forma inconsciente y cada tono que escuchaba se le hacía eterno hasta que por fin escuchó su voz.

—¿Jeff?

—Hola, Bezan. ¿Puedes hablar?

—Sí, sí, claro. Me han dado libre en el trabajo y no tengo turno con mi madre hasta esta tarde, ¿quieres que quedemos?

Él miró al techo y cogió aire.

—No —contestó.

—Ah. —Bezan parecía sorprendida—. Vale...

—Creo que es mejor que hablemos solo por teléfono. Cada vez que nos vemos, acabamos... —Tragó saliva—. Ya sabes cómo acabamos, y no creo que eso sea bueno para ninguno de los dos, porque solo nos deja confundidos y peor que lo que estábamos. O al menos a mí.

Al otro lado de la línea, ella suspiró con un deje de tristeza.

—Sí, tienes razón.

—También está la opción de que te llame mi abogado directamente o te envíe un burofax, pero creo que eso ya es demasiado.

—Jeff...

—Bezan, si no hay nada en los papeles a lo que quieras oponerte, por favor, firmalos.

—Si te soy sincera, no los he analizado todavía en detalle. Sí que los he leído, no pienses que los he ignorado ni nada de eso, solo tengo que dar otro repaso con más atención.

—Vale. Si tienes alguna pregunta, puedes llamarme a mí o a mi abogado, sin problema.

—Lo sé. Quiero que sepas que no voy a discutir contigo nada sobre la casa ni Baskerville, si es lo que temes.

—No es por nada de eso, solo creo que ya hemos tenido esto parado demasiado tiempo, ¿no te parece?

Su corazón latía con fuerza, casi podía oírlo rebotar contra su pecho mientras esperaba que ella respondiera. Estaba claro: ni una noche de insomnio ni dos tiritas podían acabar con él, el muy atontado parecía esperar que Bezan soltara alguna frase mágica o apareciera en la puerta con la maleta.

Fuera como fuera, aquella vez se dio por vencido cuando ella habló por fin.

—Sí, yo también lo creo —suspiró Bezan—. Los miraré y se los entrego a tu abogado esta semana, no te preocupes.

—En los papeles tienes su número. No hace falta que vayas al bufete en persona o que gastes dinero en un envío certificado, si llamas te darán instrucciones y te enviarán un mensajero, se encargan de todo.

—Ah, qué bien.

Los dos se quedaron entonces callados. Jeff podía escuchar su respiración a través de la línea, aunque no podía asegurar que no fuera la suya propia, de lo tenso y agitado que se sentía. Apretó el teléfono con los dedos y carraspeó para aclarar la voz.

—Bien, pues yo... te dejo.

Vaya, qué mal había sonado aquello así dicho. Cerró los ojos con fuerza y se frotó las sienes.

—Quiero decir, que te tengo que dejar, voy al trabajo.

—Sí, tranquilo, te he entendido. Que te vaya bien.

Y le colgó. Jeff se quedó mirando la pantalla, asimilando aquella última frase. ¿Se refería al día o era una despedida definitiva?

Se dijo que no importaba, puesto que ya estaba decidido. Sus ojos se desviaron del móvil a su mano, donde aún llevaba el anillo de boda, y sin pararse a pensarlo, se lo quitó.

Abrió el primer cajón que pilló y lo metió dentro antes de marcharse a trabajar sin mirar atrás.

En la cafetería de Alika, Bezan dejó el móvil con lentitud sobre la mesa y miró a su amiga, que se acercaba con un trozo de tarta y una jarra de café.

—No he tardado tanto, ¿no? —le dijo, mientras dejaba el dulce y se sentaba frente a ella—. Pruébala, es una receta que estoy experimentando.

—Seguro que está muy rica.

—Cuando me has llamado para decirme que venías a desayunar no parecías tan decaída.

—¿Parezco decaída?

—Hombre, has rechazado un trozo de tarta gratis. —Pinchó un pedacito y lo probó, aunque no tardó en escupirlo en la servilleta—. No, has hecho bien, parece que se ha caído el bote de canela entero dentro.

—Jeff acaba de llamarme.

—Ah. —Sirvió el café y apartó la tarta—. ¿Le has dicho algo?

—No ha hecho falta. Quiere que firme los papeles.

Alika la observó y se encogió de hombros, intentando quitar dramatismo al asunto.

—Bueno, no es una sorpresa, para algo te los dio. —Bezan la miró—. Digo yo, vamos.

—Ya.

—Y tú habías decidido dejarle ir, ¿recuerdas? Ibas a hablar con él. Así que esa llamada puede que sea lo mejor que te haya pasado.

—¿Lo mejor que me haya pasado?

—Ya me entiendes. —Alargó una mano y se la apretó, mirándola con cariño—. Bezan, es duro dejar marchar algo que se quiere. Lleváis siglos juntos, no creas que no te entiendo.

—Lo sé, lo sé. —Sonrió a medias—. Y también que será mucho más feliz sin mí, Alike. Soy enfermera, sé que es mejor arrancar una tirita de golpe y no poco a poco, y lo que estábamos haciendo era alargar lo inevitable. Así que ahora cuando vaya a casa de mi madre los firmaré. Y se acabó.

Probablemente le costaría un poco más de lo que daba a entender, seguro que le temblaba el pulso o, como empezaba a notar, se le empañaba la vista.

Nunca hubiera imaginado que su historia con Jeff acabaría así y solo esperaba que el dolor que sentía se fuera apagando poco a poco, por imposible que pareciera en ese momento.

Capítulo 19

—¿Qué tal está?

—Sorprendentemente bien.

Bezan, que había hecho la pregunta casi temiendo que su madre no hubiera despertado, miró a su hermana con cara de haber entendido mal.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que está animada, ha desayunado... Si no fuera por todos los kilos que ha perdido, te diría que hasta es la misma de hace unos meses.

—¿Y qué dice el médico?

—Que no nos hagamos ilusiones, es una mejoría antes de la muerte.

Bezan le frotó el brazo para darle ánimos. Entendía que estuviera confusa, ella había visto cómo eso ocurría alguna que otra vez en su trabajo y era complicado entender que las personas moribundas fueran capaces de aparentar un estado normal, como si se hubieran recuperado del proceso agónico que estaban sufriendo.

—Es un espejismo, Leah.

—Lo sé, lo sé. —Suspiró—. Y eso no lo hace menos duro.

Bezan titubeó un segundo antes de abrazarla, todavía sin acostumbrarse al hecho de hablar con su hermana sin discutir y tener ese tipo de contacto entre ambas, antes tan extraño o forzado.

—¿Qué tal las cosas por casa? —le preguntó, al separarse.

—Bueno, Chloe ha pasado de gritar a cada momento a no hablarme, lo cual no sé si es un avance o no. Amy lo lleva mejor, supongo que al ser más pequeña lo verá de otra forma. Como Michael va a buscarla al colegio algunos días tampoco es que lo eche mucho de menos, aunque a veces pregunta por él en la cena.

—¿Y tú?

Leah suspiró y sacudió la cabeza. ¿Ella? Ni había tenido tiempo pensarlo.

—Mi abogado y el suyo son los que están discutiendo, no tengo fuerzas para pegarme con Michael ahora mismo por un día más o menos de visitas. Estamos con el tema de la casa, porque quizá la solución sea que las niñas se queden en ella y seamos nosotros los que nos movamos.

Bezan parpadeó, sorprendida porque su hermana siquiera se hubiera planteado aquello como una posibilidad. ¿Dejar su casa? ¿Con el tiempo que invertía en cuidarla, mantenerla y tenerla perfecta?

—Eso es... —empezó.

—Raro, lo sé, pero he investigado y es una solución bastante habitual hoy en día. —Se encogió de hombros—. Ya veremos, las niñas son lo más importante. Quién sabe, quizá me venga bien salir un poco de esa casa.

Sobre todo, porque estaba llena de recuerdos que ya no eran tan felices, visto lo visto, y se planteaba si salir de aquel ambiente podría ayudarla, ver las cosas de otra forma.

—Si necesitas algo, aunque sea tomar un café y desahogarte, ya sabes dónde estoy.

Leah la miró con cariño y le apretó una mano, agradecida, porque sabía que no eran palabras huecas: esa vez sí, Bezan estaba allí, tanto de forma presencial como espiritual.

—Será mejor que me vaya, tengo que recoger a Amy.

—Ve tranquila, te llamo si pasa... bueno, algo.

Leah afirmó y se alejó con expresión cansada y triste. Bezan la entendía, vaya que sí, aunque jamás se hubiera imaginado que acabarían las dos pasando por un proceso de divorcio y menos a la vez.

Cuántas vueltas daba la vida...

Cogió un café mientras pensaba en cómo podía ayudar a Leah, sobre todo con Chloe, que tan difícil se lo estaba poniendo, y entró en la habitación.

Al momento, se dio cuenta de a qué se había referido su hermana: Savannah estaba sentada en la cama, con una revista de cotilleos en las manos y las persianas abiertas por donde entraba la luz del sol, algo inusual puesto que los últimos días no había hecho más que quejarse del exceso de iluminación. La delgadez marcaba sus ojeras y arrugas, eso no había cambiado, pero sí la forma en que la miró. No parecía costarle mantener los ojos abiertos ni tenía aspecto de estar sufriendo. Probablemente le habrían subido también la dosis de calmantes y eso contribuía a la aparente mejoría en general.

—Pensaba que venía Josh —comentó Savannah.

—Me han cambiado el turno en el hospital, así que hemos cambiado también nosotros.

Se acercó y se sentó a su lado. Varias de sus libretas estaban en la mesilla y alargó la mano hacia ellas.

—Déjalas —le pidió su madre.

—¿No las has terminado?

—Sí, pero quiero volver a echar un vistazo.

Su plan era otro, aunque se lo guardó para sí misma. No sabía si saldría bien, mal o qué ocurriría, solo que tenía que hacer algo.

—¿Has traído las últimas? —preguntó.

—Sí, aquí las tengo.

Se sentó, dejó el café con cuidado y sacó las libretas de su bolso. Se notaba que eran más recientes porque no estaban tan desgastadas.

—Leah me dijo que te habían encontrado en Nairobi —comentó Savannah, dejando la revista a un lado.

—Sí, me fui a Kenia.

—¿Por qué? Todo lo que me has contado de la India no es que haya sido muy agradable, tenías que estar deseando salir de allí.

—Sí... y no. Es complicado, mamá. Allí sentía que era útil, que estaba haciendo algo que merecía la pena.

—¿Y aquí no? Que yo sepa, en el hospital también curabas gente.

—Sí, lo sé. Allí era diferente, menos... mecánico, creo que es la palabra.

Savannah movió la cabeza, sin comprender aún del todo a su hija. Cuando más leía y le contaba, más confusa se sentía. Le parecía que tenía una desconocida ante ella.

—¿Por qué Kenia? —preguntó.

—Bastian iba allí.

Savannah frunció el ceño. No había visto nada en los cuadernos que se lo indicara ni Bezan había hecho ningún comentario, pero no podía evitar pensar que aquel tipo había tenido mucha culpa de que su hija no volviera y dejara abandonado a Jeff.

—No pongas esa cara, mamá. Ya sé que Bastian no te cae muy bien, pero estoy segura de que, si lo conocieras en persona, cambiarías de idea.

—No estoy yo muy segura. —Alisó una arruga de la sábana y se cruzó de brazos—. No está bien que pasaras tanto tiempo con él, ¿qué quieres que te diga? Parece más tu novio o yo qué sé que un amigo.

Bezan dio un sorbo a su café, pasó la mano por la portada del cuaderno de Kenia y miró las libretas de la India, preguntándose cómo había llegado su madre a esa conclusión. Nunca había habido nada entre ellos. Camaradería, respeto mutuo, amistad y sí, cariño, solo que amor, no.

Aunque no era porque Bastian no lo hubiera intentado. De forma sutil, le había dejado caer que ellos dos podían entenderse a muchos niveles. Bezan estaba segura de que encontrar una persona dispuesta a recorrer el mundo a su lado había tenido mucho que ver en esa atracción que en teoría sentía por ella; para alguien que dedicaba su vida al voluntariado, no debía ser sencillo encontrar pareja. Y sí, ella entendía su mundo, y de no haber existido Jeff, era probable que continuara a su lado. Pero estaba.

Aún recordaba su expresión al explicárselo. Al menos, no volvió a insistir y siguieron su relación de amistad con total normalidad.

—No hubo nada.

Savannah refunfuñó un poco, aunque aquella era la confirmación que estaba esperando. Si Bezan no había engañado a Jeff en aquellos tres años ni había mirado al médico aquel excepto como a un amigo, quizá aún había esperanza.

—Pensaba volver a casa después de la India. El año que pasé allí fue bastante duro —siguió Bezan—. Entonces Bastian me dijo que su siguiente parada sería en África y era uno de los sitios que tenía en mente cuando comencé a viajar. El país no lo tenía claro y bueno, iba a Kenia, así que pensé que podría acompañarlo hasta allí, hacer voluntariado un mes o dos, recorrer el país otro y volver.

—Y otra vez, te entretuviste más de la cuenta.

—Digamos que sí.

—Mira que hay países en el mundo y tuviste que irte a otro tercermundista. No me explico cómo no pillaste alguna cosa.

—Pues ahora que lo mencionas... en Kenia tuve la oportunidad de comprobar lo malos que eran sus hospitales de primera mano.

Savannah la miró de arriba abajo, como si así pudiera encontrar alguna marca o señal de qué le había ocurrido.

Bezan abrió el cuaderno.

—«No puedo creer lo que me ha pasado. Llevo una semana ingresada sintiéndome a morir, así que lo primero que he visto de Kenia ha sido el hospital de Nairobi. No está mal, aunque si este, que es de la capital, es tan escaso, no quiero imaginar cómo estará el resto».

—Hija, ya le das vueltas al tema. ¿Qué te pasó?

—Un error de novata. —Pasó la hoja—. «Comencé con síntomas al poco de llegar, cuando estábamos preparando el viaje hacia el interior. No me había dolido tanto el estómago en mi vida. No recuerdo mucho porque enseguida empecé a vomitar y me subió la fiebre. Bastian me trajo al hospital y ahora que estoy algo mejor he podido coger la libreta. El informe dice que tengo cólera...».

—¡Cólera! ¿Ves lo que te digo? ¡Tercermundista! ¿Cómo demonios lo cogiste?

—A ello iba. «Siempre tengo cuidado, siempre. Tengo pastillas potabilizadoras en el bolso y el agua embotellada es mi mejor amiga, así que creo que lo pillé de la cantimplora que cogí prestada al tipo que nos cogió en el aeropuerto. Tenía que haber preguntado antes de beber, pero me fie y seguro que o estaba sin tratar o con agua de alguna fuente poco fiable. Da igual: la cosa es que he

adelgazado un par de kilos y los que me faltan, porque me han dicho que tengo que estar un par de semanas más. Lo siento por Bastian, que ya debería estar en su destino, y sin embargo se ha quedado a cuidarme. No se fía de los médicos de aquí, parece, porque no se aparta de mi lado. También tendrá que ver su vocación, claro, que le impide dejar a alguien enfermo sin hacer nada. Controla la medicación que me dan, se preocupa de que esté hidratada constantemente y he perdido la cuenta de las veces que me ha puesto un paño frío en la frente. Le debo una, y muy gorda.»

Recordaba vomitar continuamente, ir al baño mil veces y la debilidad que todo ello le había producido. Le costó unas cuantas semanas eliminar la maldita bacteria y poder comer algo sólido sin que su cuerpo lo expulsara como si fuera el enemigo. Aun así, hasta que no recuperó algo de peso no le dieron el alta. Había pasado miedo, mucho, aunque no creía haberlo sabido plasmar en el papel. Antes de saber lo que le ocurría, se le habían pasado mil ideas por la cabeza, desde una hepatitis hasta el ébola. Podía sonar catastrófico visto en retrospectiva, sí, pero con tantas enfermedades mortales en aquellos lugares temía haberse contagiado de alguna.

Una vez se recuperó lo suficiente para saber que lo que tenía era cólera, se tranquilizó un poco al verse en un hospital. Si le hubiera ocurrido en algún campamento de refugiados o en algún poblado perdido de la mano de Dios, otro gallo hubiera cantado: la bacteria acababa con centenares de personas cada año, bien podía haber pasado a engrosar aquella lista interminable.

Al salir del hospital, se había ido a un piso de la ONG mientras pensaba qué iba a hacer al final. La necesidad de regresar a casa había aparecido con más fuerza puesto que, a pesar de tener a Bastian al lado para cuidarla, a quien había echado dolorosamente de menos era a Jeff.

«En la salud y en la enfermedad», había pensado una y otra vez.

Ojalá hubiera estado allí con ella en esos momentos.

—¿Qué hiciste al salir? —preguntó Savannah—. Podías haber vuelto ya, con todo lo que te había pasado, no sé qué ganas tenías de seguir en ese sitio.

Bezan se terminó el café mientras buscaba la hoja en la que había plasmado sus pensamientos al salir del hospital.

—«En el centro logístico de Médicos sin fronteras, me han explicado todo lo que hacen aquí y es casi peor que India. ¿Por qué está tan mal el mundo? Es algo que jamás entenderé. Quería irme, solo que no veo de qué manera puedo disfrutar de las maravillas naturales que tiene este país si no doy yo también algo de mí. Luchan contra el VIH, la droga, la mutilación genital...»

—¿Aún hay de eso?

—Como en tantos países africanos. Se supone que es ilegal y se persigue, pero hay muchas familias que lo hacen de forma clandestina. Por no hablar de los campos de refugiados, que son lugares sin ley.

—Menuda pesadilla.

—Tú lo has dicho. No te imaginas cómo... —Se mordió un labio—. Es una de las peores cosas que he visto, y eso que en la India pensaba que me había curado de espanto. Esas mutilaciones...

Se quedó callada al notar que Savannah le tocaba un brazo. Pensó que quería pedirle algo, hasta que levantó la vista y vio que la miraba de forma comprensiva.

—No pasa nada —dijo la mujer, dándole una palmadita—. No hace falta que me lo describas, podemos pasar esas páginas. Tiene que ser doloroso recordar tales imágenes.

Bezan sintió un nudo en la garganta. Su madre ya estaba acomodándose la almohada y no la tocaba, pero el gesto y aquellas palabras significaba mucho para ella.

—Tenemos suerte —siguió Savannah—. Nos quejamos mucho, y luego hay esas cosas por el mundo. Imagínate haber nacido allí.

Sí, Bezan se lo había imaginado muchas veces. La vida no había sido un camino de rosas en Nashville, aunque en comparación lo parecía. ¿Qué oportunidades tenía una niña en un país como India o Kenia? Como desgraciadamente había descubierto, pocas. Las ONGS ayudaban, por descontado, aunque los cambios eran lentos. Demasiado para muchas niñas que quedaban perdidas en un sistema hetero patriarcal que las mutilaba, las trataba como ganado o moneda de cambio o, simplemente, eliminaba sin pestañear. Así, su infancia y adolescencia la veía desde otra perspectiva y si ya sabía que había cometido errores, aquello le había abierto los ojos a otros muchos.

—A esos países tengo claro que, como mucho, iría de turista —comentó Savannah, al ver que su hija se quedaba en silencio—. No tiene que estar mal ir en uno de esos viajes organizados que valen el sueldo de un año.

Bezan sonrió a medias, pensando en todos los turistas que habían pasado por el hospital por una cosa o por otra y las desventuras que habían pasado.

—No creas —contestó—. Una vez estuvo un chico en el hospital por un esguince y era de pasta, solo había que ver la ropa que llevaba. Me contó que estaba con un grupo en un viaje organizado... iban al valle del Rift con unos guías locales y los secuestraron.

—¿Quién los secuestró? ¿Algún grupo terrorista?

—No, no me he explicado bien. Los secuestraron los propios guías locales.

Savannah parpadeó sorprendida.

—¿No se supone que cuando pagas, se incluye todo?

—Sí, se supone. La guía, el seguro, la protección... luego los guías pueden pensar que tienes mucho dinero o que no les han pagado lo suficiente, y te retienen. Se aprovechan de que estás en un país desconocido, que no hay cobertura... Exigen un extra y este chico y sus amigos tuvieron que pagar unos mil dólares cada uno.

—Pues sí que les salió el viaje a cuenta. —La miró—. ¿Te pasó a ti también?

—No, por suerte no, tuve bastante con el cólera. Me quedé en Nairobi, en el hospital, aunque hice alguna estancia de días sueltos en alguna que otra aldea con Bastian y también unas cuantas excursiones.

Podía haber ido a algún campo de refugiados o hacer servicio en poblados de forma itinerante, entre otras opciones. La ONG le ofreció alojamiento junto con otros compañeros si quería quedarse en Nairobi y al final fue eso lo que decidió: tras el susto de la enfermedad, temía coger algo más grave y quedarse aislada en algún lugar perdido. Además, aunque Nairobi era una ciudad en teoría más civilizada, descubrió que el trabajo que allí hacían era inmenso: la pobreza absoluta que había en muchos barrios se unía a las drogas, cuyo consumo iba en aumento para evadirse de aquella horrible realidad. Las infecciones por el VIH no disminuían y perdió la cuenta de las charlas impartidas sobre el tema en colegios y en el hospital.

De esa forma, le ocurrió lo mismo que en la India: el mes se convirtió en dos, y en tres... más teniendo en cuenta que las primeras semanas no contaban al haber estado enferma. Durante aquel tiempo se debatió una y otra vez entre su deseo de volver a casa con Jeff y la ayuda que prestaba allí. Sabía que, tras ella, llegaría otra enfermera, otro médico, otro voluntario. Aun así, se sentía en deuda y necesitaba aquella sensación de que lo que hacía servía para algo, porque los resultados eran más visibles que cuando trabajaba en el hospital en Nashville. Temía que, si volvía a su antiguo trabajo, la rutina acabaría con su recién descubierta vocación.

—¿Te pagaban bien, al menos?

A Bezan casi le entró la risa. ¿Pagar?

—Mamá, es una ONG. No pagan.

—Algo tendrían que darte, ¿cómo comías?

—Con muy poco, igual que en la India. Allí lo compaginé con algún trabajo esporádico y pude sacar algo, aquí el hospital me consumía casi todo el tiempo. Ellos me daban el alojamiento, una cantidad casi simbólica a la semana y con eso me apañaba. Comía en el hospital, por ejemplo.

Savannah la miraba otra vez como si no la reconociera. Desde que habían comenzado aquellas conversaciones sobre su viaje, la perspectiva que tenía sobre ella había ido cambiando. Durante esos tres años, imaginaba que su hija había estado de playa en playa, tumbada al sol sin dar ni golpe y dándose la vida padre.

En cambio, había estado trabajando y ayudando a otras personas. Para ella, resultaba difícil conciliar aquellas dos realidades en su mente. Era como si se hubiera marchado una Bezan para que otra regresara.

Ojalá hubiera vuelto antes, cuando no estaba tan mal. Ahora ya...

Carraspeó y señaló el cuaderno con la cabeza.

—Algo bonito habrá ahí, ¿no? ¿Algún paisaje espectacular?

—Oh, sí, muchos. —Pasó varias hojas—. Primero fui a la reserva Masái Mara.

—¿Esos que dan saltitos?

—Sí, esos, aunque eso es un tópico y un cliché.

—Pero los dan.

—Bueno, sí. Mira, te voy a leer para que me entiendas. «La reserva nacional Masái Mara es una zona de sabana protegida en el sudoeste de Kenia, a lo largo de la frontera con Tanzania. ¡Lo que estoy aprendiendo de geografía en este viaje! No recuerdo nada de lo que estudié en el instituto, por desgracia la forma en que lo enseñan hace que se te olvide todo en cuanto has hecho el examen. Deberían buscar algún nuevo método porque me parece increíble todo lo que he descubierto en cada uno de los países que he visitado. En fin, eso da para otro libro, si es que algún día escribo alguno. En la reserva habitan animales como leones, guepardos, elefantes, cebras e hipopótamos y me han dicho que los ñus atraviesan las llanuras durante su migración anual. Hemos tenido suerte, ya la primera noche escuchamos a los leones rugir a lo lejos y los vimos al día siguiente desde el todoterreno. Son increíbles, verlos en libertad es algo que no se puede describir con palabras. El paisaje está compuesto por llanuras con hierba y colinas ondulantes, que atraviesan los ríos Mara y Talek. La zona cercana está salpicada de aldeas (enkangs) del pueblo masái, que nos han llevado también a ver. Es extraño ir a ver un grupo de personas como si fueran animales de circo o estuvieran en un zoo. Por un lado, entiendo que es una forma de preservar su cultura y por el otro, es chocante ver que, a la vez que visten sus ropajes y bailan para nosotros, hablan con un móvil mejor que el mío. No sé si realmente lo que veo es real o un espectáculo para turistas, si la tecnología forma parte de su vida y los aleja de sus costumbres. De este viaje me quedo con la felicidad de ver a los guepardos, a los elefantes... de lejos, sí, pero en libertad y salvajes, como debe ser».

—Entonces, ¿no crees que los masáis sean como se ven?

—No lo sé. No solo ellos, cualquiera de las otras tribus que vimos me dio esa sensación. Es como... imagino que como una reserva india aquí. No están bailando alrededor de una fogata, como hacían antes. Si lo hicieran, ¿sería para homenajear a sus antepasados o solo algo que se espera de ellos?

Savannah movió la cabeza de forma afirmativa, meditando sobre aquello. No se había parado a pensarlo nunca: veía los documentales en televisión o los programas de viaje y lo daba todo por bueno. Ahora se daba cuenta de que viajar, realmente, no era solo ver cosas. Había que vivirlas, como Bezan, para llevarse algo más que una foto bonita que colgar enmarcada en el salón.

—¿Sigo? —preguntó Bezan.

—Sí, cuéntame.

—«Los poblados me dejaron un sabor agri dulce, que quedó olvidado en cuanto nos adentramos en el Parque nacional de Amboseli. Tiene una magia especial, y esa magia deriva de las numerosas leyendas suajilis. Una de ellas habla de esa enorme montaña africana que sirve de telón de fondo, el Kilimanjaro, donde se decía que su cima albergaba un dios poderoso que congelaba y paralizaba a todo aquel que se aproximaba a la cima. No vi guepardos ni leones, pero sí jirafas, muchísimas. Enormes y majestuosas, así como miles de aves de diferentes especies. El lago es espectacular, aunque por desgracia me han dicho que está en peligro por las sequías y su creciente salinidad... como siempre, la mano del hombre ha intervenido y no para bien. El paisaje está salpicado de caminos que ayudan a la desertificación. Solo por eso ha merecido la pena ver el sol ponerse aquí, con unos colores que me han dejado sin palabras. El lugar está próximo a su fin y me siento identificada con eso: mi tiempo aquí se acaba, eso me produce tristeza y felicidad al mismo tiempo».

—Qué pena si eso ocurre.

—No será lo primero que desaparece por nuestra culpa. Aún están a tiempo y, como atrae mucho turismo, parece que van a tomar medidas. Ya veremos.

Savannah no dijo nada, aunque lo que estaba pensando era que ella, al menos, no lo vería. Ni eso, ni el exterior del hospital. Ya era triste desear pisar el césped de un parque cualquiera, la verdad. Escuchar a Bezan le hacía pensar en cuántas cosas no había hecho. No ya viajar a lugares tan exóticos, sino cosas tan simples como ver un atardecer o un amanecer. ¿Cuándo lo había hecho por última vez? Ni siquiera lo recordaba, o si alguna vez lo había hecho por placer y no porque salía muy pronto de casa o le coincidía que el sol se ponía al volver de trabajar.

Bezan notó que su madre cambiaba la expresión, hasta entonces animada, y buscó con rapidez entre las hojas alguna otra descripción, una que no estuviera acompañada de profecías apocalípticas o animales en peligro de extinción.

—¿Recuerdas *Memorias de África*? —le preguntó.

—Quién puede olvidarlo. —Sonrió un poco—. Robert Redford en su mejor momento, la avioneta sobrevolando esos paisajes... —La miró—. ¿Lo hiciste?

Bezan afirmó. Le había costado un chequeo gratuito al piloto y a toda su familia, eso sí, aunque el vuelo mereció la pena. Eso, y la visita después.

—«Las colinas ondulantes de Ngong fueron el lugar elegido por los primeros colonizadores para levantar sus granjas en la época que muchos conocen como los días del *Valle Feliz*. Como testigos de esos tiempos quedaron las casas de madera con jardines floridos que se levantan aquí y allá por las colinas, entre ellas, la casa de Karen Blixen. El paisaje de fondo de la casa son los cuatro picos de Ngong Hills. Pertenecen al valle del gran Rift, al sudoeste de Nairobi, lo cual ha sido muy conveniente para poder visitarlo sin tener que faltar muchos días en el hospital. Se dice que la realidad supera la ficción y, en este caso, cuando vuelva a casa me pondré *Memorias de África* para recordad esto... aunque verlo ha superado todas mis expectativas».

Savannah jugueteaba con el borde de la sábana, pensativa, hasta que la miró.

—Así que no pensabas ir a ningún otro sitio después de Kenia.

—No. —Cerró el cuaderno y lo dejó sobre los que tenía allí de la India—. No tenía previsto ir a ningún otro país, aunque Médicos sin fronteras me lo ofreciera. Quería volver a casa.

—¿Y Bastian?

—Sigue allí, aunque en un par de meses se marcha a Sudán. Ya sabes: niños soldados, guerras... —Movi6 la cabeza—. Espero que tenga suerte como siempre y le vaya bien, porque es

un país muy peligroso.

—¿Nunca volverá a su casa?

—Él considera el mundo como su hogar, no cree que nacer en un lugar lo haga su sitio. Quiere a su familia y de vez en cuando va a verlos, solo que no siente esa necesidad de volver. Al menos, no de momento, aunque no creo que cambie.

A Savannah en realidad no le importaba Bastian, más aquel dato era también útil porque si seguía de país en país y Bezan no tenía intención de seguirlo como había hecho a Kenia, indicaba que no tenía tanta influencia sobre su hija como había llegado a pensar.

—¿En qué piensas? —preguntó Bezan, al ver que se había quedado callada.

—Muchas cosas. —La miró y, de nuevo, hizo aquel gesto tan extraño en ella de tocarle el brazo—. Me alegro de que hayas vivido esas experiencias.

Bezan abrió la boca para contestar, pero no le salió nada. No sabía qué decir ante eso, cuando lo único que había hecho su madre siempre era reprocharle aquellos tres años.

—Por supuesto, creo que podrías haberlo hecho en menos tiempo, con un año era más que suficiente.

Aquello hizo sonreír a la chica; obviamente, su madre no iba a cambiar nunca, ya era tarde para que empezara a hacerle cumplidos o admitir que se había equivocado en algo. Nunca se lo diría de forma directa, y tampoco hacía falta: Bezan sabía leer entre líneas.

Capítulo 20

—¡Jeff, qué sorpresa!

Jeff trató de disimular la impresión que le produjo el deteriorado aspecto de Savannah. Nunca había sido una belleza de concurso, pero no podía expresar lo que sentía al verla así, esa caricatura delgada y moribunda de la mujer que había sido en el pasado.

Se sentó a su lado, sin dejar de observar las marcas de la enfermedad en su rostro apergaminado y amarillento. Lo único que se mantenía eran sus ojos verdes, aunque daba la impresión de que ya no enfocaban tan bien.

—Ya sé qué aspecto tengo —murmuró ella.

Él se dio cuenta de que el impacto debía reflejarse en su cara e hizo un gesto para quitarle importancia. Llevaba bastante tiempo sin verla y acababa de recibir un golpe, cierto, pero mejor no ser tan obvio delante de ella.

—Perdona, es que...

—No lo esperabas —Savannah acabó la frase por él—. Tranquilo, le pasa a mucha gente. No hay nada como morirse para que venga toda la caballería de visita.

Sonrió al decirlo, aunque eso no mitigó el malestar de Jeff. Ojalá se hubiera pasado más a menudo, no le suponía el menor esfuerzo porque tenía tiempo, era solo que... al no estar Bezan, sentía que ya no pintaba nada en su familia. A pesar de haber sido también la suya durante muchos años, las cosas eran diferentes.

—Siento no haber venido antes —se disculpó—. Debería...

—Tenías tus motivos.

Savannah puso una mano encima de la suya y se la apretó con una sonrisa. Jeff aguardó unos segundos por si venía alguna frase maliciosa detrás. No ocurrió, lo que le extrañó, acostumbrado como estaba a escuchar indirectas o puyas de manera continua. Solían ir dirigidas hacia su hija la mayor parte de las veces, pero aquello era como montar en los autos de choque: nunca sabías por donde te iban a sacudir, aunque fuera sin intención.

—¿Y cómo estás? —preguntó, depositando sobre la mesilla la caja de bombones que había comprado en un momento de culpabilidad.

—Para bailar en una fiesta no, eso seguro —sonrió Savannah.

—¿He venido en mal momento?

—Jeff, tengo cáncer. Siempre es mal momento. —Le dio unas palmaditas amistosas—. Aunque estoy mejor por las mañanas, así que has acertado.

Él había pensado lo mismo. No tan temprano como para despertarla y ser consciente de su desorientación, ni tan tarde como para que las horas del día hubieran hecho mella en su ánimo. Además, sabía que por las mañanas solía estar sola, y si no se cruzaba con Bezan, mejor que mejor. No quería hacer las cosas más complicadas de lo que ya eran.

—¿Y qué dicen los médicos?

—Querido, no quiero hablar de mí. Ya escucho suficiente sobre mi enfermedad y lo mal que estoy, así que si tengo una visita de una persona a la que no he parido, prefiero que sea esa persona la que me cuente algo interesante.

—Entiendo —respondió él, con una sonrisa.

Savannah, siempre sin pelos en la lengua.

—¿Qué tal te van las cosas?

—Tengo bastante trabajo, como de costumbre. Lo de ser tutor va a acabar conmigo, eso sí... A veces los alumnos piensan que soy psicólogo o algo parecido.

—No se te hubiera dado mal, desde luego. Tienes paciencia de sobra.

—No me tientes —bromeó Jeff—. Ya sabes que en seguida me apunto a cualquier curso que suene medianamente interesante. *Psicología de andar por casa para adolescentes enfurruñados*.

Savannah soltó una risita que pronto se convirtió en un ataque de tos. Jeff le acercó el vaso de agua y la miró preocupado hasta que se le pasó.

—Estoy bien —se apresuró a aclarar ella—. Reír de vez en cuando me viene bien, no creo que la tos vaya a matarme precisamente.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—Deja, deja, ya tengo una de forma permanente. —Estudió su expresión y, al ver que no parecía captar el mensaje, carraspeó—. Me refiero a Bezan. Vuelve a trabajar en el hospital.

Jeff escuchó aquello y trató de mantener su cara neutral. Estaba allí para ver a su suegra, no para sonsacar información que ya no llevaba a ninguna parte: los papeles estaban firmados por ambos, su abogado había telefoneado para explicarle que el proceso se ponía en marcha al tener la conformidad de las dos partes. De modo que no tenía sentido seguir haciéndose preguntas absurdas cuando el divorcio ya era una realidad.

—¿No te lo ha contado?

—No... no hemos hablado mucho, la verdad. Solo para arreglar el tema del divorcio.

—Ah...

La cara de Savannah se entristeció. Conocía a Jeff como la palma de su mano, había vivido parte de su tristeza junto a él y le dolía ser espectadora del divorcio.

Ese hombre, que tanto había querido a su díscola hija, estaba cansado. Cansado de luchar por algo sin ver los resultados que necesitaba, cansado de amar sin reservas ni red de seguridad. Y podía comprenderlo, porque él no lo sabía todo.

A Savannah, sin embargo, el tiempo pasado con Bezan desde su regreso le había hecho conocerla mucho mejor que en los veinte años anteriores. Escuchar su vida a través de relatos escritos de su puño y letra había cambiado por completo su perspectiva, tanto de la personalidad de Bezan como de la vida que había escogido.

También conocía de primera mano los sentimientos que tenía hacia Jeff y que, por lo visto, se le daban mejor sobre el papel que en persona. Estaba segura de que si Bezan le hubiera explicado cómo se sentía tal cual lo hacía en sus diarios de viaje, él no habría tomado aquella decisión.

Ella no podía meterse, obvio. No era de su incumbencia arreglar algo que ya no parecía tener remedio, ¿no?

—Entonces, ¿es definitivo? —quiso saber.

—Sí, ya está en proceso. —Jeff le apretó la mano—. No te preocupes por nada, Savannah. Sabes que si me necesitas para cualquier cosa...

—Eres muy amable. —Le sonrió—. Siento que al final no haya salido bien.

—Yo también. Bueno, así son las cosas —dijo él—. A veces se estropean y no tienen arreglo... por mucho que lo intentes.

Los dos guardaron silencio unos segundos, sin saber bien qué decir a continuación. Un tema trivial no parecía ser lo acertado, sin embargo, ninguno quería seguir hablando de ese tema... hasta que unos golpes suaves en la puerta salvaron la situación.

—Buenos días, Savannah. —Un hombre con bata blanca asomó la cabeza—. ¿Es buen momento para ver qué tal estás hoy? Veo que tienes visita.

—No hay problema. —Jeff se incorporó—. La verdad es que debería marcharme, tengo una clase dentro de una hora.

—Claro, querido —sonrió ella—. Muchas gracias por acordarte de mí.

—Me pasaré antes del fin de semana a ver cómo sigues —prometió él.

Era una situación de lo más extraña, porque Savannah pronto dejaría de ser su suegra y no tendría obligaciones familiares para con ella. Sin embargo, tenía los días contados en vista de su estado, así que si no la visitaba cuando aún era posible... no podía obviar su existencia y los años compartidos solo por un divorcio.

Hizo un gesto con la cabeza y se giró hacia la puerta a la vez que el doctor entraba. Savannah lo observó, consciente de que tal vez no lo vería más pese a su última frase. No por él, claro, que nunca faltaba a sus promesas, sino por ella... sentía como si su cerebro se fuera apagando con lentitud. Cada vez más gris, cada vez más confuso.

No quería que la imagen de Jeff derrotado y sin el anillo de boda se quedara en su cabeza, no si podía hacer algo al respecto.

—Jeff, espera —dijo, usando la fuerza que le quedaba para incorporarse sobre el cabecero.

Él se dio la vuelta.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—Ahí, detrás del sofá, junto a la ventana... hay dos bolsas —indicó Savannah—. Están un poco escondidas.

Jeff se encaminó hasta el sofá que había pegado al ventanal y lo rodeó. Sí, había un par de bolsas negras de tamaño considerable semi ocultas entre el sofá y la pared. Miró a Savannah, sin saber qué pretendía que hiciera con ellas.

—Son los diarios de viaje de Bezan —comentó la mujer, con un gesto que le restaba importancia—. Han sido muchas noches, me los ha estado leyendo.

Jeff permaneció mudo, aún sin comprender.

—Se los iba a llevar ayer, pero se le olvidaría. Además, pesan mucho... ¿serías tan amable...?

—¿Quieres que se los lleve a casa?

—Sí, por favor, si no es molestia. Puedes dejárselos en el porche si no está en casa o no quieres hablar con ella —indicó Savannah, adelantándose a una posible excusa.

Él tardó un segundo en asimilarlo y asintió. ¿Cómo iba a decirle que no a una moribunda?

—Claro, sí, yo me los llevo. Se los acercaré después, al salir del instituto.

—Eres un encanto. No los vayas a leer, ¿eh? —advirtió—. Creo que Bezan se enfadaría, hay cosas bastante personales.

Savannah observó la cara estupefacta de Jeff y se preguntó si no se habría excedido. No podía decirle de forma directa que leyera aquello, claro, estaría feo. Sin embargo, en su época, lanzar una pequeña provocación siempre funcionaba.

Y sabía que sería una tentación irresistible. No tenía la menor duda de que iba a leer todos y cada uno de esos cuadernos de viaje porque, al igual que ella, sentía la necesidad de saber.

—No, claro —lo oyó decir—. Tranquila, no los leeré.

—Gracias. —Savannah le sonrió y después miró al médico—. Ya puedo prestarle atención, doctor.

—Veo que tienes buen aspecto hoy, Savannah.

—Seguro que eso se lo dice a todas sus pacientes de cáncer...

Jeff agarró las bolsas, que pesaban una tonelada, y abandonó la habitación. Podría acercarse en un momento a devolvérselas, aunque ya notaba como si las asas quemaran entre sus dedos. Nunca habría imaginado que Bezan llevara diarios de viaje, jamás le comentó nada al respecto, pero era como haber encontrado un tesoro.

¿Saber de primera mano lo que le pasaba por la cabeza a su mujer, a la que jamás había llegado a comprender del todo?

¿Por qué se las había dado Savannah? Sus tres hijos se pasaban los días en el hospital haciendo turnos, podía habérselo pedido a cualquiera. Lo más lógico, de hecho, era esperar a la propia Bezan para que se las llevara ella misma. Siendo un material privado, además.

Quizá ese día no le tocaba ir, o Savannah temía que quedaran allí olvidadas. Fuera cual fuera el motivo, ahora estaban en sus manos y la sensación se parecía a manejar una bomba.

Abrió el maletero de su coche para depositar las bolsas dentro, recordando ese día en que Bezan le había entregado una libreta como si fuera un tesoro, su cara una mezcla de angustia y emoción a la vez.

No le dio demasiada importancia delante de la chica, pero lo abrió nada más llegar a su casa y tumbarse en la cama. Lógicamente, los escritos de alguien de diecisiete años necesitaban un buen pulido y, sin embargo, fue capaz de apreciar la delicada pluma que perlaba los textos.

Frase a frase, palabra a palabra, reconoció un diamante en bruto, alguien que, si se formaba, orientaba y trabajaba, podía tener éxito. Porque el talento y la pasión estaban allí, ante sus ojos, en forma de letras.

Bezan nunca llegó a dedicarse a lo que deseaba: su madre y la vida la habían llevado por otros caminos. A pesar de todo, allí estaba la prueba, vivita y coleando, de que seguía necesitando escribir tanto como cuando era adolescente. Como le había explicado en aquella ocasión, nada más conocerse, « las palabras estaban ahí y necesitaba darles salida ».

Cerró el maletero y consultó el reloj. No las llevaría todavía, lo pensaría durante las horas de trabajo... podía ir al salir, como había dicho a Savannah. Sabía que debía entregarlas, pero no iba a pasar nada por retrasar ese momento.

Jeff arrancó el coche para encaminarse al instituto. Fue la última visita de Savannah antes de que esta muriera.

« Puedes llorar porque se ha ido, o sonreír porque ha vivido.

Puedes cerrar los ojos y rezar para que vuelva, o abrirlos y ver todo lo que ha dejado.

Tu corazón puede estar vacío porque no lo puedes ver, o puede estar lleno del amor que compartiste.

Puedes llorar, cerrar tu mente, sentir el vacío y dar la espalda, o puedes hacer lo que a ella le gustaría: sonreír, abrir los ojos, amar y seguir. »

Tadd alzó la vista y paseó su mirada por entre los rostros pálidos y tristes. Había más gente de la que esperaba ver, aunque los que más le preocupaban eran sus hijos.

—Es de David Harkins —explicó—. Un poema para despedir a un ser querido.

El sol brillaba con timidez, pequeño indicio de que el otoño acababa de instalarse. Los tonos cobrizos y ocres de las hojas eran otra pista; a pesar de ello, la temperatura era buena para celebrar el funeral en el cementerio.

Savannah nunca había sido religiosa, aunque la idea de tener una placa donde alguien pudiera visitarla o dejarle flores le atraía más que una urna llena de cenizas en alguna repisa destinada a coger polvo. Por ese motivo, se celebraba una ceremonia tradicional con un cura oficiando.

El hecho de que Tadd estuviera hablando en público era sencillo: Bezan había pensado que era quien mejor la había conocido en su época más brillante. Leah no se encontraba en condiciones de hablar, de lo afectada que estaba. Pedírselo a Josh sería hacerle una gran faena, dado lo que le costaba concentrarse en cualquier tarea, por pequeña que fuera, y ella... ella sentía una mezcla de emociones tan grande que no veía cómo gestionarla.

La vida, experiencias y el camino recorrido junto a su madre había sido difícil, doloroso. Y los últimos meses, poder vivir un acercamiento con ella, atisbar solo un resquicio de su personalidad antes de que los años y los disgustos la cambiaran, había sido un privilegio.

A pesar de todo, no se veía capacitada para hablar respecto a su madre. No era sencillo olvidar tantos años duros, aunque prefería quedarse con lo último.

Leah había alzado la ceja al ver a Tadd, aunque tuvo la prudencia de no protestar. Se limitó a permanecer junto al cura, con sus dos hijas al lado y un Michael que se mantenía próximo, aunque a una cierta distancia que dejaba claro el momento que pasaban. Lo mismo sucedía con Jeff, quien estaba presente, pero no cerca.

Tadd llevaba un traje oscuro immaculado, y cumplió su cometido a la perfección. Hablaba con voz serena y una breve sonrisa, recordando momentos desconocidos para Bezan, cantidad de pequeños apuntes y anécdotas que dibujaban un retrato de su madre, una que jamás llegó a conocer.

—Savannah era una mujer con mucho carácter —siguió él—. Creo que todos los que estamos aquí para despedirla sabemos eso. Una vez, unos chicos arrojaron huevos en nuestro jardín como broma de Halloween, y ella corrió más de cuatro manzanas detrás hasta que atrapó a uno de ellos. Lo llevó de la oreja hasta casa de sus padres y ese niño estuvo segando nuestro césped todo un verano.

Hubo sonrisas entre los asistentes ante el relato, inofensivo y amable.

—Cada momento que compartimos durante el tiempo que pasamos juntos fue especial y, sobre todo, nos dio una de las cosas más importantes que tenemos: nuestros tres hijos. Ella siempre se preocupó por cada uno de ellos. A su manera, nos quería.

Leah se retorció las manos, nerviosa, y Bezan le puso la suya encima para tranquilizarla. Su hermana permanecía con las gafas de sol puestas para ocultar sus ojos, rojos de llorar. A su pesar, era la que más unida estaba a su madre. Al menos, Chloe se comportaba.

—Querida Savannah —dijo Tadd, después de la pausa—, de mi parte y de tus tres hijos... tal vez no te veamos, pero eso no quiere decir que no estés aquí con nosotros.

El cura volvió a tomar la palabra al ver que Tadd parecía haber terminado. Bezan asistió al resto de la ceremonia como en un sueño: montones de tierra, el ataúd en su lento e interminable descenso, y alguien que le apretaba la mano. Alzó la mirada para encontrar a Jeff que, una vez más, conseguía dejar sus diferencias a un lado para estar junto a ella.

¿Qué pasaría cuando la soltara definitivamente?

Desvió su atención de nuevo a ese hueco en la hierba donde iba a descansar su madre. Ojalá pudiera cerrar las persianas y meterse en la cama un par de días, solo de pensar que tras el funeral tendría que soportar el « velatorio » en el domicilio le daban ganas de salir corriendo. ¿Quién demonios iniciaría aquella absurda tradición? Por más que lo pensaba, no entendía esa manía de llevar comida a casa para los familiares del difunto, como si no fueran capaces de cocinar por sí mismos o la muerte les diera un hambre infinita, cuando, al menos en su caso, tenía el estómago cerrado y por el aspecto de su hermana, estaba segura de que ella también.

— Hay que marcharse.

Levantó la vista al escuchar la voz de su hermano y se dio cuenta de que la gente se estaba

comenzando a dispersar. Jeff le soltó la mano y tragó saliva al sentir como el poco calor que tenía en el cuerpo terminaba de abandonarla del todo.

— Os veo allí — comentó él, alejándose.

Josh rodeó los hombros de Bezan con el brazo y la llevó hacia el coche. Se sentía extraño, como si estuviera caminando en alguna especie de nube en la que no terminaba de creerse lo que había pasado. Quizá era porque, como su madre se había recuperado una vez de aquello, había esperado otro desenlace. Durante meses había escuchado lo que les decían los médicos igual que sus hermanas, pero de alguna manera, sin llegar a interiorizarlo.

El sonido de la tierra suelta al golpear la madera le hizo darse cuenta de que no era una pesadilla y que realmente era su madre la que estaba allí dentro. Sentía una opresión detrás de los ojos que, suponía, acabaría en lágrimas más adelante, pero en aquel momento estaba haciendo todo lo posible por contenerse para ser el que consolara a Leah y Bezan, que estaban más perdidas que él. Nunca adoptó el rol de « hombre de la casa » que se suponía debía ser, era más sencillo dejar que su madre cuidara de él y se preocupara de su trabajo, de la falta del mismo, de si había comido o de qué había pasado para que su última novia acabara dejándolo también. A partir de ese momento, eso ya no iba a ocurrir. No tendría un táper esperando en la nevera para que se llevara a casa, ni nadie le cosería ningún botón que se le cayera.

Era como si, de pronto, la edad adulta que tanto había esquivado lo estuviera golpeando con su cruda realidad en la cara.

Había una hilera de coches aparcados en las aceras cercanas a la casa y dejó el suyo en la entrada al garaje, detrás del monovolumen de Leah.

Ella ya estaba en el interior, aún con las gafas puestas, hablando con una pareja y sosteniendo una bandeja de cristal que parecía contener lasaña. Bueno, al menos no tendría que preocuparse por la comida en unos cuantos días, visto lo que contenía la mesa del salón.

— Voy a ayudar a Leah — dijo.

Bezan afirmó y lo vio acudir al rescate de su hermana para coger la bandeja de comida. Alguien se acercó a saludarla y le estrechó la mano para darle el pésame, y después otra persona, a los que contestó de forma automática sin prestar atención a quiénes eran.

Poco a poco, el salón se fue llenando de gente: vecinos, amigos de la familia, compañeros de trabajo...

Alguien la abrazó y al separarse, se dio cuenta de que era Aliká.

— Gracias por venir — murmuró.

— ¿Cómo no iba a hacerlo? — Le frotó los brazos — . No te voy a preguntar cómo estás porque ya lo supongo. Si necesitas compañía o lo que sea, sabes dónde estoy.

— Sí, lo sé, gracias. — Suspiró — . Jeff ha venido.

— ¿Acaso lo dudabas? No importa lo que haya pasado entre vosotros, en un momento así no te dejaría sola ni loco.

— El divorcio ya está en marcha, Aliká. No hay vuelta atrás.

Su amiga la miró con comprensión. La separación podía ser lo mejor para ambos, pero eso no lo hacía más fácil. Siguió la dirección de su mirada y vio al susodicho hablando con Josh, que parecía el más entero de los hermanos. Su historia tampoco había acabado bien, aunque no tenía ni punto de comparación: el amor que habían compartido, que aún sentían, mejor dicho, Jeff y Bezan, no tenía nada que ver con el suyo. Había momentos en los que pensaba en Josh y en lo que pudo ser, claro, pero no le quitaba el sueño ni se moría por echarse en sus brazos como suponía le ocurría a Bezan con Jeff. Para ella, su prioridad en aquel momento era su restaurante y no necesitaba nada ni a nadie más.

Josh se dio cuenta de que Alika lo estaba mirando y la saludó con la cabeza.

— Es una pena que lo vuestro no funcionara — comentó Jeff, al verlo.

— Podría decir lo mismo sobre vosotros.

— Ya. — Movió la cabeza — . En fin, no hay vuelta atrás así que... ¿Qué tal lo demás? ¿El trabajo?

— Como siempre, ya me conoces. Supongo que algún día encontraré algo que me llame, no lo sé. De momento me vale con cobrar a fin de mes.

Jeff lo observó unos segundos mientras su cerebro hacía varias conexiones. Conocía a Josh de toda la vida y, aunque tenía claro lo despistado que podía llegar a ser, también sabía que seguía apasionado por el deporte. Aunque su experiencia universitaria no fuera para echar cohetes, cosas más raras había visto ocurrir en el instituto. Por no hablar de la retahíla de profesores que habían pasado sin pena ni gloria por allí.

— Escucha, se me ocurre... — empezó — . Jay se ha marchado hace unos días.

— ¿Jay?

— El nuevo entrenador, llevaba solo unos meses. Con el cambio de director, está el tema un poco parado y no han encontrado a nadie todavía.

— Ajá. ¿Y?

Jeff puso los ojos en blanco. Madre mía, a veces el chico no se enteraba de nada.

— Pues que tú tienes el perfil.

Por fin, Josh pareció darse cuenta de lo que le estaba diciendo y lo miró, sorprendido. ¿Él, profesor? Eso sí que no se le había pasado nunca por la cabeza.

— ¿Hablas en serio?

— Yo no tengo nada que ver con el proceso de selección ni puedo hacer más que llevar tu currículum y recomendarte... Eso sí, tienes que cumplir si lo hago, no me puedes dejar mal.

— No, no, eso nunca. — Se quedó pensativo unos segundos—. ¿En serio crees que podría valer?

Jeff omitió que más o menos estaban desesperados por contratar a alguien, lo que había bajado bastante el baremo, y se limitó a afirmar con la cabeza.

— Mándame tu currículum y lo llevo el lunes.

— Vale. Muchas gracias, Jeff.

— De nada.

Seguro que congeniaba con los chicos mejor que el anterior, que no había tenido la mínima empatía con ellos.

Tadd pasó por su lado y estrechó la mano de ambos.

— Ha sido un discurso muy bonito — comentó Jeff.

— Gracias. ¿Habéis visto a Leah? Quería hablar con ella antes de irme.

— Creo que ha ido a la cocina — contestó Josh.

— ¿Me acompañas?

Él pareció sorprendido, pero afirmó y se despidió de Jeff. No había tenido nunca una relación estrecha con su padre, ni siquiera cuando aún vivía con ellos, y aunque no le guardaba rencor ni nada parecido, se había acostumbrado tanto a no tenerlo cerca que ya ni lo echaba de menos.

Encontraron a Leah en la cocina, delante de la nevera. Tenía la puerta abierta y observaba el interior con la mirada perdida, como si estuviera en otro lugar y no allí de pie, sosteniendo un táper de plástico blanco.

Josh se acercó y le cogió el recipiente, lo que la hizo reaccionar.

— Ah, Josh, hola. — Vio a su padre y se quedó paralizada — . Y... tú, hola.

Su hermano metió como pudo el táper en la nevera y entonces entró Bezan, que buscaba huir de la gente y sus condolencias vacías.

— Ah, bien, estáis los tres — dijo Tadd.

Durante unos segundos, el silencio se hizo entre ellos. Ninguno se movía, como si la distancia que los separara no fuera de un metro o dos sino mucho mayor. Y en realidad, así lo parecía.

Tadd carraspeó, buscando la forma de expresarse.

— Siempre os he querido — soltó.

Leah movió la cabeza y Bezan se acercó a ella para cogerle una mano.

— No quiero remover el pasado ni hablar sobre lo que ocurrió y que ya no podemos cambiar — continuó él — . Solo me gustaría que pudiéramos estar más contacto que una llamada cada seis meses o para los cumpleaños de las niñas. — Miró a Leah — . Sé que es duro para ti, sobre todo con lo que está pasando con tu matrimonio, pero estoy aquí para lo que necesites, Leah.

Ella seguía moviendo la cabeza. Escuchaba las palabras y sentía que eran sinceras, solo que no podía asimilarlas. Una parte de ella deseaba que Tadd formara parte de su vida y de la de sus hijas de forma más continuada; sin embargo, otra parte consideraba aquello una especie de traición a su madre. Notó que Bezan le apretaba la mano y después iba a darle un abrazo a Tadd.

— Gracias, papá — dijo la rubia — . Te llamaremos.

No estaba segura de si su hermana o Josh estaban dispuestos a darle una oportunidad, aunque esperaba que cuando las cosas se estabilizaran un poco, lo hicieran. Al fin y al cabo, era su padre y no sabían cuánto tiempo estaría con ellos.

Aquello le produjo un nudo en la garganta mientras veía cómo Josh le estrechaba la mano y Leah, tras dudar, le daba un par de besos rápidos en las mejillas.

Tadd se dio la vuelta y salió procurando mantenerse serio, aunque la emoción lo embargaba. La muerte de Savannah, aunque esperada, era un duro golpe y había sentido cada palabra pronunciada en la ceremonia. Había habido cosas malas, pero las buenas las superaban en forma de tres hijos y dos nietas que esperaba poder llegar a conocer mejor.

Como si hubiera sido invocada por su mente, Chloe se cruzó en su camino y estuvieron a punto de tropezar. Ella se apartó al reconocerlo y lo miró de una manera que le recordó a Leah.

— ¿Ya te marchas? — le espetó — . Por lo que sé, eres experto en eso.

Tadd no se lo tomó a mal. Imaginaba las historias que habría escuchado y, además, sabía que estaba teniendo una adolescencia complicada, así que...

— ¿Cómo estás? — le preguntó.

Ella se cruzó de brazos, mirándolo de arriba abajo.

— ¿Es una pregunta en serio? — Él afirmó — . ¿Lo dices por mi abuela muerta de cáncer, el divorcio de mis padres o por todo en general?

— Chloe...

— Porque la respuesta es la misma para todo: una mierda. Así es como me siento y como es todo esto.

— Los divorcios son complicados, pero tus padres te quieren y...

— Ya, sí, soy la niña de sus ojos. ¿Me vas a lanzar un discursito? ¿Tú?

Tadd negó con la cabeza, mirándola con cariño.

— Te pareces mucho a tu tía en ese carácter que tienes. Y aunque no te guste, también a tu madre. No la apartes de tu lado, Chloe, no pierdas un tiempo precioso con ella porque luego, nunca se recupera.

La chica fue a replicar, pero se quedó callada, pensando en dónde se encontraba y por qué. Mientras su abuelo se alejaba, vio salir a su madre de la cocina acompañada por sus tíos... y se

dio cuenta de que algo había cambiado. No era solo por el funeral, no estaban dándose consuelo ni salvando las apariencias. No había esa tensión entre ellos que había notado otras veces, ni siquiera su tía Bezan parecía incómoda cogiendo a su madre de la mano.

Quizá, solo quizá, tenía que replantearse algunas cosas.

Capítulo 21

«El lugar está próximo a su fin y me siento identificada con eso: mi tiempo aquí se acaba, eso me produce tristeza y felicidad al mismo tiempo...

He ido a buscar a Bastian hace un rato y, como siempre, estaba a mil cosas. Este hombre parece que no para ni un solo segundo, nunca he visto a nadie tan entregado como él... después de trabajar a su lado durante dos años, me sigue sorprendiendo su tesón.

Por supuesto, la charla no era lo que esperaba. Es mi mentor y me ha enseñado muchísimas cosas, es verdad, y creo que en el fondo él creía que iba a aceptar su oferta de acompañarlo a Sudán para seguir nuestro camino juntos. Sé que piensa que compartimos una visión de la vida muy parecida, que podríamos seguir de esta manera de forma intermitente, así que cuando le he dicho que volvía a casa ha sido como echarle un jarro de agua fría encima.

Estaba decepcionado, desilusionado, y ni siquiera recordarle que pronto tendrá otra persona con la que seguir adelante le ha animado. Este hombre, esta persona de corazón enorme, está deseando encontrar el amor... solo que yo no soy ese amor.

Me ha preguntado por qué me marchó, si no sería suficiente con visitar a la familia un par de veces al año. ¿Qué familia o matrimonio sobrevive a eso? Las relaciones requieren trabajo. Y presencia, obvio.

No puedo seguir este camino sola, sin Jeff. Estoy segura de que si estuviera aquí y pudiera ver con sus propios ojos lo que yo he visto, no dudaría en involucrarse de igual modo. Casi puedo imaginarlo explicando cosas a los niños: él es así. Pero no está, y yo no puedo seguir en un lugar donde él no está. He abusado de mi tiempo y del suyo porque mi corazón me pedía aire, libertad y hacer algo por los que no pueden, es verdad. Y quizá lo haya estropeado todo, sería muy egoísta por mi parte pensar que va a quererme eternamente así, sin más...

Bastian ha puesto los ojos en blanco, como hace siempre que menciono a Jeff —parece ser que lo nombro más de lo que pensaba— y, acto seguido, ha tratado de convencerme de que me tome otro año. Dice que uno más no importa.

Uno más importa, me importa a mí. No le he hablado mucho sobre Jeff, de que me paso la mitad de las noches en vela deseando estar a su lado. Que cuando ayudo a la gente y los niños me regalan flores, mi corazón se llena hasta la mitad, sí... sin embargo, por mucho que brillen sus ojos y las sonrisas en sus caritas, siempre tengo ese vacío presente.

A lo mejor nunca he conseguido hacérselo ver de manera clara porque así soy yo, me resulta más fácil expresarme a través de mi pluma, pero le quiero más que a nada en el mundo. Y aunque mi alma quiere volar muy lejos, si tengo una buena razón para quedarme es él.

Al final, Bastian me ha llevado en coche a comprar el billete. Hasta que no lo he tenido en mis manos no he sido consciente de verdad, estoy tan feliz en este momento... debo arreglar el papeleo con la ONG y esperar a que llegue mi sustituta, algo que estará cerrado en dos semanas, así que ese es el tiempo que me queda aquí antes de volver a casa.

Estoy nerviosa porque no sé lo que me voy a encontrar, claro. Es posible que durante el último año... bueno, no sé, prefiero no pensarlo. Si me pongo a dar vueltas a cualquiera de las ideas que se me pasan por la cabeza me volvería loca, seguro.

En fin, voy a dejar el billete aquí metido para que no se pierda. Estoy oficialmente arruinada, por cierto. La buena noticia es que he aprendido a vivir con casi nada, o sea que...

No creo que tenga tiempo de escribir estos últimos días antes de marcharme, no voy a visitar ningún otro lugar y tengo muchos temas que cerrar, así que supongo que puedo dar por finiquitados mis diarios de viaje. Serán una parte más de mi colección de escritos absurdos que solo servirán para recordar tiempos pasados. Aunque no me arrepiento de haberlos escrito, para nada. Soy yo misma en cada una de las frases que hay aquí.

Vaya, Jeff, qué te parece. Toda la vida queriendo recorrer el mundo, y resulta que mi mapa del mundo eres tú...».

Jeff alzó la mirada del último cuaderno que tenía en las manos. Acto seguido, volvió a bajarla para releerlo palabra por palabra, sin terminar de creerlo.

Por segunda vez, se quedó mudo y estupefacto.

En la hoja contigua, un billete de avión pasadísimo de fecha. Le echó un vistazo, innecesario en realidad, pero que su parte racional demandaba.

La fecha coincidía, en efecto. Bezan tenía el billete de vuelta guardado, sí, y la llamada de Leah para localizarla había adelantado ese viaje una semana.

Bezan no había vuelto por él, sino por su madre, pero lo habría hecho tan solo siete días después de no haber recaído Savannah.

Confundido, se quedó un buen rato con el billete en la mano hasta que se sintió estúpido. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Confiar en ella de manera ciega?

¿Por el amor de Dios, ni siquiera lo llamaba por teléfono con regularidad! Vale, después de leer todas las libretas comprendía el motivo, ¿cómo iba a saber que se encontraba en lugares remotos y tercermundistas donde la comunicación era de lo más complicada?

¿Y qué tal explicarle las cosas?

Recordaba, vagamente, haberle dicho que no quería escuchar excusas, ni saber si su corazón había encontrado lo que buscaba al vagar por el mundo.

¿Quién le había mandado leer sus diarios de viaje? ¿Por qué no dejárselos en el porche, tal y como le prometió a Savannah?

Durante el velatorio no le pareció correcto, así que las dos bolsas siguieron en su maletero, esperando el momento oportuno. Al día siguiente, se dijo que lo primero que debía hacer era llevárselas a su dueña... no obstante, condujo hasta el instituto sin parar allí.

Hizo lo mismo durante una semana, resistiéndose a tocarlas. Le escribió un par de mensajes a Bezan para ver qué tal lo llevaba, sin mencionar el tema de las libretas. La chica tampoco preguntó por ellas, seguramente ocupada resolviendo los asuntos de su madre.

Tras una muerte aparecían muchos frentes abiertos, y ahora debían pensar qué hacer con la casa, cómo organizarse... dónde estaban sus cuadernos ni siquiera debía estar en su mente.

Quince días exactos tras la muerte de Savannah, Jeff despertó demasiado temprano el día de su aniversario. Un año aciago sin nada que celebrar, excepto ese trámite que avanzaba sin freno.

Se levantó, bajó al coche y regresó con las libretas. Quería leerlas y solo estaba retrasando el momento, ¿qué mejor manera de celebrar su maldito aniversario? Quizás por fin pudiera averiguar qué le pasaba por la cabeza a su mujer.

Exmujer. No se acostumbraba, qué jodido.

Al menos era domingo y no tenía que preocuparse de ir al trabajo, eso le dejaba el día libre. Preparó una cafetera y se sentó en el sofá del salón con la primera libreta, con una mezcla de nervios y excitación por lo que podía encontrar dentro.

Y encontró cosas que esperaba, como la prosa delicada de Bezan describiendo todo tipo de lugares, personas y experiencias. Y otras que no esperaba, como sentimientos, reflexiones y algunos párrafos que parecían escritos a corazón abierto.

No había tantas playas y cócteles como creyó en su momento, no. Sí halló negrura en ciertas partes de los textos, sobre todo en los últimos, donde había regalado su tiempo para ayudar a los más vulnerables y necesitados.

Para Jeff, el deseo de Bezan de viajar era un capricho. La había apoyado porque deseaba que fuera feliz, que cumpliera esa ansia de libertad que le pedía su alma... pero en ningún momento había imaginado que leería otra cosa excepto eso: la realización personal de una persona.

Cogió el billete, notando que estaba enfadado. ¿Tanto costaba avisarlo de que pensaba volver y decir la fecha? ¿Todo tenía que hacerlo a su manera?

Si ella hubiera sido capaz de explicarse tal y como hacía sobre el papel, ¿habría cambiado algo de tener esa información?

Cerró la libreta, con una mezcla de sentimientos en su interior: rabia, dolor e impotencia por cómo habían salido las cosas. Y porque sabía la respuesta a la última pregunta: todo habría cambiado, joder.

Sin embargo, era tarde...

—Solo tiene un baño —informó Leah, apareciendo en el pasillo.

Era obvio que aquel era un hándicap importante para la hermana mayor, lo que hizo que Bezan y Josh cruzaran una mirada significativa.

—¿Qué? —protesto ella—. No me miréis así, tú eres la me ha preguntado si quería venir contigo. Eso es porque te fías de mi criterio.

Bezan se encogió de hombros.

—Bueno, al cincuenta por ciento. O sea, si dices que no está del todo mal, me sirve.

Leah se reunió con ellos en la cocina, de lo más soleada. Ese detalle le gustaba, pese a que las habitaciones se le quedaban pequeñas. Bueno, era bastante más modesto a lo que estaba acostumbrada y no tenía muchas opciones hasta que encontrara trabajo.

Michael y ella habían decidido, por el bien de sus hijas, que los que se debían mover eran ellos. Lo que implicaba vivir en su casa una semana sí y una no, ¿y mientras tanto?

Bezan, que estaba buscando un piso que alquilar, le había ofrecido vivir con ella hasta que tuviera un trabajo que le permitiera elegir algo más de su gusto. La oferta emocionó a Leah, pues era algo inesperado, y se dio cuenta de que nunca era tarde para tener una relación de hermanas.

La primera semana tras la muerte de su madre, el dolor había sido horrible. La echaba de menos a todas horas, extrañaba sus sarcasmos, sus cafés juntas...

Después, el sol brilló un poquito más y Leah decidió mantenerse ocupada. Organizó todos los papeles de su madre, incluidos los de la casa y el seguro.

—¿Creéis que hacemos bien en venderla? —preguntó, mirando a sus hermanos.

Josh no dijo nada. Él no tenía un apego en particular a la casa familiar, así que cualquier decisión que tomaran ellas le parecía acertada.

—Ya lo hemos hablado —comentó Bezan—. Es demasiado grande para cualquiera de nosotros. Creo que es mejor que entre otra familia y la oxigene.

—Y nos vendrá bien el dinero —intervino Josh—. Podremos pagar parte de un piso para cada uno, o algo así. O el alquiler, lo que sea.

—Mira qué responsable se ha vuelto. —Bezan meneó la cabeza, con una leve sonrisa—. Lo que hace tener un trabajo serio.

—Bueno, serio tampoco... que solo llevo un par de semanas.

—Pero pinta bien —comentó Leah—. Jamás te había visto tan contento con ninguno de tus anteriores trabajos. Antes nunca comentabas nada y esta última semana no has parado de hablar de este.

—¿Eso hago? —Josh miró a Bezan, que asintió—. Vaya, trataré de contenerme.

Bezan le rodeó los hombros con el brazo.

—No seas tonto, puedes hablar todo lo que te apetezca sobre ello. Las dos estamos muy contentas de que hayas encontrado algo que te guste.

—Entrenar es como un sueño, aún no me creo que me paguen por ello. Motivar a esos chicos a superarse es... en fin, que me gusta.

—¿Y qué tal con los profesores? —preguntó Leah.

—Muy bien. Hay una bastante agradable, se llama Marie y tiene par de años menos que yo, así que soy lo más próximo a su edad.

—Uhhhh —murmuró la hermana mayor—. Recuerdas su nombre, eso quiere decir que hay algo de interés por tu parte.

Bezan ubicó el nombre al instante: Marie, la compañera de trabajo de Jeff con la que se llevaba bien. Una profesora no estaba mal para su hermano, la verdad, y aunque estaban adelantando acontecimientos, Leah tenía razón. Si Josh recordaba su nombre tenía todas las papeletas para que terminara saliendo con él.

—Ya veremos. —Josh tocó en la puerta del salón—. No es ninguna maravilla, aunque están bastante bien, son macizas. Y las ventanas parece que las han cambiado hace poco.

—Sí, han reformado —confirmó ella—. ¿Os gusta, entonces? Ya sé que no es perfecto, solo tiene dos habitaciones, un baño y la cocina es pequeña, pero está cerca del hospital y bueno... necesito un sitio donde vivir.

—No le saques tantas pegas, el mío es peor —comentó Josh.

Bezan recorrió el piso con la mirada. No se parecía en nada a su casa, claro. Ni a la de su madre ni a la que había elegido Jeff. Sentir que empezaba de cero le daba vértigo, no lo podía negar... pero era un paso que tenía que dar, no le quedaba otro remedio. Y prefería hacerlo en un lugar nuevo, quedarse en la casa de su madre no iba a ayudarla a rehacer su vida.

Además, entre el trabajo y que tendría a Leah de compañía, al menos no se sentiría demasiado sola. Alika había prometido estar pendiente de ella, incluso hubo una amenaza por su parte que incluía las palabras «salir» y «bailar».

No estaba en su lista de prioridades, pese a que sabía que en algún momento tendría que salir al mundo otra vez. Le llevaría tiempo, eso sí, iría paso a paso.

—Entonces, ¿os gusta? —repitió—. Tengo que decirle algo al dueño esta tarde, sé que tiene una pareja interesada y tengo que devolverle las llaves mañana.

—Al menos te las ha dejado el fin de semana para pensártelo —comentó Leah.

—Yo la veo muy bien para el precio que tiene —respondió Josh—. ¿Te dará opción de comprarla si te interesa?

—Creo que sí, pero prefiero estar de alquiler. Comprar es como muy definitivo.

Leah y Josh se miraron, los dos pensando lo mismo. Parecía que Bezan seguía evitando echar raíces.

—No tienes remedio —suspiró la primera.

—Poco a poco, hermana.

—Vale, el piso tiene mi visto bueno —dijo esta—. Y me pido el cuarto de la derecha.

Bezan forzó una sonrisa. Parecía que a todos les costaba sonreír desde el funeral, algo lógico, y

solo les salían unas muecas que eran una caricatura penosa.

—Perfecto, llamaré al dueño después.

—¿Qué tal si vamos a comer algo para celebrar este momento de independencia? —ofreció Josh.

—Se supone que yo he quedado con Chloe —explicó Leah con una mueca—. No me quejo, al menos ya no me gruñe tanto.

—Mejor aún, así estaremos contigo como apoyo.

—Yo voy a pasar —intervino Bezan.

—Venga, hermanita. —Josh la rodeó con el brazo y le dio un beso en la mejilla—. Es tu aniversario y debes estar jodida, ¿dónde mejor que con tus hermanos? Seremos tu apoyo.

—Te lo agradezco, pero tengo que cerrar una cosa.

Leah la observó unos segundos, con expresión interrogante, y desistió de preguntar nada. ¡A saber lo que le pasaba a Bezan por la cabeza! Pese a que su relación era mejor que antaño, siempre sería insondable para ella.

Bezan abrazó a los dos y los dejó decidiendo el restaurante donde irían a comer. Le echó otra mirada a la fachada del edificio, haciendo el esfuerzo de pensar en él como su nuevo hogar. Sabía que se acostumbraría, era cuestión de tiempo, igual que en algún momento pensar en Jeff dejaría de doler.

Se montó en su coche de segunda mano, uno que había comprado sin pensar demasiado al ser consciente de que su cuñado no podría prestarle el suyo como en el pasado.

De cualquier forma, necesitaba uno, y cualquiera servía.

No había mentido a Leah, necesitaba cerrar algo. Ese día debería estar celebrando su aniversario y, en su lugar, lo pasaba buscando un piso para empezar una nueva vida. Era demasiado amargo y no quería tener ese recuerdo, así que había decidido ir un rato al lago, su lugar favorito. Estaba lleno de buenos recuerdos, mucho mejores que la situación actual. Cogió un refresco y un sándwich en la tienda de recuerdos que había al entrar y se dirigió a «su» sitio.

El parque Radnor era más bonito de lo que Bezan recordaba. O quizá, el tiempo y la distancia habían hecho que sus recuerdos sobre el lugar se hubieran difuminado entre tantos paisajes espectaculares y experiencias nuevas.

Fuera como fuera, mientras se sentaba en el borde del embarcadero y contemplaba el paisaje, el reflejo del sol otoñal en el agua le pareció que podía compararse a cualquiera de los atardeceres que había vivido lejos de allí.

Había llegado justo a la hora en que se cumplía su aniversario de boda y allí pensaba quedarse hasta que acabara el día. Visto desde fuera, seguro que era incluso patético en cierta medida, pero sentía que era lo que debía hacer aquel día. Su boda había sido el día más feliz de su vida, qué menos que recordarla en su último aniversario. Solo esperaba que no la echaran antes o que aquellas nubes que se acercaban pasaran de largo, no fuera a acabar mojada y con una pulmonía. Se estremeció al pensar en la tormenta que había acabado con Jeff y ella juntos, podía recordar cada momento y cada sentimiento, a pesar del tiempo que había pasado. ¡Qué felices e inocentes eran entonces! No cambiaría nada de lo vivido en aquella época, ni un solo día.

Durante su viaje se había sentido sola muchas veces, pero el vacío que notaba en su interior superaba con creces cualquiera de aquellos momentos. Nunca hubiera imaginado que echaría de menos a su madre como lo hacía, hasta añoraba sus discusiones o sus comentarios críticos.

Y, aun así, aquella pérdida no tenía tanta culpa de su tristeza como la usencia de Jeff en su vida. Había recibido algún mensaje suyo aquellos días preguntando a ver qué tal estaba, aunque suponía que solo lo hacía por educación y que cualquier contacto entre ellos acabaría por desaparecer con

el tiempo, según sus vidas siguieran caminos diferentes.

Ojalá lo hubiera llamado más veces. Ojalá hubiera sido capaz de explicarle cómo se sentía. Ojalá...

Escuchó pasos avanzando hacia ella sobre la madera y cogió aire. No tenía ganas de discutir con ningún *ranger* ni verse rodeada de turistas o de alguna familia feliz revoloteando por allí, así que esperaba que pronto se dieran media vuelta y se marcharan. Seguro que ver a una tipa sentada con un triste sándwich al lado echaba a cualquiera de allí.

Sin embargo, los pasos siguieron acercándose hasta llegar a su lado. La persona se detuvo y, cuando levantó la mirada, se encontró con que Jeff estaba allí, sentándose a su lado.

Parpadeó por si su imaginación le estaba jugando una mala pasada, pero no, de verdad estaba: con la mirada absorta en el paisaje, como había estado ella unos momentos antes.

Tragó saliva y esperó, pensando que, si abría la boca, lo espantaría o algo así y se marcharía tal y como había venido.

En cambio, Jeff cogió algo que tenía a un lado y se lo pasó, sin cruzar su mirada con ella.

—Esto es tuyo —dijo.

Bezan cogió las pesadas bolsas y las miró, reconociendo sus libretas en el interior. Las tocó con la mano, recordando que se habían quedado en el hospital con su madre. Había supuesto que estarían entre las cosas que habían llevado a casa, la verdad era que tampoco se había preocupado por ellas.

—¿Cómo has...? —empezó, sin comprender—. ¿Por qué las tienes tú?

—Me las dio tu madre. Me pidió que te las devolviera —explicó, y entonces sí, la miró—. Y que no las leyera.

Bezan paseó sus ojos de las libretas a Jeff, y de nuevo a ellas. ¿Qué pretendía su madre con aquello? Podía haberlas dejado en el hospital, se las podía haber devuelto a ella... a cualquiera menos a Jeff. Solo de pensar que podía haberles echado un vistazo, leer todo lo que decía de él y...

Entonces abrió mucho los ojos, dándose cuenta de la triquiñuela de su madre. La muy...

—Las has leído —dijo.

No era una pregunta, puesto que estaba segura de que su exmarido lo había hecho. Vamos, ella en su lugar, desde luego que no habría podido resistir la curiosidad.

—Sí. Creo que tu madre me picó a propósito.

—Seguro.

—He encontrado también el billete.

—Claro.

El billete. Ya ni se acordaba de que lo había guardado allí, cuando había pensado utilizarlo. En mala hora decidió sorprender a todos y no avisar antes, todo habría sido diferente si hubiera llamado.

—Ahora sé que no volviste solo por ella —continuó Jeff.

Bezan negó lentamente con la cabeza.

—¿Voy a tener que leer algún otro cuaderno para que me lo expliques bien? —preguntó él.

Su tono casi era de broma. Casi, porque seguía serio y Bezan comprendía que, a pesar de haber leído sus libretas y descubierto sus pensamientos más íntimos, tenía preguntas sin responder.

—No sabía cómo decir que volvía —contestó.

—¿Con una llamada?

—No estaba segura de me creyeras.

Él sopesó aquellas palabras y afirmó. Si lo pensaba, con todos los aplazamientos que Bezan

había hecho a su fecha de vuelta, probablemente habría reaccionado como en la historia de Pedro y el lobo: a la vez verdadera, no lo habría creído.

—Podríamos haber hablado cuando volviste —dijo.

—Supongo. Creo que todo lo de mi madre y saber que habías preparado los papeles del divorcio me confundieron. Ya sabes cómo me gusta dar vueltas a las cosas.

—Ya que lo mencionas...

Jeff echó mano del bolsillo de su cazadora y sacó un papel doblado en varias partes. Despacio, lo fue extendiendo hasta que tomó su tamaño normal de folio y se lo enseñó.

—Te llegará una copia —comentó.

Bezan lo cogió con cara sombría y leyó el contenido. Solo un par de líneas que confirmaban lo que sabía: su divorcio era un hecho, Jeff y ella ya no tenían ningún lazo en común.

—Hemos puesto la casa a la venta —contestó, sin saber muy bien qué decir.

Eso le sorprendió. Jeff había esperado que se quedara en la casa de su madre hasta que se marchara de nuevo, pero si iban a venderla...

—Puedo darle a mi abogado la dirección de tu hermana.

—Oh, ella tampoco va a vivir allí. —La expresión de Jeff ya era de confusión total—. Con el convenio del divorcio, tiene que buscarse otro sitio. Las niñas se quedan en la casa y ella y Michael se van turnando.

—Oh. Vaya. Bueno, para las niñas es lo mejor.

—Sí, eso parece. Así que Leah va a venir a vivir conmigo.

—¿Contigo? No entiendo... ¿Dónde?

—Voy a alquilar un piso. O bueno, vamos a alquilar, ya que de momento toca compartir. ¿Puedes creértelo? —Movié la cabeza—. Cuando éramos jóvenes no queríamos estar ni en la misma habitación, y ahora...

—Entonces... te quedas.

Ella afirmó, mirándolo. Sus ojos brillaban, húmedos por la emoción y por todo lo que le gustaría decirle y no podía. Ya no, según ese papel que sostenía en la mano, Jeff solo era un soltero más de Nashville, como ella.

—Me quedo.

Él asimiló aquella información mientras notaba que el calor volvía poco a poco a su interior. Su corazón, que se había enfriado y parecía haber dejado de latir el día que ella firmara aquellos papeles, pareció revivir de pronto, así que se obligó a permanecer sereno.

Había leído los cuadernos, muy clarificadores. Ella estaba allí e iba a quedarse.

Todo muy bonito, pero... ¿qué significaba? ¿Se quedaría un mes, un año, y luego se cansaría otra vez? Ya había pasado por todo aquello y si algo había sacado en claro era que no quería sufrir de nuevo.

—Los tres años que he estado fuera... —continuó Bezan, dando vueltas al papel en la mano—. Me han cambiado. En muchos aspectos soy la Bezan de antes, cabezota, como diría mi madre, y alguna que otra lindeza. Sin embargo, hay muchas cosas que no sabía sobre mí, sobre el mundo y me hacen sentir que he cambiado. No sé cómo explicarlo bien, en las libretas hablo sobre ello. Sobre todo, porque nunca sentí como Bastian que no tenía dónde volver. Nashville es, ha sido y será mi hogar. —Lo miró—. O más bien, tú. Porque si no estuvieras aquí y vivieras en otro planeta, allí es donde me sentiría bien.

Él sonrió ante aquello. No era una promesa, aunque al igual que Bezan, sabía leer entre líneas lo que quería expresar.

—Yo tampoco soy exactamente igual que cuando te fuiste —contestó.

—La gente cambia con los años, es normal.

Jeff cogió la hoja que la rubia sostenía e hizo una bola con ella. Alzó la mano y Bezan se la cogió.

—Espera, ¿qué haces?

—Iba a lanzar este papel al agua para olvidarlo y...

—No, no, que contamina. —Parpadeó al ver cómo la miraba él y comprendió lo que estaba pasando—. Oh.

Jeff sacó un mechero y se lo enseñó.

—¿Esto mejor?

Ella afirmó, confundida, aunque tampoco ese método era el mejor para deshacerse de algo. Observó cómo Jeff quemaba la hoja con cuidado y lanzaba los restos al aire, donde desapareció convertida en cenizas.

Después, se giró hacia ella y extendió la mano.

—Hola, soy Jeff. Profesor de literatura y soltero desde hace poco, por cierto. He oído que vas a quedarte en la ciudad y me gustaría saber si querías cenar algún día conmigo.

Ella sonrió y le estrechó la mano.

—Hola, soy Bezan, enfermera. Acabo de volver de un viaje muy largo... física y psicológicamente hablando, y me encantaría cenar contigo y que nos conociéramos mejor.

No bien había terminado de hablar, cuando un trueno retumbó en el cielo y un relámpago atravesó las nubes. Mientras hablaban, el ambiente se había oscurecido sin que se dieran cuenta y la tormenta los había alcanzado. Las primeras gotas cayeron sobre ellos y los dos sonrieron mientras su pelo y rostros se mojaban.

—Adoro las tormentas —dijeron a la vez.

Jeff le cogió la cara entre las manos, impaciente por besarla. Ella le rodeó el cuello con los brazos, como tantos años atrás.

Igual que entonces, se estremeció y sintió como si fuera la primera vez que se besaban. Era un sentimiento antiguo y nuevo a la vez, porque no eran los mismos a pesar de poder describir el cuerpo del otro con los ojos cerrados.

Aquel papel convertido en cenizas era una metáfora de su pasado y no se arrepentían de haberlo firmado, puesto que les daba la oportunidad de un nuevo comienzo.

Juntos.

SOBRE LAS AUTORAS



Eva M. Soler, nacida en Cruces, Vizcaya, un 7 de junio de 1976, empezó a escribir desde muy pequeña, tras desarrollar un fuerte interés por la lectura alimentado por una extensa imaginación.

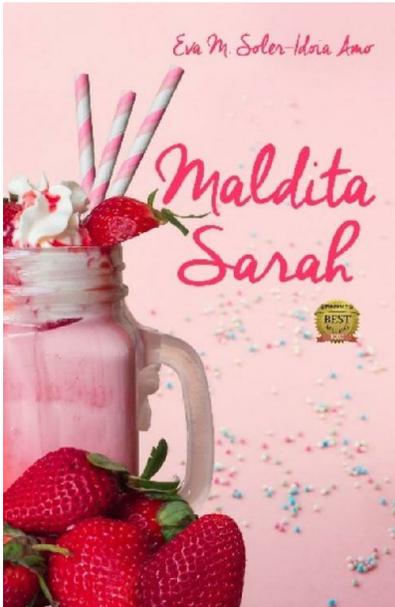
Idoia Amo, nacida en 1976 en Santurzi, durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano.

Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero hace unos años decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado un total de diecisiete libros publicados. Uno de ellos, “Maldita Sarah”, consiguió el sello *Best Selling Books* de Amazon.

Han recibido el premio Hemendik que otorga el periódico Deia por su labor como difusión de la literatura romántica.

Para más información, www.idoiaevaautoras.com

OTRAS OBRAS



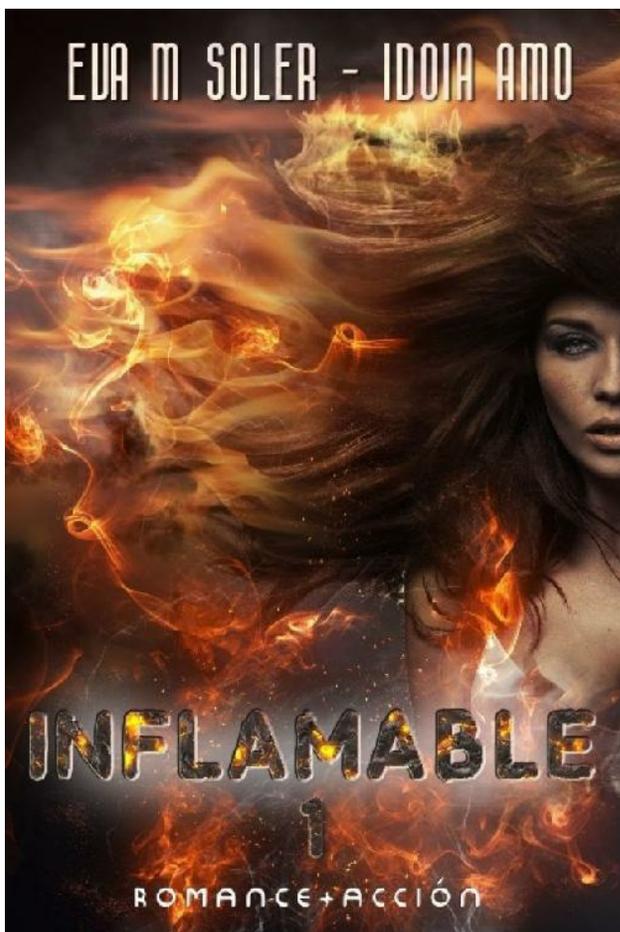
Cosas que haces cuando tu novia te deja:

- 1) Odiar a su nuevo novio, como corresponde.
- 2) Evitar coincidir con ella.
- 3) Refugiarte en tu familia y tus amigos.
- 4) Pensar que de buena te has librado.
- 5) Plantearse si quieres seguir trabajando para su padre.
- 6) Tragar bilis cuando se dedica a restregarte a ese puñetero musculitos.
- 7) Buscar a una chica que te deba un favor y hacerla pasar por tu pareja, aunque tengas que refinarla antes.
- 8) Espera... borra eso...

En los planes de Liam no entra que su novia actual, Sarah, le abandone tras enamorarse de otro durante sus vacaciones en Australia. Tampoco que peligre su posible ascenso en el bufete donde trabaja, que su hermana se ponga a salir con un guaperas que a todas luces le partirá el corazón, y mucho menos que su atractiva, aunque plebeya vecina, Summer, le destroce el coche durante un accidente en el aparcamiento.

Harto de que Sarah se dedique a amargarle la vida paseando a su nuevo ligue ante sus ojos, este abogado estirado decide seguir un consejo poco sensato: convencer a Summer de que se haga pasar por su novia ante ciertos eventos del bufete. Para que todo salga bien solo necesita refinarla un poco, pero lo que en principio parecía algo sencillo acaba derivando en un giro inesperado...

EVA M SOLER - IDOIA AMO



INFLAMABLE

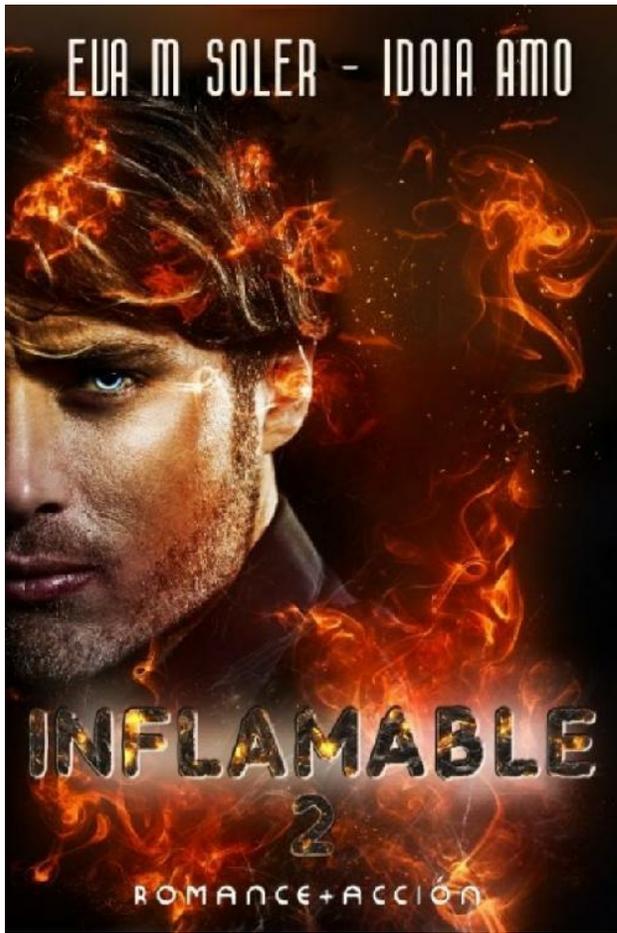
1

ROMANCE+ACCIÓN

En el departamento de bomberos de Pensacola (Florida) llevan dieciséis años sin que una sola mujer ingrese en el cuerpo. Un dato de lo más interesante para Abby, una periodista harta de malgastar su talento en una revista de cotilleos y que aspira a escribir artículos serios.

¿Por qué no presentarse a las pruebas y preparar un reportaje acerca de las trabas que encuentran las mujeres en ese campo? Como muestra, además de la propia experiencia, tendrá a sus dos únicas compañeras entre una treintena de aspirantes: Talisa, para quien ser bombero es un sueño desde niña y que está decidida a lograrlo a pesar de los obstáculos; y Camilla, una joven cansada de la monotonía que desea dar un punto de emoción a su vida. El día a día en la academia es duro e intenso, pero estos chicos son material inflamable y hasta encontrarán tiempo para el amor.

¿Cuántos conseguirán llegar hasta el final y quiénes se quedarán por el camino?



¡La segunda parte de la bilogía "Inflamable"!

¿Qué futuro aguarda a nuestros aspirantes una vez han abandonado la academia?

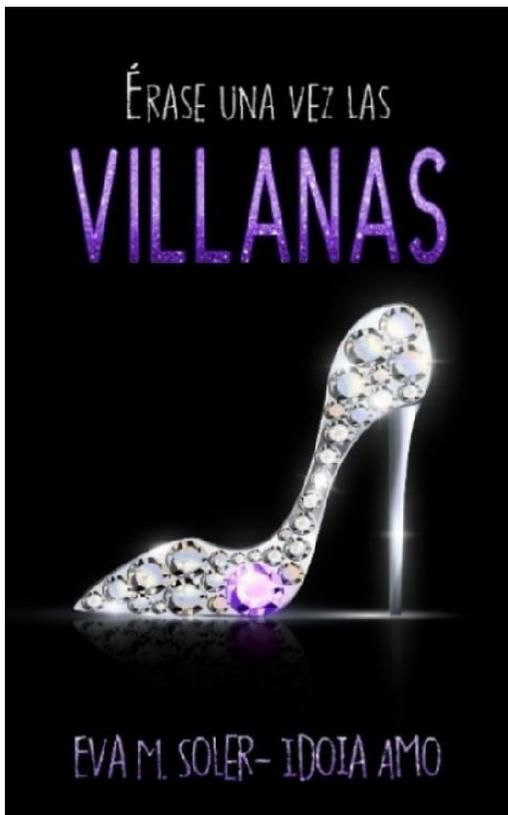
Abby pretende continuar con su artículo secreto y en la estación a la que ha sido destinada tiene un montón de material con el que hacerse famosa, empezando por el irascible capitán Pearson, ¿podrá seguir adelante hasta el final?

A Talisa tampoco se le presentan bien las cosas, pues en su nuevo destino encuentra una sorpresa que, lejos de facilitarle la existencia, le impide disfrutar del trabajo de sus sueños.

Y Camilla quizá esté a punto de descubrir que la amistad no siempre es lo que parece.

La vida real es muy complicada, más allá de aulas y simulacros, como todos ellos están a punto de comprobar...

«Esta es la lección más importante y que parece que tanto os cuesta entender: los bomberos son una unidad.»



En todo grupo de amigas existe esa que se alegra de que las cosas te salgan mal. Esa incapaz de disimular su sonrisa cuando apareces con unos kilos de más. Esa que se regocija cuando te despiden de tu último trabajo. Esa que sonríe cuando tu corte de pelo se descontrola y acabas pareciendo un crestado chino. Esa cuyos piropos son, en realidad, insultos. «Me encanta tu maquillaje, disimula tu enorme nariz».

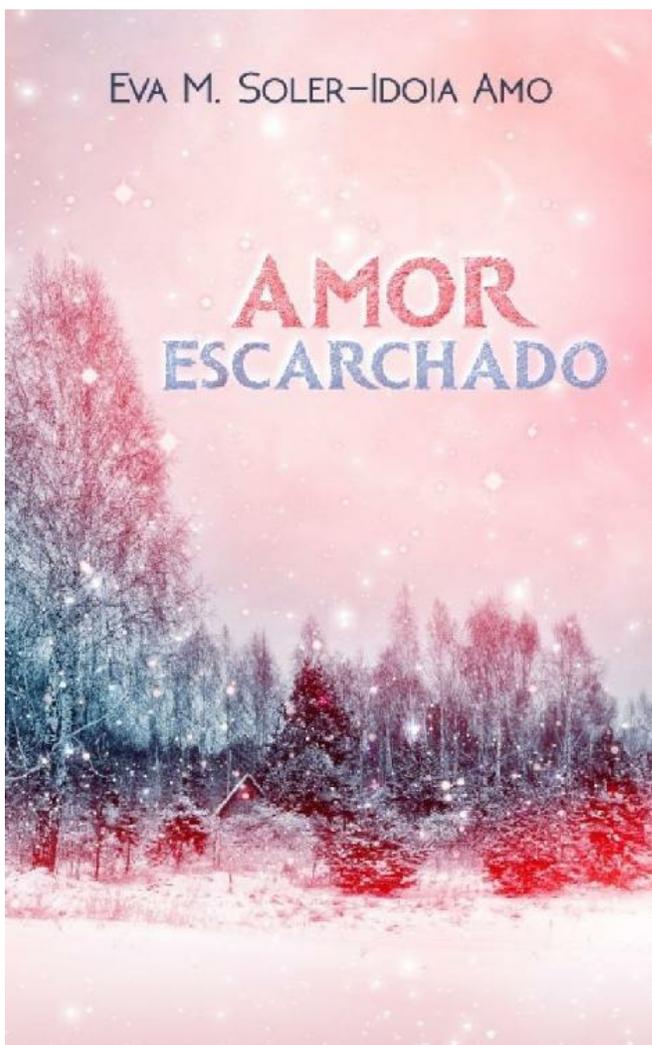
Una invitación de boda pone patas arriba el mundo de Audrey y Briana, dos chicas adineradas acostumbradas a tenerlo todo. Audrey tiene una cuenta pendiente con el novio y no dudará en planear la manera de estropear la celebración con la ayuda de Briana, aunque arrastren al resto de

sus amigas durante el proceso.

Érase una vez un plan maquiavélico y una venganza salpicada de romance. Una historia donde, ni los buenos son tan buenos, ni las villanas tan villanas...

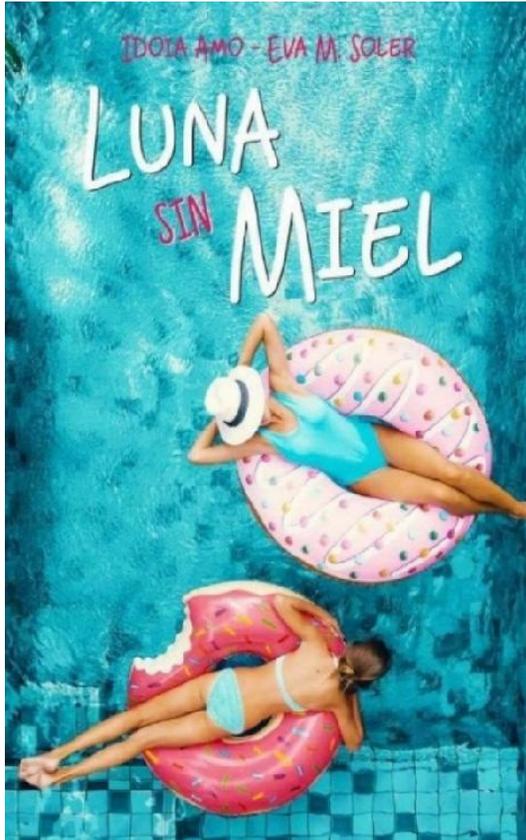
EVA M. SOLER-IDOIA AMO

AMOR ESCARCHADO



Alexander Green es un joven cirujano plástico que vive en Los Ángeles, entre fiestas y surf, hasta que es testigo de un crimen que lo obliga a entrar en protección de testigos. Para su asombro, es enviado a Sutton, un pequeño pueblo de Alaska, todo lo contrario a lo que está acostumbrado. Un lugar tan lejano como el corazón de la jefa de policía local, Rylee Scott, una treintañera que ha renunciado al amor, y que pronto despertará el interés de Alex.

Romance, comedia y nieve, juntos en una sola historia...



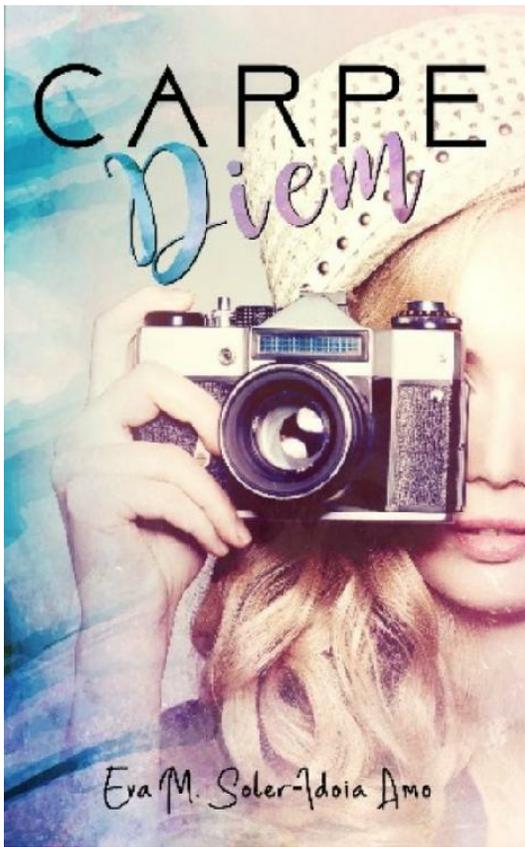
Alexandra es la oveja negra de la familia. Profesora de instituto, divorciada y de aspecto común, nunca ha conseguido estar a la altura de lo que su madre esperaba de ella. Y tampoco va a lograrlo en esta ocasión... ¡todo lo contrario!

En la boda de su estúpida perfecta hermana menor con el guapísimo senador Ethan Lewis, a quien Alex ama en secreto, se monta tal follón que el enlace acaba por no celebrarse. Y Alex

decide que es un buen momento para aprovechar ese viaje de novios a la Riviera Maya que tiene pinta de quedar relegado al cajón de «cosas para devolver».

Ni corta ni perezosa, se embarca en un vuelo con su mejor amiga Skye, dispuesta a desconectar y divertirse durante cuatro maravillosas semanas. Quieren playa, sol, excursiones y margaritas, pero cuando llegan allí les espera una gran sorpresa: el senador, su jefe de campaña y una sola suite que compartir...

¡La esperada continuación de "Luna sin miel"!

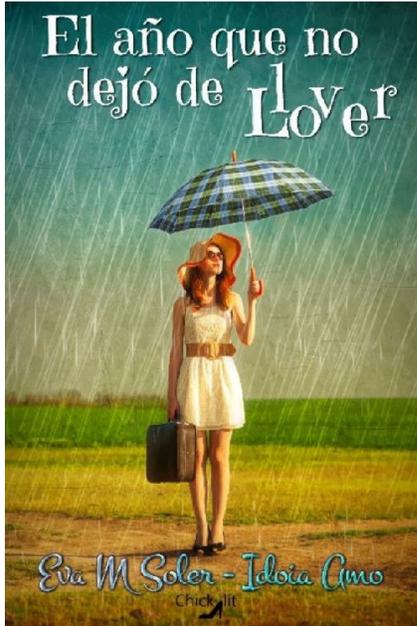


Skye no está en el mejor momento de su vida. Un año después de las vacaciones en México con Alex, su carrera como fotógrafa se ha estancado, tiene ciertos problemas económicos y su vida sentimental es un desierto desde que abandonó a Owen sin darle ninguna explicación.

Alex le pone en bandeja de plata la oportunidad de dar una vuelta de tuerca a eso con una oferta muy tentadora: el puesto de fotógrafa oficial en la gira de campaña a la presidencia de Ethan, su ahora prometido. para Skye significa recuperar el amor por su trabajo y olvidarse del dinero durante un tiempo, pero también está la parte difícil: lidiar con Owen y los sentimientos que aún tiene por él.

Owen es un adicto al trabajo, Skye es un espíritu libre.

Entre kilómetros y gasolina, ciudades de Estados Unidos y discursos de campaña, equipos revoltosos y tabletas de chocolate, ¿podrán dos personas tan diferentes reencontrarse en el punto donde lo dejaron un año atrás?



Bienvenidos a Kiltarlity. Un pequeño pueblo escocés donde no faltan los hombres rudos, los dialectos imposibles, la tradición de los clanes milenarios y, por supuesto, la persistente lluvia.

A sus treinta y dos años, Leslie Ferguson ha logrado alcanzar el éxito en el trabajo y posee un alto nivel económico, pese a que su carácter avinagrado no despierta demasiadas simpatías en sus relaciones sociales. Cuando es enviada a un pequeño pueblo de Escocia por motivos laborales, la estirada joven no tiene más remedio que viajar hasta allí acompañada por su ayudante personal, Shane. Pronto, Leslie descubrirá que su refinado estilo de vida no es compatible con este lugar: sus empleadas no la respetan, no tiene centros comerciales donde satisfacer su vena consumista, y el encargado de ayudarla en su proyecto es un atractivo *highlander* que no para de burlarse de ella.

Pero lo que parecía ser una pesadilla compuesta por niebla, humedad y gente tosca, no solo pondrá a prueba su paciencia durante un año, sino que cambiará su vida de forma radical...

IDOIA AMO-EVA M. SOLER



La teoría del absurdo

Chicklit

Hay parejas que se casan porque la llama del amor es tan fuerte que solo quieren pasar el resto de su vida juntos. Otras, porque desean formar una familia llena de cariño y respeto.

Y luego están Callum y Alissa.

Callum y Alissa trabajan juntos, pero no se llevan bien.

Callum y Alissa no tienen nada en común, y nada es nada.

Callum pasa de Alissa porque es seria, controladora y mandona. Alissa desprecia a Callum

porque es vago, mujeriego y cuentista.

Callum y Alissa cometen el error de beber más de la cuenta durante la fiesta de fin de año del trabajo. Lo que podía haber quedado como una terrorífica anécdota pronto se complica al darse cuenta de que durante la borrachera se han casado.

Sí, exacto, has leído bien: casado.

Por circunstancias que no vamos a revelar aquí, ambos van a tener que aprender a convivir el uno con el otro, una tarea ardua y difícil porque son polos opuestos. Y ya sabemos lo que sucede con los polos opuestos...

A veces, el destino se ríe de ti en tu propia cara.

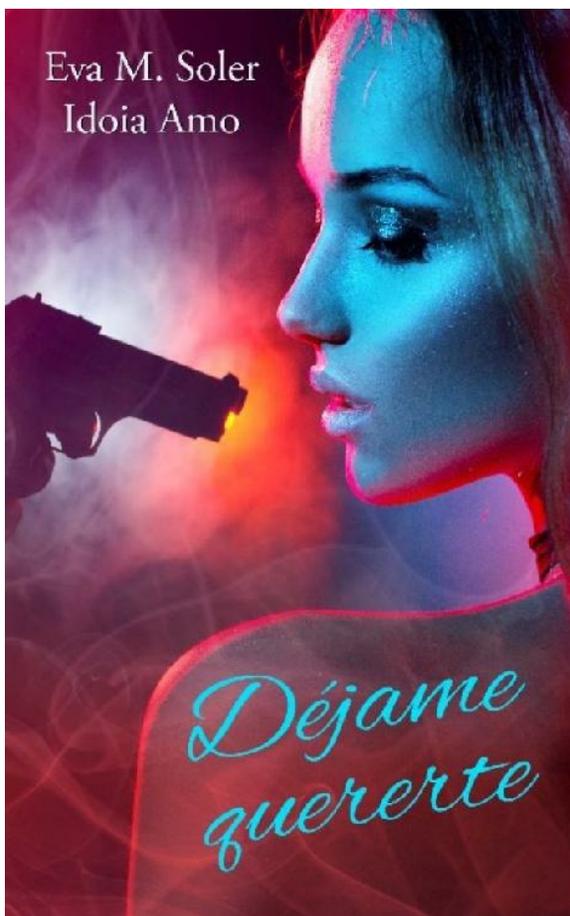


Dominic, April y Wanda forman una familia casi perfecta: se conocen desde la universidad, llevan compartiendo piso ocho años y tienen una amistad a prueba de bombas.

Sin embargo, durante la fiesta de celebración de su treinta cumpleaños, Dominic sufre una especie de crisis y cree que su vida es un desastre: los ascensos son para otros más agradados y las chicas no parecen percatarse de su existencia. Y aquí es cuando sus dos mejores amigas deciden tomar cartas en el asunto. ¿Qué tal un cambio de imagen radical y unas clascitas sobre cómo ligar para no parecer tan aburrido?

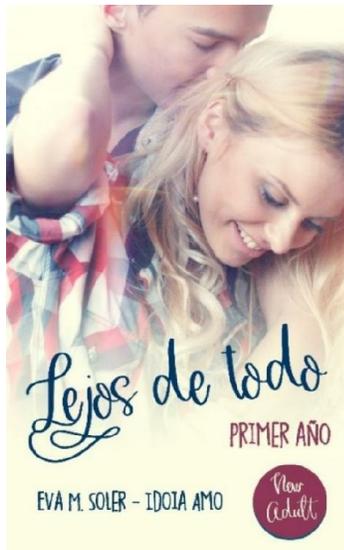
Aunque no todo es tan sencillo como parece: Wanda no está en condiciones de ayudar mucho a nadie en temas amorosos porque su propio novio acaba de plantarla y no puede dejar de llorar, y April... April está a punto de descubrir que buscar novia a su mejor amigo quizá no le parezca tan

divertido como ella esperaba.



Aisha, psicóloga del departamento de policía en Las Vegas, se dedica día tras día a unir los pedazos rotos de sus compañeros de profesión, además de asesorar a víctimas de todo tipo de violencia. En este entorno, se presenta ante ella un nuevo y difícil reto: tratar a Jackson, un sargento que ha sido degradado y trasladado tras ciertos comportamientos agresivos en el trabajo.

Pese a su carácter hosco, la doctora no puede evitar sentir una fuerte atracción por este hombre tan complicado, lo que la lleva a investigar su pasado. Convencida de que tiene que haber una experiencia traumática que le haga comportarse así, no duda en localizar a una persona que arroje cierta luz sobre él, algo que complicará todavía más las cosas.

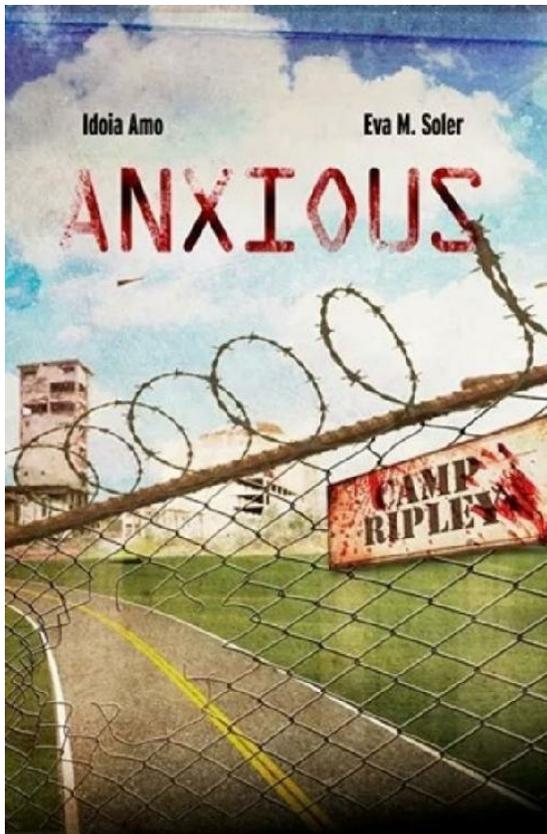


¡Sumérgete en esta saga de novelas New adult que exploran la vida de un grupo de universitarios en un exclusivo internado de Montreal!

En lo alto de una montaña de Montreal se encuentra el lujoso internado Sharidan. Un lugar selecto y elitista donde las familias adineradas envían a sus hijos para que cursen sus carreras universitarias. No es solo el dinero lo que le da su buena reputación, sino el alto rendimiento de la universidad y la vigilancia a la que someten a los polluelos de los millonarios.

En ese marco nevado tenemos a nuestros protagonistas: JD, un americano de clase media que ha conseguido una beca para estudiar audiovisuales y Syd, una británica cuya posición social es tan alta como fría es su relación con su progenitor. Ambos simpatizarán desde el primer momento, desarrollando una amistad que poco a poco se irá transformando en algo más, mientras son secundados por otros personajes. Como Dennis, líder del grupo musical Black Legend, o los mellizos Gauthier, los chicos más populares de la universidad. Sin olvidar al equipo de profesores, cuya tarea va más allá de la simple enseñanza.

Todos ellos se darán cita en un ambiente diferente lleno de líos amorosos, mucha música, hockey sobre hielo, clases, profesores, carreras y las siempre difíciles relaciones entre padres e hijos.



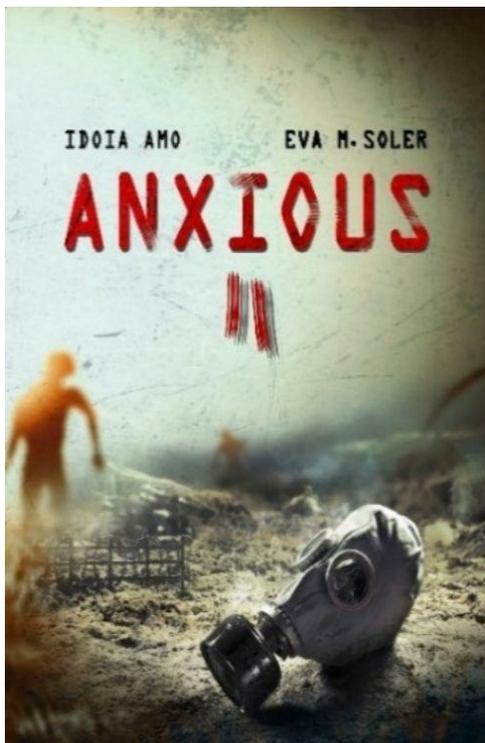
Little Falls es un pequeño y tranquilo pueblo de Minnesota donde nunca sucede nada.

Los habitantes de este idílico lugar desconocen los turbios asuntos que se gestan en Camp Ripley, la base militar afincada a unos kilómetros, donde se están llevando a cabo una serie de peligrosas pruebas virales.

La desaparición de una joven del lugar pone sobre aviso a la jefa de policía Emma Jefferson, quien no tarda en descubrir que se ha propagado un virus, resultado de un proyecto llamado Anxious: un virus que produce infectados rabiosos y que pronto se convertirá en pandemia con

consecuencias catastróficas.

Drama, supervivencia, miedo... ¿estás preparado para que tu mundo cambie por completo?



Me dirijo a todos los supervivientes del desastre que está asolando nuestra querida nación para darles un mensaje de esperanza. Me he visto obligado a declarar el estado de excepción, pero el ejército está ahí para ayudarles. Si se encuentran con algún soldado, no huyan: identifíquense y serán evacuados a un lugar seguro.

No todo está perdido.

Nuestro país se encuentra inmerso en una lucha por la supervivencia y pasarán años antes de que sea habitable de nuevo. Nuestro ejército y científicos se están encargando de ello. Hasta entonces, estamos organizando varios lugares donde poder reinstaurar nuestra sociedad y modo de vida americano.

Aquellos que se encuentren en la costa Oeste, diríjense a los puertos de Seattle, San Francisco y San Diego.

En la Costa Este, a los puertos de Jacksonville, Nueva York, Boston y Portland.

La frontera con México se encuentra cerrada y Canadá está en la misma situación que nosotros, por lo que las únicas salidas son por mar.

Unidos, lo lograremos.

Buena suerte.

EVA M. SOLER † IDOIA AMO



**DESCANSAD
EN PEDAZOS**
Y OTROS RELATOS

Imagina un concurso televisivo dispuesto a todo con tal de subir la audiencia.

Imagina que alguien desaparece sin dejar rastro en un área de servicio.

Imagina que tu deseo máspreciado se cumple, y debes pagar el precio.

Imagina que un reflejo hace aflorar tu lado más perverso.

Imagina que el mundo llegara a su fin, y solo tuvieras un último día.

Imagina un túnel de terror en vivo, cuyo macabro recorrido se convertirá en una experiencia aterradora.

Imagina...

Adolescentes sin escrúpulos, lugares de pesadilla, desapariciones misteriosas, padres perversos, demonios internos, rituales de iniciación, una pizca de amor, y sangre... mucha sangre.

Salvación



EVA M. SOLER

IDOIA AMO

«He trazado un círculo, hecho con sangre. Un círculo que delimita Salvación de principio a fin. Nadie puede salir de aquí, y el que lo intente, morirá. Vais a pagar... un sacrificio cada doce meses. Uno por año, como ofrenda por mi sufrimiento.»

Si te gustan nuestros libros, te pedimos que apoyes nuestra carrera de forma legal y rechaces el pirateo. Es la forma de que podáis seguir disfrutando de cómo escribimos, ya que sin ventas es muy difícil seguir publicando, tanto en Amazon como en editorial.

Apoya a tus escritores de la manera correcta.
¡Gracias!